

COMISIÓN ESPECIAL PARA LA FAMILIA

COMITÉ DEL CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO



Retratos de familias

LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS
H. CONGRESO DE LA UNIÓN



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS
H. CONGRESO DE LA UNIÓN

D. R. © Centro de Estudios para el Adelanto
de las Mujeres y la Equidad de Género
Agosto 2012
H. Congreso de la Unión
Cámara de Diputados. LXI Legislatura
Av. Congreso de la Unión N°. 66
Col. El Parque. Delegación Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D. F.
Tel: (55) 5036 0000 ext. 59218
<http://ceameg.diputados.gob.mx>

Todas las fotografías son propiedad de sus respectivos autores, y no corresponden necesariamente con las historias aquí presentadas.

COMISIÓN ESPECIAL PARA LA FAMILIA

COMITÉ DEL CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO
DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

Retratos de familias

Ruth América Sánchez Ríos

Investigación, trabajo de campo, transcripción y redacción

Alejandro Manrique Soto

Trabajo de campo, transcripción y redacción

Miguel Ángel Dorado

Transcripción y redacción

Ricardo Soto Ramírez

Coordinación general



CÁMARA DE DIPUTADOS. LXI LEGISLATURA

Mesa Directiva

Dip. Óscar Martín Arce Paniagua
Presidente

Dip. Bonifacio Herrera Rivera
Dip. Jesús María Rodríguez Hernández
Dip. Balfre Vargas Cortez

Vicepresidentes

Dip. Guadalupe Pérez Domínguez
Dip. Herón Agustín Escobar García
Dip. Adriana Fuentes Cortés
Dip. Cora Cecilia Pinedo Alonso
Dip. Martín García Avilés
Dip. María Guadalupe García Almanza
Dip. Mariano Quihuis Fragoso

Secretarios(as)



COMISIÓN ESPECIAL PARA LA FAMILIA

Mesa Directiva

Dip. Diva Hadamira Gastélum Bajo
Presidenta

Dip. Margarita Liborio Arrazola
Dip. Paz Gutiérrez Cortina
Dip. Enoé Margarita Uranga Muñoz
Secretarias

Dip. Margarita Gallegos Soto
Dip. Diana Patricia González Soto
Dip. Olivia Guillen Padilla
Dip. María Isabel Pérez Santos
Dip. Jorge Alberto Muro Ortiz
Dip. Elsa María Martínez Peña
Dip. Laura Elena Estrada Rodríguez
Dip. Olga Luz Espinosa Morales
Dip. Francisco Amadeo Espinosa Ramos
Dip. Laura Arizmendi Campos
Integrantes



**COMITÉ DEL CENTRO
DE ESTUDIOS
PARA EL ADELANTO
DE LAS MUJERES
Y LA EQUIDAD
DE GÉNERO**

Dip. Laura Elena Estrada Rodríguez

Presidenta

Dip. Ma. Elena Pérez de Tejada Romero

Secretarias

Dip. Jaime Fernando Cárdenas Gracia

Dip. Rosa Adriana Díaz Lizama

Dip. Margarita Gallegos Soto

Dip. Diva Hadamira Gastélum Bajo

Dip. Marcela Guerra Castillo

Dip. Elvia Hernández García

Dip. Elsa María Martínez Peña

Dip. Juan Carlos Natale López

Dip. Adela Robles Morales

Dip. Enoé Margarita Uranga Muñoz

Integrantes



**CENTRO DE ESTUDIOS
PARA EL ADELANTO
DE LAS MUJERES
Y LA EQUIDAD
DE GÉNERO**

Mtra. María de los Ángeles Corte Ríos

Directora General

Mtra. Nuria Gabriela Hernández Abarca

**Directora interina de la Dirección de Estudios Jurídicos de los
Derechos Humanos de las Mujeres y la Equidad de Género**

Mtra. Adriana Medina Espino

**Directora interina de la Dirección de Estudios Sociales de la
Posición y Condición de las Mujeres y la Equidad de Género**

Diseño:

Marcela Méndez Navarro

Julio Ivan Montaña Melgarejo

Fotografías

Adriana Álvarez / CUARTOSCURO (pág. 95)

Belem Castañeda (pág. 173)

Hilda Ríos / CUARTOSCURO (Pág. 295)

Paulina García Hubbard / BIZAR (págs. 15, 49, 71,
125, 151, 215, 243, 271)

Corrección de estilo

Jearim Sagrero



C O N T E N I D O

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	13
1. Maximina: Debemos arriesgarnos, hacerlo todo	17
2. Memorias de la Familia González Soto	43
3. Doña Carmen: Yo no voy a mantener zánganos	51
4. Lila y Enrique: Una familia ininterrumpida por la experiencia de migración al “gabacho”	73
5. Irina y Nelly: La suprema felicidad de la vida es saber que eres amado por ti mismo	97
6. Isabel: Creo que nunca se deja de aprender en esta vida...	127
7. Ramón y Martha: Una pareja común	153
8. Antonio y Jorge: Yo me propuse desde hace muchos años el ser feliz	175
9. Gabriela: El significado de ser y tener una familia	217
10. Sonia: No se va a acabar la vida, ni la felicidad porque no me case	245
11. Pedro: No quiero que mis hijos vivan lo que viví	273
12. El Mundo de Inés	297

P R E S E N T A C I Ó N

¿Cómo y por qué surge esta publicación?

Al presidir la Comisión Especial para la Familia asumí la responsabilidad de fomentar que este núcleo social sea una verdadera fuente de respeto que permita erradicar las causas culturales que nos conducen a la violencia y la exclusión.

Es por ello que las y los integrantes de este órgano legislativo decidimos relatar las experiencias de nuestras propias familias a efecto de que l@s lectores conozcan nuestras raíces, ya que este núcleo representa la principal forjadora de los valores de cada uno de sus integrantes.

Es un compromiso, particularmente de las y los servidores públicos, fortalecer a la familia, con especial énfasis a aquellos integrantes que se encuentren en mayor riesgo de vulnerabilidad como lo son las mujeres, las y los niños, las personas con discapacidad y los adultos mayores. Debemos entender que vivimos en una sociedad pluricultural.

Esta publicación pretende que todos los integrantes de esta sociedad seamos copartícipes activos en la difusión, mediante la sensibilización y concientización, sobre la relevancia de la familia como institución, porque el desarrollo de nuestro país y la consolidación de una cultura de respeto sólo podrá lograrse con la conjunción de estos esfuerzos.

Es momento de modificar paradigmas arraigados que nos permitan mirar más allá de nuestra individualidad porque como integrantes de esta sociedad es nuestro deber construir instrumentos que resguarden a los individuos frente al abuso del poder, la intolerancia y la violencia para garantizar el pleno desarrollo de los seres humanos, ya que el hecho de pensar diferente no implica ser objeto de vejaciones, es momento de garantizar el pleno desarrollo de los integrantes de las familias.

Dip. Diva Hadamira Gastélum Bajo

**PRESIDENTA DE LA COMISIÓN ESPECIAL
PARA LA FAMILIA DE LA LXI LEGISLATURA**

P R Ó L O G O

Los relatos de familias son la expresión de lo más profundo y fundamental de nuestro ser como personas, mujeres y hombres; de nuestras relaciones vitales, de la descripción de nuestros sueños, horizontes, retos y esperanzas. La vida dentro de una comunidad familiar supone la construcción de nuestra propia humanidad, del núcleo profundo de nuestra sociedad, de las raíces de sentido de nuestro país.

La Comisión Especial para la Familia de la LXI Legislatura, presidida por la Dip. Diva Hadamira Gastélum, asumió la tarea de colaborar en la reflexión de las familias en México a través de la voz expresada por las familias mismas. Se trata de una comunicación a través de una palabra cercana, realista, cálida, surgida desde su corazón y no necesariamente desde los estudios académicos.

Doce historias, doce relatos diferentes, los títulos se explican por sí solos: “Debemos arriesgarnos, hacerlo todo”, “Familia González Soto”, “Yo no voy a mantener zánganos”, “Una familia ininterrumpida por la experiencia de migración al ‘gabacho’”, “Creo que nunca se deja de aprender en esta vida...”, “Yo me propuse desde hace muchos años el ser feliz”, “Una pareja común”, “Gabriela: el significado de ser y tener una familia”, “No se va a acabar la vida,

ni la felicidad porque no me case”, “No quiero que mis hijos vivan lo que yo viví”, “El Mundo de Inés”.

La invitación a la lectura de este texto es a la vez la invitación a pensar sobre la responsabilidad que tenemos como servidoras y servidores públicos de garantizar las condiciones mínimas de dignidad para que cada una de nuestras familias pueda salir adelante, pueda ser un espacio de encuentro amoroso, de construcción de destinos, de respeto profundo a sus derechos.

No puedo omitir mi agradecimiento al Comité del Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género que apoyó la realización de este texto, así como al Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género que llevó a cabo este importante proyecto.

Dip. Laura Elena Estrada Rodríguez

**PRESIDENTA DEL COMITÉ DEL CENTRO DE
ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES
Y LA EQUIDAD DE GÉNERO DE LA LXI LEGISLATURA**

I N T R O D U C C I Ó N

La familia es el núcleo de socialización por excelencia, ya que siempre ha sido y será el pilar de nuestra sociedad.

Lo anterior se debe a que entre las y los miembros de la familia se generan fuertes sentimientos de pertenencia y de compromiso personal, estableciéndose relaciones de afectividad, reciprocidad y dependencia. Estos elementos hacen que la familia sea un grupo con características especiales y con funciones muy importantes dentro de nuestra sociedad.

Las familias son el principal marco en donde las niñas y los niños van a ir creando la imagen de sí mismos, sus autoconceptos, y donde van estableciendo la valoración positiva o negativa de sí mismos, es decir, su autoestima. El lograr un marco donde las niñas y los niños puedan generar una imagen personal de sí mismos y una autoestima positiva es un aspecto fundamental de la misión que tienen que asumir los padres.

De igual forma, la familia es el primer elemento de transmisión de nuestra cultura, los valores, y los principios éticos de los padres, representan la base de la socialización de las y los niños en una cultura determinada con costumbres y con un bagaje cultural que se transmiten de generación en generación.

Al contemplarse los derechos familiares en los diversos Tratados Internacionales, los ordenamientos jurídicos internos no pueden ser omisos a estos preceptos.

Con la reciente reforma constitucional en materia de derechos humanos se logró el reconocimiento de la evolución de estas garantías mediante el principio pro persona como eje rector de la interpretación y aplicación de las normas jurídicas, es por ello que tanto la familia y los derechos humanos son dos elementos íntimamente relacionados, la primera como institución natural que constituye una comunidad en la cual reside la formación humana integral; y la segunda porque recopila las pretensiones y las establece en la norma jurídica, que en el caso de nuestro país se prevé en el artículo 4° de la Constitución Política.

Es por ello que necesitamos continuar trabajando en el diseño y fortalecimiento de políticas públicas que velen por la protección integral de la familia, para que el Estado asuma su responsabilidad, en los tres niveles de gobierno, y fortalecer así esta institución, ya que si apostamos al fortalecimiento de las familias mexicanas, sin duda México será un país consolidado. Recordemos que, una sociedad constituida por individuos con valores, es la clave de una convivencia más sana.

Dip. Diva Hadamira Gastélum Bajo

**PRESIDENTA DE LA COMISIÓN ESPECIAL
PARA LA FAMILIA DE LA LXI LEGISLATURA**



Paulina García Hubard / BIZAR

“La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado”.

Declaración Universal de los Derechos Humanos, Resolución 217 A, 1948
Organización de las Naciones Unidas (ONU)

Debemos arriesgarnos, hacerlo todo

Ruth América Sánchez Ríos

Miguel Ángel Dorado

Maximina Jurado Muñoz tiene 61 años, es de Milpa Alta, una delegación del Distrito Federal, es hija única y además es adoptada. Es esposa y madre, también es comerciante y creyente.

Su vida ha estado marcada por el desencuentro, pero también por las muestras de cariño y por el tesón que siempre la saca adelante. En sus venas corre sangre antigua y ella respeta eso, cree que las mentiras son una forma de mentirnos a nosotros mismos, cree que la Madre Tierra nos da todo y que nosotros sólo somos vehículos.

Sus hijos han sido su motor y las enseñanzas de su padre su guía, es una mujer de amplio criterio y en su vocabulario no existe la palabra rencor. Para todo mal, Maximina recomienda paciencia y trabajo. Al menos a ella le ha funcionado y por eso lo comparte.

Maximina

Toda la familia de doña Maximina es originaria del barrio de Santa Martha, en Milpa Alta, una de las 16 delegaciones que componen el Distrito Federal. Su barrio se ubica exactamente a espaldas del cerro Teotzi. Santa Martha es el primer barrio de las cuatro sec-

ciones más importantes de Milpa Alta; luego de Santa Martha se encuentra San Mateo, después Concepción y luego Santa Cruz, posteriormente, están las demás secciones: Los Ángeles, La Luz, San Agustín, etcétera.

Para ella, ser de Milpa Alta es un orgullo, esgrime que la pertenencia a un pueblo es y ha sido uno de los factores más importantes de toda su vida; no sólo porque ser de un lugar te obliga a la conservación de las tradiciones, sino también porque es una especie de estrategia de seguridad: si todos se conocen, entre todos se cuidan; si todos saben quién es el vecino, qué hace, a qué se dedica, entonces, los extraños son fácilmente ubicados y todo está bajo el control de los habitantes que son quienes realmente velan por los intereses de la comunidad, que en el fondo, son sólo manifestaciones de las pretensiones individuales.

Auténtica muestra del mestizaje entre distintas culturas de la antigua Mesoamérica, Maximina Jurado Muñoz es descendiente de chichimecas –conjunto de pueblos indígenas que habitaban el centro y norte del país– y de momostecas, etnia maya con actual presencia en el municipio de Momostenango, Guatemala.

Orgullosa de su historia y de su origen, Maximina entiende el náhuatl y sabe algunas palabras, ella no lo habla fluido como lo hace toda su familia y, en general, de toda la región milpantense, cuyos primeros asentamientos datan de la época prehispánica, momento desde el cual se conservan ideales y costumbres que les dan identidad a Milpa Alta y a sus habitantes. Además, los facultan para observar la vida de forma diferente, que es una cualidad de los pueblos originales que pretenden no sólo conservar, sino también transmitir a las próximas generaciones.

No obstante, doña Maximina observa que a las nuevas generaciones parece no importarles tanto mantener relaciones con personas originarias, ni se ocupan demasiado de las formas de so-

cializar propias de la gente de Milpa Alta. A doña Maximina, le duele que los jóvenes no atiendan a sus costumbres milenarias y cree que son dos las principales razones para que se desatienda algo que para ella es primordial: la primera, es el normal cambio de intereses entre generación y generación, si para ella y sus coetáneos era importante conservar las tradiciones y las costumbres, para las nuevas generaciones, más influenciadas por otros lugares, otras tecnológicas y en resumen, poseedores otra forma de ver el mundo, las tradiciones no son tan importantes. Y la segunda razón que enlista doña Maximina, es el considerable crecimiento de la delegación debido a la llegada de grandes contingentes de personal provenientes del Distrito Federal, o de cualquier otro estado de la República que se asientan en Milpa Alta para laborar en sus alrededores. “Antes, salías y te encontrabas a todos, ahora ni siquiera nos saludamos, porque no nos conocemos”.

La historia de Maximina es digna de una novela a raíz del segundo matrimonio de su madre. Maximina fue asignada al cuidado de una familia a la que frecuentaban mucho. “Maximina te vas a quedar aquí. Ellos son tus papás”, le dijo la mujer antes de partir con su nueva pareja y Maximina, acostumbrada a convivir con su “nueva” familia aceptó sin ningún reparo, incluso, cuenta no haber percibido un cambio real en su dinámica de vida cotidiana.

Esta nueva familia que estaba conformada por la esposa, el esposo y la abuela, tampoco vio con malos ojos la idea de la madre biológica de dejar a Maximina a su cuidado y decidieron adoptarla como su única hija. Ella comenta que era tanto el tiempo que habitualmente pasaba con ellos en compañía de su madre biológica, que frente a su nueva situación sólo pudo reaccionar con tranquilidad, e incluso, con gusto por algo que parecía le abría posibilidades. “A pesar de tener más de cien ahijados, mi papá me decía que Dios no quiso que mi mamá y él tuvieran un hijo que no fuera yo”.

A partir de ese momento, Maximina procuró pensar poco o nada en el “abandono” de su madre, realmente no la extrañaba por lo descrito con anterioridad; pero cuando por descuido, o quizá por accidente, lo hacía, la echaba de menos. En ese momento sus padres adoptivos le recordaban que su madre biológica tenía todo el derecho del mundo a hacer una nueva vida y que lo estaba haciendo, y que afortunadamente para todos, en esa nueva vida, a ella –a Maximina– le tocaba estar ahí con su nueva familia. Maximina encontró así un gran hogar, compañía y apellidos, además de la oportunidad de estudiar y de ser parte de un grupo de personas ya reconocidas en la región que siempre velaron por ella. Sobre todo el padre que nunca, bajo ninguna circunstancia, la dejó sola.

En lo que respecta a los juegos infantiles, la señora Maximina describe la importancia de la escuela y el compromiso que ella y los niños que vivían cerca de la casa de los padres tenían: concentrarse sólo en estudiar para destacarse en la vida, de esa forma nadie salía a jugar. El punto de reunión de todos los pequeños eran las festividades, sobre todo religiosas, que eran utilizadas como espacios para conocer a los vecinos y convivir de manera más sana: corriendo en el campo.

Pese a ser adoptada, nunca sintió que eso influyera en su crecimiento, como seguramente sería ahora. Es posible que su recibimiento en todos los ámbitos sin cuestionar “se deba a que antes nos enseñaban más valores”, dice. Su educación no sólo se basaba en valores como el respeto y la comprensión, también estaba pletórica de enseñanzas sobre el campo, la Madre Tierra, la siembra y la sierra; que son los espacios en los cuales se vivía en Milpa Alta, una zona que aún es predominantemente del ámbito rural y que de los frutos que da la tierra se mantiene.

Sus padres adoptivos se dedicaban, como casi todos, al campo. Sin embargo, para ellos su principal actividad económica no

era la cosecha, sino la venta y fabricación de cocol, un pan con forma de rombo, cuyas ganancias estaban destinadas en gran parte a la manutención de los animales de la granja y a la inversión que por temporadas hacían para obtener un poco más de ingresos. La niña teniendo este ejemplo vivo, creció aprendiendo la importancia del trabajo dedicado y el amor a la naturaleza. Su otra gran certeza era que sobre la base del estudio y del trabajo, podría conseguir que sus hijos, cuya existencia no se ponía en tela de juicio, lograran vivir una vida holgada y feliz.

Maximina está chapada a la antigua, su relación con los padres era de mucho respeto, cosa que ahora tampoco se ve tanto. Maximina Jurado dice que es porque el tiempo avanza y las cosas cambian; por ejemplo, a ella sus hijos la besan en la mejilla y no la mano como ella esperaba. Recuerda que a sus padres les tenía que hablar de usted y besarles en la mano, pues si no lo hacía podría recibir un castigo.

Maximina atribuye el cambio en la forma de comportarse de los jóvenes a, que en la escuela, los maestros les inculcan valores muy diferentes. Dice que cuando iba a la escuela por sus hijos, escuchaba a los profesores decirles a los alumnos que nadie debe de besarle la mano a nadie, que para mostrar respeto era suficiente besar en la mejilla. Ella no está de acuerdo y extraña esas formas de saludar, que actualmente sólo permanecen vivas entre los más viejos de Milpa Alta, pero que cuando las ve, le causan profunda alegría.

La vida en esta delegación del Distrito Federal siempre ha sido difícil. Maximina recuerda con mucha melancolía la escasez de agua y el largo camino que tenía que recorrer hasta el pueblo de San Mateo para conseguir el líquido. Por ello aprecia tanto al agua, la almacena y la usa con la mayor reserva posible. No es de esas mujeres que la anda regando y desperdiciando como si fuera cualquier cosa. Lo

mismo piensa de la Madre Tierra y de la naturaleza en su conjunto.

Su padre, en un afán por mostrarle todo lo que podía, también le enseñó el duro trabajo en el campo: “cuando te cases deberás ayudar a tu marido en la siembra porque el campo no sólo es para el hombre”, le decían sus padres. Para labores domésticas, su madre la enseñó a tejer con gancho, a bordar en tela y en cuadrillete, a remendar la ropa. Es decir, que Maximina tuvo una formación integral en todos los ámbitos que sus padres conocían, pues siempre pensaron que la hija debería de ser completamente independiente.

A pesar de habitar en Milpa Alta y de estar relativamente separada de las grandes delegaciones, su alimentación no era mala, al contrario, era muy rica y balanceada. Una vez a la semana comía carne o pescado, las tortillas hechas a mano, las salsas, el té y los frijoles eran parte de la dieta diaria.

Por las mañanas, su madre ponía al fuego café con leche bronca, que es la leche que no ha pasado por ningún sistema de pasteurización. Para acompañar el desayuno, una porción de coques. En las tardes se hacían las tortillas con nixtamal y se preparaba el chileaxtle, un chile molido con carne de puerco, pollo, res o combinado, con nopales, papas, quelites o verdolagas. Por las noches sólo cenaba té con pan. Toda la preparación de la comida era con carbón o con leña y lo que llegaba a sobrar se lo daban a los animales de la granja. En su casa nada se desaprovechaba.

Su niñez pasó entre el trabajo, la escuela, el estudio y los recorridos por el campo, del cual recuerda que siempre ha sido un ambiente tan generoso como exigente, de extenuantes jornadas, el campo es celoso, a él se debe dedicar gran parte de la vida, no se puede intentar cosechar sin antes sembrar; y para hacerlo hay que trabajar largas y agotadoras jornadas que inician al salir el primer rayo de sol y terminan ya entrada la noche.

Maximina cuando no asistía a la primaria, por ayudarle a su padre en el campo, era asediada por sus compañeros que le pasaban las tareas y a cambio, le pedían que les ayudara con sus labores. Ella siempre ayudaba a sus compañeros, sus padres le inculcaron a nunca negarse a hacer un favor y menos si era solicitado por alguien que la ha apoyado.

Maximina Jurado sólo pudo estudiar hasta primero de secundaria, la falta de dinero para comprar libros fue un motivo, aunque no el principal. Cierta día su madre biológica observó a Maximina pasear con un compañero de la escuela con el que se escribía cartas. Cruzó la acera para verla de frente, le gritó y la golpeó en la calle frente la mirada de todos, luego la escoltó a su casa para informarles a sus padres adoptivos que Maximina “andaba de novia y paseándose por las calles”.

En la secundaria, Maximina comienza a salir sola, a conocer hombres, pero ella siempre tuvo claro, por consejos de su padre, que no se debía tener novio hasta que estuviera en edad de casarse; según él, tener novio era algo que podía manchar su nombre y algo que debería de cargar toda su vida. Por ello, cuando su madre biológica la lleva para acusarla falsamente de tener novio con el que se paseaba abrazada por todo el pueblo, Maximina supo que algo terrible se avecinaba.

“Ese fue el acabose, me quemaron mis cosas, mi ropa y ya no me dejaron regresar a la escuela. Para mí eso fue un tormento tremendo, ya no tenía tampoco con quien platicar, con quien quejarme, me quedé sola sin nadie a quién recurrir”.

Pero el tremendo castigo no terminó ahí: quedó confinada en su casa, dedicada al bordado, sin poder salir ni a trabajar y sólo a través de su prima que era compañera en la secundaria, lograba

mantener contacto con el mundo exterior y con aquel muchacho de su secundaria con el que se escribía cartas. Sin que nadie lo pensara, ese muchacho se convertiría, poco después, en su esposo y el padre de sus hijos.

La inquietud de lo prohibido, los deseos de verse de blanco y convertirse en una mujer, fueron factores muy determinantes para que tomara la decisión de casarse, a penas con un año de “novios”, si es que así se le puede denominar a una relación basada en cartas.

Por medio de una de las mencionadas misivas, le explicó al muchacho –de apenas 18 años– la conveniencia y lo beneficioso que sería que él se presentara en casa de ella para explicar la situación, para comentarle a los padres cuál era la realidad escondida detrás del rumor que se hizo correr sobre su supuesto noviazgo con Maximina, que apenas tenía catorce años de edad.

Él aceptó, se presentó en su casa y pidió hablar con el padre de ella, le explicó como pudo la situación y terminó diciendo que sus intenciones eran serias, que no se trataba de un juego y que él realmente quería que Maximina formara parte de su vida. Aunque no todo fue sencillo, como ambos eran muy jóvenes y todo fue muy rápido, el padre de él fue quien puso las reglas básicas del juego. Primero habló con el pretendiente de su hija, lo hizo rondar por la casa seis veces hasta que estuviera convencido del cariño que el joven sentía por su hija. Después ella fue quién tuvo que pasar por las penurias, la obligó a pensar si en verdad quería compartir su vida con otra persona, le dijo:

“Piénsalo bien hija, si te casas por no estar encerrada, recuérdate que va a ser lo mismo, vas a estar encerrada nomás que con chamacos, el matrimonio es cosa seria y lo debes de pensar bien”.

Su padre habló también con los padres del novio, les dijo con un semblante serio y casi molesto, que si los hijos decidían casarse, se casaban por todas las leyes. Exigió, no pidió, conocer a los padrinos, que por tradición debían ser los mismos de bautizo o de confirmación y que son los que estarán encargados de velar por el bienestar de la pareja para evitar que las familias tomen parte directamente en los conflictos que se pudieran suscitar. A ellos les cuestionó sobre si realmente estaban dispuestos a ser representantes de alguien que a en un momento dado, tendría la obligación de ser un hombre de bien para mantener y cuidar a su hija que en ese entonces “era sólo una chamaca”. Y, finalmente, se puso a cargo de la regulación de los aspectos más importantes de la boda. Un día declaró:

“La boda se celebrará en seis meses, durante ese tiempo, él (el novio) tendrá que venir a verme a mí y a mi hija, para que se conozcan, para que se enseñe a respetar la casa, a mi chamaca y nos vayamos por lo seguro. Luego de los seis meses fijamos entre todos la fecha de la boda”.

Luego de los seis meses pactados para fijar al fecha de la boda, Maximina, un poco asustada por la seriedad que tomaban las cosas tan rápidamente, pidió a su padre una extensión de tiempo para poder pensar cuál era la mejor forma de dejar la casa paterna e irse a vivir con su esposo. Cosa que no agradó a la familia del muchacho, quienes reclamaron directamente a Maximina, que inteligente e independiente como era, declaró tajante de que con nadie lo hablaría más que con su prometido.

El muchacho que también era de Milpa Alta desde hace muchas generaciones, no resultó muy observante de las tradiciones y mientras lo que se usaba era que después de la boda, la pareja se fuera a vivir a casa de alguno de los padres para que éstos obser-

varan el desarrollo de los primeros momentos del matrimonio, el esposo de Maximina rentó una casa. Eso sí, en el mismo predio en que vivía su familia. Sin embargo, por consejo de una hermana de él, salieron de ahí: no querían problemas con el padre de Maximina, de quien decían, era algo “especial”.

El cambio de casa fue un indicio positivo para Maximina, pensaba que después de todo, no era tan mala idea la construcción de su propio espacio para que ella y su esposo hicieran su vida como mejor les pareciera. Aunque esto atentara un poco contra la tradición, la cual tampoco habían desobedecido completamente pues antes vivieron en casa de sus suegros.

Para continuar el contacto de Maximina con la familia de él, se decidió que debería de ser en un lugar en el que ambas partes se sintieran cómodas. Decidieron que el campo sería el punto de encuentro. En estos momentos de interacción, la entrevistada comenzó a observar la diferencia entre familias. La suya era muy pequeña y la de su esposo era enorme.

“En mi casa hacía tortillas a mano, como todas las mujeres, pero hacía unos dos kilos. Cuál no sería mi sorpresa al ver que en las comidas de la familia, mi suegra ya llegaba con una cubeta de hasta veinte kilos de tortillas y luego yo tenía que ayudarle a hacerlas.

Sin embargo, inmediatamente después del nacimiento de su primer hijo, Maximina se vio obligada a renunciar a la independencia del hogar que ambos estaban formando para ir a vivir, una vez más, a casa de sus suegros, donde tuvo que soportar humillaciones provenientes de sus cuñadas y su suegra, que la veían como parte de la familia, pero también como alguien que debía conocer las formas y modos de ellos para acoplarse de la mejor manera.

Al dicho de que “el pan ajeno, hace al hijo bueno”, Maximina tuvo que enfrentarse a las constantes preguntas sobre su relación de pareja y sobre la salud de su hijo que nació “enfermo”. Un día me comencé a sentir mal y me llevaron al doctor, ahí me dejaron hasta que me pusieron algo que me dio mucho sueño y me quedé dormida.

“Cuando desperté ya no tenía el estómago enorme, por las caras de los parientes de él supe que algo estaba mal, pero todo quedó claro cuando alguien me preguntó cómo estaba mi hijo. Para esos momentos yo no lo había visto, pero estaba muy cansada, tenía sueño y me volvía a quedar dormida. Luego vi a mi hijo y estaba normal, sólo tenía su piecito como de lado. Ya en la casa un día que mi hijo no dejaba de llorar, le puse algo en el pie y descansaba, pero si se lo quitaba volvía a llorar, le dolía mucho”.

Situación que felizmente terminó con el descubrimiento de que la supuesta enfermedad del recién nacido no era más que una fractura provocada por un descuido médico al momento del parto.

“Una pariente de mi esposo me dijo que eso no era normal, que no podía quedarme así con mi niño. Que era necesario que buscara atención médica en otro lugar. Que yo tenía la responsabilidad y que la avisara a mi suegra que mañana pasaba por mí para llevarme al Hospital 20 de Noviembre, donde tenía una sobrina trabajando que lo podía atender.

A mí sí me preocupaba porque su pie estaba morado y ya después de mucho tiempo me dijeron que no estaba malo que tenía una fractura, pero no fue de nacimiento fue un

descuido, pero no nos dijeron nada por temor de que demandáramos al médico”.

En la tarde, Maximina llegó con su hijo enyesado de la pierna y lo primero que recibió fueron regaños: le dijeron que si Dios había querido que su hijo estuviera de otra forma él mismo lo hubiera mandado así. Pero poco a poco fueron aceptando que la decisión de Maximina era la mejor para el niño, lo hicieron también porque el padre de ella le dijo que no era necesario tener aprobación de nadie para hacer lo correcto, que ella hiciera lo que tenía que hacer y que si algún día se sentía presionada económicamente recurriera a él para pedirle ayuda.

Como el niño comenzaba a mejorar y Maximina estaba ahora en la casa de los padres de su esposo, él comenzó a desobligarse, pensaba que la ayuda de su madre y el techo que le proporcionaba era suficiente para que Maximina y su hijo estuvieran bien. Entonces comenzó a beber, a ser grosero, dejando así de ser la pareja de ensueño que Maximina había idealizado. Se fue el hombre con el que tenía proyectos de vida, con el que había soñado ahorrar para tener una casa propia, un futuro juntos trabajando para darles lo mejor a sus hijos. Pese a la desilusión que causaba en Maximina esta nueva y terrible actitud, tenía que guardar silencio. “Yo no podía decirle nada porque estaban sus hermanas, estaba mi suegra y pues decirle algo, significaba iniciar un pleito”.

Ella jamás había convivido tan de cerca con el alcohol, su padre adoptivo lo consumía pero no en exceso y Maximina recuerda ocasiones en que dejó de beber ante la presencia de su hija: “Caballeros, me piden un litro de pulque y se lo toman a mi salud porque ya vino mi chamaca”. Con su esposo, en cambio, sí hubo situaciones que la molestaron y la asustaron, primero reaccionó con miedo, luego se armó de valor y se fue de la casa de sus suegros haciéndolo

comprender lo necesaria que era Maximina como pareja. Pero todo llegó a buen término el día que harta de tanto alcohol y descuido por parte del marido, le dijo, que si no cambiaba sus formas de comportarse y de beber, ella le pediría el divorcio.

El papá de doña Maximina insistía en que el vínculo adquirido con el matrimonio era uno muy fuerte y difícilmente disoluble; sin embargo, le aseguraba que ella tenía la obligación de exigirle a su marido cumplir con sus responsabilidades que “si quería tener un hombre flojo que no le pidiera y que si quería un hombre mujeriego que lo vistiera como un maniquí y no le exigiera, y si quería tener un hombre borracho que le arrimara un jarro de pulque”. También le decía que ella tenía bases, que ella debía de recordarle a su marido que él habló con su padre y le dijo que iba a cuidar a su hija, que iba a mantenerla y a darle todo lo que le faltara, también que se comprometió a casarse para respetarla.

“Me dijo, recuérdale que yo lo dije que si estaba convencido de casarse contigo porque eras una chamaca y no sabías de nada, y que él me respondió que nadie nace sabiendo. Entonces, ¿si nadie nace sabiendo? Ahora, ¿por qué te reclama, y no te da lo que te corresponde? Eso sí, hija, yo nunca me voy a poner de tu lado frente de él, porque de la cintura para arriba está el coraje y de la cintura para abajo está el contento, y a poco, cuando te contentes y estés abrazada ¿yo voy a estar en medio de los dos?”

El padre le enseñó a Maximina que las mujeres tienen otro sentido, uno que sirve también para manejar a los hombres. Le dijo que ellos son más lentos y no piensan a futuro. En cambio las mujeres, poseedoras de este sentido, deben de motivar a sus compañeros a ser más rápidos. “Los hombres son como los perros, porque

tan sólo levantan la patita para orinar y se van”, pero las mujeres no piensan así, deben de prever todo, incluso, las cosas de la casa. “Tú tienes que decirle que él te llevó, que tu no agarraste tu rebozo y te fuiste solita tras de él”.

En este periodo el dinero comienza a escasear sin razón aparente, para Maximina era todo muy extraño: “si antes pagábamos hasta renta y alcanzábamos para otras cosas, ¿por qué ahora que no pagamos renta no tenemos dinero?” La verdad es que el marido le daba el dinero a su madre para “apoyarla” con los gastos de la casa mientras que ellos comenzaban a ser cada vez más pobres.

Sin embargo, las cosas no iban tan bien como se esperaban y frente a la falta de iniciativa del marido y con las enseñanzas vivas de su padre, Maximina compró una máquina de coser. Primero comenzó a trabajar para el Centro Comunitario y, posteriormente, empezó a coser para sus hijos y su esposo. Las cosas eran diferentes cuando su suegra le pedía que le cosiera ropa, ella podía hacerlo con la máquina, pero como aún se sentía insegura para coser de una forma que le agradara a la suegra, optaba por esperar hasta la noche, a que la familia se quedara dormida para coser las prendas indicadas a mano, algo que había aprendido muy bien y que perfeccionó en su etapa de encierro en casa.

Mientras ella cosía, sus hijos jugaban en el petate, ella los observaba y hacía breves pausas para jugar con ellos esperando que pronto el cansancio los venciera. Su marido se negaba a dejarla trabajar, argüía que el trabajo era cosa exclusiva de hombres y que el trabajo de las mujeres era sólo cuando éstos faltaban, y él estaba a su lado. No obstante, ella insistía y como siempre, en esta nueva empresa, era completamente respaldada por su padre.

El padre se sentó con el esposo de Maximina, le dijo que el trabajo de su hija podría colaborar para los gastos de la casa, ella para terminar por convencerlo, le dijo que se comprometía a no

descuidar ninguna de sus obligaciones como madre, que seguiría criando a sus hijos, que los llevaría a la escuela y si no había escuela los cargaría hasta su lugar de trabajo. Para Maximina, tener trabajo significaba un gran avance en el sentido de que podría hacerse respetar más.

La oportunidad de trabajar se presentó de forma inesperada, gracias a su tía Raquel quien la invitó a trabajar en la conserjería de una escuela en el pueblo de San Juan Ixtayopan, uno de los pueblos originarios de la delegación Tláhuac, para lo cual debería mudarse de la casa de sus suegros. Su esposo no estaba de acuerdo en mudarse. Sin embargo, Maximina con menos de veinte años de edad y un hijo a quien debía cuidar y velar por su bienestar, tomó sus pertenencias y abordó la mudanza que ya había llevado su tía. Con temor y angustia se mudaba a su nuevo trabajo, pues aunque contaba con el apoyo de la tía Raquel su marido no estaba con ella. A los pocos días su esposo recapacitó y fue a buscarla a San Juan, entonces él ya se quedó a vivir con ella y su hijo. En ese entonces el trabajaba en el rastro de la Delegación.

Mejóro la relación entre su esposo y ella gracias a la privacidad que tenían al estar lejos de sus respectivas familias, pero por otro lado, su esposo viajaba constantemente a la casa de sus padres porque ahí tenía a sus amigos. Llegaron los días de preocupación por que su esposo no llegaba a dormir debido a que bebía demasiado y dedicaba su tiempo a los amigos después de su jornada laboral en el rastro. Eran tiempos difíciles y de constante aprendizaje, pues desde entonces Maximina recuerda que no debía descuidar las terapias de su hijo, a quien llevaba tres días a la semana a un hospital en la delegación Benito Juárez. Para ello necesitaba dinero, no bastaba el trabajo de la conserjería, por lo que también lavaba ropa de las maestras, preparaba algunos alimentos y se los vendía. Cuando las maestras, quienes también eran sus amigas, vieron los hermosos

manteles y servilletas que hacía, le encargaban más pedidos y hasta la elaboración de vestidos. Por otro lado, algunos días también ayudaba a su padre con la panadería, y cuando visitaba su antigua casa, también cuidaba a sus animalitos, los cuales eran regalos de sus padres, y llegado el momento ella podía venderlos y disponer de ese dinero, dedicado para el tratamiento de su hijo. Cabe mencionar que durante estos años concibió a dos más de sus hijos, por lo que el trabajo en casa para cuidarlos se incrementaba.

Las maestras de la escuela la regañaban por tener más niños, y de forma discriminatoria no le dieron una plaza como trabajadora manual en la Secretaría de Educación Pública para atender las instalaciones de la primaria donde vivía, debido a su tercer embarazo. Ella se entristeció profundamente porque le había ofrecido este trabajo y sabía que podría inscribir a su hijo en el ISSSTE. Al obtener la negativa de la directora le pidió que el trabajo se lo dieran a su esposo. De esa manera su esposo dejó el rastro y comenzó a laborar en la escuela. Cambiaron un poco las cosas, pero no mejoraron del todo.

En uno de sus viajes a la casa de sus padres en Milpa Alta, convergieron dos situaciones que ayudarían a Maximina a regresar a vivir en su pueblo: por un lado su suegra recibía en su casa al Señor del Santo Entierro, el cual es una de las advocaciones de la figura cristiana de Jesús que data del año de 1672, el cual tiene a sus mayordomos quienes se encargan de su cuidado durante un año. Su suegra le pidió a Maximina que recibiera al Señor del Santo Entierro en su casa, pero ella respondió que ni casa tenía. Su padre la increpó diciéndole “El Señor lo único que quiere es que lo acompañes, no le importa el lugar donde lo recibas”. Desde entonces ella asumió su compromiso de recibirlo dentro de diez años.

Mientras corría el tiempo y se acercaba el plazo de cumplir su promesa de recibirlo, ella aún no tenía su casa. Maximina está cons-

ciente de que un compromiso religioso es también un compromiso económico, por lo que estaba preocupada de no cumplirle al “Señor”.

La otra situación que influyó para que pudiera regresar a su casa fue la llegada de doctores a la comunidad de Milpa Alta en busca de un espacio para construir un Centro Comunitario. El pueblo de Milpa Alta además de ser tradicional, se caracterizaba por ser renuente a la llegada de gente ajena al lugar, por lo que nadie quería vender algún terreno para servicios comunitarios proporcionados por el gobierno.

Maximina jugó un papel importante en esta situación y fue uno de los vínculos sin los cuales los servicios médicos y legales proporcionados por el gobierno hubieran tardado más tiempo en llegar a Milpa Alta. Ella conocía a mucha gente del pueblo y tenía una cercana relación con los sacerdotes a quienes les pidió que les permitieran a los doctores dar consultas en un espacio que en ese entonces pertenecía a la iglesia. Tiempo después ella logró gestionar terrenos para la construcción de un centro de servicios para la infancia, el cual posteriormente se convertirían en las oficinas del DIF (Institución para el Desarrollo Integral de la Familia).

Realizó todos los contactos y encargos por parte de los doctores, ingenieros, abogados que deseaban construir este centro en su comunidad sin que mediara ningún pago monetario para ella. Su único interés era poder ayudar a su comunidad con la llegada de estos servicios y además tener acceso al doctor de forma inmediata, pues hay que recordar que desde el nacimiento de su primer hijo ella lo llevaba a terapia de forma ininterrumpida por varios años hasta las delegaciones centrales del Distrito Federal y ahora tenía la ventaja de contar con estos servicios sin realizar largos viajes o pagos.

A tan sólo dos años antes de cumplir su compromiso religioso con el Señor del Santo Entierro, el Padre de Maximina le ofreció tanto a ella como a su marido un espacio dentro de su terreno para

construir unos cuartos en donde pudieran recibir al “Señor”. De esta manera, su esposo empezó la construcción de la que hoy en día es su casa.

Una vez concluido el Centro Comunitario de Atención para los Infantes, ella recibió una oferta de trabajo en este lugar, se volvería la encargada de la lavandería. Su nuevo puesto implicaba tener un horario completo desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Esto la motivó a dejar el pueblo de San Juan Ixtayopan y mudarse de nueva cuenta a Milpa Alta.

Desde entonces, ella parecía ser una mujer incansable y trabajadora, cuidaba de sus tres hijos pequeños, ayudaba a su padre con la elaboración y venta del cocol, además de realizar múltiples tareas en su comunidad para que se hiciera realidad la construcción del Centro Comunitario. Con la llegada de este nuevo trabajo se sentía más segura respecto al cuidado y mantenimiento de sus hijos. La relación con su esposo también tuvo sus altibajos pues ella ahora se sentía una mujer segura, así que pensó que podría prescindir de un marido que era renuente a dejar la bebida o a sus amigos. Su padre le advirtió que no pensará de esa forma soberbia, pues su esposo era el padre de sus hijos y que le debía respeto. Ella recapacitó y la vida le dio una nueva sorpresa y para ella una bendición. Pues así como ella percibió a la enfermedad que se avecinaba, pues fue una oportunidad para restablecer su familia.

Hasta que el esposo cambia totalmente de perspectiva y lo hace porque Maximina Jurado Muñoz cae grave en la cama. Los doctores le diagnostican artritis y le dicen que la enfermedad es producto de tanta presión acumulada.

Doña Maximina enferma a la edad de 26 años, y el médico del ISSSTE le indica que esa enfermedad es incurable, por tanto, ella tenía que cuidarse porque se le iban a deformar cada uno de los huesos. En ese tiempo, los médicos no le daban muchas esperanzas

de vida, máximo ella iba a llegar a la edad de treinta años. Pero con el nuevo ánimo de su marido y los cuidados de sus familiares y amigos, sumados a las sesiones de temazcal, ella se fue recuperando poco a poco.

Cuando muere su padre la vida de la madre de Maximina cambió radicalmente, lo primero que hizo fue pedirle a Maximina apoyo para poner una tienda y vender dulces; algo que Maximina Jurado consideró prudente, pensando que la madre se haría de su dinero y que también terminaría por distraerse. Sin embargo, la gente del pueblo no pensó igual e inició el rumor de que Maximina no era capaz de proveer a su madre de lo necesario y entonces la había puesto a vender dulces en una mesita.

La familia de la madre de Maximina la aconsejó en contra de su hija y para que reclamara por la supuesta apropiación de un terreno y acusándola de haber construido en él una casa y haber puesto a vender dulces a su madre fuera de ella. El problema terminó en la delegación, en el área judicial, ante la cual la familia peleó para que Maximina comprara a su mamá el terreno, argumentando que ella no era hija legítima y había construido ese lugar sin permiso. Por tal motivo, el juez le dio 48 horas para que ella pagara y con esa preocupación Maximina empezó a recaer en una enfermedad achacosa que la asediaba desde algún tiempo atrás.

La mamá de Maximina se volvió agresiva debido a los chismes y a los malos consejos; todo el tiempo le reprochó lamentándose del momento en que la recogió, acusándola de ingrata y exigiéndole el pago del terreno que estaba ocupando. La pelea legal llegó hasta los jueces, quienes tras las indagatorias determinaron ampliar el plazo de pago del terreno, puesto que el padre se los heredó a su esposa y a su hija, aunque sólo de palabra, ya que la madre respondió la pregunta de los jueces sobre quién se encargaba de ella, respondiendo que “sólo Maximina”.

Entonces los pagos quedaron divididos en tres exhibiciones y cuando terminó (con ayuda de su marido) algún tiempo después, Maximina aceptó que su madre, quien había caído enferma, viviera con ellos sin ningún resentimiento por la demanda, pues comprendía que el enojo no era buen consejero y que su madre había estado muy “mal aconsejada”. Durante toda esta amarga experiencia, sus hijos fueron el motor que la sostuvo.

La madre de Maximina enfermó gravemente y aquella tuvo que acudir a los servicios de personas para que se hicieran cargo de ella mientras trabajaba; sin embargo, le quedaban mal y al final, Sarahí (la más pequeña de los hijos de Maximina) optó por abandonar sus estudios en el CONALEP para cuidar de su abuela. A la gente que iba a visitarlas, la madre de Maximina les contaba alguna historia sobre la Revolución.

Los padres de Maximina Jurado vivieron durante la Revolución Mexicana, su padre tenía una hermana que se encargaba de todo lo relacionado con la casa, porque su padre, el abuelo de Maximina, trabajaba prendiendo los faroles con petróleo en la Ciudad de México y casi nunca estaba en casa. Y su esposa, la abuela de Maximina, murió cuando nació su segundo hijo, el padre de la señora Jurado. Hasta que un día que regresaba con unas cubetas de agua, un coronel se fijó en ella y se la llevó para que les preparara alimentos a los zapatistas.

La madre de doña Maximina también vivió en este momento pero de otra forma: su familia era tan pobre que subsistían de lo que recolectaban pidiendo limosna en las calles. Era algo que tenía tan internalizado que nunca lo pudo olvidar y era justo el tema recurrente que platicaba con las visitas que llegaban a saludarla cuando estaba enferma.

En el lecho de muerte, la madre de Maximina le pidió perdón por lo de la demanda, por haberle dicho que era una “recogida” y,

sobre todo, por haberle cobrado el terreno. La moribunda pidió a su hija que la enterraran junto a su marido, que la fueran a visitar al panteón y que dieran aviso a todos sus ahijados para que la fueran a ver.

Los últimos días, aunque sabía que su madre de casi cien años de edad, ya no escuchaba bien, los consagró llevándole noticias de sus nietos y le platicó del divorcio de uno de ellos, su hijo Antonio, “ahora las mujeres son modernas y con ello vienen los matrimonios desechables porque no se les puede decir nada”, decía que “en estos tiempos, las mujeres están por un lado, los hombres por otro y los niños que se eduquen solos”.

La madre antes de morir le decía a Maximina que tenía que estar al pendiente de su hijo para no regresara al vicio, además le solicitaba que viera por sus nietas porque eran mujeres. “A Tony no le aceptes otra mujer, sí él decide rehacer su vida con otra, tu mantente al margen”. En ese tiempo, su mamá a pesar de la avanzada edad, de casi cien años, estaba completamente lúcida y como Maximina se había jubilado, pasaba todo el día con ella. Maximina nunca olvidó las recomendaciones de su madre y cumplió estas peticiones al pie de la letra, tanto que al morir su madre la enterró en el lugar del panteón que compró para ellos, junto a su padre.

Actualmente, la familia de doña Maximina tiene un negocio que brinda servicios de temazcal y tienen clientes de todas partes, tanto de México como del extranjero. Sus clientes mayoritarios son españoles y a ella, a doña Maximina, le gusta que le cuenten historias sobre el lugar de donde provienen; porque siente que al imaginarse todos esos lugares lejanos, ella viaja junto con su mente y conoce, sin verlo, el mundo entero.

Para superar su enfermedad, doña Maximina recurre al temazcal y a sus propiedades terapéuticas, aunque cree que lo más importante es mantener alta la autoestima. Ella es feliz cuando ve que sus clientes se retiran más aliviados de sus malestares y pese a

los muchos años de experiencia que tiene ya en éste negocio, ella cree que no es por ella que se curan los males, sino por obra de la madre tierra, a quien ella sirve solamente como instrumento. Lo único que le pide a sus clientes es que le hablen con la verdad, pues si mienten “ellos son los que se mienten” dice.

Doña Maximina cuenta varias experiencias: unos clientes le comentaron que uno de sus familiares había tenido un accidente de motocicleta y que estaba muy grave en el hospital, pero ella les dijo que hasta que saliera del hospital podía darle masajes.

Poco tiempo después, los señores que la habían visitado, le llevaron a un joven, que ella recuerda como muy alto, poseedor de una mirada distraída, perdida. Doña Maximina pensaba que el joven actuaba de esa forma como consecuencia del accidente y por los medicamentos, que para ella eran los culpables de que el paciente no reaccionara.

Pero conforme fue asistiendo a las sesiones, ella se dio cuenta de otros problemas que le habían ocultado sus familiares respecto al joven. En una sesión, por ejemplo, el joven le confesó a Maximina que para él, antes que su familia estaban sus amigos. Maximina le respondió que estaba mal y que él tenía que ver primero por sus hijas y su esposa. Además, le aconsejó que diera gracias a dios por haberle dado otra oportunidad para vivir y que creyera en un él porque lo iba a curar.

En ese periplo, doña Maximina supo que no le dijeron toda la verdad sobre su paciente y que este secreto era el que imposibilitaba la curación, los familiares viendo las grandes mejorías en su pariente, le confesaron que el joven tenía un problema serio de drogadicción y que al momento del accidente se encontraba bajo los influjos de un fuerte estupefaciente. Gracias a la verdad y a la medicina ancestral, el joven retomó su vida y ahora es una persona

mejor que está dejando la droga, y se está reencontrando con la familia que, por el vicio, tanto tiempo descuidó.

Doña Maximina considera que la madre tierra es la que nos proporciona todo lo necesario para nuestra alimentación, y que por la salud hay que agradecerle a dios, así, con minúscula, porque Maximina no habla de un dios único y que sin importar la religión que profese cada quien, el agradecimiento por lo que se tiene es lo más importante que “ningún dios se separa nunca de nosotros, en todo caso, somos nosotros los que nos separamos”.

La última voluntad de Maximina Jurado Muñoz es que cuando muera nadie le llore, quiere que si alguien tiene algo que decirse lo diga en vida y de frente. No quiere lutos y menos de sus hijos, esas sensaciones negativas angustian a quienes las tienen y terminan por enfermarlos, como es claro, ella no quiere la enfermedad para sus hijos, lo único que sí les pide es que la entierren luego de tres días de muerta.

Ella cree que nuestras acciones o nos retribuyen o nos destruyen, pero la transformación constante, la salud y la limpieza son las cosas que más deben preocuparnos en la vida. “Debemos arriesgarnos, hacerlo todo”, concluye.





“El varón y la mujer son iguales ante la ley. Esta protegerá la organización y el desarrollo de la familia”.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos

Memorias de familia

Diana Patricia González Soto

La unión de la familia no se mide por el número de miembros, sino por la unión que hay en ellos.

Familia González Soto

Agradezco a la comisión Especial de la Familia, de la cual me enorgullezco de ser integrante porque me da la oportunidad de reflexionar sobre las características, tradiciones, cultura y costumbres de las familias mexicanas, pero, además, me permite hacer un alto en el camino para recordar lo vivido desde mi infancia y juventud en la hermosa familia que Dios me regaló y que en ocasiones por descuidos injustificados no les damos el tiempo que requiere y nos perdemos en cosas vanas que después es difícil de recuperar.

Somos bendecidos quienes tenemos una familia, pues sabemos que siempre está con nosotros, que nos apoyan en todo momento, no importa la edad que tengas, no importa lo lejano que te encuentres, ¡siempre están ahí! Protegiéndote, amándote, aconsejándote.

A usted amable lector y a mi Familia GONZÁLEZ SOTO, dedico este espacio que sin ser escritora lo dicto desde lo más profundo de mi corazón remembrando los años más hermosos de mi vida: los años sesenta.

Mi infancia la puedo describir con una palabra: “felicidad”, por ello en este relato de familia, me concretaré en narrar episodios de esa época. La época que evoca en mi mente momentos inolvidables.

Crecí en el seno de una familia mexicana cuando nuestro país atravesaba una grandiosa etapa de crecimiento económico, estabilidad y oportunidades de desarrollo para todos: había las fuentes de empleo que se necesitaban, se gozaba de salarios dignos, el acceso a la educación estaba menos restringido, se disfrutaba de una mayor seguridad, totalmente diferente a la situación prevaleciente en el entorno actual.

Nací en Monclova, Coahuila, una ciudad industrial, cuya economía giraba en la empresa ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A. Una gran industria siderúrgica y la más grande de América Latina.

Mi padre Fernando González Villarreal, ingeniero civil, y mi madre Cuquita Soto, maestra de primaria, mujer íntegra y comprometida con la educación, me enseñaron desde pequeña los valores de trabajo, amor y cariño a mis semejantes.

Soy la tercera de cuatro hermanos y única mujer, Fernando Alfonso, Carlos Gerardo y Jorge Arturo, un año de diferencia entre cada uno. Somos una familia de clase media que luchaba todos los días, como lo hacen muchas familias mexicanas, por que nada nos faltara: alimentos, educación, vestido y uno que otro lujo como ir al cine o a pasear una vez cada quince días y esto condicionado: siempre y cuando nos portáramos bien durante la semana y hubiéramos hecho las tareas de la escuela y de la casa. Recuerdo que en mi familia había un alto grado de integración, solíamos pasar mucho tiempo juntos: era común reunirnos en el comedor para compartir los alimentos y charlar durante largo tiempo, salir los fines de semana y gozar las vacaciones. La guía y el apoyo que nos brindaban nuestros padres, era constante y la disciplina fue siempre tajante, por lo que era habitual que los me-

nores mostráramos respeto a los adultos y en general a cualquier persona mayor.

Mi madre siempre fue la encargada de llevar las riendas del hogar, un poco estricta en ese entonces, pero al pasar de los años le agradeces porque aprendimos el valor de la responsabilidad. Nos llego a estirar las orejas, a dar unas nalgaditas o a hincarnos hasta por cinco minutos en un rincón; situación que en esta época ya estaría la Comisión de Derechos Humanos o la Procuraduría de la Familia llamándole la atención.

Fuimos creciendo en un ambiente sano y amoroso, con altas y bajas, con tristezas y alegrías pero siempre unidos. Gracias a las condiciones sociales que disfrutábamos en aquella época fue posible que al interior de las familias se pudiera proveer a los hijos del amor, respeto y la educación que requeríamos para desarrollarnos como seres humanos y para que se nos infundieran y arraigaran los valores necesarios que nos ayudaran a ser mejores seres humanos y ciudadanos.

Vivimos por muchos años en casa de mi abuela Margarita y cuando mis padres con mucho esfuerzo decidieron construir una casita, tuvimos reunión familiar y recuerdo muy bien que nos dijeron: de ahora en adelante, vamos hacer un ahorro en los gastos.

En ese momento dijimos: “¿Por qué? No es justo”; pero gracias al esfuerzo compartido, hoy mis padres tienen un patrimonio y una casita donde vivir que los resguarda en esta etapa de su vejez. Tengo que reconocer que gracias al cariño, atención y cuidado de una gran mujer, “mi madre”, nuestra familia se mantuvo sólida y fuerte.

Una experta en las finanzas y en la organización del tiempo porque con poco dinero lograba estirar el gasto de tal manera que se cubriera lo más elemental y cuando faltaba para algo, pedía préstamos, le fiaban o compraba las cosas en abono pero nunca se desmoronaba nunca la escuché que se quejara o que dijera: ¡No se Puede!

Y experta en la organización del tiempo porque era la primera en despertarse, nos hacía el desayuno, nos llevaba a la escuela, se iba a trabajar, nos recogía a las dos de la tarde, se ponía a hacer la comida, revisaba las tareas, nos llevaba a clases de pintura, natación, según fuera el caso, entrenaba tenis (su deporte favorito) y, por la noche, a cenar, a dejar nuestros uniformes limpios y planchaditos para el día siguiente, y a dormir.

¡Que ser humano tan extraordinario!

Supo educarnos para que fuéramos buenas personas y forjáramos nuestros propios ideales. Para ella éramos perfectos, nos dio la libertad y nos abrió las alas para que pudiéramos volar muy alto; y el día que iniciamos nuestro vuelo, se ató los pies para detener el impulso de seguirnos y con nostalgia nos dio la bendición y nos dijo: adelante mis pequeños conozcan el mundo y aprendan a defenderse.

Mi padre un hombre serio y tranquilo se limitaba a trabajar para proveer lo necesario y llevarnos a pasear los domingos en ese hermoso automóvil: un Opel color beige del año 62; ocho años más viejo de la época que les platico, pero para nosotros era un último modelo.

Hoy que los veo frágiles, cansados, agotados, pienso que ha llegado nuestro momento para recompensar con creces su entrega y cariño. Mi madre merece una estatua que diga “EJEMPLO DE FORTALEZA”, y es que es sobreviviente del terrible mal que afecta a millones de mujeres: el cáncer, y que después de varios años de lucha pudo salir victoriosa. Hoy hace hasta lo imposible para ocultar el dolor que padece en las rodillas y que le impide caminar como ella esta acostumbrada, hace un mes salió de una operación y de manera impresionante se ha ido recuperando.

Vi siempre su rostro sereno, que tal vez escondía miedos o dolor pero nunca los externó para que no nos preocupáramos. A

veces pienso que tiene poderes mágicos, porque puede hacer que el mundo tormentoso deje de existir y al cabo de unos minutos vuelva a la normalidad; y cuando tengo problemas, sólo con verla me tranquilizo, con sólo escuchar su voz calmada y paciente me da seguridad en un instante. Ella sabe que es el pilar la familia y por eso hace todo lo posible por conservarla.

Busca pretextos para hacer reuniones e invitar a los hijos, nietos, hermanos, tíos, sobrinos. Recuerda siempre las fechas de cumpleaños de todos, envía una tarjeta o lo soluciona con una llamada telefónica y ni se diga en Navidad, desde octubre comienza a comprar regalos y prepara su larga lista de compromisos para que nadie le falte. Su generosidad no tiene límites.

Mi Padre, con su mirada ausente, su voz entrecortada y balbuceante y su caminar lento, recorre los pasillos de la casa tropezándose con cuanta cosa esté cercana. Y es que la dolorosa enfermedad del Alzheimer lo ha ido atrapando como a tantos adultos mayores de nuestro país, y digo dolorosa porque aunque mi Padre no sienta nada, la gente que lo amamos nos rompe el corazón cada vez que estamos cerca de él. Duele mucho verlo perdido en un mundo que no reconoce. Duele mucho no poder platicar con él como solíamos hacerlo.

Duele mucho que cuando te ve, te pregunta: “¿y tú quién eres?”, pero más nos duele verlo que lentamente se nos va de las manos y con la impotencia no poder detener el tiempo, ni hacer nada por él para volver a verlo sano, guapo y fuerte.

Al paso del tiempo, me doy cuenta de que la familia es lo más importante y tenemos que valorarla como tal; cuando estaba pequeña creía que mis padres eran súper héroes, porque todo lo sabían y lo solucionaban, y hoy sé que mis padres no tenían súper poderes, que nosotros fuimos su fuente de poder, que sólo eran seres humanos amorosos que hacían todo lo posible para que nuestra vida fuera más fácil.

Por ello, es el momento de dignificar a la familia, de valorarla, de respetarla, de amarla, de cuidarla, no dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy, porque después puede ser demasiado tarde y nos lamentamos toda la vida. Recuperemos el tiempo perdido.





Paulina García Hubard / BIZAR

“Las mujeres hacen una gran contribución al bienestar de la familia y al desarrollo de la sociedad, cuya importancia todavía no se reconoce ni se considera plenamente. Debe reconocerse la importancia social de la maternidad y de la función de ambos progenitores en la familia, así como en la crianza de los hijos”.

Plataforma de Acción de Beijing, 1995

Yo no voy a mantener zánganos

Ruth América Sánchez Ríos

Miguel Ángel Dorado

Doña Carmen tiene 68 años, es una mujer de carácter fuerte pero nunca abusiva. Es de una persona de honor, para ella su palabra vale tanto como su dinero, si la da es porque la va a cumplir, sino mejor se queda callada. Es además costurera y sabe hacer unas deliciosas paletas de frutas naturales.

En algún momento de su vida, doña Carmen sintió la necesidad de una pareja para cumplir el sueño de una familia; pero luego de amargas experiencias, descubrió que toda familia es producto principalmente de la solidaridad y que para formar una, se necesitan no sólo buenas intenciones, es imprescindible una pareja que quiera, respete y proteja a todos los miembros de la familia.

Por ello, frente a la ausencia de una pareja con esas características, doña Carmen afirma que existen momentos en la vida en que uno de los padres debe ser padre y madre a la vez; debe de proveer lo necesario para la educación y el amor necesario para seguir adelante. Este es el caso de doña Carmen, mujer fraguada en el trabajo duro y en el cariño por los suyos. Mujer profundamente religiosa y comprometida con el desarrollo

de sus hijos y de cada uno de sus nietos en quienes ve el reflejo de sus duros años de trabajo.

Doña Carmen:

“Estudien, aprovechen lo que tienen, saquen buenas calificaciones y no reprobren; sí van a reprobar, mejor pónganse a trabajar porque yo no voy a mantener zánganos. La oportunidad que se les da es para que no tengan que vivir la vida que yo estoy viviendo, para que salgan, para que tengan su casa y no sigan este camino”.

Con esas palabras, fuertes pero ciertas, la señora Carmen motivaba a sus hijos a salir adelante, a buscar el propio camino. Y es que, efectivamente, la vida de doña Carmen ha sido difícil, ha trabajado de muchas cosas y ha descubierto que la educación y el compromiso son las únicas herramientas que posibilitan la real libertad. Sabiendo eso, podemos comprender sus palabras y apoyarla en su actitud de castigar cualquier intento proveniente de alguno de sus hijos por desaprovechar la oportunidad de un futuro promisorio, que otorgan los procesos educativos para los cuales, es menester mencionar, se requiere mucho tiempo, dedicación y, sobre todo, interés.

Doña Carmen nació y creció en Juquila, Oaxaca, hasta que cumplió los 16 años y deja a su pueblo y a su amada virgen milagrosa, “que escucha a todos los que le saben pedir”. Se mudó porque tenía la firme intención de estudiar y destacarse para que, en un futuro, estar exclusivamente dedicada al mundo de la alta costura. Ella, igual que sus hijos años después, contaba con el apoyo incondicional de la madre que siempre la impulsó a construir su propia identidad y le proporcionó las herramientas adecuadas para intentarlo.

Sin embargo, en Oaxaca no existían las oportunidades que ella buscaba para su futuro y decidió mudarse hasta Monterrey, donde vivía una media hermana de su padre, quien amablemente le permitió quedarse en su casa mientras comenzaba sus estudios, que más tarde se transformarían en su modo de vida. Era en esta ciudad donde se encontraba uno de los espacios en los que se podía estudiar con buenos profesores y compañeros con similares intereses, lo que le permitiría ampliar sus horizontes.

Es importante señalar que se muda con su tía, la hermana de su padre, no sólo porque marca un parteaguas en su vida y es el primer paso para la realización de su vida como profesional, también porque doña Carmen no conoció a su padre. Tiene muy vagos recuerdos de él y los que están sólidos, podríamos decir que son casi prestados:

“A mi padre lo asesinaron por envidias, era de esos que saben trabajar y al poco tiempo logró hacer mucho dinero. La verdad yo no lo recuerdo muy bien pues sólo tenía tres años cuando lo mataron, pero sí tengo memoria de lo que mi madre decía sobre él: que era una persona excepcional, que mientras estuvieron juntos ella no tenía que preocuparse por absolutamente nada, pues hasta los calzones le llevaba”.

La madre, con quien doña Carmen basó toda su relación de familia, fue siempre una mujer trabajadora, siempre hacía algo en casa, estaba ocupada y trabajando en algo. No obstante, después del asesinato de su esposo, se vio obligada a buscar un trabajo fuera de casa y con una remuneración suficiente para poder mantener a flote a sus hijos, que nunca recibieron ningún apoyo por parte de la familia de su padre, acción que fue difícil para toda la familia, pues generó en ellos la sensación de desamparo, de falta de perte-

nencia, como si la familia de su padre, hubiera roto los lazos que unían a una pareja que se separa no por pereza o falta de cariño, sino por un terrible accidente. Doña Carmen y sus hijos se sintieron negados por la familia del padre, a pesar de haber mantenido una muy sana relación y de que en ningún momento la madre le faltó el respeto a su esposo.

Sin embargo, la ausencia del compañero y la falta de solidaridad de la familia de él, acto para nada esperado, no fueron motivos suficientes para que la madre se detuviera y se abandonara a la tristeza. Todo lo contrario, se sintió fortalecida por el amor a sus hijos a quienes vio vulnerables y para los cuales se dio cuenta, era absolutamente necesaria.

Pensaba que si ella no era capaz de proveerles lo necesario para tener una vida digna, nadie lo haría, para muestra un botón: la familia de su esposo le había dado la espalda. Entonces, alejada de su otra familia se puso como meta no sólo sacar adelante a toda su descendencia, sino hacerlo de la manera más rápida posible, y con las expectativas más altas para que todos tuvieran una vida libre de cualquier tipo de dependencia hacia una persona y no se llevaran la sorpresa de que alguien no los apoyara.

En ese momento y con esas ideas firmes en la cabeza, se puso a buscar empleo en todos los lugares, pero como era mujer y, además, viuda de un señor asesinado en Juquila, un pueblo bastante pequeño, todos los trabajos le pagaban muy poco o de plano no la contrataban. Así que un buen día decide dejar de buscar trabajo en otros sitios, y se hace dueña de una panadería en la que trabajó muchos años y en la que, basada en su experiencia de búsqueda de empleo, dio oportunidad a bastantes jóvenes de trabajar y ganar su propio dinero. Estos empleados tenían como tarea fundamental ayudar a la madre de doña Carmen en todas las actividades, pero, principalmente, colaborar con ella en la fabricación del pan de

yema, también elaboraban pan de huevo, de manteca, de sal, en fin, de casi todos los tipos de pan para surtir a las tiendas del pueblo.

El caso es que a pesar de las adversidades, la mamá de doña Carmen supo sacar adelante a cada uno de sus hijos con base en el trabajo y la paciencia. Pero cuando sentó a Doña Carmen, le dijo que tenían que platicar de algo serio y la cuestionó sobre el oficio que ella debía elegir al terminar la primaria; lo hizo pensando en que doña Carmen seguiría sus pasos y mantendría la panadería que tanto trabajo le costó. Pero para su sorpresa, su hija ya tenía otros planes, en los que la panadería, que consideraba laboriosa y sucia, no entraba. Doña Carmen, luego de dar su punto de vista sobre el oficio de panadero, le respondió que se inclinaba por el Corte y confección, una actividad más limpia, más ordenada. En pocas palabras, una profesión más propia para una mujer como doña Carmen que quería destacarse en la vida. Pero las buenas voluntades no bastan y a pesar de que ya estaba en edad de aprender el oficio que tanto le ilusionaba, doña Carmen no estudió Corte y confección de inmediato, dejó pasar cuatro largos años, que es más o menos el tiempo transcurrido desde la elección del oficio, el cual corresponde con su salida de la primaria hasta la mudanza a Monterrey. En este tiempo, calificado por ella como “el de no hacer nada”, doña Carmen se dedicó a aprender el oficio de la panadería y a ayudar en el negocio de la madre; pero ella considera que estuvo dedicada “exclusivamente a divertirse, a conocer amigos y, por supuesto, a bailar danzón, *rock and roll* y *twist*”, que eran los usuales en la época; eso sí, “sin probar nunca ninguna droga ni ningún alcohol”, para divertirse le sobraba con las charlas y los bailes con los amigos.

Cumplidos los 16 años, doña Carmen dejó Juquila y se dedicó a estudiar. Se alejó de las fiestas y los amigos para estar enfocada, por un año entero, al aprendizaje de las técnicas básicas de Corte y confección; una etapa importante: además de dejar su pueblo,

estudia lo que siempre quiso y se da la oportunidad de demostrarse que sí era capaz de aprender y hacer cosas importantes.

Dos años después, cuando tenía 18 años, le toca nuevamente cambiar de residencia, esta vez a Tuxtepec, Oaxaca, para vivir con su madrina. En este lugar entra a la afamada Academia Ruiz, una institución especializada en la enseñanza de una técnica de Corte y confección, que Doña Carmen aprende al dedillo: el *Sistema Ruiz*, una técnica de costura utilizada principalmente en Veracruz que consiste en prescindir de patrones estandarizados para realizar las prendas.

El *Sistema Ruiz* enseña la forma correcta de tomar las medidas exactas de cada persona y a entregar un producto único, diseñado individualmente. Lo interesante de este sistema es que se cubren las necesidades de cada cliente. Es decir, cada prenda realizada con este sistema es única, irrepetible y, sobre todo, acorde a la persona que lo encarga. Sin embargo, para doña Carmen, la pasión por la costura no se limitaba a prendas individualizadas, así que se puso a explorar otras vetas y después de salir de la Academia Ruiz, consiguió hacerse aprendiz de un destacado sastre que le enseñó todo lo relacionado con la moda de hombres, prendas como los sacos, camisas de vestir, pantalones y chalecos.

Ahí mismo, en Tuxtepec, cuando era aprendiz del mencionado sastre, doña Carmen tiene la fortuna de conocer a la maestra Karina Ortiz, quien llega al poblado para ser la madrina de quince años de la hija de los vecinos de doña Carmen. Sin embargo, en la casa de los vecinos no podían ofrecer asilo cómodo a la profesora y, por tal motivo, le solicitan a la madrina de doña Carmen instalar a la maestra Karina en la misma habitación que su ahijada, petición a la que accede gustosa y que para doña Carmen es la oportunidad para tener contacto con otro tipo de personas, con actividades ajenas a las propias.

En ese momento, ambas forjan una fuerte amistad, no sólo compartían un espacio, también tenían largas y apasionantes charlas sobre los beneficios de la Ciudad de México (lugar de origen de la profesora) en cuanto al campo laboral en general, pero relativo al mundo de la alta costura en particular. Así que siguiendo el sueño de trabajar en la costura, doña Carmen deja nuevamente su casa y se muda a la enorme ciudad para compartir casa con la profesora y el hermano de ésta.

Una vez en el Distrito Federal y con el ánimo decaído al no lograr encontrar el trabajo que ella tanto deseaba, doña Carmen inicia una relación con el hermano de la maestra Karina, con quien compartía casa. Una relación vertiginosa que terminó en un embarazo después de seis meses de noviazgo.

Como era de esperarse, la boda más que ser algo preparado por ser un evento deseado o la culminación de un sueño que ambos tenían, se transformó en un trámite burocrático necesario para darle algo de seguridad a su relación y al hijo que juntos engendraron. Todo fue rápido, primero, el noviazgo en la casa que compartían con la maestra Karina, luego el sorpresivo embarazo para terminar con una boda civil que no fue planeada.

En este fatídico escenario, la nueva pareja tampoco contó con el apoyo de ninguna de las familias; por una parte, la parentela de su futuro esposo demostraba un fuerte rechazo por dos motivos: en primer lugar, sentían una sensación de ser burlados pero, sobre todo, la incapacidad para asimilar que una muchacha tan soñadora se enamorara de un sujeto con un carácter tan explosivo como el de él. Ya, en varias ocasiones, había demostrado su inclinación hacia la violencia y al poco respeto hacia las mujeres. Actitud que evidentemente, reprobaban pero que no habían sido capaces de modificar por ningún medio.

Por otro lado, estaba la familia de doña Carmen representada por la madre. Mujer, que como vimos, fraguada al calor del trabajo

y de la falta de apoyos. Veía en su yerno el más grave error de su hija, del cual sólo se podía hacerse cargo la paciencia y la resignación de aquella palabra: “acepto”, dada por su hija al casarse por el estado civil, ya embarazada y sin el respaldo de ninguna de las partes que compondrían la familia que aquí retratamos.

Doña Carmen se casó sólo por el civil, pues ninguna de las familias estaban equivocadas: su esposo y futuro padre de sus hijos, no era un hombre bueno, no era lo que se espera de un hombre maduro y con trabajo estable. Era por el contrario, abusivo, grosero y una persona totalmente amargada; quien jamás la apoyó en ninguno de los proyectos que doña Carmen iniciaba para darle una mejor calidad de vida a ellos y a sus hijos.

Por ello y a pesar de los deseos explícitos de él por continuar con una boda en la iglesia, ella jamás aceptó: no le importaron las promesas de cambio. Sus creencias religiosas era algo que doña Carmen valoraba tanto que celebrar una boda frente a Dios; le parecía una ofensa a las familias, a su dignidad, pero, sobre todo, a su religión, y más porque ponía de testigo a Dios de la felicidad inexistente de una pareja recién formada al calor no del amor, sino de las decisiones precipitadas.

En un primer momento de casados decidieron marcharse de la casa de la maestra Karina, con quien habían tenido muchos desencuentros por el embarazo y la boda prematura, y se mudaron a Cuautitlán Izcalli (en aquel entonces era conocido como Cuautitlán de Romero Rubio). Donde habitaban en una pequeña casa rentada, pero pronto se tuvieron que mudar y llegaron hasta San Agustín en el Estado de México. Esta vez la casa sí era propia, le pertenecía a él pero no era propiamente una casa, “era más bien un jacal donde se vivía casi en pobreza extrema”. Jacal del que doña Carmen procuraba salir, así que con mucha regularidad salían con todo e hijos a visitar a alguno de los otros quince hermanos de su esposo que

estaban regados por todos lados. No iban a pedirles apoyo, sólo se trataba de salir de ese pequeño y paupérrimo lugar que le causaba tantas desolaciones a doña Carmen.

El esposo, cuando doña Carmen lo conoció, era el contador principal de un banco. No era cualquier empleado, era el contador principal, además, el señor era un hombre muy bien vestido, siempre perfumando, un personaje realmente atractivo: “más para alguien como yo”. Con estos antecedentes, doña Carmen se prenda de él inmediatamente, piensa que es un sujeto como los que no se ven todos los días.

No obstante, el señor tenía una especie de doble personalidad: en el trabajo era reconocido por ser honorable y responsable; pero en casa, se transformaba, era como si fuera otro: “era un personaje amargado, borracho, mujeriego e incluso *pegalón* [sic]”. Con el cual, la convivencia era imposible, casi una tortura, además, “era muy codo, nunca nos daba nada de lo que necesitábamos”. El esposo de doña Carmen no era el sueño que ella tenía, no era parte de una familia, era un personaje independiente, con el que ella y sus hijos se veían en la necesidad de compartir techo pero no por cariño, sino por las circunstancias en las que vivían.

Para doña Carmen esto fue difícil, casi un infierno, pues desde muy pequeña tenía un ideal de vida perfecta que se fundamentaba en tener una casa bonita, bien pintada por fuera y por dentro, que además contara con todas las comodidades para ella y para sus hijos: muebles, ropa, electrodomésticos y juguetes para su descendencia.

Este sueño era recurrente, sobre todo, cuando sus hijos eran pequeños. Pero como él no compartía esa ilusión y asumía a su familia como un error, todo el dinero que ganaba en el banco, lejos de invertirlo en la casa o dárselo a su familia para que no tuvieran ninguna necesidad, lo gastaba en sus caprichos personales que iban desde borracheras de semanas hasta noches con otras mujeres; lo

que evidentemente molestaba a doña Carmen y le reducía el amor propio. A su vez, los hijos comenzaban a pensar en su padre como algo innecesario, como un accesorio prescindible en sus vidas.

Para darle escuela a su descendencia, doña Carmen, además de su trabajo en la costura, aprende a hacer paletas de frutas naturales. Esto fue durante el tiempo cuando unos vecinos, provenientes de Michoacán, instalaron una paletería muy cerca de donde residían, allá por San Martín Tepetlixpan, Estado de México; donde habitaban en otro lugar marcado por la pobreza, la falta de lo más básico para una vida cómoda y, sobre todo, la falta de comprensión, cariño y solidaridad proveniente del padre.

Al poco tiempo, los dueños de la paletería, los michoacanos que le mostraron a doña Carmen la forma de hacer paletas de hielo con frutas naturales, deshicieron la sociedad. Primero, uno de los dos dueños retiró su capital y doña Carmen entró; luego el otro socio, cansado de laborar, decide vender su parte. Ella al ver la oportunidad de hacerse de un ingreso extra, compra la paletería entera con la condición de que sus antiguos dueños le enseñaran no sólo cómo hacer las paletas sino también a comercializarlas, los precios para venderlas, los lugares estratégicos y la forma de hacerles publicidad. El último socio accede y comienza otra etapa de aprendizaje en la que se tiene que separar otra vez de sus hijos.

El dinero necesario para la adquisición de la paletería lo obtuvo de dos lados: de sus pocos ahorros provenientes de la costura y del apoyo que la madre le prestó para cumplir tal meta. Un apoyo considerable y que le hizo valorar aún más a su madre, que dejaba por temporadas enteras Juquila para apoyarla en todo lo que fuera necesario.

Sin embargo, no sólo en la adquisición de la paletería estuvo presente su progenitora, sino en todos los momentos de su vida, por ejemplo, en el parto de cada uno de sus hijos

“Cuando nació mi primer hijo estuvo conmigo tres meses, después, cuando nació la segunda, mandó a mi sobrina para ayudarme dos meses; una vez que nació la tercera, me mandó dinero para contratar a una persona que me ayudara y, finalmente, con el cuarto hizo lo mismo”.

Por tales motivos, la muerte de su madre fue sin duda la pérdida más significativa. Doña Carmen regresaba de visitarla cuando le avisaron que su madre se puso realmente enferma y tuvo que marcharse de nuevo a Juquila, en donde la vio morir.

Al ser su madre su sostén durante muchos años, estuvo triste un tiempo considerable y, aún en estas fechas, regresar a la casa de su infancia le resulta realmente doloroso. Sabe que algo le falta y sabe perfectamente qué es, la relación con su madre fue tan estrecha que sigue siendo difícil recuperarse de su pérdida, con ella se le fue gran parte de la propia vida.

Retomando la nueva actividad de vender paletas congeladas, podríamos empezar declarando que es otra etapa e inicia aproximadamente cuando Doña Carmen tenía treinta años y aún seguía con su pareja. Es un momento de su vida en el que ella logra varios éxitos, la cúspide de estos triunfos se da cuando consigue hacerse dueña de dos paleterías que se hicieron famosas por su calidad, “un día un periodista me dijo que a mis paletas no les hacía falta comercial, que se vendían solitas”, dice con orgullo, el que sólo emerge del trabajo constante.

Sin embargo, como aún estaba casada y el señor, como se mencionó, nunca fue capaz de prestar algún tipo de apoyo económico o moral; y en esta etapa de la venta de paletas no fue la excepción, él siguió en su misma dinámica: evitando, en la medida de lo posible, el contacto con su familia.

Doña Carmen se vio en la necesidad de combinar sus profesiones, si en las tardes atendía y cuidaba las paletterías, en las noches frecuentemente se dedicaba a la costura y a la fabricación de las paletas que vendería al día siguiente. Fueron tiempos difíciles, llenos de trabajo y desvelos.

Su vida estaba dividida en dos grandes partes: por un lado, procuraba conservar, o mejor dicho salvar, su matrimonio que ya no tenía esperanzas, pero al que Doña Carmen se aferraba por considerarlo una larga etapa. Por otro lado, estaba siempre presente el objetivo de lograr que cada uno de sus hijos cumplieran sus metas. Según ella, la única forma de alcanzarlas era a través del arduo estudio. Y como su relación matrimonial no atravesaba por el mejor momento y su esposo no le facilitaba ningún tipo de beneficio económico con el cual sustentar esos sueños, la señora Carmen estaba obligada a laborar más de lo que su cuerpo podía soportar.

A pesar de tan violentas adversidades, doña Carmen siempre mantuvo la fe, siempre pensó que la vida, Dios o algo, haría que de un día para otro su esposo sufriera un cambio radical en su actitud, una modificación sustancial en la forma de vida que llevaban, que hiciera que los sacrificios de su vida valieran la pena. Para esta señora, el sueño de tener una casa propia y de darles a sus hijos todo lo necesario, eran motivo suficiente para soportar todos los embates del destino; que pensándolo de otra forma, posiblemente, era una prueba divina representada en esta difícil pareja con la cual tenía que quedarse el tiempo que requiriera, para que al final llegara a la meta de una vida tranquila y plácida junto a sus hijos.

Poco a poco y para fortuna de todos los miembros de la familia, la fe de Doña Carmen fue decayendo: el tiempo pasaba y la situación empeoraba, el marido parecía no tener solución, seguía de violento, de mísero, de ausente y de egoísta sobre todo; para este

tiempo, el personaje no había sido capaz de mostrar algún tipo de empatía ni con su esposa ni con sus hijos.

La fe de doña Carmen le dio paso a la necesidad de libertad sin importar lo que dijeran las otras personas que, como se esperaba, pronto levantaron la voz para declarar que lo que hacía se acercaba al pecado, a la falta de respeto a las instituciones, y que era una forma de renegar de sus vida y de sus decisiones. Incluso, y por extraño que parezca, uno de sus hijos llegó a pedirle que no dejara a su padre, esgrimiendo que era necesario para sus hermanos. Sin embargo, el estilo de vida que llevaba, la forma en que era tratada junto con sus hijos y la cantidad de oportunidades que le había otorgado a su esposo para ser una mejor pareja, la hicieron rectificar su decisión.

“Yo siempre tuve la esperanza de que la persona¹ cambiara, de que fuera diferente. Porque, de hecho, mi idea era estar con él hasta que Dios nos llamara a dar cuentas a él o a mí. Pero vivimos 19 años y la persona siguió siendo lo que era, y francamente no era lo que yo quería; yo deseaba un hogar, vivir mejor, que mis hijos estuvieran mejor, vivir decorosamente y con esta persona estábamos muy pobres. A mí eso no me gustaba y por eso lo dejé, aunque sí fue mucho tiempo el que dejé pasar”.

Doña Carmen, después de esos 19 tortuosos años de conciencia con el enemigo, se ve, igual que su madre, obligada a buscar otro trabajo más. Es cierto que cosía y que tenía las paletterías, también que ya ganaba algo, pero no lo suficiente para darles a sus

¹ Doña Carmen nunca se refiere a su pareja de ese momento con un nombre. Dicha actitud es un proceso de deshumanización que consiste en restarle las cualidades que hacen de un sujeto un ente individual con características propias.

cuatro hijos una escuela decorosa que les diera la clave de vivir una vida diferente a la suya y, además, pagaba renta.

En su familia, la educación es la llave de todo: ser educado es tener la oportunidad de hacer cosas diferentes, cosas que te permiten no depender de nadie ni nada y vivir una vida digna. Si doña Carmen hubiera seguido con sus estudios en Corte y confección, su vida sería otra muy diferente. Seguramente, con una pareja comprensiva y no con esa persona con la que le tocó convivir que nunca supo respetar la institución de la familia y que, por el contrario, cada día se mostraba más amargado, más ajeno a las situaciones que ella y sus hijos tenían que atravesar diariamente.

Como vimos, doña Carmen nunca dejó de trabajar, no importaba que estuviera casada y que esperara que su esposo le diera lo suficiente, al menos para los hijos. Para Doña Carmen, el trabajo es sagrado y más ante la inexistencia de una pareja. Además, era la única forma en la que podía brindarles algo de apoyo a sus hijos para la consecución de sus metas.

Como su esposo brillaba por su ausencia y difícilmente se relacionó con sus hijos: “para ellos era un extraño, nunca estaba en casa, llegaba de trabajar a las diez de la noche y salía muy temprano en la mañana, además, los fines de semana se marchaba a Hidalgo”. Doña Carmen tenía como una de sus ideas fijas, recordarles en cada momento la necesidad de ser buenos alumnos, con objetivos a vivir una vida plena. “Ustedes estudien, vayan bien en la escuela. Ustedes échenle ganas para que el día de mañana vivan otra vida y no la que yo estoy viviendo”, y que creía no merecer.

Recordando las enseñanzas de su madre sobre la firmeza en las decisiones, una vez que decide alejarse de su pareja, doña Carmen comienza a trabajar en Cuatitlán, en el barrio Bosques de Xhalla, cerca de la colonia Los Morales donde vivían personas de alto

nivel económico, y para las cuales cosía todos los días y percibía una paga decorosa.

Afortunadamente, a pesar de la gran carga de trabajo que tenía con los habitantes de Los Morales, cada que se encontraba con su madre (una vez cada tres meses), ésta procuraba darle algo de dinero a doña Carmen para que se ayudara. Ella reconoce con toda la humildad, que sin ese apoyo tan caritativo de su progenitora no hubiera sido posible el cuidado de ninguno de sus hijos.

“Para sortear todos los problemas”, dice Doña Carmen, “se requiere una cosa: dedicación”. No es necesaria una pareja, por ello, después de su separación, la cual se tornaría divorcio hasta muchos años después y a pesar de tener otras oportunidades, no quiso establecer ningún tipo de relación de pareja. Conoció otros hombres, ciertamente, pero luego de su amarga experiencia cualquier persona le significaba un problema. Para ella, el trabajo es más fácil y fructífero que soportar a alguien que sólo piensa en sí mismo, como lo hizo su ex pareja que nunca veló por los intereses de la familia.

Posteriormente, al separarse por completo de su esposo, la señora Carmen se dedica única y exclusivamente a trabajar para darles a sus hijos otras oportunidades. “Mi único esposo era la máquina de coser, no hubo fiestas, no hubo amigas, no hubo nada que no fuera trabajar. Yo como mujer me olvidé de vivir, solamente fui madre”.

Aunque no era de lo más holgada, si existió un cambio importante en relación con la vida que llevó con su pareja a la que llevaba como madre soltera encargada del cuidado de sus cuatro hijos: pasó de vivir en la pobreza de un jacal a rentar sus propias casas, pasó de depender del humor de un personaje, a ser la dueña de su tiempo y de su espacio que dedicó a las labores que le permitieron educar a todos y cada uno de sus hijos.

Como siempre se autoempleó, es decir, primero cosía y luego vendía paletas, no tuvo patrón al cual responderle; de tal forma que su único compromiso fue con sus hijos. A quienes, además de inculcarles el amor por el trabajo, les hizo conocer muchas de sus tradiciones. Ya lejos de la influencia negativa de su padre, doña Carmen les mostró a sus hijos algunos ritos fundacionales de su tierra Juquila, que tanto añoraba y que para ella eran indispensables para comprender su entorno.

Algunas de estas tradiciones son seguidas por sus hijos, pero otra no; no obstante, sí existen tradiciones que le gustaría conservar, ella habla de los ritos funerarios:

“Luego del fallecimiento de la persona, se le acuesta sobre una cruz de cal al menos por una hora antes de meterlo en el ataúd, luego se le vela por un día entero y al otro se le entierra. La misma noche del entierro, inician nueve días de rosarios a los que son convocados todos los habitantes del pueblo. Al término de cada rosario, los asistentes son despedidos con tamales, atole, tostadas, café o cualquier alimento, la idea es de agradecer la presencia en los rosarios. Al finalizar los nueve días dedicados al rezo, se construye un altar con velos negros y blancos en el lugar en donde fue velada la persona que perdió la vida. Sobre una base de madera, se pintan flores, el nombre de la persona y se coloca una cruz. Esa noche se vela en el altar, para la mañana siguiente colocar la cruz en el panteón en donde está enterrado el fallecido. El mismo proceso se repite cumplido el año”.

Juquila, lugar de origen de doña Carmen y donde aún habitan su hermano y su media hermana, hija de su madre que tuvo con otra pareja años después de que asesinaran a su padre; se reconoce por

ser un pueblo muy religioso, tiene a su virgen milagrosa que logra convocar cada 8 de diciembre a miles de peregrinos de todo el mundo, por ello Juquila también es un lugar donde prospera el comercio.

Con la llegada de tantas personas al pueblo es necesario cubrir nuevas necesidades, por ello su madre aprendió Chatino², un idioma indispensable en Juquila, lugar rodeado de pueblos, que lo usan sobre todo para el comercio y también como una nueva atracción turística para los forasteros, el idioma del comercio. Ella no lo quiso aprender, sabía decir algunas cosas, las suficientes para comunicarse y comprar lo que su madre le mandara, pero nunca pudo hablarlo bien. La verdad es que nunca quiso aprenderlo porque no le veía caso, además, su madre lo hablaba muy bien que no era necesario que ella lo supiera. Salvo contadas veces, doña Carmen siempre estaba acompañada de su madre o de su tía, que también lo hablaba y que fue la persona que se lo enseñó a su madre cuando eran niñas.

A sus cuatro hijos les enseñó todo lo que sabía, absolutamente todo, desde hacer paletas hasta coser. Su ideal era que fueran hombres y mujeres de éxito y por ello se dedicó a darles estudios. En estos tiempos, luego de tanta penuria admira a todos sus hijos con carreras universitarias y dedicados a su profesión. En resumen, gran parte de su sueño tan anhelado se cumplió: todos sus hijos llegaron a ser exitosos. Doña Carmen cuenta:

“El más grande vive en Aguascalientes, se graduó como Ingeniero en computación e Ingeniero en electrónica. Estudió

2

El idioma chatino es una lengua indígena que se habla en el sur del estado mexicano de Oaxaca. Forma parte del grupo de lenguas zapotecanas de la rama oriental de la familia lingüística otomangue. Es hablada por unos cincuenta mil individuos pertenecientes al grupo étnico chatino, cuyo territorio étnico tradicional se localiza en el sur de Oaxaca. Los chatinos son un pueblo muy cercano en lengua y cultura a los zapotecos, cuya lengua constituye la otra parte del grupo de lenguas zapotecanas. Los chatinos llaman a su propia lengua *chat'ña*, que significa palabra difícil. La lengua chatina goza de reconocimiento como lengua nacional en México. Fuentes: a) Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI) 2008, Catálogo de las Lenguas Indígenas Nacionales, disponible en <http://www.inali.gob.mx/clin-inali/#agr>; b) http://es.wikipedia.org/wiki/Idioma_chatino

una maestría en el Instituto Politécnico Nacional, en Administración de Negocios y en un tiempo fue profesor de inglés en Harmond Hall. Actualmente es propietario de tres enormes y bellísimas casas, y tiene dos hijos. La mayor de las hijas vive en el Distrito Federal, es Ingeniera en computación y está casada con uno de sus compañeros de la universidad a quien conoció cuando estudiaban la misma carrera. Tienen una familia ejemplar y su relación marital es de lo más perfecta. La otra hija vive en Valle Dorado y tiene su propia casa, es Contadora Pública igual que su esposo con quien tiene una linda relación e inculcan a sus hijas la vocación de su abuela para seguir sus sueños con dedicación y trabajo. El más pequeño de los hijos es dueño de su propio departamento y está pronto a comprar una casa. Aunque inició la carrera en Contaduría y Administración, se inclinó más hacia la computación. Actualmente, es alumno en Ingeniería en Informática”.

Con todos ha viajado, de ellos recibe dinero, cariño y mucha atención. Ha ido a Europa y a muchos destinos nacionales, su relación es excelente y con los cuatro ha disfrutado de cosas que los hacen acercarse más. Juntos recuerdan todo lo que vivieron y saben que son una especie de guerreros que supieron salir adelante sin la necesidad de un padre, que aunque lo tuvieron, nunca supo ser tal.

Ella no tiene problemas en que sus hijos visiten a su padre, “también son sus hijos” pero lo que es ella, no tiene interés en saber más de él, está al pendiente de lo que le pasa pero ya no le afecta en su vida personal: “él sigue igual, sigue siendo un personaje amargado, borracho. Más bien yo digo que mediocre, sigue igual, en la misma casita y pobre como siempre”.

Como actualmente no tiene un trabajo “formal”, aunque no para de coser, tiene tiempo para estar con cada uno de sus hijos y

como siempre se caracterizó por ser una mujer activa, les ayuda en todo lo que puede, en todo lo que necesitan, en parte para no sentirse inútil o como una invitada.

Aunque su residencia está con uno de sus hijos, visita a todos y se establece por cortos periodos de tiempo con cada uno de ellos para verlos ya desarrollados como hombres y mujeres buenos y bien hechos.

En su discurso, la señora Carmen reconoce que gran parte de las cosas que le pasaron se deben a sus propias faltas, esgrime que debió de exigirle a su marido lo que le correspondía y no pensar que por ser como era, tenía que dejarlo hacer lo que quisiera, “él también tenía responsabilidades” por eso cada que puede les aconseja a sus hijos a hacer los mismo: exigir, no pedir, exigir lo que por derecho les pertenece. Como es una mujer de carácter, experiencia y sabiduría, luego les recuerda con el mismo ímpetu que si exigen, también deben cumplir con sus obligaciones para tener, entonces, capacidad y cara para hablar con sus parejas de igual a igual.

Actualmente, doña Carmen se dedica a sus hijos y a sus seis nietos, ayuda a sus hijos a coser y a planchar la ropa de cada día, a tener a los nietos listos para sus actividades, aseados, desayunados y bien arreglados. Los fines de semana sólo limpia el departamento de su hijo con el que vive. Lava la ropa, guisa, aunque no es una actividad regular, pues sale frecuentemente a comer en otros lugares invitada por sus hijos que la quieren mucho y la respetan siempre.

Ellos no olvidan que la madre fue estricta y que incluso llegó a los golpes, pero tampoco que en su mesa jamás faltó comida, que siempre tuvieron en quién confiar y que su madre trabajó por ellos días y noches sin descansar, para que tuvieran la oportunidad de ser las personas que ahora son.

“Vivo una vida feliz, desahogada: no tengo ningún compromiso, no debo nada. Estoy con mis hijos no pago nada, como lo que

quiero, todo me lo dan ellos. Estoy en la gloria comiendo pan de Dios”, presume modestamente doña Carmen.

Sobre los cambios físicos, la Señora Carmen dice tener los propios de la edad pero gracias a algunos consejos de su madre y a sus clases de yoga que no pretende dejar, se mantiene joven y con bríos. “A la edad que tengo, no tengo nada, no me duele nada. Soy una persona completamente sana”.





Paulina García Hubard / BIZAR

“Las ideas tradicionales de las funciones domésticas y de los progenitores no reflejan las realidades y las aspiraciones actuales, pues son cada vez más las mujeres que en todo el mundo ocupan empleos remunerados fuera de su casa. Al mismo tiempo, diversas causas de desplazamiento han provocado mayores tensiones en la familia, al igual que los cambios económicos y sociales”.

Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo. El Cairo, 1994
Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)

Una familia ininterrumpida por la experiencia de migración al “gabacho”

Ruth América Sánchez Ríos

Esta historia refleja los avatares económicos de una familia nuclear constituida por el jefe de familia, el Sr. Enrique y su esposa Lila, además de sus seis hijos. Tienen 21 años juntos, pues desde que se conocieron nunca se han separado, ni siquiera la lejanía física interpuesta por el viaje de Enrique a Estados Unidos como migrante ilegal logro separarlos, al contrario el sufrimiento causado por este evento les mostró el valor y la importancia de la familia por sobre los problemas económicos que desde que recuerdan, siempre han tenido que afrontar.

Entre los dos han cuidado y formado a sus seis hijos: Rafael, Enrique, José, Alejandro, Fátima y Azucena. Rafael es el hijo mayor, tiene 22 años y la hija más pequeña tiene sólo cuatro años de edad. Todos viven en la colonia Degollado, ubicada en los límites entre la delegación Iztapalapa y Tláhuac del Distrito Federal.

A través de las voces de Lila y Enrique podemos conocer algunas de las vivencias de los migrantes ilegales y las difíciles pruebas que pasan como familia para continuar juntos a lo largo del viaje, aún cuando sólo es uno de los miembros sea el que viaja, así como las fuer-

tes implicaciones emocionales y económicas que afectan a toda la familia. Tal vez, no se trata de un ejemplo 'exitoso' de un migrante que pudo ver realizada su ilusión de procurarle una mejor vida con mayores recursos económicos para su familia, sin embargo, es una historia que demuestra la fortaleza de los lazos afectivos entre un padre y sus hijos, además de su esposa, pues son éstos los que dotan de sentido la vida de muchas personas.

Sus hijos: Rafael tiene 22 años, maneja una moto-taxi, sólo estudió hasta el segundo año de secundaria. Enrique cumplirá próximamente 19 años y trabaja en una empresa dedicada al aseo, él terminó la secundaria y desea seguir estudiando. José, su tercer hijo, tiene 17 años, no estudia ni trabaja, pasa casi todo el día en su casa. Alejandro, su cuarto hijo, cumplirá 16 años y está estudiando el segundo año de secundaria, en ocasiones ayuda a su abuelo cuando tiene algún trabajo de albañilería que realizar. Su hija Fátima tiene 14 años y terminó el primer año de secundaria. Su hija menor, Azucena tiene cuatro años.

Lila y Enrique

La señora Lila declara, en primer lugar, estar felizmente casada, afirma de forma contundente y segura de sí misma: “Yo no sé si ustedes crean en el amor a primera vista, pero eso fue lo que pasó entre mi marido y yo”. Desde ese primer encuentro, no se han dejado de querer y ni siquiera la experiencia como migrante ilegal de su esposo a Estados Unidos de América, logró separarlos.

Su casa es pequeña y aún está en construcción. Consta de cuatro pequeños cuartos, tres recámaras y una cocina, además del baño

que se encuentra en el patio, tiene techo de lámina, suelo de concreto y las paredes de ladrillo aún no están aplanadas con yeso o ningún otro recubrimiento. Viven en la colonia Degollado dentro de la demarcación política de la delegación Iztapalapa, en un predio cuyo origen y consolidación se realizó de forma progresiva por una organización social perteneciente al movimiento urbano popular.

Durante la entrevista, no se dejan de oír algunos ladridos de sus tres perros o los cantos de sus periquitos, además de la sorpresa constante por la intromisión de alguno de sus mascotas. A veces son los gatos que tienen, los cuales salen y entran de la cocina a su antojo. En otro momento, también es interrumpida la entrevista por Azucena, la hija menor de Lila, quien desea mostrar a sus dos pequeños “cuyos”¹ a quienes lleva cargando en su pecho con particular cuidado; también se llegó a asomar por la cocina, Manuela, como llaman a uno de sus patos. Los únicos animales que mantienen enjaulados son a los dos conejos porque cuentan que los cujos se “aprovechaban” de ellos y hasta los dejaron “pelones”. En teoría, cada uno de los animales tiene su dueño, quien es un integrante de la familia y se debe encargar de comprar su alimento. En los hechos, es la mamá la que se encarga de todos.

Toda la familia se manifiesta amante de los animales y cada animalito tiene su propia historia de cómo llegó a su casa, el más antiguo es Popi, uno de los perros con él que han convivido por más de catorce años. Éste es un rasgo distintivo de la familia Ruiz, su gusto por los animales. Enrique, el padre, dice que si el contara con más espacio en su casa, no pararía de traer más perros, pues le parte el corazón verlos heridos por las calles de la ciudad.

1 De acuerdo a la Real Academia de la lengua es un mamífero del orden de los roedores, parecido al conejo, pero más pequeño, con orejas cortas, cola casi nula, tres dedos en las patas posteriores y cuatro en las anteriores.

La señora Lila se dedica completamente a las tareas de su hogar. Su esposo trabaja desde hace cuatro años en una gasolinera localizada en la delegación Benito Juárez. Por su cuenta, la señora Lila procura apoyar su economía vendiendo dulces afuera de su casa, zapatos y cosméticos por catálogo.

Su infancia en Nezahualcóyotl

La madre de Lila nació en Irapuato y su padre en Oaxaca, las familias de ambos migraron a la Ciudad de México en busca de trabajo. Sus padres no se casaron, sólo se fueron a vivir juntos, rentaron una vivienda en la delegación Magdalena Contreras en donde vivían ellos solos, poco tiempo después deciden mudarse al municipio de Nezahualcóyotl y rentar una vivienda en la calle Cuatro Milpas cerca de Marina, su abuela materna. Recuerda Lila que sus padres tuvieron constantes problemas por la intromisión de Marina en su matrimonio, situación por la cual su padre se separó de ellos por algunos meses en diferentes ocasiones. Esta situación no volvió a repetirse hasta porque se mudaron a su nuevo hogar en Iztapalapa.

Su madre tuvo 12 hijos, de los cuales tres fallecieron en diferentes momentos, por lo cual, hoy en día, Lila tiene sólo seis hermanas y dos hermanos. Siete hermanos de ellas están casados y viven en la misma colonia donde ella radica, tiene una mala relación con la mayoría de ellos. Sólo mantiene una buena relación con su hermana que es un año y medio menor que ella. Entre las dos existe una buena comunicación porque tienen la confianza de contarse todos sus problemas y apoyarse en momentos difíciles.

Lila nació en Nezahualcóyotl al igual que su esposo. Dentro de su numerosa familia, ella ocupa el tercer lugar de los hermanos. Los mejores recuerdos de su infancia se rememoran a la compañía de su madre, a quien no la dejaba ni un momento sola y desde pequeña le gustaba acompañarla a sus trabajos. Su madre lavaba ropa en dife-

rentes casas, y cuando no la quería llevar Lila no paraba de llorar con tal y de que le permitiera acompañarla, por supuesto ella accedía.

Su padre es maestro de albañilería y no siempre tenía trabajo, cuando esto sucedía su madre era quien se ocupaba de ir a trabajar mientras él cuidaba a sus hijos. Todos los hijos de la señora Marina, madre de Lila, terminaron su educación primaria, sólo uno de ellos estudió una carrera. Dice que fue al único al que le gustó estudiar pero no sabe a qué se dedica.

Cuando iba en segundo año de secundaria abandonó su escuela para apoyar a su madre con el cuidado de sus bebés recién nacidos, pues en esa ocasión tuvo gemelos y era mucho el trabajo en casa. En ese entonces su hermana mayor, cursaba el tercer año de la secundaria y también tuvo que abandonar la escuela. En realidad, el dejar de asistir a la escuela no sólo fue para apoyar a su madre con sus hermanitos recién nacidos, también influyó la mala situación económica de sus padres quienes ya no podían gastar dinero para mantenerlas estudiando, por la inestabilidad del trabajo de su padre.

En esa época, sus tareas en casa consistían en cargar a sus hermanos cuando lloraban, darles de comer y acompañar a su madre a sus consultas médicas. Admite que para ella estas actividades no eran pesadas y mientras mira a sus niños con una sonrisa afirma que siempre le ha gustado cuidar niños. Después de un breve silencio comenta tímidamente que sí extrañó un poco la escuela porque tenía deseos de terminar la secundaria.

Durante esa época sus padres se separaron, tenían muchas peleas supuestamente por intromisión de su suegra, quien recordemos era su vecina. Al irse su padre de la casa, él no sabía que su esposa estaba embarazada, hasta días después del nacimiento de sus hijos gemelos supo de su existencia y regresó no sin antes tratar de reconquistar a su esposa. Una vez superado este proble-

ma, a los seis meses de nacidos sus hijos, uno de ellos enfermó de pulmonía. Una noche en la que el pequeño bebé ardía en fiebre, lo llevaron al doctor quien lo acostó desnudo en una plancha de metal, al momento el niño falleció, el doctor les dijo que fue a causa de la pulmonía. Lila asegura que fue la negligencia médica lo que causó el deceso de su pequeño hermano. Su otro hermanito gemelo falleció ocho días después, y ella se lo atribuye a la tristeza porque aparentemente el niño de seis meses no presentaba ningún síntoma de enfermedad. Después de este suceso sus padres no volvieron a separarse y permanecieron juntos hasta el fallecimiento de su madre en 2003.

Juventud: su primer trabajo y su primer hijo

El primer trabajo de Lila fuera de su casa, fue en una fábrica en donde producían muñecos. En este lugar conoció al padre de su primer hijo, era un hombre casado mayor que ella, con cinco hijos más. Una de las hijas de él tenía la misma edad que ella en esa época, es decir, 17 años. Decidió tener a su hijo y sus padres la apoyaron, continuó viviendo en casa de ellos y durante algún tiempo continuó su relación con ese señor, como lo llama ella. Debido a que él la maltrataba y no paraba de buscarla, dejó su trabajo en la fábrica para irse a trabajar esporádicamente fuera de la ciudad vendiendo cuadros con una de sus tías. Al poco tiempo, se cansó de esta situación porque no quería dejar 'solo' a su hijo bajo el cuidado de otras personas, por lo que buscó un trabajo en la Ciudad de México.

Entró a trabajar en una tienda departamental localizada en Tacubaya, en donde conoció a su actual esposo con quien pronto celebrará veinte años de matrimonio. A los dos meses de conocerse se hicieron novios, y al poco tiempo ella quedó embarazada de su segundo hijo. Según su esposo, él no planeaba casarse con ella,

sólo “robársela”, planearon rentar un lugar para vivir juntos. Lila le platicó a su madre de que se mudaría con su actual novio, pero su madre no se lo permitió, le dijo que si no se casaban ella no podía abandonar la casa. Enrique, su esposo, estuvo de acuerdo en casarse pero les advirtió que sólo sería por el civil. Una vez casados, pudieron cohabitar los tres. Enrique registró en esos días al primer hijo de Lila con sus propios apellidos, pues su padre biológico tenía amenazada a Lila de quitárselo si no continuaba su relación con él.

Lila y Enrique no se casaron por la iglesia porque ambos comparten la idea de que el matrimonio religioso es para toda la vida, en cambio por el civil suponen que pueden romper su vínculo en el momento que así lo deseen. Para ellos, una boda celebrada en la iglesia es un paso muy grande, primero querían probar como se llevarían como pareja viviendo juntos, pues según las propias palabras de Lila: “si nos llevábamos como perros y gatos, no iba a estar muy bien la cosa”.

Su boda civil fue celebrada antes de mudarse con él a casa de suegra. Los padres de su esposo organizaron una pequeña reunión para festejarlos en su casa.

La vida en casa de su suegra de recién casada

Después de casarse se mudó con su suegra en donde dice haber tenido “una vida de perros”. Sus suegros al principio la recibieron bien, pero al paso del tiempo se dio cuenta que su suegra le gustaba que le “hicieran la barba” y ella dice no ser de esa clase de persona. La casa de sus suegros tenía varios cuartos y era de loza, ella habitaba dos cuartos con techo de lámina construidos al fondo de ese mismo lote.

Los principales problemas que tuvo en esa casa fueron con sus cuñadas por el uso del lavadero. Recuerda que los días lunes y sábados, ella no podía tomarlo pues le tocaba usarlo a cada una de

sus cuñadas quienes eran madres solteras. En esa época, ella ya tenía tres hijos pequeños, por lo que debía lavar diario sus pañales de tela. Así que se levantaba a las seis de la mañana para lavar y tendía su ropa en su cocina. Sus cuñadas se molestaban porque era el día que ellas tenían asignado el uso del lavadero, le reclamaban y eran apoyadas por su padre. Lila comenta que estuvieron a punto de pegarle, lo cual no sucedió. Su esposo la defendió y no les permitió que le gritaran ni la golpearan.

Estos eran los únicos problemas que tenía con ellos. Recuerda que su esposo no tenía dinero y les faltaba dinero para comprar comida, ante esta situación su suegro los ayudaba, al llegar la quincena él les compraba algunos alimentos y la madre de Lila les regalaba ropa y zapatos para sus hijos.

Al principio de su matrimonio su suegra le dijo que ella se había casado con un alcohólico, como llamaba a su propio hijo. Dice Lila que eso no fue cierto, ya que desde que se casaron, Enrique dejó de tomar pues había que escoger entre comprar leche, pañales o alcohol. Por esta razón, él dejó de tomar como lo hacía cuando era soltero.

El problema con los lavaderos volvió a ocurrir y también en esa ocasión estuvieron sus suegros y cuñadas a punto de golpearla. Lila recurrió a su madre en busca de ayuda, ella le ofreció conseguirle un pedazo de tierra para que se fuera a vivir en el predio² donde ella habitaba. Para ella, esta opción era viable ya que no tendría que pagar ningún costo por el espacio que ocuparía en ese

2 El Predio Degollado se encuentra dentro del Área Natural Protegida, en Suelo de Conservación y una parte de esta zona está considerada para área verde y reserva territorial. En esta zona existen 1,802 viviendas y está representado por el Frente Popular Francisco Villa, por las dos fracciones en las que éste se dividió. En Degollado Grande existe un predominio del Frente Popular Francisco Villa y en Degollado Chico está el Frente Independiente. Una parte de este asentamiento cuenta con construcciones permanentes, con cuartos de losa y casi todos los servicios urbanos básicos.

Anterior a la ocupación de este predio, era una depresión topográfica producida por la explotación minera y fue utilizado como tiradero de basura al aire libre y para disponer escombros de los sismos de 1985 ocurridos en la Ciudad de México.

momento, pero tendría que colaborar con trabajo comunitario, faenas y veladas.

La primera vez que ocurrió este tipo de problemas a pesar de la defensa de su esposo por ella, él también le recordó que le había advertido que él no pensaba dejar a su mamá hasta su muerte. Por esa razón ella se quedó en casa de sus suegros durante otros tres meses. Su esposo tenía un trabajo en Toluca, su presencia en la casa era intermitente, por lo cual la segunda vez que ocurrió el incidente del lavadero y su suegra la corrió de su casa, al regreso de su marido, él ya no encontró a su esposa en casa de sus padres. Pues esta vez, ella tomó la decisión tajante de mudarse al predio Degollado, recuerda que tenía un mes de embarazo de su hija Fátima, su quinto embarazo, corría el año de 1999.

Su esposo la fue a buscar a casa de sus padres, ahí ella le planteó que tenía qué elegir entre quedarse con su madre o con sus hijos. Él optó por estar con sus hijos, y desde entonces Lila no tiene una buena relación con su suegra ni sus cuñadas, pues ellas deseaban que su hermano menor, Enrique, permaneciera con ellas y su madre, después de separarse de su esposa.

Su boda religiosa

Ochos años después de haberse casado por el registro civil decidieron dar su gran paso y celebrar su boda religiosa. En el año 2000 se casaron en la parroquia de Cristo Salvador y Señor, iglesia localizada cerca de su casa. Asistieron a las pláticas prematrimoniales dirigidas para las parejas que vivían juntas y deseaban casarse, asistieron cerca de seis meses a ellas, tenía que presentarse un día a la semana junto con otras parejas y realizar diversas actividades. Lila cuenta que no todas las parejas cumplieron con este requisito, pues varios compañeros de las mujeres no les agradaban las dinámicas grupales que los invitaban a realizar, pues decía que ellos no

se prestaban para hacer “payasadas”, como llamaban a las dinámicas grupales. Por un momento, ella temió que también su esposo abandonará el grupo, sin embargo, se sintió muy feliz y tranquila cuando su esposo dócilmente se prestaba para colaborar en todas las actividades de estas pláticas prematrimoniales, ella estaba sorprendida porque esperaba la reacción contraria de su compañero, pero él siempre le dijo: “Haré todo lo que me pidan porque yo sí me quiero casar contigo Lila”.

Su boda fue celebrada en su actual vivienda. Realizaron una pequeña fiesta en su casa con todos sus hijos, asistieron sus padres, los suegros, sus cuñados y sus hermanos con sus respectivas familias. Se siente satisfecha con su boda.

Enrique, su experiencia como migrante

Dos años después de este acontecimiento, Enrique, su esposo, decide viajar a Estados Unidos en busca de un trabajo para mejorar su economía familiar. La parte de esta historia es descrita por él de viva voz. Cuenta que tenía 42 años cuando decide emprender esta aventura debido a un momento de desesperación pues no tenía trabajo ni dinero.

Enrique estudió una carrera técnica de electricista en un instituto de educación media superior, el Centro de Estudios Tecnológicos Industrial y Servicios, algunas veces trabajó como electricista, pero también realizó trabajos de albañilería, empleado y como despachador de gasolina.

En ocasiones iba a casa de su madre para pedirle dinero, ahí le dijeron que su hermano, quien ya estaba en Estados Unidos, le podía ayudar a cruzar la frontera para que fuera a trabajar con él. Después de mucho pensarlo, decidió tomar el riesgo. Uno de los primeros gastos que realizó su hermano fue enviarle dinero para su esposa y los gastos de la casa, le envió dos mil pesos. Después

se dirigió a casa de su hermano en Oaxaca, donde permaneció tres días antes de abordar el avión que lo trasladaría a Sonora.

En Sonora se preparó para cruzar el desierto bajo la guía de un “pollero”.³ El desierto de Sonora-Arizona es concebido también como un cementerio de migrantes debido al alto índice de riesgo que implica el intentar atravesarlo, muchos migrantes han muerto por deshidratación. Los “polleros” le recomendaron no llevar alimentos, ni cargar mucho peso, nada de latas, pues la caminata es pesada y larga. Le advirtieron que llevara toda el agua que pudiera cargar; por lo que tuvo la previsión de llevar cinco litros de agua y unas galletas, nada más.

Enrique señala que caminó dos días completos, durante el día y la noche, realizando pocos descansos de media hora. Considera que su viaje fue difícil y peligroso, no sólo por los animales del desierto, sino por la amenaza latente de que todo el esfuerzo realizado no valga la pena en caso de ser deportado por la policía de migración que ronda la frontera y el desierto.

“Mi temor... íbamos caminando y teníamos que cuidarnos de la migra. Yo decía: bueno, tanto sufrimiento, tanto caminar para que llegue la migra, te agarre, y vas de regreso otra vez, entonces hay que intentarlo de nuevo, ese era uno de mis temores. Otro era, como caminábamos de noche y no se veía nada, absolutamente nada. Usted se iba guiando por el que iba enfrente, pero si apenas y uno lo alcanzaba a distinguir, sólo se veía al de adelante. Como le digo que había mucha rama, a lo que yo tenía mucho miedo, es que me fuera a lastimar un ojo, que me lo sacaran y que me dejarán ahí. Porque ahí, la gente no se detiene por uno, el “pollero” no se va a

3 Se le llama “pollero” o “coyote” a la persona que trafica con personas para cruzarlas a Estados Unidos de forma clandestina e ilegal.

hacer cargo de mí, si uno se enferma ahí lo dejan y el grupo sigue, esos eran mis temores”.

Él viajó solo, es decir, sin ningún otro conocido suyo, junto con un grupo de aproximadamente sesenta o setenta personas, no lo sabe con exactitud, pues los hacían caminar en fila sin salirse de ella ni pararse, por lo que él no podía visualizar más que a algunas personas que iban delante de él y en algunas curvas, ver a quiénes venían detrás. Había en el grupo siete u ocho mujeres que iban al frente, gente de diferentes edades, exceptuando niños.

Considera que su viaje costó aproximadamente tres mil dólares. Una vez que cruzó la frontera, sus guías los llevaron a una casa pequeña en Arizona. Ahí les pidieron los teléfonos de sus familiares o contactos para llamarles y pedirles que depositaran una determinada cantidad de dinero como adelanto del pago total por el traslado de sus familiares.

Le habían contado que atravesando la frontera su traslado hasta Nueva York sería más fácil, pues le comprarían ropa nueva y le darían su boleto de avión, pero nada de eso pasó. Recuerda que ese año, existían fuerte controles de seguridad en los aeropuertos pues apenas habían transcurrido seis meses del atentado sufrido el 11 de septiembre a las torres gemelas. No era seguro viajar por avión dentro del territorio estadounidense. Sin saber nada ni tener idea alguna de la duración de su viaje, conociendo sólo el nombre de su destino, Hartford, Nueva York, abordó una de las camionetas de los “polleros” junto con otros compañeros de viaje.

Este viaje por carretera desde Arizona hasta Nueva York, según él, duró cinco días. Este medio de transporte tampoco fue seguro y en esta ocasión además de esconderse constantemente de las patrullas, temió por su vida constantemente porque los encargados de conducir la camioneta no descansaban en lo absoluto,

manejaban de día y de noche, él no sentía la confianza para poder dormir, pues recuerda que en una ocasión el chofer soltó el volante del vehículo que conducía sorprendido por el sueño, la camioneta se salió de la carretera repentinamente, en ese momento Enrique lo jaló de su camisa y le gritó: “¡Cuidado!”, el chofer reaccionó inmediatamente y retomó el camino, momentos después intercambió su lugar con uno de sus compañeros. Durante esta etapa de su viaje, afortunadamente, no se presentó ningún percance, pero recuerda que durante todo el trayecto no pudo conciliar el sueño con tal de no descuidarse ni un momento.

Por fin, un día sábado llegó a Hartford, lugar donde su hermano lo esperaba, estando ahí le llamaron por teléfono para que entregara la última parte del pago, inmediatamente salió de su trabajo y fue a recoger a su hermano. Su primer mes en territorio estadounidense fue el más difícil para Enrique, porque no tuvo trabajo, además, extrañaba intensamente a su familia. Durante toda su estancia en este país vivió en la casa donde habitaba su hermano junto con su sobrino. Esta casa se localizaba a un costado del restaurante donde su hermano trabajaba y donde posteriormente él se incorporaría.

Considera que tuvo suerte de poder vivir con su hermano, pues la renta del lugar era muy económica, además como él acaba de llegar y no percibía aún ningún sueldo, el dueño no le cobraba nada. El dueño de la casa era el mismo dueño del restaurante, él les cobraba una renta de 300 dólares mensuales, 150 dólares por persona, lo cual era muy bajo para el costo promedio de la zona. Su hermano se encargaba de todos los gastos de él y se alimentaba con la comida que le llevaban del restaurante.

Todo el tiempo pensaba en su familia, en su esposa, en sus hijos y, sobre todo, en su hija menor, que en ese entonces tenía sólo cuatro años. Para él todo esto era un ‘martirio’, en sus propias palabras:

Intentó conseguir trabajo en el área de la construcción sin lograrlo. Se la pasaba encerrado todo el tiempo por miedo a la ‘migra’, no quería arriesgarse a que lo deportaran, además de que siempre tuvo presente la deuda que debía saldar a su hermano por los costos del viaje. Ahora, piensa que tal vez sí podía salir de su casa pero él tenía demasiado miedo.

Nos comparte que cuando estaba sólo se ponía a llorar, pues sentía nostalgia por su familia, y le daban muchas ganas de beber por lo que compraba cervezas, sólo por breves momentos se sentía alegre. Llevaba consigo las fotos de su familia, las tomaba con sus manos y cada vez que las veía le daban ganas de llorar.

Su primer trabajo fue en un restaurante en el área de limpieza durante las noches de los viernes y sábados. Su horario era de seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Le pagaban cinco dólares por hora, por sus dos días de trabajo, ganaba 120 dólares. Recuerda que cuando recibió su primer sueldo estaba feliz porque ya tenía dinero para enviárselo a su esposa.

Los encargados del restaurante eran unos griegos, para él eran unos desgraciados, pues no los dejaban descansar ni un momento, además de que acostumbraban humillar constantemente a sus empleados. Enrique no entendía nada de lo que hablaban en inglés, pero sabía lo que decían ya que uno de sus compañeros de trabajo se lo traducía, quien por cierto también era mexicano. Acerca de este compañero nos cuenta que era veterinario y sabía hablar inglés. Había estudiado en México y viajó a Estados Unidos pensando que podría ejercer su profesión allá pero descubrió que no era cierto, por lo que empezó a trabajar en otras actividades.

Enrique sólo observaba y escuchaba cómo se peleaban entre uno de sus jefes y su compañero, porque según él lo estaba defendiendo de las ofensas que le proferían. Ante esta situación, él contestaba que realmente no importaba lo que dijeran porque en

primer lugar, no les entendía nada de lo que hablaban y por otro lado, él sabía que su deber era “cumplir con su chamba” y eso era lo que él hacía.

Su trabajo consistía en lavar trastes, limpiar el lugar y después preparar la masa para las pizzas. El restaurante vendía grandes cantidades de comida sólo durante las noches, porque era una zona donde había muchos centros nocturnos para divertirse.

En este trabajo estuvo seis meses. Después comenzó a trabajar en el restaurante donde laboraba su hermano. Inició realizando pequeñas tareas como barrer o limpiar la hierba del jardín, trabajaba pocas horas y recibía sólo 15, 20 ó 30 dólares. Estas labores las realizaba durante los días en lo que no trabajaba. Poco a poco, le fueron incrementando tareas y horas de trabajo. Le pidió al dueño que lo contratara más tiempo, el dueño aceptó bajo la condición de que primero trabajara una semana sin sueldo para que aprendiera a hacer pizzas. Una vez transcurrido su entrenamiento abandonó su otro trabajo y se dedicó únicamente a este nuevo empleo.

El caso de Enrique tal vez sea similar al de muchos migrantes quienes viajan con la ilusión de que conseguirán trabajos bien remunerados durante los primeros meses de su llegada. Sin embargo, está situación no es así, pues como es el caso de esta historia, Enrique no encontró trabajo inmediatamente y tampoco tuvo un trabajo muy bien remunerado, que le permitiera cubrir su deuda en poco tiempo y ayudar a mejorar la economía de su familia, o construir su casa.

Trabaja siete horas al día durante seis días de la semana. Aproximadamente, trabajaba 30 horas semanales con un día de descanso. El día que no laboraba lo utilizaba para comprar tarjetas telefónicas para hablarle a su esposa, dice que cuando comenzó a ganar un poco más de dinero, lo gastó en llamadas telefónicas para platicar casi diario con ella.

Su hermano ganaba más que él porque sabía inglés, además de que tenía más tiempo laborando con su patrón, le pagaban siete dólares por hora. Su sobrino también hablaba inglés y era cocinero, él ganaba 10 dólares por hora. Enrique considera que como ellos tenían tiempo completo pues ganaban un buen sueldo, pero no era su caso. Su dinero lo distribuía para pagar la renta, su comida, tarjetas telefónicas y lo que le sobraba se lo enviaba a su esposa. Por otro lado, también tuvo que pagar la deuda de su viaje a su hermano. Cuando ganaba sólo 120 dólares al mes no le abonaba nada, sólo hasta que se cambió de trabajo, a partir de esa época cubrió en pequeños pagos parte del dinero prestado para su viaje, le daba 30, 50 hasta 100 dólares cuando le iba bien, su hermano estuvo de acuerdo con este trato. Cuando empezó a ganar un poco más ya se sentía mejor, porque podía enviarle un poco más de dinero a su esposa, por ese lado se sentía contento, pero nunca perdió ni le amonaron sus deseos de regresarse y estar con ellos, ese era su sentir cotidiano. Para él dejar a su familia fue un martirio. Piensa que de no haber sido por su deuda, a los quince días o antes se hubiera regresado. Lo que le detuvo fue el dinero que debía.

Él se fortalecía mentalmente diciéndose que había viajado para bienestar de su familia y procuraba estar bien. Sin embargo, su sentimiento de tristeza por estar lejos de su familia siempre fue más fuerte y nunca dejó de extrañarlos. Su hijo mayor en ese entonces tenía 12 años. Él nunca pensó en quedarse allá ni echar raíces, tampoco venir por sus hijos para llevárselos. La idea que privó siempre en su mente fue la de regresarse lo antes posible.

Estuvo sólo un año con nueve meses, pues ya no creía soportar más esa situación. Antes de viajar, su hermano regresó antes a México, por lo cual él ya tenía más horas de trabajo y consideraba que económicamente ya tenía una mejoría, pero nada de eso le importaba.

No tuvo otro trabajo aparte del restaurante. Nunca tuvo ningún problema con su segundo jefe, nunca le llamó la atención por alguna falta. Al contrario, comenta orgulloso que cuando se despidió de él, él le preguntó cuánto tiempo estaría en México y cuándo regresaría. Él no pensaba en regresar, pero le dijo que tal vez un año. Su patrón le dijo que cuando regresara no buscara trabajo en ningún otro lugar pues él lo volvería a contratar porque lo considera un hombre responsable y muy trabajador. Todo esto lo supo a través de un encargado mexicano, originario de Oaxaca, quien le traducía todo lo que decía su jefe. Durante todo el tiempo que estuvo en Estados Unidos no aprendió a hablar inglés.

Para él, su regreso fue “pan comido”: compró su boleto de avión a la Ciudad de México, no necesitó ningún “papel”, sólo al regresar, en el aeropuerto mexicano le pidieron su credencial del Instituto Federal Electoral. En el mes de septiembre compró su boleto para regresar el tres de diciembre con su familia, aún recuerda que le costó 200 dólares.

Su esposa lo fue a recibir al aeropuerto junto con su suegro, para él fue una grata sorpresa encontrarla ahí. Pues él la había pedido por teléfono que lo esperara como siempre cuando él regresaba del trabajo, es decir, afuera de su casa, cerca de la avenida por la cual él debía llegar. Una de las alegrías más grandes en la vida de Enrique es regresar de su trabajo sabiendo que lo están esperando, ya sea su esposa o sus hijos, por quienes trabaja para llevar a la casa el sustento de cada día.

Él considera que no fue tan ventajoso su viaje a Estados Unidos porque no tuvo mucho trabajo ni duró mucho tiempo allá. Para él, la mayor desventaja fue dejar a su familia. En ocasiones, piensa que tal vez podría regresar pero inmediatamente descarta esa idea de forma total, porque no volvería a dejar por nada del mundo a su familia, menos ahora que tiene otra niña de cuatro años, su sexta

hija. A su regreso buscó trabajo una vez más en la Ciudad de México, y se conforma con tener trabajo para comer, porque dice: “No hay para nada más”.

Para él, tener una familia es lo más importante en su vida: “Yo creo que es una bendición, porque no cualquiera, ¿cuántos no quisieran tener su familia? Irse al trabajo, irse por ellos, salir, regresar y saber que lo están esperando, saber que tienen su casa, esté como esté, pero es su casa, tiene sus hijos que lo esperan, para mi tener una familia es una bendición”.

Él emprendió su viaje el mes de marzo del 2002, hasta ese momento su esposa, aunque triste se encontraba bien. El momento más crítico para ella lejos de su esposo fue en el año 2003 debido a la muerte de su madre, quien a la edad de 51 años murió repentinamente de un infarto. A partir de ese momento ella padeció una depresión profunda que duró una larga temporada. Había días que no deseaba salir de la cama a pesar de que tenía que cuidar a sus hijos. Comenta que las únicas personas que la ayudaron fueron algunas vecinas. Su esposo al enterarse de esta situación deseaba desesperadamente regresar con ella, pero no lo podía hacer pues antes debía cubrir la deuda contraída con su hermano por el pago de su viaje hasta Nueva York.

Pocos días antes de la llegada de su esposo, planeada para el tres de diciembre de 2002, entraron a robar a su casa mientras ella fue a dejar a sus hijos a la escuela, al regresar encontró todas las cosas de su casa desordenadas, se habían llevado los 20 mil pesos que tenía guardados en un ropero y que había ahorrado del dinero enviado por su marido.

Esta desafortunada situación no aminoró ni una pizca las ansias de su marido de regresar a casa lo antes posible. Otro robo se repitió a los pocos días de su regreso, cuando toda su familia fue a la Villa de la Basílica de Guadalupe a dar gracias por su regreso,

volvieron a entrar a su casa y robarles una vez más el dinero que él había traído de su trabajo en Estados Unidos. Lila no se imagina quién o quiénes podrían ser los ladrones, pero eso ya no importaba, pues incluso al recordar esa situación le causa risa.

Para Lila lo más difícil que tuvo que enfrentar cuando su esposo se fue a Estados Unidos fue una serie de habladurías por parte de los vecinos, de una hermana suya y hasta de sus cuñadas:

“A mí me involucraron en muchos chismes, decían que yo salía con muchos hombres y todo eso era mentira. Llegaron a inventar que andaba con mi propio cuñado, quien ahora, por cierto es mi compadre. En casa de mi suegra, me dijeron que mi marido se había ido con una señora y ella lo estaba esperando en Estados Unidos, pero cuando yo hablaba por teléfono con mi marido, él decía que nada de eso era cierto”.

También cuenta como una de sus hermanas la amenazó, advirtiéndole que ella acabaría con su matrimonio, pues la acusaría de haber salido con muchos hombres. Al tercer día, después de la llegada de su esposo, el esposo de esta hermana detuvo a Enrique en la calle al momento de encontrarse y le repitió parte de las habladurías, ante ello, la respuesta de Enrique fue: “Todo lo que hizo mi esposa mientras no estuve, fue mi culpa porque yo la dejé. Ahora tú cuida lo tuyo que yo sabré cómo cuidar lo mío”. Especialmente con esta hermana, Lila cuenta que desde pequeñas siempre tuvieron problemas. Y desde que se casó, su hermana ha estado celosa de su matrimonio, pues cuenta como en comparación con el matrimonio de su hermana ella, efectivamente, siempre ha tenido una buena relación con su esposo, pues él nunca ha sido violento ni agresivo con ella.

Planes futuros

Espera que su hijo Alejandro aún no se case ni tenga hijos, piensa apoyarlo para que estudie lo más que pueda. Dice esto de él porque tiene un año y medio con su novia, con quien sabe mantienen relaciones sexuales. Para ella y su esposo el sexo no es tabú, pues han hablado directamente con su hijo y su novia para preguntarles qué cuidados o precauciones tienen para prevenir un embarazo no deseado. Recuerda molesta que un día en la estación del metro Constitución de 1917 estaban regalando condones, pero a ella no le quisieron dar porque era mujer, le dieron muy poco, por lo que le habló a su marido y le pidió que se apurara porque estaban regalando condones pero a ella no se los querían dar.

José y Alejandro estudiaban juntos en una secundaria cercana a su casa, ambos tenían buen promedio, pero su madre los cambió de escuela debido a que estaban amenazados de muerte por una de las banditas del lugar. Comenta que diario llegaban corriendo de la escuela porque los perseguían para golpearlos. Prefirió sacarlos de la escuela antes de que les causaran algún daño. Al parecer José ya no quiso continuar estudiando, por lo que su madre sólo inscribió en una telesecundaria localizada cerca del Cerro de la Estrella a Fátima y a su hijo Alejandro.

Lila motiva a su hija Fátima para que siga estudiando a pesar de que sabe que no le gusta la escuela, le dice que debe estudiar pues no saben su futuro y también por si acaso no tiene un buen marido, para que no dependa de él. Rafael, su hijo mayor, vive sólo, renta una casa cerca de la casa de sus padres. Se mudó con su novia pero actualmente se han separado, pues él no sabía que ella era madre de tres niños que vivían en Puebla.

Para la Señora Lila, tener una familia es tener con quién convivir, con quién ‘chistar’, con sus hijos dice que tanto pelea como juega. Le agrada tener una familia grande como la suya porque

nunca se aburre. Piensa que lo que ha mantenido unida a su esposo es el cariño y el amor que sienten el uno por el otro. También lo que los mantiene unidos son sus hijos quienes hasta el día de hoy están bien, pues gozan de buena salud y ninguno tiene algún vicio. Por último, Lila recomienda a los padres de familia que platiquen mucho con sus hijos, que no sólo los regañen, pues está ha sido su clave para conservar a su familia unida.





Adriana Álvarez / CUARTOSCURO

“...La familia tiene derecho a recibir protección y apoyo amplios. En distintos sistemas culturales, políticos y sociales existen diversas formas de familia. Se deben respetar los derechos, capacidades y responsabilidades de los miembros de la familia...”

Plataforma de Acción de Beijing, 1995

La suprema felicidad de la vida es saber que eres amado por ti mismo

Enoé Margarita Uranga Muñoz

La suprema felicidad de la vida es saber que eres amado por ti mismo o, más exactamente, a pesar de ti mismo.

Victor Hugo

Irina y Nelly

Irina Layevska es una mujer madura con una mirada profundamente tierna, piel tersa y frágil figura. Es contestataria, valiente, culta, desafiante. Aunque nació un 12 de octubre de 1964, para la soberbia sociedad que da y quita títulos de acreditación, ella es un acontecimiento reciente.

Irina, de signo libra y con una inclinación por la justicia, se enfrentó a serios problemas legales cuando sus vecinos juntaron firmas para exigir que se fuera de la unidad habitacional, donde comparte casa con su pareja. El argumento ante la justicia es una rampa que invade el territorio común, una rampa que, por cierto, necesita indispensablemente para trasladarse en su única posibilidad de movilidad: la silla de ruedas. Pero tras la farsa siempre se esconde un odio profundo, inexplicable como todos los odios, y el miedo que suele acompañar a la ignorancia.

Sus vecinos acusadores, principalmente varones, se han masturbado en su ventana, han aventado heces de perros, gatos muertos y basura a la mesa de su comedor. Otros, más ortodoxos, la perseguían

cuando iba a la tienda. A Irina le han pegado, la retan, le hablan al oído palabras que no se pueden pronunciar para no incitar a la rabia.

La mayoría de sus antiguas amigas y amigos, viejos militantes de la izquierda en la Ciudad de México, ya no le hablan. Se fueron “indignados y ofendidos”. Su familia consanguínea, papá, mamá y hermanas, le retiraron el habla, no sin antes desearle que se muriera. Los *quereres* actuales de Irina son, por supuesto, además del amor de su vida con quien está casada desde hace ya 20 años: su cuerpo femenino, de frágil salud, su ser profundo y sencillo, sus gatos, sus reflexiones.

Un día decidió que si la vida le jugaba una mala pasada con su enfermedad, ella la contrarrestaría con la decisión de vivir a fondo. Y metió el acelerador.

“Nací en el seno de una familia típica: papá y mamá. Soy la primogénita. Mis padres eran militantes comunistas. En los sesenta, ser comunista era muy peligroso. Vivimos muchas etapas de persecución y clandestinidad, de crisis económica, de hambres y de cárcel. Mi papá estuvo tres años preso a raíz del movimiento estudiantil del 68”.

Desde muy pequeña se le comenzó a manifestar una extraña enfermedad que los médicos no terminaban por identificar. Éstos pasaron de diagnósticos como poliomiélitis a algún síndrome o malformación genética. Posteriormente, dijeron que era un tumor y la operaron, pero no había tal. Los estudios para detectar el síndrome de Duchenne salieron negativos; Meningocele, negativo; Charcot, negativo. En 2002, identificaron esclerosis múltiple atípica que es el diagnóstico actual.

En el mar de adivinanzas, a los tres años la operaron de la columna vertebral y estuvo sin caminar durante dos años. Al transcu-

rrir el tiempo, otro diagnóstico confirmó que la intervención había sido innecesaria y que habían sido alteradas importantes terminaciones nerviosas, por lo que años más tarde dejó de caminar de manera definitiva.

La enfermedad que comenzó en los pies, afectó las manos y los brazos. A los 18 años dejó de caminar definitivamente y la silla de ruedas se instaló en su vida. Durante 10 años viajó a Moscú, capital de la extinta Unión Soviética, para recibir atención médica, gracias a la militancia comunista de sus padres.

Su problema físico, la discapacidad paulatina en brazos y piernas, le hizo no prestar atención al resto de sus inquietudes íntimas. Su personalidad tímida, sufriente, alimentaba sus temores. Verse al espejo reflejaba a la persona que no quería ser, o bañarse y recorrer un cuerpo que le era ajeno.

Aun cuando sus dolencias pudieron haber sido motivo de sobreprotección, Irina se desenvolvió en un hogar extremadamente rígido, de corte estalinista, por lo que los sentimientos, las emociones, las dudas existenciales, no eran recibidas con simpatía. Era empática con las niñas, con quienes sabía tejer relaciones profundas y solidarias. Su mundo más cercano estuvo poblado de enfermeras, hospitales y operaciones.

A Irina no le gustaba su cuerpo, le costaba trabajo aceptar lo que veía. Su cabello largo apaciguaba un poco su angustia. Al llegar la adolescencia los conflictos aumentaron, ahora no sólo no estaba contenta con lo que veía, sino con lo que escuchaba. Sus facciones comenzaron a hacerse adultas, rígidas, y su aspecto a endurecerse: “Era como si la vida me restregara: esto es lo que eres”.

Verse al espejo era un suplicio y hablar le significaba la muerte. Sin embargo, en el exterior su familia parecía no percibir nada, e Irina no sentía fuerza para hacerse escuchar.

Con la adolescencia también comenzó a surgir la observación del mundo. En el medio en el que creció, las diferencias no eran bienvenidas. Le tocó vivir de cerca una experiencia que marcó su silencio. Un amigo cercano a la familia, quien un buen día decidió vivir y hacer pública su homosexualidad, fue expulsado del partido en el que militó y del corazón de sus amigos. Las puertas de la familia de Irina, como la de muchos “compañeros”, también se cerraron violentamente. Cuando se referían a él en su casa, lo mencionaban como Mario *el puto*. “Yo sentía que no tenía libertad para hablar y no lo hice”.

Una nueva oportunidad llegó cuando uno de sus primos asumió su homosexualidad. Entonces, Irina creyó que si él se había atrevido a hablar, tal vez podría entender sus inquietudes y así lo hizo. Sin embargo, aceptarse gay era un asunto menor en contraste con lo que Irina experimentaba. Y el primo simplemente no entendió. Su mundo se hizo cada vez más pequeño, los años pasaron y la angustia creció. Irina pensaba que era la única persona que se sentía así y que, por tanto, no podría compartirlo con nadie: “¿Quién me va a entender?”

Cierto día, un compañero de secundaria le hizo un regalo que la ayudó a vivir bajo el manto protector de una imagen que la acompañó durante un buen periodo de su vida. La construcción de un personaje que no era ella y que, sin duda, le reeditaría una gran popularidad en una sociedad de clichés y culto a la personalidad. Una boina, una estrella y ropa verde olivo, le dieron una imagen revolucionaria, parecida a la del *Ché* Guevara: “Cuando me vi en el espejo dije: ¡cámara! ¡Ya la hice! Lo agarré de salvavidas y así viví”.

De la mano de la imagen, de la influencia familiar y de la necesidad de expresarse, llegó su militancia en los partidos políticos de entonces, primero en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y luego en el Partido Revolucionario de los Trabajadores

(PRT). Su experiencia política en este último fue de una gran identificación por la apertura, el respeto a la diversidad, especialmente sexual, en el seno del partido. Ahí, encontró una gran cantidad de mujeres que asumían su lesbianismo abiertamente y a varones homosexuales en la dirección nacional: “Yo me sentía muy a gusto”. Pronto llegó una encomienda que le proporcionó una nueva razón de vida y enormes satisfacciones en lo personal. Se hizo cargo de coordinar el envío de ayuda con buques de petróleo a Cuba. Como responsable técnica, comenzó a viajar a la tierra de Martí.

Luego vino uno de los acontecimientos más importantes: en una reunión del comité central del partido, conoció a su pareja, de la que se enamoró y con quien más tarde se casó, en una ceremonia muy especial en la isla. Su matrimonio significaba muchas cosas más, construir una nueva familia, principalmente, el amor; pero también parte de su ideología política, un compromiso de apoyo a Cuba en los momentos más complicados de lo que fue el periodo especial.

La crisis de los partidos de oposición, producto del surgimiento del cardenismo como opción política de izquierda, provocó un cisma al interior del PRT, y años más tarde el levantamiento zapatista dejó sin simpatizantes el trabajo que la promotora “Va por Cuba” realizaba; pero para Irina y su pareja significó la consolidación de una relación profunda en lo ideológico y en lo personal.

Mientras tanto, los conflictos personales que la asaltaron en la infancia y la juventud parecían haber cedido al trabajo en el exterior. Aquellas inquietudes se convirtieron en viejos recuerdos y anhelos de la adolescencia.

Hacia 1999, su enfermedad le jugó una mala pasada. La lectora voraz comenzó a ver borrosas las páginas de los libros que la acompañaban en las noches. Una vez más, comenzó el peregrinaje de hospital en hospital, el ISSSTE, salubridad, neurología, clínicas particulares. Hasta que le confirmaron que lo que le ocurría era

un proceso degenerativo del sistema nervioso, producto de la enfermedad. Irina y su pareja solicitaron ayuda a Cuba, pero cuando recibieron los resultados la noticia no fue mejor: ya era muy tarde y los nervios ópticos no tenían manera de regenerarse, por lo que perdería la vista en un periodo estimado de tres años.

El miedo por lo que venía la llevó a viajar a la isla nuevamente, sólo que ahora con una necesidad profunda por decidir los próximos años de su vida a la luz de su inminente ceguera:

“Tras la confirmación del diagnóstico llegué al hotel y caí en la cuenta de que no podía seguir engañándome ni engañando a los demás. Lo que me hace regresar a mi tema de infancia es que me voy a quedar ciega y que no me voy a ver nunca como yo quise verme. Entré al baño y ante el espejo decidí sepultar esa imagen que había construido en torno a la figura del *Ché* como icono de lo que no era”.

Parte del ritual incluyó viajar a Pinar del Río, el último lugar donde estuvo Ernesto Guevara antes de partir a Bolivia, país donde encontró la muerte. Al pie de un árbol enterró su boina y se despidió de la imagen que le había acompañado durante años. Irina lloró por largo tiempo su duelo personal: “Fue lo único que me sostuvo cuerda y viva”.

Al llegar a México, con la espada de Damocles sobre su cabeza, comenzó la cuenta regresiva para perder la visión; sin embargo, por alguna razón de la que sólo Irina conoce la respuesta, la luz de sus ojos no desapareció del todo y, actualmente, conserva 30 por ciento de visión en un ojo y 55 en el otro.

“Tuve que adaptarme a vivir de otra manera. Veo una mancha amarilla al centro de la vista, colores, siluetas, movimientos,

pero no distingo facciones. Dejar de leer fue la muerte, concebir una noche sin un libro era aterrador, se me hacían eternas las horas. Sin embargo, el *pinche* ser humano es un animal de costumbres y de adaptaciones y tuve que readaptarme, y creo que una pieza fundamental para esa readaptación fue mi pareja. Cuando regresé de Cuba hablé con ella y fue todo un caos”.

La enfermedad había impreso un gran desgaste a la relación de pareja. Pero la decisión de Irina dio el último tirón. El eventual rompimiento la dejó en una situación sumamente difícil: “No sabía cómo iba a reacomodar mi vida, cómo moverme sola en la calle. Confundía banquetas con sombras y varias veces me caí. Cuando tomaba taxis, era una complicación con la silla de ruedas y al pagar los taxistas me robaban porque yo no sabía de cuanto era el billete”.

La degeneración física de la enfermedad fue particularmente violenta en ese momento, pero lo más importante seguía siendo la determinación sobre lo que sería el futuro de sus decisiones.

“La situación no mejoraba, pero la comunicación no se había roto del todo. Una noche ella fue a mi recámara –dormimos en cuartos separados, por el rollo de la autonomía y la independencia– y me pidió que me quedara a dormir en su habitación porque no podía conciliar el sueño. Acepté, pese a que el espacio es muy frío. Me senté en la orilla de la cama y observé que en el ropero sobresalía un vestido rojo de flores, algo me motivó a ponérmelo y me recosté en la cama, donde dormí profundamente como tenía 20 años que no lo hacía”.

En esta o en otra vida

Días antes de ese evento, una conversación abrió el inicio de una nueva etapa en su relación:

- ¿Tú crees en otra vida?, le preguntó a su pareja.
—Yo creo que sí, ¿por qué?
—Nomás.
—¿Qué te gustaría ser en la otra vida si existiera?
—Mujer.
—Estoy segura que si lo deseas con mucha fuerza se te va a cumplir.
—¿Crees que nos encontremos en otra vida?
—Tal vez sí, pero entonces yo tendría que ser hombre.

Fue entonces que Irina le platicó lo ocurrido en su habitación y el incidente del vestido rojo. Por respuesta obtuvo la aprobación y la felicidad por saber que en momentos tan difíciles en la relación, en sus vidas, algo le había proporcionado paz.

Sin embargo, la conversación sobre el destino, en esta vida o en la otra, estaba en ese nivel, en algo que podría ocurrir. El comentario fue como un juego privado de pareja, una experiencia erótica para una, el resto de la vida para la otra. “A mí me significaba un rollo de construcción, porque travestida estuve toda mi vida”.

Asumir esta nueva realidad abiertamente y no como un juego, fue el comienzo del fin de la relación de pareja, empezaron las discusiones, alejamientos, los silencios más profundos y dolorosos. Irina confesó al amor de su vida sobre la mujer que había dentro de ella, y lo incómoda, confundida e infeliz que se había sentido todos esos años, en un cuerpo de hombre.

El rescate

La relación, ya de por sí frágil, no pudo estar peor. La crisis las separó dos años y, aunque vivían juntas, la comunicación profunda se había roto, sólo compartían la casa y los gastos.

“Con la certeza de que la relación ya había acabado, me dediqué a mi propio proceso de tiempo completo. Vivíamos como vecinas, ya no platicábamos, acaso un cómo te fue, hola, adiós, era todo. Entendía que le había quitado su pareja y tenía que *apechugar*, pero yo estaba clara que seguía enamorada de ella, no me había enamorado de mi mujer sólo por ser hombre, realmente la amaba más allá de eso”.

El proceso para Irina significó incertidumbre y culpa, su pareja era lo más cercano, afectivamente hablando.

“Mi familia sanguínea no lo aceptó y me retiraron el habla. Hubo que romper con mi madre, con ella fueron pleitos, agresiones, insultos, fue muy violento. Con mi papá, pues elévalo a la décima potencia, pero como él y yo nunca hemos tenido una buena relación, no me importaba lo que dijera. Él se fue de la casa cuando yo tenía 14 años, así que no representaba autoridad; pero mi mamá sí, mis hermanas. Y rompí con ellas, viví una etapa de mucha soledad, de mucha tristeza. Tener la sentencia de mi posible ceguera, sola, por querer ser yo; la disyuntiva era si renunciaba a mi deseo profundo para complacer a los demás, o ser yo pese a la soledad”.

La decisión fue el inicio del conflicto con los vecinos. El proceso de feminización de un marcado cuerpo masculino, atractivo, barbado, contrastó con la pronta acción de las hormonas que le dieron dulzura a su mirada, le hicieron crecer el busto, ensancharse las caderas y redefinir sus rasgos. El aislamiento y la soledad de lo que estaba por enfrentar la llevaron a hormonarse por cuenta propia.

“Internet es un arma de dos filos y puede ser muy peligroso, porque ahí encuentras toda la desinformación que quieras y consejos irresponsables de gente no preparada para gente que no tiene la brújula bien puesta. Y así como hay consejos para chicas anoréxicas o bulímicas, hay consejos para que las chicas transexuales tomen hormonas y te dan nombres de medicamentos que no requieren receta, y lo empecé a hacer y me intoxicué. Llegué a urgencias a punto de morirme por un exceso hormonal en mi cuerpo”.

Por medio de un primo, Irina fingió el típico caso de una amiga y relató en tercera persona lo que estaba viviendo. La ayuda la llevó a conocer al terapeuta sexual David Barrios, quien desempeñó un papel definitivo en su proceso personal emocional y psicológico.

“Cuando estuve estabilizada emocional y sanguíneamente, comencé con el tratamiento hormonal supervisado por un médico, y fue sorprendente. A los tres meses de tomar hormonas ya no existía mi rostro anterior, lo buscaba en el espejo y se había esfumado. Si yo hubiera vivido esto en la pubertad, hubiera sido fantástico, porque el desarrollo mamario es tan *chido*, el chorro de la regadera cayéndome en el pecho era como aprender a vivir, porque antes estaba convencida de que no estaba viva; y ver cómo me cambiaba el cuerpo, se ensanchan las caderas, me crecen las nalgas, el reacomodo de grasa, mis pómulos comienzan a hacerse triangulares. Lo que más me costó trabajo fue modular la voz, pero no fueron solamente aspectos físicos, sino la mirada profunda. Lo que dicen, los ojos cambian radicalmente. Era muy contradictorio todo, porque mientras afuera viví el rechazo y la agresión, yo me sentía plena”.

En tanto, los conflictos con los vecinos fueron catalizando las emociones de Neli, su pareja. La aparente distancia se desvaneció ante el amor que permanecía intacto, acaso escondido por los acontecimientos. Su unión fue su mejor defensa.

Ambas formaron un equipo de contención emocional donde, si bien la mayor parte de las agresiones las soportaba Irina, a su pareja también le afectaban de manera directa. Los cuestionamientos sobre las razones por las que se quedaba, imprimían una presión positiva que las hacía más unidas.

“Y tú, ¿qué haces ahí? ¿Para qué te quedas? ¿Qué son esas puterías?”, le inquirían. “Logramos reacomodar las emociones y nos dimos cuenta que nos seguíamos queriendo. Neli me dijo: ‘es que acabo de entender que el amor no tiene género y que te sigo amando’. En ese momento volví a nacer y comenzamos a reconstruir la relación”.

De la mano de la reconciliación tuvo que llegar un trabajo profundo para ambas a nivel terapéutico. Así que David con Irina y Marisol con Neli, pasaron a formar parte de la nueva familia con la que ellas tejieron emociones y redescubrieron el amor. “¿Qué va a pasar ahora? Antes yo tenía un esposo, porque yo no soy lesbiana”, le preguntaba Neli a Marisol.

“Poco a poco nos fuimos dando cuenta que en la cotidianidad seguíamos viviendo como pareja, con nuestras expresiones diarias. Ella me seguía diciendo *bebé* y yo le seguía diciendo *chiquis*. Nos queríamos, pero era parte de un proceso. En el camino el resto de las amistades se esfumaron, la mayoría de ellas de manera violenta, con insultos, agresiones, burlas. Entendí que los prejuicios que maneja la derecha no son exclusivos de ella, que los comparten con la izquierda y que no tiene que ver con ideologías, sino con malformación ideológica, de

conservadurismo, basados en dogmas; y que el dogmatismo todo lo que toca lo destruye, tanto el dogma religioso como el dogma político. Compañeros que se decían abiertos a la diversidad, se fueron al sentir que se traicionaba su masculinidad, con argumentos como los de mi mamá, que me acusaba de haberle matado a su hijo”.

“Es que tú eras el *Ché*” –le gritaba su madre desesperada y enojada. “Si lo que extrañas es al *Ché*, cómprate un póster, no me cargues eso” –le respondía Irina. Cuatro años de guerras y demandas con los vecinos, de 2005 a 2009, acompañaron el proceso de terapia individual y de reacomodo del amor.

“Mi proceso corporal fue lo que me dio fuerza. Cuando empezaron a burlarse en la calle, me seguían, iban a la tienda tras de mí, insultando, agrediendo, amenazando. Primero no los pelaba, después me salió la rabia y a mentar madres, a confrontarlos. Uno de esos días, al llegar a casa, encontró el paletón de no estacionarse prendido en llamas, como las prácticas del Ku Klux Klan”.

Para Irina, el remedio ante el acoso vecinal requería una respuesta en los mismos términos: “Estos cabrones me estaban pidiendo una madrina a gritos y se las voy a dar, porque los machos sólo entienden así, o les bajamos los humos o nos van a asumir débiles. Los machos tienen un lenguaje y así lo entienden, necesitan que se les diga que hay alguien más fuerte que ellos”.

Sin embargo, Neli la convenció que acudieran a denunciar ante el Ministerio Público. El agente que las atendió no tenía la menor idea de cómo procesar una denuncia por discriminación y terminó sometiendo a Irina a pruebas periciales siquiátricas para

comprobar que las agresiones de sus vecinos le habían causado daño psicológico. El trabajo del agente ministerial incluyó también que un médico forense determinara el sexo de Irina.

“Terminé denunciando a los vecinos y al agente del Ministerio Público. Luego acudimos a levantar una queja al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred), a donde nos llamaron a conciliar”. Los encuentros con David Barrios le ayudaron a saber que no estaba sola, que muchas personas, miles, se encontraban en una situación similar y que el proceso hormonal iba a ayudar mucho, lo que le permitió salir de la terapia con tranquilidad y una sensación de alivio.

“Saber que hacía lo correcto fue muy gratificante”. La transición también significó dolor, incertidumbre. Implicaba abandonar su imagen, su presencia, su trabajo político y su carisma, que realmente le redituaban popularidad y hacía feliz a muchas personas.

“¿Qué me pasa que me vale romperles las expectativas?”, se preguntaba.

En la terapia conoció a otras personas en su misma situación, pero con otro matiz. Irina se sentía mujer, no transexual. Reconocía que estaba atravesando un proceso que tenía principio y fin.

“Para mí, asumirse como transexual es una imposición, pero es parte de la identidad, la construcción es esa. Hay quien lucha por los derechos transexuales, pero para mí es imposible enarbolarlos. Una persona transexual tiene los mismos derechos que otros. Soy mujer y tengo derechos como mujer. Muchas chicas en esa situación incluso hasta se esfuerzan porque las identifiquen como transexuales, y para mí implica que no dan fin a una etapa que es de tránsito y entonces no rompen con su masculinidad, no rompen con el machismo, continúan reproduciéndolo. Dentro de la sexología, el con-

cepto transexual clínico debe transformarse. Para los sexólogos es una condición humana de identidad. Lo que yo digo es que la transexualidad es un proceso, un tránsito de un género al otro. El tránsito de ser hombre a ser mujer, o viceversa, comienza, evoluciona y termina; y cuando termina la persona ya no es transexual, la persona ya es mujer u hombre”.

¿Es posible romper los estereotipos de machismo y masculinidad? Irina asegura que sí.

“Los roles sí se logran romper. El machismo como educación estuvo ausente en mi casa, porque el macho de mi padre se fue y fui educada por mujeres, mamás, tías, hermanas, incluso mis amigos hombres me criticaban por qué apoyaba a sus novias cuando se peleaban. La imposición de roles masculinos fue un asunto que no estuvo presente en mi casa. Las actividades las hacíamos sin distinción. Cocino, lavo ropa, siempre he tendido mi cama. No reproduzco los modelos comerciales de ser mujer, de ser la chica del comercial, esa parte nunca me quedó. Yo quería ser mujer, estar buena, pero no quería ser como cualquier otra, como Cameron Díaz, yo quería ser como yo. Me hubiera gustado tener más senos, operándome lo conseguiré cuando tenga dinero, pero no me genera conflicto. Antes no me atrevía a ponerme traje de baño, iba a la playa y no me quitaba el pantalón, ahora ando en short en la calle, con minifalda, me encantan mis piernas flacas, porque son mías”.

Indocumentada en tu país

Cada etapa de su vida tuvo su propio tiempo. Pero llegó el momento en que hubo que cortar de tajo con el pasado, de manera

que Irina promovió, junto con otros activistas, la modificación al Código Civil del Distrito Federal para que las personas que pasan por un proceso de reasignación sexo-genérica cuenten con un juicio de levantamiento para un acta de nacimiento nueva. Con un expediente de más de nueve años de pruebas, Irina llegó al Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal para certificar que se trata de una mujer, identificada como Irina por su círculo cercano y extenso que la ha tratado durante todos estos años.

“Mi entorno social, político, cultural y de todo, me reconoce como tal, y me concedieron la sentencia y ahora cuento con un acta de nacimiento donde me llamo Irina Layevska, que soy del sexo femenino. Soy el caso número 28 de este tipo. En 2008 obtuve mi documento donde se respeta la edad y la fecha de nacimiento. Me hubiera gustado quitarme diez años”, confiesa con una sonrisa.

El nombre ucraniano lo tomó de la relación con una de sus mejores amigas y a quien conoció en uno de sus tantos viajes a la ex Unión Soviética: “Una chica pelirroja, súper pecosita, hermosísima, que fue la única que no fue mi novia, sólo mi amiga”.

El proceso de reasignación en Irina ha concluido, pero su vida con Neli se construye a cada momento. ¿Cuál es la historia a la luz de esta compañera *sui generis*, que un diciembre de 2008, con “un divorcio” a cuestas y una viudez inesperada, decidió proponerle matrimonio a Irina Layevska?

Vísteme de amor, que estoy desnuda

Neli se pregunta: ¿a quién puede interesarle su vida, el día a día que desde hace 19 años, comparte con su pareja? ¿Quién es este ser humano espléndido, que se ha superado a sí misma y cuyo premio ha sido el encuentro del amor verdadero, ese que quizá muchas personas jamás lleguen a conocer?

Nélida nació en abril de 1962, en Pajacuarán, Michoacán, en el seno de una familia numerosa. Su madre y sus ocho hermanos llegaron a residir a la Ciudad de México luego de que su papá se fue de la casa. Como suele suceder en las familias grandes, los mayores abandonaron sus actividades y apoyaron el sustento con el objetivo de que los menores tuvieran una educación.

Ya en el Distrito Federal, sus estudios en Administración Pública se vieron truncados por una serie de eventos fortuitos que incluyó ingresar a trabajar en el Sistema de Transporte Colectivo Metro, lo que le dio la independencia económica para cumplir el gran anhelo de su niñez: salir de la casa materna; y en febrero de 1986 partió con una máquina de escribir, la bolsa de la escuela y sus cosas personales como equipaje.

“Para mi es una fecha muy importante porque siempre tuve presente salir de la casa y vivir sola. No pensaba en casarme para ir a vivir sola, yo quería vivir sola o voy a compartir la casa con alguien. Mis juegos infantiles eran siempre relacionados con vivir sola o compartir la casa con alguna amiga, siempre. Al otro día fui al cine con la amiga que me dio hospedaje, llegamos en la noche a la casa y yo me sentía feliz de no pedir permiso, y regresar sin preocupación alguna”.

A los dos años, su novio de entonces la invitó a mudarse a las instalaciones del ahora museo León Trostky en 1988. El trato cotidiano y la relación con simpatizantes perretistas, llevaron a Neli al mundo de la militancia que le dejó un sinfín de experiencias que en muchos sentidos marcarían su vida.

Neli se enfrentó a la muerte, la tocó, la sintió, la experimentó y vivió en carne propia la represión laboral y sindical, que prácticamente eran lo mismo. Su participación en un mitin frente a la

Secretaría de Gobernación, su entrada a la mesa de diálogo sin que ella supiera que la iban a incluir, tuvo como respuesta el cobarde ataque de dos delincuentes enviados *ex profeso* para dañarla.

Comenzaba su jornada de trabajo cuando dos sujetos se le acercaron, uno de los cuales desenfundó de su pantalón una pistola que le disparó en el rostro. Escuchó un sonido como si hubieran golpeado una caja de cartón y sintió su rostro caliente, con los vidrios de sus lentes encajados en la cara.

“Me ardía la cara, me dolía el cuello, los hombros, vi muchísima sangre y pensé que ya me había muerto. Vi mi vida como una proyección de una película, me despedí de mi mamá, pero la vi como compañera de escuela, de la vida, pensé que ya no me iba a regañar porque ya me voy a ir. Sentí una especie de pertenencia a algo. No me sentía sola, sentí pena porque no iba a poder hacer lo que quería. De repente me toqué el cuerpo y caí en cuenta que estaba viva, accioné el pedal de alarma y en breves minutos ya estaba la Cruz Roja en la taquilla, me llevaron al hospital. La versión que se manejó en el trabajo fue la de un asalto, pese a que les expliqué como había sido, jamás hubo una investigación al respecto y el director del Metro, con quien me entrevisté una vez salida del hospital, jamás accedió a reubicarme de zona, por lo que tuve que regresar con mucho miedo, a trabajar”.

Los compañeros del PRT le dijeron que se trataba de un acto de represión y le sugirieron que se afiliara para que pudiera estar protegida por la organización. Luego de ese acontecimiento Neli se involucró más en el trabajo sindical, lo que le llevó tiempo después a ser acusada por la dirigencia sindical de haber golpeado y robado a una compañera trabajadora. La policía la detuvo junto con Rocío,

su amiga y compañera, y fueron llevadas a los separos de la policía judicial en la delegación Benito Juárez.

“Nunca nos presentaron a quien denunciaba. Nos comunicamos con compañeros del PRT y ellos, a su vez, a Rosario Ibarra, quien habló con el entonces procurador y nos dejaron libres 22 horas después de haber sido detenidas. Luego nos enteramos que el propio Comité Ejecutivo del sindicato del SCT había pedido, dentro del pliego petitorio, nuestra baja. Así que no nos fue permitida la entrada a trabajar. Sentí mucho miedo porque ya no iba tener trabajo y me había salido de mi casa, quienes se portaron súper solidarias fueron las costureras del Sindicato 19 de Septiembre, y nos prestaron su espacio para hacer reuniones a la coordinadora democrática de trabajadores del Metro”.

Como una salida a las presiones del despido, Neli propuso que ella y Rocío iniciaran una huelga de hambre como mecanismo para que las reinstalaran y las dejaran de hostigar. Nunca se había hecho algo así: “Iniciamos la huelga el 4 de septiembre de 1989, cuando el metro cumplía 20 años de servicio y duró 18 días; logramos la reinstalación y los salarios caídos, fue muy padre regresar a trabajar”.

El encuentro con su destino

Al estabilizarse su estado de salud regresó a una reunión del PRT, con la decisión de afiliarse al instituto político que pasaba entonces por un *impasse*. Sin embargo el trabajo de la promotora Va por Cuba mantenía el ánimo a flote en medio del pesimismo; y fue en una de sus asambleas cuando Nélida escuchó hablar a un chico en silla de ruedas quien le pareció muy guapo: “Pensé, yo quiero todo con él”.

Indudablemente, “él” debió haber pensado lo mismo porque a los dos meses de conocerse, le pidió que se fueran a vivir juntos y Neli aceptó. De ahí, realizaron su boda en Cuba, más tarde en México y, en 2008, se casaron por tercera vez bajo la ley de las sociedades de convivencia. Posteriormente a su boda civil en el Distrito Federal, en febrero de 1996, se fueron a vivir a la casa donde residen actualmente.

“Al poco tiempo mi esposo comenzó a tener muchas migrañas. Su circunstancia física se empezó a agravar, comenzó a perder la vista. Fuimos a Neurología durante dos años y también enviamos sus estudios al CIREN en Cuba. Al llevar unos documentos a la embajada para preparar el viaje, me informaron que los médicos consideraban que la enfermedad estaba muy avanzada y no había forma de detener el deterioro visual”.

El diagnóstico la dejó paralizada y sin la capacidad de dar una noticia de esa magnitud a su compañero.

“Cuando llegué a la casa me estaba esperando en la cama, ansioso, entonces le dije que le tenía que dar una noticia muy difícil. Me acaban de decir en la embajada que ya no es necesario que vayas, porque el mal de la vista ya no se puede detener. Se quedó en blanco. Yo esperaba que gritara, que ‘mentara la madre’, que hiciera lo que quisiera, que la noticia lo hiciera explotar y sacara la carga que llevaba dentro”.

El estrés de la situación, la continuación de tanto dolor, generó en Irina una desesperación tan grande que la orilló al suicidio; al tiempo que reactivó en Neli el compromiso de apoyo y solidaridad que aunque vigente, estaba desgastado por la enfermedad y el miedo.

“Cuando veníamos bajando del canal de Chalco le comenté que era importante que explorara su parte femenina, que se diera chance de llorar, de procesar lo que estaba viviendo y abandonar la rigidez que le había impedido expresar todos los años de su enfermedad. Nos han dicho cosas durísimas y no es normal que no llores”.

Tiempo después la embajada cubana le ofreció un viaje a la isla como una forma de distracción. Antes de partir, tomó la decisión de deshacerse de su ropa verde olivo, de las prendas negras, de esa chamarra vieja que Neli no lograba nunca sacar del guardarropa.

A su regreso a México, Neli conoció los detalles de la ceremonia simbólica en Pinar del Río con la boina y las estrellas, y se encontró con que ya no había bigote. Con ese antecedente, un día escuchó: “¿Sabes qué? Me llamo Irina -¿Ah, sí? -Sí, y quiero que de hoy en adelante me digas Irina”.

“Yo pensé que era parte del trabajo terapéutico que había comenzado con David y que le llevaba a explorar sus emociones y aun proceso de aceptación. No tuve ninguna intención de reclamo porque lo que me había dicho no significaba nada al lado del dolor que me producía ver en él, unos ojos que cada día me miraban con mayor imprecisión. Veía su gesto, su mirada. Sabía que le estaba pasando un mundo de cosas, ¡y yo no podía hacer nada! Me sentía tan mal. Que se pusiera un vestido o no era lo de menos, lo menos trascendente”.

Sin embargo, la siguiente conversación fue más contundente. Un día después de llegar de terapia, le dijo que él siempre se

había percibido como mujer y que iba a ser mujer. Para ese momento, Neli reconoció que la situación había rebasado una simple crisis temporal.

“Lo primero que pensé es que ¡yo se lo había propuesto! Me enojé, grité, menté madres, le grité que me había utilizado. Y después de un distanciamiento fuerte, frío, pensé que lo que me estaba pasando era tan inaudito que no se lo podía platicar a cualquier persona, sólo a Marisol, mi terapeuta. Me sentí muy sorprendida, sentía que no conocía nada de la vida. Tengo más de 30 años y siento que no sé nada, las cosas ni siquiera las he notado. Yo me casé con un hombre y me dice que quiere ser mujer. Luego de un buen rato en que pude sacar el enojo, la sorpresa y el dolor en cada sesión, como parte de mi proceso, me pregunté cuál iba a ser el siguiente paso, yo tenía claro que prefería saber las noticias, aunque fueran malas, a no saberlas”.

Sin embargo, pese a la crisis, Neli decidió no salir de casa ni pedirle a Irina que se fuera. En su cabeza rondaban las agresiones que se vendrían por el cambio. Pensé:

“Yo tengo una bronca del tamaño del mundo con mi pareja, pero no voy a permitir que nadie nos diga cosas. Cuando me dijo que iba a usar vestido, yo estaba aterrada, porque sabía cómo había afectado la enfermedad sus piernas, si salía a la calle yo tenía terror que lo insultaran. Vivía un montón de emociones, pensaba: ‘estoy encabronadísima con él, pero no me voy a aliar con los pendejos de afuera para que lo insulten’. Me peleaba con todo el mundo en la colonia. Me preguntaban: ‘¿qué hacía ahí?’, y les respondía: ‘no les importa’. Nadie

me iba a decir lo que yo tenía que sentir o decir. Me decía: ‘yo no me puedo ir de esta relación y de esta casa, no quiero que nadie lo lastime, no quiero que ande tocando puertas, este espacio lo construimos entre él y yo. No quiero que nadie lo rechace o lo lastime. No entendía la situación pero no quería que lo lastimaran. No me iba a aliar ni con su mamá ni con sus hermanas para tratar de convencerlo de que no fuera lo que él quería ser’”.

Sobrevivir implicó realizar en terapia una exploración de emociones. Neli pasó por todos los estados de ánimo posibles, hasta que llegó el punto en que entendió que ella era responsable de su vida y por ella entregaría cuentas a Dios, en su concepción personal.

Eso le llevaba a pensar, las cuentas que su pareja entregaría por su propia vida y su felicidad. Acaso le iba a decir (a Dios): ¿no fui mujer porque mi mamá se enojó, mi papá me retiró la pensión, mis vecinos me demandaron y mis amigos se fueron?

“Para mí era claro, su posición debía ser yo quiero ser mujer y ahora soy mujer, y eso le tiene que decir a Dios, porque el único responsable de su vida es él, y yo de la mía. Entonces fui a terapia y le dije a Marisol: ‘yo no puedo impedir que sea lo que quiere ser’”.

Ahí inició el proceso de despedida de su estereotipo pareja, de viudez, de las iniciales expectativas en términos llanos. Del reconocimiento del amor a la persona de la mano de la aceptación y la paz.

“¿Y tú cómo ves a la nueva persona que está ahí?, cuestionó Marisol, su terapeuta:

“Una persona con muchas ganas de vivir y de estar en el mundo. Es que he visto su transformación, en meses se fue la persona que yo conocí, la de ahora tiene una mirada dulce, es feliz, en realidad le tengo que dar gracias a ella porque mi

“marido” se tuvo que ir, pero se fue en paz, creo que está en paz pero necesito despedirme de él y vivir un duelo. Lloré mucho, porque esa forma de relación se había acabado y en ese momento pensé: ‘¿la neta, te sientes utilizada?’ No, me respondí. La verdad esto que dije es un eslogan que escuché en la televisión. Pero la neta no me siento utilizada”.

De todos modos le asaltaban muchas dudas que trabajó en su terapia: “¿Qué vamos a hacer ahora, antes éramos esposos y ahora? -Pueden ser amigas, vecinas, comadritas, hermanas”. E inicialmente, eligió que fueran hermanas.

El tema de la familia de Neli debió esperar un poco, aunque menos de lo que hubiera querido. Pensaba que si los vecinos estaban así de violentos, cómo iban a responder los más cercanos. Nosotros habíamos hecho una lista de las personas a las que le íbamos a avisar que Irina había llegado, y a otras a mediano plazo y otras a las que nunca les íbamos a avisar. Decidimos que mi familia no estaría incluida en el corto plazo.

Sin embargo, la visita de una sobrina cercana a la pareja, provocó que Neli hablara con ella y le explicara de la llegada de Irina. La chica le dio la bienvenida sin ningún obstáculo, al tiempo que las invitó a la fiesta presentación de su sobrino, asegurando a Neli que sus tíos no estarían presentes.

Preséntanos a esa dama

“Al llegar a la fiesta, a los primeros que veo en la casa hasta el fondo fue a mis hermanos, los dos mayores habían estado en el seminario durante 14 años luego de que mi padre se negó a que cursaran la carrera de derecho en la Universidad Nicolás de los Ríos con el argumento de que se harían comunistas. Cuando

los vi en la mesa se me cayó el mundo. Al acercarnos, a Irina la coloqué en el extremo y fui a saludarlos. Ambos me dijeron que me habían ido a buscar a Coyoacán que estaban preocupados por mí, tenía tres años sin verlos y pensaban que me había ido a vivir a Cuba. Uno de ellos preguntó por la dama con la que llegué, no la reconocieron. Yo pensé: si la tienen de frente y no la reconocen, es porque su proceso ya concluyó. Así que les dije que se las iba a presentar”.

Neli se dirigió con Irina hacia sus hermanos y antes de la presentación les comentó:

“Mi marido se fue para siempre y nunca va a regresar, pero llegó ella en lugar de él y se va a quedar conmigo. Ambos se quedaron sorprendidos y yo también al no saber de dónde habían salido esas palabras. Les comenté que estaba viviendo otras cosas y que no los había buscado porque como muchas personas nos habían agredido, no sabía cómo iban a reaccionar y que por ello no los había buscado. Haberles presentado a Irina a mis hermanos me hizo descansar supe que la vida podía continuar”.

La aceptación es un proceso, “yo siento que cuando me despedí de aquella pareja empecé a aceptar a Irina, acepto que esa pareja se va porque necesita descansar, me decía: ‘¿cómo en ese momento no iba a sentir que tenía derecho a descansar si lo había visto tan atormentado por la enfermedad y las migrañas?’”

Al poco tiempo Irina empezó a convulsionarse:

“Un día que estaba malísima le dolía el hígado muy fuerte, me acuerdo que tenía 50 pesos en la bolsa, el teléfono no servía,

era la una de la mañana y estaba muy mal. Pensé: ‘¡Dios mío, Irina está así porque no puede llegar y se está muriendo! Le pedí a Dios que la ayudara a que no se muriera, y dije: ‘yo quiero estar con ella, porque yo la quiero, no se puede morir’. Me dije: ‘alguien que ame tanto su vida no puede elegir la muerte para afirmarse, yo voy a acompañarla en este proceso, porque necesita vivir’”.

Neli reconoce que también hubo momentos en que ella misma tuvo reacciones agresivas hacia Irina: “Me doy cuenta que yo quiero muchísimo a mi pareja, que es Irina. Producto del incremento de las convulsiones ambas tomamos terapia con una tanatóloga, en ese proceso le dije a la doctora que se habían ido acomodando las emociones, y le hablé de un sentimiento que yo tenía con mi pareja varón y que en ese momento lo experimentaba con Irina”.

“Oiga doctora, yo a veces siento una nostalgia pero en diferentes situaciones, ¿sabe que estoy pensando? ¿El amor tiene género? Porque yo siento la misma emoción que antes; pero a mí no me gustan las mujeres, eso lo tengo claro, pero el amor yo lo siento. —El amor no tiene género, es el mismo. Es el mismo, solo que en diferentes personas”.

“Cuando me quité una bola de prejuicios de la cabeza, yo reconocí en Irina la esencia de aquella pareja del pasado, era como si estuviera en contacto con esa esencia pero con otra imagen. Hablamos de lo mismo, nos contactamos iguales, es la persona que siempre he conocido, tiene otra imagen pero aquí está. Ella es mujer, yo soy mujer, y no estoy en contra de las mujeres, por qué me habría de enojar si no estoy en contra de ellas. Además, ella necesita ser mujer, ¿por qué no

va a serlo? Ahí es cuando se acaba de cerrar este círculo de entenderla y de reconocer que mi sentimiento siempre estuvo ahí, solo que mis prejuicios, mis rollos, me impedían no ver la esencia de la persona que yo conocí desde siempre”.

En su ambiente laboral, Neli decidió que no debía decir nada: “Si alguno de los charros le dice algo, voy a reaccionar violentamente y voy a perder mi trabajo. Sólo se lo dije a mis amigas con quienes tenía un vínculo afectivo más grande, entonces comencé a fluir”.

Neli descubrió también que cuando pudo despedir a su antigua pareja en paz, toda la vida de Irina la empezó a feminizar: “Yo decía que si siempre se sintió mujer, es porque es una mujer. Así que al hablar de ella y con ella lo hice en femenino para referirme a todos sus acontecimientos desde la infancia”. Todo este proceso se constituyó de pequeños y complejos pasos, incluido, comenzar a darse permiso a sentir: “Nuestro amor siempre ha estado ahí, sólo que hay que buscarlo”.

A la distancia reconoce que la experiencia fue un curso intensivo de vida. También violento, pero no por el proceso en sí mismo, sino por la gente del exterior quienes las descalificaron: “tienen que ser así”, son raras, están locas o intentaron obligarla.

“Conocí la doble moral de mucha gente, como la del vecino heterosexual, casado, que se masturbaba afuera de la ventana. O como otros hombres que en la madrugada le tocaban en la ventana para decirle, sal mi esposa no está. Yo tenía mucha culpa que Irina llegara y no saber qué tenía que decir y justificar. Hasta que un día me dijo David que yo no tenía que justificar a nadie nada. Sentí que me apropié de mi intimidad y de mi vivencia, y que no tenía que dar cuentas de nada”.

“Al salir a la calle, la gente se burlaba de nosotras. Un día me acuerdo que iba llegando del trabajo, un albañil se tocó los testículos y me dijo, mira estos *huevos*. Traje a la patrulla y lo denuncié, la gente en el mercado me decía: ‘no le hagas eso, está tan joven’. No me importó, estaba harta y nos fuimos a la delegación para hacer la denuncia. Con demandas y órdenes de presentación me impuse para que nos respetaran. Me molestaba que la gente pensara que yo me tenía que hacer pasar por su amiga para aceptarnos, yo no quería esas amistades”.

“Nosotras no pedimos tolerancia, pedimos respeto. El hombre que se masturbaba fue quien juntó las 150 firmas para correrlos de la unidad habitacional, firmaron trabajadores de la delegación Tláhuac, gente de la organización Francisco Villa, personas de la unidad. Al final él terminó por irse cuando lo denunciábamos con su propia esposa”.

“Pensaba que bastante trabajo habíamos pasado con sobrevivir a la enfermedad y a todo para ceder a sus prejuicios. Pero tampoco les íbamos a dar ese poder. Ha sido una larga lucha porque nos respeten y no se entrometan en nuestra vida, porque no nos digan lo que está bien o mal, o su corta idea del debe ser”.

“Me da risa que me consideren lesbiana. Pero me causa risa porque la lesbiandad es una condición humana. No me siento lesbiana, pero a Irina yo la quiero y mucho, muchísimo. La veo como un gran amor, muy grande, es mi compañera de esta vida. Actualmente me siento contenta, satisfecha, porque yo he luchado por lo que quiero, por mis amistades, por mi familia. La relación con mis hermanos está bien, el mayor

me dijo que está sorprendido de lo que he avanzado. Nunca pensé que me diría eso. Y dijo: ‘Ustedes han hecho cosas que no se atreve mucha gente y me siento muy bien de cómo han avanzado ustedes’. Indudablemente, ellos hicieron su ejercicio personal y la consecuencia fue el respeto a nosotras”.

¿La tercera es la vencida?

“Cuando caímos en cuenta que había que disolver el matrimonio civil heterosexual me angustié. Yo no quería estar separada ni divorciada, así que en la conversación donde se aclaró el punto fui yo la que le dije: pero, ¿nos vamos a casar, no? Irina me respondió, si tú quieres sí”.

“¡Por supuesto que yo sí quiero! Cambiar el acta era un trámite necesario y ahora tendríamos uno nuevo con el nombre correcto de Irina y esta chava inteligente que me ayuda a comprender este mundo tan complejo, juntas tenemos muchas cosas que hacer. Entonces nos casamos”.

Irina se siente realizada:

“Sigo viviendo con la mujer de la que me enamoré hace 20 años, vamos a cumplir 19 años viviendo juntas y me siento afortunada y muy comprometida con ella, si me pusieran en la disyuntiva de cómo pagarle, ni con mi vida lo podría hacer. Aunque sé que me quiere, que tiene un compromiso muy fuerte conmigo, he de reconocer que vivió su propio proceso y que no ha sido fácil para ella. Muchas personas no tienen la grandeza de contar con un amor que va más allá de lo genital, creen que el amor es tener sexo, pero éste puede ser sólo una consecuencia del amor. Nuestro amor es la razón que hace a esta familia y nuestra familia es el impulso para la alegría”.





Paulina García Hubard / BIZAR

“Se debe conceder a la familia, que es el elemento natural y fundamental de la sociedad, la más amplia protección y asistencia posibles, especialmente para su constitución y mientras sea responsable del cuidado y la educación de los hijos a su cargo. El matrimonio debe contraerse con el libre consentimiento de los futuros cónyuges”.

Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, 1966
Organización de las Naciones Unidas (ONU)

Creo que nunca se deja de aprender en esta vida...

Alejandro Manrique Soto

Isabel es una mujer mixe de cuarenta años. Cuando era niña emigró a la Ciudad de México en busca de su futuro. Sin hablar castellano se fue abriendo camino trabajando en diferentes lugares: haciendo limpieza en casas, sirviendo y cocinando en restaurantes. De joven se fue a vivir con quien era su novio y, posteriormente, el padre de sus hijos. Ella se integró a la familia de su marido la cual vivía en la casa paterna. Ahí conviven a diario cinco familias, las cuales han sabido sortear los problemas que la falta de espacio genera. La separación de su marido no ha sido impedimento para que Isabel deje de soñar con un futuro de realizaciones y felicidad. Una de sus principales metas es llegar a ser profesora bilingüe de las lenguas mixe y castellano, para fortalecer y difundir su propia cultura. Ella quiere escribir historias en lengua mixe para que los jóvenes de su región no abandonen su lengua materna y ésta tienda a desaparecer. Isabel pertenece a una familia extensa y su nivel socioeconómico es bajo.

Isabel

En las montañas de Oaxaca

De niña yo era muy feliz en las montañas de Oaxaca. Jugaba con las plantas, los animales, las flores, como todo niño. Convivía con mis

papás y con mis tres hermanos. De vez en cuando, había muchos problemas con los papás. Se peleaban mucho. Mi papá le pegaba mucho a mi mamá, más cuando estaba tomado. Nosotros nos íbamos a esconder a la cueva, en la noche con lluvia y truenos y regresábamos hasta la madrugada cuando ya estaba dormido mi papá.

Tenía cuatro hermanos: Juan, Bertha, Rosario y Gloria. Tenía una convivencia muy buena con mi mamá. Siempre tomaba mucho en consideración a mi mamá, porque recibía mucho maltrato por parte de mi papá. Trataba de apoyarla con mis hermanos, yo los cuidaba de que no lloraran, de que no pelearan. Yo soy la mayor. Tomé esa responsabilidad de que no pelearan para no crear problemas entre mi mamá y mi papá. Mi mamá me cuidó mucho al igual que yo a ella.

Entre juego y trabajo cuidaba a mis hermanos, pero jugábamos en el campo con flores, hacíamos comida y sacábamos cosas para jugar. No teníamos juguetes, ni una muñeca ni un carrito, nada. Pero jugábamos con los trapos, los hacíamos en forma de muñecas, ja, ja, con un suéter, un rebozo, los hacíamos como muñequitos y les poníamos su cabeza y su carita, ja, ja, ja. Luego trabajaba también. Cocía en maíz para cuando llegara mi mamá ya estuviera cocido y ya molíamos en maíz en el molino en la noche o en la tarde. Si podía avanzaba lavándolo y cuando ella llegaba ya lo habíamos pasado en el molino. Yo tenía como nueve años. Buscábamos verduras, hierbas, como la yuca que se da ahí en la región, y las hacíamos en guisados o cocidos y eso era lo que cenábamos.

La relación con mi papá era distinta. Yo le tenía mucho, mucho miedo a mi papá, porque nada le parecía. Todo era malo para él. Si no comíamos rápido nos regañaba. No tengo la noción del tiempo pero si nos daba como quince o veinte minutos para desayunar, comer o cenar; porque nos decía que ya estaba preparada la comida, que ya no teníamos que hacerle nada, entonces nos

apuraba a comer pero rapidísimo, nos correteaba pues. Entonces, yo la verdad, no le buscaba problemas de ninguna manera, yo comía lo más rápido posible y carrereaba a los hermanitos y ya terminábamos rápido.

La violencia de mi padre

Mi papá siempre, siempre, estaba malhumorado, no sé por qué. Y mi mamá también le tenía mucho miedo, nunca le respondía, nunca le regresaba los golpes, entonces, nomás era pura golpiza de mi papá. Él hasta sacaba unas varas de capulín espinosas como sisgadas las puntas y con eso le pegaba a mi mamá, y no era una vez al día sino varias veces al día, todos los días. La golpeaba a veces con las varas que encontraba en el campo o lo que estaban desgajando en la tierra para sembrar, pues un pedazo de tierra le aventaba. A veces sí la llegaba a lastimar.

Creo que esto no lo hacían en todos lados, no era muy común. Nosotros estábamos muy aislados de la población. Vivíamos como a media hora del pueblo y alrededor había como tres casitas y estaban como a diez, quince minutos cada una de nosotros. Yo casi no veía otro estilo de vida más que el de mis papás. Mi papá sí era muy, muy agresivo.

Mi abuela paterna vivía en el centro del pueblo. Nos visitaba como una vez al mes, o dos veces. La mamá de mi mamá vivía como una hora, hora y media de camino, no vivía cerca. Nos visitaba dos o tres veces al año. Convivimos más con la abuela paterna pero era muy huraña, entonces, no nos quería.

Cuando yo tenía once años, absolutamente toda mi familia hablaba puro mixe y mis abuelas igual, la mayoría del pueblo también. Ahorita, treinta años después, la mayoría ya habla español. Creo que un cincuenta y cincuenta de cada idioma. Yo empecé a tratar de hablar español hasta los once años, casi doce cuando me

vine a la Ciudad de México. Tuve que aprender el idioma para poder vivir aquí, si no ¿cómo?, lo que me costó bastante trabajo.

En mi pueblo fui a la escuela cuando tenía como ocho o nueve años. Me mandaron como a una especie de kinder, porque ahí nos enseñaban a cantar pero en español y era complicado porque no entendíamos el lenguaje. Nos hablaban en español. Fui como medio año o un año, no recuerdo bien. Recuerdo que un 10 de mayo salí en un bailable y nos hicieron nuestra vestimenta con papel china. No recuerdo qué bailamos, pero bailamos ¿no? En cuanto a amigos casi no hice amigos, porque yo era una persona muy reservada, muy tímida, me daba pena hablar con las personas, nada más andaba mucho con uno de mis hermanos, éramos inseparables, uña y mugre, ja, ja. Él me cuidaba, yo lo cuidaba. Cuando nos separamos, que me vine para acá, sufrió él muchísimo porque siguió con los maltratos de mi papá y de mi hermano.

Me fui a México a buscar mi futuro

Desde que tengo uso de razón, como a los siete años, yo soñaba con venir a la Ciudad de México para trabajar y ayudar a mi mamá más que nada, porque era la que sufría más el maltrato de mi papá. Yo decía: “voy a ir a trabajar para ayudar a mi mamá y hacerle una casa, y no esté con mi papá y le pegue”. A los once años se me dio la oportunidad de venir para acá con una tía, hermana de mi mamá, a cuidar una bebida de un año. Aquí es muy diferente el estilo de vida que en un pueblo y me costó adaptarme para cuidar un bebé en un cuartito de cuatro por cuatro. Ahí vivíamos, ahí tenían todo y no había lavadero, entonces tenía que lavar los pañales de la bebé en un bote y obviamente no quedaban bien y mi tía me regañaba mucho; me decía que no servía, que era una inútil y me quería regresar a los tres meses al pueblo y yo me rehusé a cómo pude. En ese entonces, fui a visitar un tío y le

dije: “tío búsqume trabajo, no me quiero regresar al pueblo”. Mi tío me hizo el favor de buscar trabajo con una señora del pueblo que se dedicaba a colocar a las niñas recién llegadas en diferentes casas, así ayudaba ella.

Me colocaron en una casa con una excelente familia y una excelente señora. Yo caí como en blandito con esa familia. Esa familia me brindó apoyo, me enseñó a trabajar, yo no sabía usar una jerga, un trapeador, en los pueblos nomás se da un ramazo en el patio y ya, o sea, no se barre con escoba, no se trapea. La comunicación fue un problema, yo no hablaba nada de español, entonces a señas. La señora fue la que me enseñó a señas, a repetir las palabras, cómo se llamaban las cosas: la escoba, el recogedor, el trapeador, me enseñaba así. Yo tenía muchas ganas de quedarme aquí, no me quería regresar, porque yo sabía que aquí estaba, de cierta manera, mi futuro. Hice todo lo posible por aprender el español y entenderme con esta familia.

En esa familia siempre fueron excelentes personas. Me mandaron a la escuela como a la edad de doce años. Fui a la nocturna y aprendí a leer y escribir, y hablar mucho mejor el español. Ellos me dieron la oportunidad y, desafortunadamente, uno de niño no valora las cosas y me salí de ahí y busqué otras cosas. Sólo estudié un año y luego vino el terremoto del 85 y se dañó la escuela, por esa razón la dejé y no volví a regresar. Toda la vida me la eché así hasta los 35 años con un año de primaria nada más.

En la escuela, había una señora ya grande que iba con su hija. Con ella platicaba, ella trabajaba en un mercado, pero desgraciadamente no los conservé, nos perdimos de vista y ya no seguimos adelante con esa amistad. También platicaba con otras dos personas pero no recuerdo mucho. Yo me dedicaba al trabajo y a la escuela.

Cada año tenía la meta de ir a Oaxaca, no faltaba. Ellos no podían venir por la cuestión económica. Yo les llevaba cosas a mis

hermanos, ropita, juguetes, a mi mamá cosas que le sirvieran: trastes, cositas así para la casa.

En México trabajé en diferentes lugares. La primera vez con esta familia. Después con otra familia, cerca de ahí, nada más que la señora murió a los cuatro meses que llegué ahí, tenía cáncer. Los muchachos se quedaron huérfanos y el señor se quedó muy trastornado por la muerte de su esposa. La verdad el señor andaba muy ausente. Yo aprendí a cocinar para toda una familia en esa casa. La verdad sí me fue un poco difícil, porque no sabía ni cocinar, entonces, les di una semana pechugas empanizadas, ja, ja, ja. Esto fue cuando yo tenía catorce años.

Principalmente trabajé en casas, es lo que aprendí, a limpiar y eso es a lo que me he dedicado a lo largo de mi vida. Yo trabajé en casas hasta los 17 años, hasta que me fue muy mal en una casa que trabajé un año. Al principio, la familia me trató bien, me daban cosas para mi familia. A lo mejor yo cambié mucho, pero el caso es que la familia cambió mucho conmigo, inclusive me corrieron del trabajo sin sueldo de un mes, la señora me acusó de ratera y pues la verdad yo tenía mucho miedo y me regresé a la casa donde la señora murió. Regresé con el señor, le platicué como me había ido y me recibió unos días.

Después empecé a trabajar en restaurantes, en fondas. Eso no me gustó porque tenía que pagar renta, transporte. Trabajé como tres años y la verdad no me fue muy bien. Lo último de eso es que trabajé en una pizzería cerca de un año. Aprendí a hacer pizzas, comida rápida, y me fue bien en ese aspecto.

En la pizzería trabajaba de lunes a domingo, y descansaba un sábado o un viernes. Cuando descansaba me dedicaba a limpiar la casa de mis tíos con los que vivía, a lavar mi ropa. Me gustaba mucho tejer en ese entonces, tejía blusitas para mí, bufandas y cosas así. Casi no salía. No me gustaba mucho salir. Si salía era con mis

tíos al cine o a dar la vuelta, nada más, no era mucha actividad para mí de ir a divertirme.

Empezamos con los novios

Entre los 18 y 19 años, pues, ya empezamos con los novios y esto y lo otro. Me hice novia de una persona del pueblo, allá en el pueblo en una de esas que fui a dar la vuelta. Pero no sabía que era muy conflictivo. Él se vino para acá. No me dejaba en paz, era muy celoso. Para mí fue feo, me amenazaba de que si yo lo dejaba, si me veía con otra persona, me iba a matar y que no sé qué y que no sé cuánto. Entonces traté de alejarme, del trabajo y de mi domicilio. En ese entonces, conocí a otra persona ya casi a los 19. La verdad no duramos nada de novios, nos juntamos luego, luego, y para mí fue como una salida fácil. En esos años, yo me iba a regresar al pueblo definitivamente, porque ya había terminado mi tiempo de trabajar aquí y en el pueblo ya me querían casar con otra persona, y yo me rehusaba porque no era mi idea casarme con alguien del pueblo. Mi salida fue con el primer novio que conocí aquí, me junté con él y tuvimos tres hijos.

Él es del Distrito Federal, su mamá también y su papá de Pachuca. Duramos veinte días o un mes de novios, no recuerdo. Yo necesitaba un motivo para quedarme aquí y fue la salida que encontré. No duramos casi nada de novios, ja, ja.

No hubo boda, no hubo fiesta, no hubo nada. Nada más él y yo fuimos a avisar a mis tíos que ya nos íbamos a ir a vivir juntos. Yo vivía con mis tíos: “¿saben que? Ya me voy, voy a irme a vivir con él, voy a estar en tal lugar”. Y con la familia de él no hubo gran problema porque también nada más vivía con su mamá y sus hermanos. Entonces a su mamá ni le dio gusto ni molestia. “Ahí ustedes, si quieren vivir, adelante”. La señora, mi suegra, fue muy buena conmigo. No estuvo mucho tiempo conmigo, nada más

dos años porque falleció. Yo ya tenía mi primera niña de año y medio. Mi hija nació al año de que nos juntamos. Fue muy difícil para mí cuando ella falleció, yo la estimaba mucho y ella igual. De ahí se vinieron muchos problemas con el papá de mi hija porque él tenía un problema muy grande: era mujeriego. Yo tenía una loca idea de que no quería hijos de diferentes padres, entonces dije: “no, pues no lo voy a dejar”, yo no quiero tener hijos de aquí y de allá y me quedé.

Mi nueva familia

Desde que nos juntamos nos fuimos a vivir a la casa de su familia. Yo ingresé a esta nueva familia. Él vivía con su mamá, tenía varios hermanos, tres eran casados ya, una hermana embarazada, la otra igual y una con bebé. Entonces, sí eran muchos en una sola casa y eran pequeños cuartitos para cada una de las familias, a mí me tocó un cuartito de un metro por metro y medio, ja, ja. Así me quedé un rato.

Siempre nos quedamos ahí. Se fue modificando la casa poco a poco, porque estaba en construcción cuando yo llegué. La señora nos fue dando un espacio a cada uno de nosotros. Los que ya estábamos casados, pues un cuarto primero, luego otro cuarto y así. Cuando fue avanzando la construcción un poquito más, tuvimos un cuarto, un baño y otro cuarto como comedor y cocina. Tuvimos un poco más de espacio todos los casados. A nosotros nos dieron nuestro pedacito y ahí fuimos construyendo, esto nos costó muchos años, no fue rápido. Cuando pasaron como diez años ya teníamos como algo mejor. Mientras vivíamos todos juntos, después cada quien su casa, con un pequeño baño, cocinita y recámara; pero todos en la misma casa. Ésta tiene una sola entrada, se comparte el patio, la azotea. El recibo del agua se paga entre todos, nada más se divide a partes iguales. Con nuestros cuartos indivi-

duales unos contrataron diferentes líneas de luz, cada uno paga su luz, otros no lo pagan.

Con mi ex marido tuve cuatro embarazos y un aborto. Tres hijos logrados, en este caso la primera fue niña, el segundo niño y la tercera niña. Trabajábamos los dos, claro que él aportaba mucho más, obviamente, porque yo trabajaba de manera de no descuidar a mis hijos. Trabajaba un rato en casa, dos veces o tres a la semana. Yo estaba más tiempo en la casa, saldría unas cinco o seis horas de la casa y tenía que tener todo listo: comida, ropa, todo, todo eso era mi trabajo por decirlo y el de él, aportar dinero.

En la casa, hace unos quince años, vivían todos ahí: las hermanas, los hermanos casados, otro soltero y la mamá con su esposo. Éramos muchos, la mamá, el papá, el hijo menor, dos hermanas con bebés y esposos. Cada una tenía un niño. Eran tres por familia. De los hermanos habían dos solteros. En la actualidad, somos cuatro familias que vivimos en la misma casa y nosotras las mujeres somos las conuñas. La convivencia es de mucho respeto.

La convivencia cotidiana

Hemos tenido muchos problemas como todas las familias, pero hemos tratado de resolverlos hablando para no hacer comentarios incorrectos o chismes. Si hay algún problema de esa naturaleza se reúne a toda la familia y se aclara en frente de todos qué se dijo y qué no se dijo para evitar conflictos, porque ya tuvimos una vez un conflicto muy grande y, prácticamente, ya casi se disuelve la familia porque “uno estaba enojado con el otro y el otro igual, que por qué dijo, por qué me hizo”. Y cuando se aclaró esto, quedó todo muy claro de que cada uno debe respetar los comentarios, tener mucho cuidado con lo que se comenta y, sobre todo, debe haber respeto.

Existe una buena comunicación entre los miembros de la familia. Si algo no nos parece, lo aclaramos. Por ejemplo, algo tan sencillo

como los tendedores, los compartimos, son aproximadamente siete tendedores para las cuatro familias. Cuando lavamos, a veces lavamos todas el mismo día, tres en lavadora y una a mano, unas lavan y otras secan. Tratamos de organizarnos: “¿sabes qué?, pues te tocan tres lazos o te tocan dos” y si no, pues esperamos nuestro turno, la que empezó a lavar primero es la que va a tender primero.

Cada familia hace su comida. Cada una en su casa cocina lo que quiere, ya no es comunitaria, nada más es el patio es lo que se comparte, ese sí es comunitario. La relación con mis hijos la considero más o menos buena, he tratado de tener mucha comunicación con mis hijos. Con sus tíos es regular porque a los jóvenes de ahora no les parece que los tíos los corrijan o les digan algo. No les faltan el respeto a los tíos, simplemente les dicen: “¡ah!, sí tío”, ni les dicen que sí ni no, no hay discusión con eso. Ellos se apartan. Esto ocurre con mis hijos. Con los otros sobrinos es diferente. Las con cuñas sí permiten que los tíos se involucren en la educación de los hijos. Mis sobrinos han sido golpeados muchas veces por los tíos, porque la mamá lo permite, pide ayuda, ya que el hijo no le obedece o no le hace caso, entonces, llega el tío y le llama la atención e incluso llega a los golpes por no hacerle caso a la mamá o pasarse de listo. En mi familia no involucro a mis cuñados, la educación es responsabilidad mía y del papá; pero como ya tenemos mucho tiempo separados no se involucra en la educación.

El tío se mete porque la mamá se lo pide. El papá del joven no está porque se fue a trabajar. Se permite ese tipo de cosas entre hermanos, se dan ese permiso. “Ah, se portó mal mi hijo, tú lo corriges”. En lo personal no es bueno que se meta el tío con la educación y mucho menos con golpes, para mí eso no funciona así. Yo hablo con mis hijos, nunca los regaño enfrente de los tíos, yo los llamo adentro del cuarto o de la casa y ahí les llamo la atención, jamás enfrente de los tíos.

En la familia hay machismo. Uno de los cuñados es muy agresivo contra su esposa, una que otra vez la ha golpeado estando tomado. La insulta muy feo y psicológicamente la maltrata. Le dice que está fea, que está gorda. Insultos, muchos insultos. Sí considero que hay machismo. En esa familia se da más permiso a los sobrinos que a las sobrinas. Los hombres pueden llevar novias pero las mujeres no, porque dicen: “¿cómo vas a meter al novio aquí si no es formal?”

Hasta ahorita, yo he visto eso en la familia. Yo ya no vivo con el papá de mis hijos, yo vivo con la familia del papá de mis hijos. Yo soy la familia política, todos ahí son hermanos, hermanas. Yo soy la única que no es muy allegada a ellos, pero trato de convivir de una manera respetuosa para no tener problemas y prefiero que mis hijos que no se involucren mucho con sus tíos, porque precisamente, como falta el papá, ellos se sienten con el derecho de corregir a los sobrinos; pero yo no se los he permitido en ese aspecto, me he impuesto un poquito. Yo no les doy la autorización de que regañen a mis hijos o de que les peguen. Autorización de regaño, sí. Tienen todo el derecho de llamarles la atención y se los he dicho a mis hijos. Para evitar problemas, los he apartado un poquito de los tíos. Antes de reclamar algo, pregunto a mis hijos y aclaramos las cosas.

En la casa vivimos muchos. De mi familia somos tres mujeres, un hombre y el nieto, el bebé de mi hija. Otra familia tiene una niña de catorce años, un niño de ocho y los dos papás. En otra vive la mamá, el papá está trabajando fuera del Distrito Federal, el hijo con su esposa y su bebé, y la hermana menor, son cinco ahí. Y la otra familia tiene la mamá, el papá, dos niñas y otro niño de catorce años. Y de pilón, tenemos otra familia: un sobrino- hijo de una de mis cuñadas. Él tiene 22 años, su esposa y su bebé de tres años. Ellos viven en un garaje. Desafortunadamente no tienen mucho, sólo el cuartito

para vivir, no tienen baño y tienen que bañarse con uno de los tíos. Es más complicado para ellos, pero ahí están temporalmente.

Entre las concuñas hay un poquito de estira y afloja. No tenemos el mayor problema, siempre tratamos de respetar, como el caso de los tendedores, buscamos la solución. Dos somos oaxaqueñas y dos del Distrito Federal. Tratamos de llevarnos bien. Cuando se fue el papá de mis hijos, me apoyaban, iban a la escuela por ellos.

La familia convivía más antes, se hacían muchas fiestas, muchas. Era de cooperar. Organizábamos un cumpleaños y cooperábamos entre todos, unas carnitas, un mole, se repartía el gasto en partes iguales y a convivir y a *conbeber* un poco, ja, ja. Últimamente, la familia se ha distanciado porque los hermanos mayores se han ausentado mucho de la casa. El papá de mis hijos iba mucho aunque no estaba en la casa. Él es uno de los mayores. El mayor ya tiene un año que no está en la casa, ya tiene un año que supuestamente está trabajando en Guadalajara. Organizamos los gastos en Año Nuevo y el 24, a veces, llegan las hermanas también. En ocasiones, nos reunimos en el patio que es pequeño o invadimos la calle, es una cerrada, sacamos las mesas a la calle y ahí hacemos nuestra convivencia, o cuando son convivencias pequeñas se hacen adentro de las casas, aunque son muy chiquitas.

Hace cuatro años, una de las concuñas se enfermó y fue muy difícil. Se vivió una situación de apoyo a ella. Fue una enfermedad mental, perdió la razón. Se volvió agresiva, quería matar a los hijos. Alucinaba. Yo creo que fue esquizofrenia, porque su mamá también está enfermita de una enfermedad mental. Vive una vida más o menos tranquila, pero esta muchacha se volvió agresiva, no quería salir. Estuvo así como un mes. El marido no iba a trabajar. Nosotros les dábamos un taco. Los niños se repartieron, una concuña cuidó a dos y otra a uno. Se repartía el quehacer. Duró un mes y ahí se vio la unión de la familia. Incluso, llegaron las hermanas que nada tienen

que ver en la casa, una vive en Chalco, otra en Ixtapaluca, todos llegaron cuando se necesitó. Iban de ida y vuelta. Estuvieron presentes en el apoyo moral. Se necesitaba orar mucho, la oración duraba dos horas y media, diario por tres o cuatro días. Se vio el apoyo, no hubo distinción, llegaron hasta otros primos de mis cuñados. Ese momento fue muy significativo. Yo la verdad quería salir corriendo porque tengo un problema similar con mi papá, de esquizofrenia. Entonces, esa gente se pone muy agresiva. Yo tenía mucho miedo de que a mí se me detonara esa enfermedad, yo tengo miedo de que me de esa enfermedad. Me aguanté y me quedé en apoyo moral a la familia y me han expresado que igual se me brindaría ese apoyo.

En la cuestión económica, también nos brindamos apoyo. Hay un hermano que siempre ha tenido problemas económicos y sí se le da apoyo con un poco de comida o un préstamo de 100, 200 ó 500 pesos, mientras consigue algo, o les damos algo para que les hagan de comer a sus hijos.

La última y nos vamos

En la familia se sufre el alcoholismo como en todos lados, como en todas las familias. Dos de mis cuñados, los más jóvenes, toman mucho. Cada ocho días y, a veces, entre semana también. No tienen trabajo fijo, son herreros y trabajan en su casa. A veces no tienen trabajo, a veces sí; cuando no tienen ahí están tomando. Ahora que ya crecieron los sobrinos también toman y, desafortunadamente, toman cada ocho días y las mujeres ya se involucraron también. Yo no porque no me gusta. La familia sí y, desafortunadamente, mi hijo de 16 años también se involucra con la bebida. A mí me cuesta mucho trabajo ubicar a mi hijo. Le digo que no es correcto para él y su vida futura, que no siga el ejemplo de sus tíos. Ese problema también lo tengo con mi familia de Oaxaca, con mi papá y mi hermano, y tienen muchos problemas emocionales.

El más chico de los hermanos de mi ex marido tiene como 35 años, el otro 38. Los grandes tienen 42 y 45 años y toman una vez al mes. Los grandes no están en la casa. Si estuvieran creo que sería otra la manera de beber porque les llamarían la atención a sus hermanos, les dirían que no es correcto que tomen cada ocho días. Toman mucho, empiezan el sábado y el domingo en la noche todavía están tomados. Supuestamente, se la curan al día siguiente pero siguen muy tomados.

La bebida genera problemas en las familias de manera individual. Mi cuñado ha agredido a su esposa, le grita a los hijos y ellos tienen mucho miedo. Es algo incómodo. Sí genera problemas pero de manera individual, en cada familia. En la mía, mi hijo imita a los tíos pero no se pone agresivo ni se lo voy a permitir. Trato de hablarle para sacarlo de ese camino.

Mi pueblo querido

Con mi familia de Oaxaca nos comunicamos a pesar de la distancia. Ahorita ya nada más quedamos cuatro hermanos. Mi mamá murió hace siete años. Mi papá vive pero es alcohólico totalmente. Mi hermano de 28 años que vive aquí, es soltero y también toma, pero procura de verdad dejar de tomar. Mi hermano que vive en Oaxaca está desarrollando esquizofrenia por parte de mi papá y genera muchos problemas con mi hermana, su esposo y su familia. Se pone muy agresivo, alucina mucho, desconoce a las personas y quiere agredirlos. Yo trato de estar con ellos, de apoyarlos, de apoyarlos mutuamente, de no tener problemas con ellos. En estas fechas pienso ir a ver a mi familia, porque tengo tres años que no los veo en persona, aunque sí tengo comunicación por teléfono cada quince o veinte días con mi hermana. Con mi hermano casi no tengo comunicación, porque está trabajando en el campo o de albañil y no está cerca de la casa. Hasta la fecha sigo visitando mi pueblo,

aunque no esté mi mamá. Yo quiero muchísimo a mi pueblo, me encanta mi pueblo, me fascina ese lugar, me encanta, me encanta, no hay otra palabra que eso, me gusta mucho.

Tuve la posibilidad de traer a mi mamá hace diez u once años. La llevé al doctor a revisión general y, gracias a Dios, salió todo bien, inclusive le mandé arreglar sus dientes, le mandé hacer unas placas y quedó muy contenta. Le gustó la ciudad pero no para vivir, sólo para visitar, lo de ella es el pueblo. Estuvo aquí dos meses.

Todos mis hermanos vinieron a la Ciudad de México. Mi hermano que está allá vino y no le gustó, de plano dijo: “no, yo no soy de aquí de la ciudad, yo me regreso al pueblo”. Mi hermana vino nada más por un tiempo de cinco años y se regresó con lo que logró hacer en cinco años. Otra hermana que ya falleció y otra más estuvieron aquí e hicieron la casa de mi mamá en el pueblo. Entre todos hemos colaborado para la casa y el terreno, la hemos trabajado todos juntos, esa es la casa familiar. Hay otras tierras que eran de mis papás, pero esas les tocan a mis hermanos. En la casita, la familiar, ahí podemos llegar si tenemos algún problema de separación con los maridos o la familia política, podemos hacer nuestras casas en el pequeño terreno, no es muy grande. Eso lo tenemos como un convenio, el que tenga problemas le echamos la mano para hacernos una casita ahí.

Mis hijos han ido a Oaxaca y les encanta el pueblo. Por el río, por la convivencia con los primos. Ya no hemos ido tan seguido, antes los llevaba una o dos veces al año y sí les gustaba mucho. Ahorita, ya de grandes, es un poco más difícil, aparte de lo caro. A mi hija se le dificulta por su bebé, pero estamos planeando ir pronto, unos quince o veinte días.

A mis hijos traté de enseñarles la lengua que yo hablo, el mixe, pero se les hace muy difícil. Se les hace más difícil que el inglés. La pronunciación en sí es un poco difícil. Y como que no les interesa, no hay una razón para hablarlo, no les va a servir a ellos para el fu-

turo. Ahorita, tenemos pensado enseñarle al nieto ¡por dios!, ahorita que está chiquitito yo le hablo en mixe, mis hijos en español, estamos tratando que aprenda tres idiomas: mixe, español e inglés, ja, ja, ja. Le va a llover bastante a mi nietecito.

Problemas de infidelidad

La relación con mi esposo estuvo mal. Él tenía el problema de ser mujeriego. Tenía muchos problemas emocionales. Acababa de dejar una novia que estaba por casarse con ella cuando a mí me conoce. Estaba muy lastimado emocionalmente, y yo igual estaba lastimada de otra relación que había tenido. Fue una relación que empezó mal. Nos llevábamos más o menos en la convivencia. Yo tomé el papel de sumisa y él, el de quien manda y dirige, y por no tener problemas con él me quedaba callada, no discutía y así me la llevé mucho tiempo. En cuanto a la familia no influyó mucho. En este caso mi suegra me decía que no hiciera cosas buenas que parecieran malas. Que no saliera de la casa a diferentes horas o muy tarde, o no sé qué. Procuraba tener la fiesta en paz, tener mi casa ordenada, limpia, la comida hecha. Tomé mi papel de la señora que tenía que tener la casita limpia y ordenada cuando él llegara. Él tomó el papel de proveedor. Se iba muy temprano y regresaba muy noche. No había casi convivencia mutua. Él en su mundo de trabajo y yo en el de casa. Así nos la llevamos por varios años. Luego vinieron los hijos.

A lo largo de la relación, ¡*híjoles!* Ya perdí la cuenta de cuántas fueron, la verdad, yo sabía que existía por ahí alguna aventura y todo, o me imaginaba por lo menos, porque él cambiaba sus actitudes. El colmo fue cuando se involucró con una vecina. Dice el dicho “ojos que no ven, corazón que no siente”, y es cierto. Cuando ve uno a su pareja con otra persona, aunque decía que no tenía que ver nada con esa persona, pero las actitudes se veían muy claro.

Hasta que llegó la ruptura definitiva. Él tuvo otra hija que tiene ahorita la edad de mi última niña: catorce años. Yo se lo pasé, la niña llegó a ir a la casa. Traté de ser una mujer comprensiva, pero no me llevó a nada bueno, yo debí meter límites desde el principio; pero ahora ya lo hecho, hecho está. Ahora, cada quién por su lado.

Él se fue de la casa aproximadamente a los trece años de que nos juntamos, ya lleva nueve años. Ya no se puede hacer nada, cada quien ya cambió de idea totalmente. Él se volvió a casar y quería tener una relación por allá y conmigo. Pero me aburrió ese tema y me separé de él de plano. Ahora ya no hay mucha convivencia.

Con sus hijos desgraciadamente, o afortunadamente, tomó el papel de ogro, como todos los papás. Él si tenía esa imagen con sus hijos. Llegaba y todo mundo calladito, no hacían ruido ni respiraban. Fue la costumbre que adoptamos. Regañaba y llamaba la atención. Yo no tenía la noción de que tenía que ser enérgica con mis hijos. Ahora yo tomo el control de mis hijos, el casi no se involucra. Estuvo mal que yo le dejara todo el papel de ser el enojón, el gritón. A la fecha no se lleva con los hijos. El niño no quiere hablar con su papá. La mayor le da la razón a su papá ya que ahora cría a su hijo, y ella es la enérgica porque el papá de su hijo no le mete límites y, ahora ella, le da la razón a su padre: “tenía que ser enérgico mi papá”. Mi hijo no, porque todavía no experimenta ser papá.

En nuestra relación hubo bueno y malo, el problema eran las mujeres. Era responsable, nunca faltó el dinero. Buscaba más y más trabajo para construir la casa. Al principio vivíamos en tabiques sobrepuestos, no había estructura ni nada. Toda la familia tuvo que trabajar muy duro. Trabajábamos en equipo, la casa se fue haciendo entre todos. Él si tomaba pero jamás me golpeó. Yo le dije desde un principio: “el día que tu me golpees, no tengo la misma fuerza que tú, pero cuando te duermas yo te voy a dar un descalabro que bueno; no me puedo defender cuando tú me golpees, pero cuando

te duermas me desquitaré”, ja, ja. Creo que lo tomó muy en serio porque nunca hubo golpes.

Una vez, me dio una pequeña cachetada y yo le exageré demasiado, dije que me había golpeado y lo acusé con mi suegra. Ella me dijo que si hubiera otro golpe le avisara y ella se arreglaría con su hijo. Tuve mucho apoyo. Yo sí era golpeadora al principio con mi hija la mayor. Una vez, cuando tenía como cinco años, yo la tenía del cuello, la quería ahorcar. Pero me dije: “¿por qué quiero ahorcar a mi hija si es lo que más quiero en la vida?”, yo creo que eran las frustraciones del problema que tenía. No le podía decir al papá de mis hijos lo que yo sentía realmente, yo me guardaba los sentimientos y el enojo. Hasta después de años, tuve el valor de decir lo que no me parecía. Yo me desquitaba con mi hija. Luego me di cuenta que eso no era correcto.

En el kinder fui a pláticas para padres y entendí que estaba mal. Me costó varios años para corregir mi actitud de madre golpeadora. A mi hijo no le pegué, su papá sí. Yo le dije que no estaba bien. A la chica no la golpeé nunca. Sí le llamaba la atención y la castigaba. Es una niña muy correcta y obediente. Hay que tener energía hablada para corregirlos. Los golpes crean mucho resentimiento con el papá. Mi marido sólo hablaba una vez, la segunda ya era un golpe. Una vez le pegó a la hija mayor por no poner los acentos en una tarea y le sangró la boca. A mi hijo le dio una santa golphiza cuando tenía seis años por no aprenderse el alfabeto. Para él, los golpes son los que educan y no cambia de idea.

Los papás de mi esposo educaban con violencia a sus hijos. El señor tomaba mucho y golpeaba a mi suegra. Ella tenía un tumor en la cabeza por un golpe. Sí golpeaban a sus hijos, fueron muy maltratados física y verbalmente, su vida fue muy difícil. Yo los compadezco del maltrato que recibieron. No les echo la culpa de todo a ellos, de que sean como son, sino que fueron educados de

esa manera. Mi suegro los ponía con ladrillos en las manos como castigo y si se movían les daba una tranquiiza. Mi suegra les pegaba con lo que encontrara: sartenes, cucharas, escobas, lo que encontrara. No justifico a mis cuñados pero así fueron educados.

Uno de mis cuñados una vez golpeó brutalmente a su hijo, le dejó las piernas moradas, no tenía escapatoria porque sus padres son golpeadores, los dos. Ahora él toma mucho y va por el mismo camino de los golpes para educar a su hijo.

La separación de nosotros le afectó mucho a mi hijo. Su papá no les dijo nada, sólo se fue. Yo les dije que teníamos muchos problemas como pareja y que nos íbamos a separar, pero que ellos no iban a dejar de tener a su papá y a su mamá. Al niño le afectó tanto que del estrés se le comenzó a caer el cabello. Tuve que llevarlo con una sicóloga para que lo tratara. A mí se me acabó mi mundo. Yo tenía a este señor enaltecido, en un altar, lo tenía como lo máximo. Mi hija la mayor tomó el papel de papá a los doce años. Me dijo que iba a ayudarme a criar a sus hermanos. Yo me di cuenta que le había dejado un papel que no le correspondía cuando tenía quince años y traté de rescatar la parte de que mis hijos se vieran como hermanos. Le aclaré a mi hija que yo era la mamá y no ella. Nos costó mucho readaptarnos porque ya habían tomado los papeles de padre e hijos. Ella ya gritaba y corregía como el papá. Hubo mucho conflicto con esto.

Cuando me separé de mi marido no tuve problemas con su familia porque se creó un buen ambiente con ellos. Sólo a una cuñada no le pareció que su hermano se saliera y yo me quedara. Todos me decían que no me preocupara, que era mi casa y estuviera ahí con mis hijos, siempre y cuando que no metiera un novio ahí, por lógica, yo no lo haría. Uno de mis cuñados me lo aclaró desde el principio, me dijo que no había bronca si yo quería tener una nueva pareja pero no lo llevara a la casa. Porque también tienes

derecho a rehacer tu vida. Yo lo menos que quería en ese momento era una nueva relación.

A los tres años de la separación me salí un tiempo de la casa. Mi marido quería regresar a la casa y llegar a cualquier hora como si nada y yo no quise. Él me decía que yo ya tenía una nueva pareja y estaba viviendo en su casa. Y un día agarré mis cosas, arreglé lo necesario y me cambié. No me regresé luego, luego. Le avisé dónde estaba. Luego me pidió que regresara al mes y no quise. Regresé hasta el año.

No he pensado en rehacer mi vida con otra pareja, para mí sería muy complicado. Para mí significa problemas emocionales, problemas con mis hijos. Aunque ellos no están en desacuerdo, me dicen que si quiero rehacer mi vida, no hay ningún problema porque es mi vida. A mí no me gustan las relaciones pasajeras, yo prefiero una estable. Pero el problema es que tengo mis tres hijos y no quiero exponer a la pequeña. Y una relación nada más de vez en cuando no es muy interesante para mí. Ahorita quiero acabar de educar a mi hija y acompañar a mis hijos, que aunque se casen y estén grandes van a seguir conmigo, y eso es un hecho. No sé qué pueda pasar a futuro. Ahorita estoy muy bien. Estoy estudiando, quiero sacar la prepa, quiero ser maestra bilingüe de mixe y español. Y quiero escribir algunas historias pero en mixe.

Me han preguntado que si tuviera otra pareja tendría problemas con la familia y les he contestado: “¡Ah, por supuesto!” Además yo por respeto de la memoria de mi suegra, jamás metería a una persona ahí porque es la casa del papá de mis hijos y de mi suegra. Si quisiera rehacer mi vida, y ya lo he pensado en algunas ocasiones, saldría de esa casa en primer lugar, rentaría o conseguiría un terreno. Ahí estoy bien, no pago renta y es la familia de mis hijos, y los problemas se solucionan y ya.

Retomé mi educación

Yo retomé mi educación en México ya grande. En Oaxaca fui a un kinder. Nunca me enseñaron a leer ni escribir. Era cantar, bailar, brincar. Sólo fui unos meses y no aprendí nada. No había educación bilingüe. En México, fui a la nocturna un año a los doce años. Aprendí a leer, a escribir y a sumar, restar y multiplicar un poco. Con eso me la llevé hasta los 35 años. Yo quería estudiar inglés, me encanta pero dije: “¿cómo voy a estudiar inglés si no he terminado ni la primaria?” Me inscribí en el INEA y empecé con la primaria y la acabé rápido porque me gusta leer y escribir, la acabé en diez meses. Estudié en un año dos meses la secundaria, entonces terminé en dos años la primaria y la secundaria. Posteriormente, tomé un curso para hacer un examen único de Ceneval para sacar la preparatoria. Se me dificultó mucho.

Nunca había ido a clase en un grupo. Tenía que hacer redacciones y más redacción argumentativa y defender una idea, parece que me estaban hablando en otro idioma. Ya hice el examen por segunda vez, el primero no lo pasé, no se cómo me va a ir. Si no lo paso hago la prepa abierta o en línea, no pienso darme por vencida. Quiero ser maestra bilingüe de mixe y español, ese es el objetivo. El estudio me ha servido mucho en mi vida personal. Donde tomé el curso, conocí a una maestra que me va a conectar en la Escuela de Lenguas Indígenas del Distrito Federal. Tengo la oportunidad, hay gente en el camino que me impulsa y me ayuda.

Hablo de los dos idiomas por partes iguales. Puedo hablar mixe al cien por ciento con alguien. Al principio se dificulta porque todos los días hablo en español. Pero pienso en mixe para que no se me olvide.

Me considero una persona muy soñadora. Quiero sacar dinero para mi vejez. Quiero poner un negocio de comida en un carrito en una esquina. Vender tamales. O vender en las obras. Quiero comprar

un carrito y vender en un lugar transitado, desayuno, comida y cena. O, por lo menos, comida, no me gusta esclavizarme; me gusta andar de vaga, me gusta hacer actividades de todo tipo. Tomo computación e inglés, y si pongo ese negocio ya no podría asistir.

La familia para mí es muy importante porque tienes apoyo moral y económico, y cuando estás sola es más difícil. No falta gente en el camino, pero la familia es la familia: un hermano, una hermana, el abuelo, la abuela. En mi convivencia con la familia del papá de mis hijos me doy cuenta que es muy importante que haya unión y no perder esa parte de la sociedad, porque la sociedad se conforma de familias. Hay familias muy desunidas que no ven ni por uno ni por otro. En la familia hay que respetarse, considerarse y estar cuando se necesite, cuando hay un problema muy grande. Cuando se necesita un consejo, cuando hay alguna enfermedad, para la misma educación de los hijos, porque todos los días aprendemos con los hijos y sobre los hijos. Como yo crecí sola, sí le doy el valor a una familia. Nada es como una gran familia, para mí es muy, muy importante. Con mi familia de sangre nos damos un consuelo aunque estamos lejos y no sólo ayuda económica.

Hay dos tipos de familia, la que vive en una sola casa y la que vive en deferentes lugares; están separados pero están juntos, siempre están en comunicación. ¿Qué puedo decir de la familia? Para mí es muy, muy importante que tengamos esa comunicación aunque estemos separados, pero sí es muy importante convivir porque es la base de todo.

La principal diferencia de mi pequeña familia es que no me gustan los golpes y a la familia del papá de mis hijos sí. Me dicen que porque no le pego a mi hijo cuando hace algo mal. Yo les digo que si le puedo hablar para qué le pego. Hablo para solucionar los problemas.

Para que mi familia se mantenga unida es importante tener principalmente comunicación en todos los aspectos. Yo acabo de pasar un problema individual con mis hijos. Mi hija ya vivía con su

pareja aparte, durante tres años. Ahorita regresa conmigo y desordenamos todo. Mi hija ya tiene otra forma de ver las cosas, a ellos les gusta el reguero y a mí no. Este problema se dio porque no supe comunicarme con ellos. El principal problema de una ruptura de familia es la falta de comunicación. Los problemas se tienen que resolver de manera tranquila. A mí me gusta llegar a mi casa para descansar y estar contenta. Si llego y hay un conflicto es muy difícil para mí. Me gusta la paz y la tranquilidad con mis hijos. No se puede hablar enojado, se me tiene que bajar lo enojado. La solución para los problemas de ruptura de una familia es la comunicación. Muchas veces sucede que alguien tiene un problema muy personal y parece que está enojado contigo, y no es así.

Mis planes a futuro

Creo que nunca se deja de aprender en esta vida, seamos chicos o grandes. El reto es demostrarme que sí se puede y también a mis hijos que ya dejaron la escuela, debo predicar con el ejemplo. Los grandes dejaron la escuela, la chica no. Le digo que saquemos una carrera aunque me tarde diez años. Yo impulso a mi hija la mayor a que saque la prepa en un examen único.

Algún día me gustaría regresar a mi pueblo, pero me gustaría regresar preparada y dar clases de mixe. Creo que es muy importante que los jóvenes que ya lo dejaron, vean que es importante nuestro idioma y yo con el ejemplo demostrarles eso. Primeramente dios, lograré este objetivo. También me dicen que aquí es importante enseñarlo, mucha gente lo valora. Que vean mi historia de vida y si yo lo aprendí de adulto: “¿por qué tú no lo vas a hacer de niño si tienes una capacidad más fresca?”





Paulina García Hubard / BIZAR

“Convencidos de que la familia, como grupo fundamental de la sociedad y medio natural para el crecimiento y el bienestar de todos sus miembros, y en particular de los niños, debe recibir la protección y asistencia necesarias para poder asumir plenamente sus responsabilidades dentro de la comunidad...”

Convención sobre los Derechos del Niño, 1989

Una pareja común

Enoé Margarita Uranga Muñoz

¿Toda vida merece ser contada? La respuesta radica en el valor que se le dé y lo que estemos dispuestos a tomar como ejemplo de amor en el mar de posibilidades en que éste se mueve. La aceptación, la valentía y el respeto cumplen un papel fundamental en la historia de la familia Hernández Chávez. Historia que nos muestra que todo es posible cuando el amor sostiene a una familia.

Ramón y Martha

Hace ya 38 años que Ramón y Martha iniciaron una vida en común, sentados uno al lado del otro, sus miradas y palabras evidencian la complicidad, el cariño, el camino andado. Toda la energía de la convivencia cotidiana asentada en la serenidad.

Luego de largas batallas para tener un bebé, llegaron a sus vidas Juan Ramón y, más tarde, Ana Martha, sus dos únicos hijos. Su historia engrosa las estadísticas de la llamada “normalidad” familiar en el México de los años setenta, distante de la realidad actual, donde 58 por ciento de los padres no viven con sus hijos e hijas.

La construcción de la cotidianidad como nueva pareja estuvo marcada bajo la protección y el techo paternos, primero de

él, luego de ella. Su independencia llegó de la mano de un departamento del Infonavit en San Juan de Aragón, donde el sismo de 1985 los expulsó con los dos pequeños para ir a vivir al Estado de México.

La escuela, las tareas, los festivales infantiles y el desarrollo de sus habilidades fueron completamente cubiertos por una pareja “tradicional” que se consagró a la estimulación, el amor y el acompañamiento nutricional. Los recuerdos de la infancia, los detalles de los primeros pasos, los *pininos* artísticos y las anécdotas, contadas una y otra vez –hasta la actualidad– en las fiestas familiares.

Juan Ramón y Ana Martha no tuvieron un padre muy distinto a la mayoría. A la distancia, el padre de los dos pequeños narra su experiencia, con la reflexión de que la educación tradicional que recibió en casa lo alejó de expresar abierta y libremente el amor hacia su familia, además del trabajo que en ese entonces lo mantenía la mayor parte del tiempo en Querétaro, por lo que su relación se centró en los fines de semana.

La descripción de la relación entre Juan Ramón y su mamá, por tanto, tuvo una lectura particular para Ramón, como padre. Reconoce que entre ellos veía a un equipo donde prevalecía la empatía. “No una relación simbiótica, sino un mutuo lenguaje. A veces sin hablar se decían mucho”.

La mirada masculina del mundo de su hijo Juan Ramón está llena de orgullo. Es ese tipo de amor que se construye con el tiempo, a golpe de dolor, de distancia, de reflexión, de valentía y de aprendizaje, y que inevitablemente se enriquece con el paso de los años.

“Percibí que desde pequeño iba construyendo su mundo, un mundo aparte. No se juntaba con sus primos, le gustaban las labores minuciosas. Empezó a pintar de manera autodidacta,

a contar historias, a leer desde muy corta edad. Yo me identificaba en cierto modo, porque a mí también me gustó la lectura desde niño y creaba mis propias fantasías”.

Mientras sus padres buscaban la llegada de un nuevo integrante de la familia, Juan Ramón destacaba en actividades físicas como la natación, donde a los dos años demostró una valentía singular al lanzarse solo desde un trampolín en los ejercicios de clase.

Cuando llegó el momento de la educación primaria, los padres consideraron adecuado que, aunado a la inclinación natural por las artes, Juan Ramón fuera preparándose para el mundo masculino, por lo que lo matricularon en un colegio católico para varones. Su paso por la institución estuvo marcada por notas sobresalientes. ¿Cuál es la diferencia entre una *mamá guajolota* y una que acompaña con amor el desarrollo de su hijo?

El nacimiento de Ana Martha, seis años después, levantó el primer sentimiento de protección y orgullo en Juan Ramón. *Chofi*, la señora del transporte escolar, recibió con sorpresa la efusiva noticia del orgulloso hermano.

Crecer, duele

Los años pasaron y el joven quiso buscar su independencia trabajando y estudiando, lo que originó el primer gran pleito familiar. En el esquema contemplado en casa, sólo el estudio sin trabajo tendría cabida para garantizar buenas calificaciones.

Como todo padre ausente, los intentos por construir una relación padre-hijo los llevó a vivir momentos que marcaron más tarde la relación de cariño. Por primera vez, ya instalada la adolescencia, Ramón se sentó con su hijo a hacer una tarea: “Se le salieron las lágrimas y me dijo: nunca, nunca te sentaste conmigo a hacerla y me da gusto que lo hayas hecho”.

Pese a ello, Juan Ramón buscó alimentar sus relaciones sociales y un buen día sorprendió a sus papás anunciando una salida al cine con sus amigas. “Al fin va a salir”, pensaron los padres y abrieron la billetera para apoyar su expectativa. Anahí –quien alimentaba las fantasías afectivas, más del papá que del hijo– poseía las cualidades para ser la esposa y nuera perfecta: inteligente, amorosa. “Aquí es tu lugar hijo, es perfecto”.

El silencio es igual a muerte

La crisis del silencio no tardó en llegar. Su estado personal se deterioraba por la depresión y el aislamiento. Las notas en la universidad no eran las mismas de la infancia, y su mundo actual enfrentaba preguntas que requerían respuestas y conversaciones que nadie parecía poder sostener.

Ana Martha fue su primera opción. Aquella chica de los pleitos, pero también a quien le leía cuentos y jugaba se convirtió en la confidente del tema que le atormentaba. La respuesta natural fue de un amoroso apoyo y fue ella quien lo animó a que hablara con sus padres, lo que significó un cambio drástico en la relación a partir de entonces.

El joven se debatía entre hablar y poner en peligro la estabilidad de la casa, no quería ser causa de sufrimiento para su familia. La noche del sábado, dedicada al cine en casa, se convirtió en el escenario de una de las verdades más importantes de la familia. Cerca de las once de la noche, Juan Ramón entró a la habitación de sus padres.

Ellos confiesan que jamás intuyeron nada. Comenzó la conversación con el ofrecimiento de contraer matrimonio, puesto que era lo que esperábamos de él. “Si ustedes gustan yo veo la manera de casarme, de no causarles molestias”, les dijo. “Pero yo soy gay”. La práctica social de expresar los miedos con violencia, conocida como homofobia, puede ocurrir con personas extrañas; pero tam-

bién en el círculo afectivo más cercano llamado familia. ¿Qué nos hace actuar de una manera u otra? En un momento de shock, ¿qué nos lleva a apoyar a una persona o a repudiarla?

“Para mí fue más pesado que una losa, se derrumbó todo, se cayeron mis expectativas, el proyecto de vida que tenía él. Todos los buenos deseos, todas las concepciones que hay acerca de la familia. Todo se vino abajo. A nosotros nunca nos importó qué pensarán los demás, yo sentía una culpabilidad horrible, eso era lo que a mí me mataba. A lo mejor, por mi forma de ser, a lo mejor porque siempre lo dejé, porque hubo una ausencia de padre. Toda la concepción que tienes del machismo se desmorona, es horrible. No me enojé, no lloré ni me deprimí. Pensé: ‘¿cómo es posible que dejara pasar tanto tiempo?’ Cuando hablé, yo lo sentí contenido por esto que venía cargando, le tenía miedo al rechazo nuestro, al mío en particular, el que sintiera que me había defraudado. Y yo, por mi parte, sólo sentía culpa”.

¿Quién de ustedes es capaz de darle una piedra a su hijo si pide pan?

Lo que salió de la boca de Ramón nunca fue más verdadero: “Yo desconozco lo que es la homosexualidad, pero dame la oportunidad de saber y aprender todo lo que es, pero por encima de todo quiero que sepas que es amor lo que sentimos hacia ti”. Y se abrazaron. Eso fue lo que ocurrió, fue un acto de amor, después de todo, señala.

Martha, por su parte, pensó que había embarazado a una chica: “Escuché lo que tenía que decirnos en la orilla de la cama, con mi hijo hincado frente a nosotros, pidiéndonos perdón por no ser el hijo que queríamos”.

“Cuando escuché la palabra gay, sentí que cayó un rayo y me paralizó. ¿Qué es gay?, le pregunté. Yo había escuchado el término y, por cierto, de ahí en adelante yo no podía ni pronunciar la palabra homosexual. Sentía que al intentar decirla algo se me atoraba en la garganta y no podía hacerlo. A mi hijo le preocupaba causarnos dolor, nos ofreció casarse, buscar una muchacha, formar una familia. Lo que pensé en ese momento es que yo había hecho mi vida como yo quise, como yo consideré que estaba bien, y me consideraba feliz. ¿Por qué no vas a poder hacer lo mismo?, le pregunté”.

Asombrada de la respuesta y de la actitud de su esposo, Martha también solicitó tiempo para saber, para conocer y para investigar. “Permíteme quitarme esta ignorancia que tengo para poder caminar juntos, de la mano contigo”, le dijo.

Derechos aparentes

Entre todo lo que tendrían que comenzar a aprender los nuevos padres de Juan Ramón, era la rudeza de la realidad: “Lo primero que pensé fue en las agresiones, las futuras y las anteriores. Las que pudo haber pasado y que no me di cuenta. La homofobia que uno tiene también te golpea como familiar, los chistes, los comentarios”.

“Al final de la noche nos abrazamos los tres y le dije: hijo, nosotros te seguimos queriendo igual, sólo permítenos informarnos para poder ayudarte a ti y ayudarnos a nosotros, esto no cambia nada, por encima de todo eres nuestro hijo, te seguimos queriendo igual”. Al abrazo colectivo se unió su hermana.

“Con ese abrazo lo único que yo quería es que mi hijo sintiera todo ese amor de madre que me nace por él. Que lo sintiera a través del contacto de mi piel, que se sintiera protegido, que estábamos

detrás de él y que no estaba solo, quería tantas cosas pero no me salía, yo creo que no hay nada que decir”.

“...Y la Verdad les hará libres”

Para Juan Ramón, el día siguiente fue esplendoroso, el sol brillaba más que nunca. La libertad de la verdad, del amor, le dio un nuevo carácter, una nueva personalidad que no disimulaba en expresar. Se levantó muy temprano a ducharse y entró a la recámara sin tocar a la puerta. Feliz, corrió las cortinas para compartirlas el día.

Para los padres, el proceso de liberación tenía que pasar antes por el valle de sombras de la culpa, el miedo y la incompreensión. En Martha se gestaba una de las depresiones más duras de su vida: “Para mí fue la mañana más oscura, me laceraba con el látigo de la culpa, pensando que había dejado a mi hijo en esa escuela de sacerdotes y a lo mejor abusaron de él. Sentía que todo era mi culpa, a lo mejor por la sobreprotección, por su cercanía conmigo y no con el papá”.

“Me atormentaba pensar que pese a que tenía un gran amor por mi hijo, no se lo podía expresar. ¿Qué me lo impide?, me preguntaba. Sentía que no debía escatimar todo ese amor, pero me culpaba. Todo el dedo de la culpabilidad me señalaba a mí. Y creo que eso nos ayudó, porque mi esposo estaba inmerso en su culpa y yo en la mía. Pero nunca nos culpamos mutuamente”.

“Así duré cerca de ocho meses. Pensaba una y otra vez que Juan Ramón nos había dicho que la noche previa a su confesión pensaba suicidarse por la angustia de causarnos un dolor. Nos platicó que se había ido a un puente en Cuautitlán Izcalli, cuando vio mi imagen dándole los brazos. Eso lo detuvo y fue entonces cuando habló con su hermana. Yo le cuestionaba

que no lo hubiera dicho antes, le preguntaba desde cuándo se sentía así, cuándo se había dado cuenta; le preguntaba si no lo habíamos educado bien”.

Fue entonces que Martha se enteró que Juan Ramón se sentía diferente desde los tres o cuatro años. Que al crecer, creció también la angustia y la confusión, que la información de lo que era la pareja “normal”, hombre y mujer, lo metió en un mar de incertidumbre respecto a su atracción.

Para Ramón, aunque estaba seguro de querer que sus hijos eligieran su vida, la noticia le cayó como un balde con agua fría. No se trataba de una respuesta moral, religiosa, ética, sino un miedo de todo y por todo respecto al futuro del joven. Sorpresivamente para él mismo, en ningún momento sintió su hombría traicionada. Sin duda, su reacción fue un punto de quiebre en la pareja de padres, a partir del cual Martha asegura respetar más a su esposo. “Pensé, si vuelvo a nacer y me lo vuelven a poner enfrente, me vuelvo a casar con él, lo vuelvo a elegir como pareja”.

Para poner en acción a las palabras, la pareja buscó ayuda. Teníamos una gran expectativa por lo que debíamos saber para ayudar a nuestro hijo, en tanto que quienes nos recibían estaban más centrados en apelar a nuestra comprensión y no enojarnos. Sin embargo, necesitábamos saber: ¿qué era la homosexualidad?, ¿por qué se da?

Fue entonces que llegamos a Letra S, nos mandaron del programa *Diálogos en confianza*, en su etapa inicial. Juan Ramón consiguió el dato y acudimos. Y aunque parecía que las cosas tomaban un buen rumbo, Martha seguía derrotada por la depresión y la culpa. Su principal temor era el rechazo y la discriminación que viviría su hijo. “No quería que mi hijo me viera débil, quería tomar fuerzas. Apenas salían de casa a buscar ayuda y yo me quedaba a gritar,

levantaba las manos y preguntaba: ¿por qué nos mandas un castigo así?, ¿por qué no me lo mandaste a mí, no a mi hijo?”

Ambos padres tomaron la decisión de no informar a la familia sobre la situación que enfrentaban. Acaso Ramón padre buscó en su terapia grupal el apoyo necesario para tener fuerzas y seguir; sin embargo, aprendió que en este tema, como en muchos otros, el camino está lleno de buenas intenciones pero de mucha ignorancia.

Los primeros intentos por ampliar el círculo informativo se enfrentaron al fantasma del VIH. La angustia creció y el miedo para tener una comunicación fluida cerró nuevamente los espacios de comunicación. “Son cosas que simplemente no salen de la boca, hay temas que uno jamás piensa que va a abordar, ni se tiene idea de cómo hacerlo. ¿Cómo le vamos a decir a nuestro hijo que se proteja, si nosotros no sabemos protegernos?, dice Ramón. “En Letra S encontramos todo. Juan Ramón, un espacio, nosotros información, apoyo, contención. Sin embargo, también nos advirtieron que había preguntas que no tenían respuesta, al menos no por el momento. Todo era cuestión de tiempo”.

El caso de Martha y Ramón es paradigmático incluso para quienes desde Letra S trabajaban con padres y madres confundidos, dolidos, para apoyarlos en su proceso terapéutico. “Es un caso modelo porque son padres que cuando el hijo les dice que es gay no saben cómo reaccionar, enfrentan una situación inesperada que los toma indefensos, con falta de información, conocimiento de a dónde acudir”, como comparte Alejandro Brito de dicha organización social. “Normalmente lo que se espera en este tipo de eventos es una crisis familiar, lo común es que los cónyuges se culpan uno a otro, esta culpa recae generalmente en las madres. Son crisis que los padres no pueden afrontar por sí solos y requieren apoyo externo”.

Sin embargo, en la confusión, padres y madres piensan que la ayuda es para sus hijos o hijas para que cambien su orientación

sexual, y no saben que el problema está en ellos, por ello se les explica que si el hijo tiene asumida su identidad gay, el problema está situado en los padres; y al enfrentarse a ello participan en un proceso donde comienzan a conocerse a sí mismos, a empoderarse, a construir incluso su propia sexualidad.

Como en la mayoría de los casos de padres que acuden a solicitar ayuda, los procesos desatados a partir de ésta les lleva a revisar profundamente –a partir de un hecho amoroso– su propia vida, sus prejuicios y su sexualidad. “Lo que vemos al final es que no solamente aceptan a su hijo gay y lo apoyan, sino que ellos mismos son otros y tienen una visión diferente de la vida, replantean sus propios paradigmas, presupuestos morales que tenían y asumen otros mucho más abiertos, más abiertos hacia la diversidad sexual y el respeto”, señala Brito.

El caso de Ramón y Martha demostró lo que Letra S y Cuenta Conmigo han venido documentando desde entonces: la vida de la familia, padres, madres, hijas o hijos, es más fácil, con mayor respeto, libertad y felicidad cuyo resultados es una transformación social y comunitaria; las que eran relaciones jerárquicas se vuelven armoniosas, incluso los padres y los hermanos ya intervienen.

Y así fue. El apoyo recibido significó un proceso en el que prácticamente todos aprendieron. Los padres fueron reconociéndose como pareja, como personas. Conocieron el término *empoderamiento* como un proceso continuo de información, de valentía, de solidaridad y de amor. Aprendieron que la homosexualidad no sólo la debe asumir la persona, sino los padres, la familia. “Nos enseñaron a no *pobretearnos*”.

El grupo de terapia de padres estaba conformada en su mayoría por mujeres –Gloria, Susana, madres de chicos gays–, interesadas en involucrarse en apoyar a sus hijos. Cuando Martha fue invitada al programa *Diálogos en Confianza* para hablar del tema de educación

sexual, no faltó el comentario de la vecina sobre la homosexualidad del muchacho. “En lugar de victimizarnos le dimos toda la información, una nueva forma de enfrentar las cosas, fue fantástico”.

“Mi esposo fue el primer papá en el grupo. Todos los muchachos estaban sorprendidos y lo adoraban. Le decían: ‘señor, ¿no me quiere adoptar?, ¿podemos decirle papá?, ¿podemos ser sus hijos? Aunque sea un ratito, los sábados’, le pedían”.

Cerca de un año fue el único varón, pero cada vez llegaban más mujeres. La presencia y convicción de mi esposo –asegura Martha– me daba fuerza para seguir adelante. El proceso terapéutico fue calmando la ansiedad. A pesar de ello, Martha seguía sin poder pronunciar la palabra homosexual. El terapeuta la increpaba: “¿qué es tu hijo?” Ella no podía responder, sólo sentía rabia. “Eso me causaba un dolor tremendo, la palabra homosexual implicaba mucho dolor y mucho miedo”. En el caso de Ramón, acostumbrado a aceptar derrotas, el proceso fue menos traumático y pronto entró en un periodo de calma y de acción.

Enfrentarse a la información significaba también remover en el pasado el amplio abanico de posibilidades en las que ellos fincaban, en su imaginación, que tal vez había un origen de la homosexualidad de su hijo. Se preguntaban si hubo violación, si habría sufrido alguna violación de algún sacerdote en la escuela primaria, mientras que el terapeuta dejaba pasar que el proceso fluyera, incluidos los gritos, los reclamos, el dolor y el enojo.

Cuando la catarsis había pasado, llegó la información dirigida a dos personas que no tenían la menor idea del mundo que ahora se les mostraba y que, como la mayoría de la población mexicana, solo respondía a la desinformación y a la ignorancia, producto de la estigmatización fomentada en la sociedad y desde las autoridades.

“Pero era tanto el interés que yo tenía en absorber esa información, por entender y apoyar a mi hijo, que cada ocho días no

fallábamos. A mí me ayudó mucho estar ahí con ellos, porque yo sentía que tenía un lugar donde me podían escuchar sin ser juzgada, yo sentía que ya no aguantaba ese dolor”, dice Martha.

La necesidad de compartir lo que estaban pasando con alguien cercano, la llevó a confiar la realidad de Juan Ramón en su hermano y su cuñada. Por respuesta obtuvieron la lejanía, “puesto que ellos tampoco tenían información objetiva sobre el tema y tenían un hijo de la misma edad que mi hijo”, platica Martha.

“Mi hijo iba a jugar a la recámara de su hijo y decían ‘¡aguas!’ Empiezas a alejarte, a perder amistades y nos alejamos por decisión propia de las dos familias. Me enteré que uno de mis hermanos hizo un comentario muy despectivo y me dolió mucho. Yo esperaba otra cosa, un poco de respeto, no de comprensión. Para mí fue difícil, pues yo no sabía nada”.

La ruptura familiar fue un parteaguas, lo mismo que la información, la terapia: “ver que Juan Ramón había encontrado un espacio para socializar, dónde hablar con otras personas, incluso un centro sano de ligue”, dice Ramón padre.

Una cosa llevó a la otra y ambos se vieron muy pronto fortalecidos, claros, empoderados. La pareja encontró su destino, una razón para vivir por amor a sus hijos, entendieron que querían una vida completamente diferente a la que habían tenido hasta entonces. “Nos volvimos activistas”.

Su primera entrevista en radio –en Radio Red de José Gutiérrez Vivó, con uno de los raitings más importantes en el país– abrió una nueva etapa que les hizo reconocer el proceso que los había transformado. “¿Y qué vamos a decir?, preguntamos. ‘La verdad’, nos decían. Yo sentía que todos iban a escuchar la radio, que todos nos iban a identificar. Nadie se dio cuenta”.

Al encuentro con su destino

“Al principio, todo lo que hicimos fue por nuestro hijo, luego por nosotros y luego por la agrupación. Veíamos la realidad de los muchachos. Muchos papás, especialmente, gritándoles que preferían verlos muertos que homosexuales, que los preferían rateros. ¿Qué mala información tenemos que somos capaces de tener esos sentimientos hacia nuestros hijos?”, se preguntaba Martha. “Me provocaba enojo, tristeza, preocupación, y empezamos a trabajar con otros padres”.

El activismo los puso a prueba. Hubo un momento en que se quedaron solos a cargo de la información al público y los amenazaron con quitarles el local en la colonia Doctores donde hasta entonces habían venido trabajando en las tareas de información y sensibilización. Defendieron con uñas y dientes el espacio, al que más tarde comenzaron a unirse más personas, fundamentalmente, por el impulso que se dio a través de las entrevistas en los medios de comunicación. “La lista de padres que llegaron a solicitar información creció al poco tiempo, hasta que llegamos a treinta”. Padres y madres entraban de la mano con los mismos miedos e incertidumbre que ellos habían llegado. Los chavos encontraban ahí el espacio vital para expresarse y definir su vida, al que se unieron poco a poco chicas lesbianas y sus familiares.

Paulatinamente, cada quien tenía su grupo de apoyo. Padres, madres, chicos y chicas homosexuales hablando libremente sobre los temas que les importaban, sin la mirada cruel e ignorante de afuera. Al poco tiempo, el espacio era insuficiente para la cantidad de papás que acudían a terapia y lograron obtener un local más amplio.

Aun así el camino no estuvo exento de obstáculos: “El personal del lugar donde nos permitían reunirnos se comenzó a quejar debido a la presencia bulliciosa de las y los jóvenes”. Eso, acompañado de la homofobia prevaleciente en amplios sectores de la

sociedad, generó un ambiente de agresión contra los jóvenes y los vecinos empezaron a quejarse. El siguiente paso para detener el problema fue sensibilizar a estos mismos para que entendieran lo que ahí ocurría.

“El cambio en mi vida fue de 180 grados. Creo que para esto estaba destinada y no me había dado cuenta. Me preguntan: ¿y tú, lamentas que tu hijo sea homosexual? ¡No! Mi hijo es maravilloso y tiene una cualidad, además de ser gay. Gracias a mi hijo soy la persona de ahora. Yo jamás me atrevía a hablar en público. Me daba pánico escénico con tres, cuatro gentes, siempre fui muy callada. Hoy doy talleres, he viajado a otros países, doy entrevistas”.

Para Ramón padre, su proceso de aceptación de la realidad pasó por la aceptación de la educación machista que recibió en su casa: “Si pude sobrepasar eso fue por el amor que le tengo a mi hijo, a mi familia. Se me cayó la venda de los ojos. A partir de ahí, mi familia va a ser lo primero, lo más importante, lo único. Yo puse de mi parte, mi familia puso su parte y los resultados se dieron; pero hubo voluntad y cariño para derrumbar el prejuicio”.

“Una de las cosas más difíciles que me ha tocado compartir con otro papá son precisamente los prejuicios. Son tan fuertes, son tan duros, tan arraigados, que te impiden acercarte al ser que supuestamente amas. Muchas veces queremos a los hijos ideales. Recuerdo que una vez hicimos un ejercicio para descubrir las expectativas que tienen los padres hacia sus hijos. Lo que vimos fue que nadie pudo cumplirlas y por eso sufrimos, porque como confesara una madre en los talleres: mi hijo no hace lo que yo quiero”.

Para Martha, recuperar lo valioso de su experiencia familiar pasa obligadamente por compartir la felicidad que se experimenta cuando la verdad prevalece, cuando la aceptación está acompañada de amor, cuando lo más importante es lo que las personas que decimos amar, sienten o quieren. Cosas sencillas para un mundo complejo.

“¿Por qué no decirle a la gente que la homosexualidad no tiene nada de malo y sin regañar a nadie, con respeto? Y para empezar yo voy a poner el ejemplo desde mi familia. Toda nuestra familia sabe quién es nuestro hijo. Yo me siento feliz, si dicen que es de ‘dientes para afuera’, no me interesa”.

La familia ampliada se enteró de la noticia el día que Juan Ramón se tituló:

“Invitamos a mis hermanas, cuñados y dos que tres familiares. Se hizo la ceremonia de titulación en la escuela. Él salió de trabajar; se fue a la ceremonia y los invitamos a la casa a compartir. Vino con su pareja. Ahí aproveché la oportunidad, durante el brindis. Les di las gracias por haberme acompañado y, aprovechando la ocasión, les dije que además quería compartir con ellos que mi hijo es homosexual, es gay. Ustedes se preguntarán: ¿quién es Carlos? Carlos es su pareja, respondí”.

Cada familia tiene su dotación de histrionismo, así que no faltó quien tirara los platos, quien se soltara en llanto. “Yo sentí como que al principio nos veían como ‘pobrecitos papás’, ¿cómo es posible? El padre alcohólico, el hijo homosexual, la hija madre soltera”.

“Mi hija se embarazó muy chiquita, de diecisiete años. Cuando nos dio la noticia le preguntamos: ¿qué quieres hacer? Ella decidió tener a su hijo y entonces le ofrecimos el apoyo para que ese

bebé naciera. No se quiso casar, el novio, ahí escondiéndose, evadiendo la responsabilidad, porque estaba chiquito. Nosotros dijimos: ‘¿lo tienes sola?, entonces vamos a lo importante’”.

Además, dice Martha, no faltó buscar responsables:

“Pensamos que nosotros, que andábamos en las escuelas hablando de protección, no habíamos logrado que nuestra hija lo hiciera. Pero luego nos dimos cuenta que ella había tenido información y condones a su alcance, de manera que pensamos que fue su decisión y no quisimos inquirirla al respecto. Ella concluyó sus estudios y se hizo cargo –con nuestro apoyo– de su hijo”.

Lo cierto es que para Ramón y Martha, el proceso de información, concientización, apertura y empoderamiento les había llevado a aceptar y apoyar las decisiones de los hijos, en un proceso sano y estimulante tanto para ellos, como padres como para el resto de la familia; lo cual a la postre se convirtió en una convicción, en un trabajo de vida para esta pareja que nunca imaginó el activismo como forma de vida.

La conquista de uno mismo

La historia de empoderamiento y de activismo no disminuyó. A cada nuevo reto se abrían nuevos horizontes, donde la historia familiar era la gran riqueza a compartir. Llegaron los talleres de sensibilización en el IMSS, ante médicos y enfermeras:

“¿Qué le voy a decir a un médico, yo, que a duras penas terminé la secundaria? Al final de nuestra intervención nos felicitaban, se acercaban y lo único que nosotros seguíamos compartiendo era nuestra experiencia como padres de un chico homosexual.

También tenían curiosidad en la manera en cómo tomamos las burlas, los chistes, el sarcasmo. Nosotros dijimos que en un principio, cuando queríamos convencer a todos que éramos felices, incluso llegamos a defendernos de manera agresiva, pero con el tiempo fuimos comprendiendo la naturaleza de la ignorancia y el daño terrible que hace la sociedad”.

Martha confiesa que en lo personal le daba mucho coraje, especialmente porque todos somos hijos de Dios. “Luego me di cuenta que no iba a hacer entender a la gente así. Pensé: si yo cambio mi comportamiento posiblemente tenga otro resultado, tal vez pueda hacer una cadenita. Los vecinos que nos conocían actuaban con un gran morbo, especialmente cuando íbamos a una entrevista”.

El empoderamiento también implicó reconocer el momento en que Juan Ramón debía independizarse y no sentir culpa por animarlo a hacerlo. Su salida implicó que él tomara la decisión de convivir con su pareja, y eso también ha sido bueno para él y para nosotros, porque la familia se amplió.

“Actualmente, como cualquier familia normal, la familia de su pareja lo acepta y todos convivimos con respeto y cariño. De todos modos eso no excluyó el temor. La primera vez que nos invitaron a su casa, sentí temor de cómo nos íbamos a presentar, lo que iba a decir. Sin embargo no había nada que decir”.

La historia no ha sido todo color de rosa:

“También ha habido hechos que nos han recordado que hay un peligro latente para los muchachos homosexuales, de las mismas autoridades. Alguna vez unos patrulleros intentaron detenerlo y amenazarlo, pensando que nosotros, como sus padres, desconocíamos que es homosexual. Sin embargo, saber que estábamos enterados le quitó peso y poder a la amenaza y

lo dejaron ir. La impunidad y la agresión se esconden bajo el secreto. Nosotros tenemos que ser más fuertes”.

Los medios de comunicación fueron un elemento fundamental para la apertura de su propio espectro. “Lo que más te daña es el silencio. Si no lo rompes, tu vida es un infierno. Cuando logras romperlo piensas: ¿esto me estaba matando?, ¿esto me estaba atormentando?, ¿esto no me dejaba ser libre? Lo dices a un micrófono o en una televisión abierta y adquieres una fortaleza increíble, es como te ganas el respeto de los demás”.

La familia de Martha, que vive en el extranjero, se enteró por una entrevista a través de la cadena Telemundo donde salió con su nieto. Su papel como abuelos es otra historia en sí misma, pero el amor sigue siendo el hilo conductor, a pesar de que el padre biológico y la familia del pequeño son homofóbicos, la los abuelos Ramón y Martha buscan, en medio de información encontrada, que su primer nieto tenga una mirada natural sobre la homosexualidad.

Aunque todo tiene su tiempo, Ramón y Martha saben que en el tema del respeto a los derechos de los homosexuales aún hay muchas cosas por hacer, aún hay padres que dejan de lado su amor y prefieren responder a convencionalismos de miedo, que imponen dolor y sufrimiento por dotar de “normalidad” lo que son incapaces de comprender.

La rigidez, la mirada dura del exterior que juzga como una forma de ataque o de defensa, los bordes por la “aceptación” de lo que vemos como diferente, se dibuja en un mar de aparente tolerancia.

Y la regresión, la imposición y el desencanto por el amor, como la única expresión humana que vale la pena defender, forman parte de lo que el movimiento por los derechos de lesbianas y homosexuales dio a una familia de clase media, “normal”, aparen-

temente feliz, pero con un gran caudal de cariño que fue el sostén cuando fue necesario.

¿Qué seguirán enfrentando? La cerrazón:

“En una ocasión, un reportero de una televisora muy importante me preguntó qué causaba la homosexualidad y le contesté que había muchas teorías al respecto, pero ninguna conclusión. Yo te puedo decir, con base en la experiencia de los papás que llegan buscando ayuda, información, que pronto descubren que hay muchas aparentes razones, pero todo son mitos”. “La verdad es que el camino no ha sido nada fácil, parece idílico y eso no quiere decir que a todos les vaya a ir igual, yo digo que así me fue. Si logras entenderte con el hijo gay o la hija lesbiana, todo va a ser más sencillo. Y si hay proyectos, hay sueños, expectativas, es muy probable que se cumplan, porque estás facilitando que las cosas se vayan dando en ese sentido. Yo creo que como a nosotros nos fue bien, si le hubiéramos echado ganas nos hubiera ido mucho mejor”.

Para Martha, la prueba no fue menor: “Cuando yo estaba dentro de la depresión, yo lo veía y sentía como que no era mi hijo. Creo en un Dios, llámese como se llame y yo le decía: ‘Este no es mi hijo’”.

“Ya después, con el proceso que tuve que pasar, dije: ‘Dios me puso a prueba. A ver si es cierto que quieres tanto a tu hijo, éste es’. Y lo acepté tal como es, no cambió nada en él y lo quiero más que nunca, y quiero su felicidad y la de mi hija. Yo le dije a mi hijo: si tú hubieras hablado cuando empezaste a darte cuenta que algo no te checaba con lo que nosotros te habíamos dicho, con la educación que se te estaba dando, que

nos hubieras dicho que algo te estaba pasando, que lo hubieras compartido, imagínate, desde ese momento nosotros te hubiéramos apoyado. Pero el hubiera no existe. A lo mejor en ese momento no hubiéramos estado preparados, él estaba en su proceso y nosotros en el nuestro. Gracias a nuestros hijos, hoy tenemos una vida donde el amor y el respeto son la única razón de nuestra existencia, son los valores que unen a nuestra familia y en respuesta hemos tenido un núcleo que se ha ido ampliando con otras personas con quienes compartimos la convicción de que la libertad y el respeto son condiciones indispensables del amor”.





Belem Castañeda

“...más que hablar de familia en singular como institución universal y única sería hablar de familias, en plural, para designar modelos con arreglos a los cuales los grupos humanos se han organizado históricamente...”

Yo me propuse desde hace muchos años el ser feliz

Alejandro Manrique Soto

Antonio es originario del estado de Querétaro. Es periodista egresado de la UAM Xochimilco. Trabajó durante catorce años en el suplemento Letra S del periódico La Jornada. Es activista por los derechos de quienes pertenecen la diversidad sexual LGBT.

En 2001, apoyó directamente la candidatura de la diputada Enoé Uranga para la Asamblea Legislativa y formó parte del equipo que gestionó la Ley de Sociedades de Convivencia. Como periodista se dedicó a la parte de la estrategia de medios de la iniciativa de ley junto con otro miembro del equipo. Durante cinco años fue el encargado principal de la parte del impacto mediático de dicha propuesta de ley.

Su trabajo como activista contribuyó a la reflexión social sobre los temas de derechos humanos del sector homosexual en México, que en 2010 se vio materializado en la aprobación de la ley de matrimonio entre parejas del mismo sexo, logrando además el derecho de adopción.

Junto con su compañero fueron la primer pareja gay que se unió legalmente en la delegación Iztapalapa, el 17 de marzo del 2007. Si unión fue una de las que tuvo mayor impacto en medios, tanto nacionales

como internacionales, pues fue la primera vez en México y América Latina que una pareja de personas del mismo sexo se besó públicamente en un acto civil, totalmente legal, frente a autoridades y cientos de medios de comunicación como testigos. Posteriormente, a finales del 2011, su esposo y él adoptaron un niño y su familia creció.

Desde el punto de vista de Antonio ha habido cambios positivos no solo en la ley, sino también en la sociedad y cree que en el futuro la apertura será mayor, pero para que ello ocurra es necesario trabajar mucho para mitigar el impacto del estigma social y la discriminación que de ella deviene. Por ello, considera el periodista, es muy importante informar a la sociedad con la finalidad de que el velo del desconocimiento sea retirado de sus ojos y con él desaparezca la excusión y la discriminación hacia las personas que tienen una orientación sexual diferente a la heterosexual o que comúnmente se dice que son parte de la diversidad sexual.

Antonio y Jorge

Yo soy Antonio Medina Trejo, nací en San Juan del Río Querétaro en el año de 1968, acabo de cumplir 44 años. Nosotros venimos del estado de Querétaro. Mi papá y mi mamá son queretanos. Al año de que yo nací, en 1969, mi familia emigró a la Ciudad de México, mis papás tenían en ese momento seis hijos, yo era el más chiquito. Yo llegué al Distrito Federal de un año, y mi familia se siguió extendiendo en la ciudad y llegamos a ser diez, somos diez hermanos y hermanas. Mis padres son dos personas espléndidas, maravillosas, gente linda, gente de pueblo, de provincia. Mis padres no tienen

mucha educación, tienen la primaria, pero siempre se preocuparon mucho por darles una educación a sus hijos. Eran los años sesenta, setenta. Mis papás eran muy jóvenes, jovencitos cuando se casaron y crearon esta familia grandota. Yo soy el sexto.

Cuando llegamos a la Ciudad de México yo era un niño de un año, llegamos a la casa de una tía y con sus hijos, los hijos de mis padres, mi abuelita y otra tía soltera que vivían ahí y, bueno, llegó esta familia del pueblo a invadir un poquito la privacidad de esta otra familia de ciudad, y fue complicado. Durante seis o siete años vivimos ahí. Yo era el chiquito y era el consentido de la abuelita, de las tías, de la prima, del primo. Mi familia vivió en una situación muy complicada y yo también, pero pues no me acuerdo bien, era niño. Lo que si empiezo a recordar era que a mi me querían mucho, me consentían demasiado, me daban todo. Prácticamente vivía con ellos, no vivía tanto con mi mamá y mis hermanos. Me querían tanto que casi, casi, como que me querían adoptar. Eso me causó un poquito de conflictos en la primera infancia, porque yo estaba viviendo una circunstancia diferente a la de mis hermanos y hermanas que eran muy humildes, o éramos, pero del otro lado eran como más ricos.

A los seis o siete años de vivir ahí nos fuimos a vivir a otro lado, a una casa que rentaron mis papás, en la que ya vivimos como familia con cuatro niños más que nacieron después que yo. Cuando llegamos a la otra casa yo ya tenía seis o siete años. Ahí viví una infancia muy feliz. También en casa de mi abuelita. Ella para mi fue un referente de amor muy grande. Ella murió en 1981, yo ya era un púber. Las enseñanzas de la abuelita en la casa eran de rezar y después otra vez volver a rezar. Yo era un niño que me sabía todos los rezos de la iglesia. Mi abuelita tenía un odio muy grande contra la educación laica que no enseñaba la religión. No quería nada a Benito Juárez y eso influyó para que mi mamá y mi papá, pues con

tanta preocupación económica y con tantos niños, me dejaron un poco con mis tíos y mi abuelita.

La escuela

Yo no entré a la primaria en tiempo y forma, yo entré dos meses después de que todos los niños entraron y no hice kinder, eso es algo que me marcó mucho. Mi abuelita consideraba que no tendría yo por que hacer kinder si ella fue maestra rural y ella me podría enseñar, cosa que no sucedió. Para mí fue muy traumático entrar a la primaria sin pasar por el proceso de socialización del kinder y posteriormente entrar cuando todos los niños ya habían entrado. Me resultó complicada la primaria porque fui un niño muy desadaptado. Por un lado bastante consentido en la casa de la abuela y, por otro lado, pues la vida es tremenda afuera enfrentando el *bullying*, que ahora conocemos así, antes se llamaba *carrilla* o *agandalle*. Lo sufrí mucho de niño porque tal vez fui un niño no sé si amanerado o afeminado, y sufrí un poco esta situación. Sufrí el chantaje de un niño que me quitaba mi comida, mi torta, mi lunch que me hacía mi mamá y durante muchos años me chantajeó. Tuve una infancia feliz porque me querían mucho mis familiares, pero, por otro lado, un poco triste porque había una ausencia muy grande de mi padre; y mi madre con diez hijos que atender, al ser el sexto, no es que no importara tanto, pero había ahí, no abandono, sino falta de atención, nada más. Mis juegos eran en el patio, en la arena. Yo sufrí un poquito de tristeza y yo no lo entendía pero bueno, así sucedía.

Conforme fue pasando la vida, en la primaria me enamoré de niños. Yo siempre supe desde el primer momento de mi existencia a mí no me gustaban las niñas, sino los niños. Recuerdo que cuando mi padre, que tenía una formación machista, regresaba de sus viajes larguísimos de semanas o meses, yo no me emocionaba demasiado. Lo veía como muy violento, aunque no lo fuera, su voz se me hacía

muy fuerte, muy violenta. Recuerdo que de chiquito era, como soy blanco de piel, de ojos verdes; dicen, a mí no me consta, que me veía muy bonito. Mi mamá me dejó el cabello largo porque a mí me encantaba traerlo largo, tipo *Luis Miguel*, como príncipe valiente y mi papá una vez llegó y me dijo eso es de niños maricones, así que te me cortas el cabello y me llevó a la peluquería y me peló a casquete corto. Eso a mí me traumó mucho, porque a mí me encantaba mi cabello largo. Son detallitos que van acumulando. Mi papá me decía una frase: “que los hombres tienen que ser feos, fuertes y formales”, y me daba un sape y ya.

Así transcurrió mi infancia, con cosas además muy bonitas, recuerdo a mis hermanos que me querían mucho, me cargaban. Las amigas de mis hermanas me adoraban, me llevaban al parque, me compraban dulces, paletas, helados todo lo que le encanta a un niño. Pero bueno conforme fui creciendo, fui descubriendo que mi sexualidad no era como los demás niños. Yo tenía el apego a niños que eran como líderes, como intrépidos, sobresalientes en deportes y esas cosas. Tenía amores platónicos pero muy en mi clóset, mi súper clóset de niño. Conforme fui creciendo esto se fue acentuando, fue causándome conflicto, por lo tanto tuve que disfrazarme en mis deseos reales y aparentar que era heterosexual, por lo tanto tenía novias. Una vez, en la secundaria, hasta dos novias se pelearon por mí, fue bien divertido. La verdad es que llegué a la adolescencia y ya era una situación de decir: “yo no soy como los demás chavos”, soy esa palabra fea que dicen que así son los que son como yo, que no me atrevía ni siquiera a decirla, que era la palabra *homosexual*. Hay una escena que recuerdo, a mí me daba mucho miedo ir al mercado. En todos los mercados está el kiosco de periódicos. Cuando uno pasa por ahí ve los titulares de los principales periódicos del país. Recuerdo que cuando iba al mercado con mi mamá me daba mucho miedo ver esas noticias: “maricón estrangulado”, “ramillete de lilos

masacrado”, “puñal apuñalado”. Esos titulares súper violentos, donde homosexuales morían o estaban en situación de violencia o delictividad. Eso a mí me fue marcando mucho desde niño. Cuando iba al mercado con mi mamá ni quería voltear, pero el morbo me llamaba la atención. Cuando ya salí del clóset y acepté mi sexualidad como a los 22 años, platicando con mi mamá ella me decía lo mismo: “fíjate que cuando iba al mercado contigo, tenía la misma percepción, veía los titulares de homosexuales asesinados o golpeados, yo sabía que algo en ti había de eso”. Mi mamá en ese entonces no se explicaba la homosexualidad como nos la podemos explicar ahora como adultos, y ella como casi una mujer de la tercera edad. Mi percepción de niño era de miedo y la de mi madre era de temor porque sabía que en mí había algo de eso.

Yo crecí con esas imágenes, también en la televisión, con imágenes abyectas, de burla, de ofensa hacia los homosexuales. Esos eran los años finales de los setenta, principios de los ochenta. Ahí empecé a vivir la adolescencia, la pubertad, fui un muchacho muy precoz, desde muy chiquito fui muy rebelde. Hubo un momento en que mi mamá me dijo: “tú eres indómito”, palabra que no entendí, “por lo tanto haz lo que quieras hacer, nada más el día que me regreses aquí con un problema olvídate de que tienes madre”. “Si te digo: no vas a una fiesta, te escapas, si me pides permiso y te digo que no, tú lo haces de todas maneras. No tengo tiempo de atenderte nada más a ti, tienes nueve hermanos más y hermanas adolescentes a las que tengo que cuidar mucho”.

En la adolescencia mi mamá me dio libertad total. Entonces yo me dediqué a la fiesta. Tuve un sonido junto con un amigo de la secundaria. Eran los años de los sonidos grandotes denominados Winers, la Changa, Polymarchs. El mío era muy chiquitito en comparación de esos, se llamaba Megatron, pero sonaba y me dediqué a la pachanga, a la fiesta. Yo no sabía lo que era un sábado o viernes

de noche en mi casa. Yo andaba de gira, de fiesta, tomé mucho en mi adolescencia, me ponía unas borracheras increíbles. También fue una etapa de definición de mi sexualidad. Tuve la gran suerte de llegar a los estudios de preparatoria, yo fui a Prepa 5 de la UNAM, donde tuve a mi maestro de inglés que se llamaba Braulio Rodríguez, es un gran hombre, es un tipazo, que estoy seguro se sentirá orgulloso que diga esto. Él fue como mi guía en este asunto de la sexualidad porque él entendiendo o sabiendo o dándose cuenta que yo era homosexual, que fingía ser heterosexual, que tenía novia y todas estas cosas, me fue dando consejos y explicando muchos aspectos que tenían que ver con la sexualidad. Eran los años del inicio del SIDA. Él, como un hombre culto que viajó por todo el mundo, traía información que en México todavía no existía a mediados de los años ochenta, me transmitió todo ese conocimiento, él y su pareja Pepe, dos hombres que llevan más de cincuenta años juntos. Fue muy bueno tener Braulio como un referente, como un homosexual inteligente y una buena persona junto con su compañero. Fue un proceso en el cual fui entendiendo mi sexualidad. Aprendí a tener una sexualidad protegida, si no ahorita estaría muerto, y aceptarme y quererme.

A los 19 años decidí decirle a mi familia

Primero se lo dije a mis hermanas y a mis hermanos, por desgracia no fue la mejor forma porque fue en una fiesta que era una borrachera muy bonita y pues ahí me salió el sentimiento de decir “tengo algo que me oprime y quiero decirlo”. Mi hermano, el mayor, es hombre muy conservador, muy católico y no lo entendió y nos golpeamos: me rompió la maceta y yo le rompí la escoba en la cabeza. Nos pegamos pero les dije a todos mis hermanos: “yo soy homosexual”. Cuando dije eso todos se quedaron callados, sin habla. Eran los años ochenta, no era como ahorita que es más abierto. Este tema era muy poco abordado en las familias

y había mucho estigma en los medios y en la sociedad. Si hoy en día, en 2012 lo hay, hace treinta años era mucho más. Yo tengo dos grandes hermanas a las que amo, a todos mis hermanos los quiero, pero estas dos hermanas eran psicólogas y ellas creyeron que teníamos que hablar; pero no desde la parte de la culpa, sino entender por qué había dicho eso en esas circunstancias. Al siguiente día, yo estaba así: “ay qué hice, por qué lo dije, los consejos de Braulio de qué me han servido”. Me empecé a recriminar, además de la cruda que tenía por la borrachera. Total de que mis hermanas se acercaron muy amorosamente conmigo, a mi cama al despertarme, y empezamos a platicar y fue muy emocionante. Pensaba que me iban a regañar y no.

Mis hermanas como profesionales de la conducta humana me dieron todo su apoyo, todo su amor, antes que todo, todo su amor. Lo principal fue el amor. Ellas creían que yo había dicho eso por un posible rencor o por vengarme de mi hermano o por algo que me estaba haciendo daño y que era una forma de salida; pero que quizá no era cierto y me sugirieron tomar una terapia psicológica, con un psicólogo externo para que platicara con él y aclarara mis ideas, porque yo estaba muy joven y desde el punto de vista de ellas, en aquel momento, era probable que fuera una cuestión que no era real y que yo lo estaba haciendo como una sustitución de algún afecto. Quizá la ausencia de mi padre, porque él ha sido ausente toda su vida. Yo les dije que no, que estaba seguro de lo que era, y que ya lo había platicado con mi maestro y con la psicóloga de la preparatoria, Esther Madariaga Putin, una mujer que también influyó mucho en mí para aceptarme y quererme como gay. Ellas me dijeron que si lo dije de esa forma y en ese estado, algo me estaba causando bronca. “Nosotras te pagamos una terapia para que hables, aclares, porque te queremos mucho y no queremos que te hagas daño.” Eso es algo que les agradezco a mis hermanas.

Después de la salida del clóset, hubo un desajuste en mi familia. Los que eran menores que yo, no tenían mucho de dónde agarrar herramientas. En el caso de mis hermanos mayores o de mis otras hermanas, no lo comprendían. Pero las hermanas sicólogas hicieron toda una dinámica familiar en la que contuvieron muchas cosas. Fue complicado, fue muy difícil para mis hermanas y hermanos, porque además estaban todos mis cuñados. La mayoría de ellos en aquel entonces eran novios o eran recién llegados a la casa. Mis hermanas hicieron una estrategia para que mis papás no se enteraran, para que no se preocuparan, para no angustiarlos, principalmente, a mi papá. Pero dos años después se repitió la escena, igual, en una fiesta familiar, mi hermano y yo nos peleamos. Ya no nos rompimos cosas, pero sí nos rompimos la nariz. Ahí fue donde yo decidí, ya más conciente, decirle a mi papá, porque lo más complicado era que mi papá se enterara. Mis hermanas dijeron que los cuñados y los sobrinos me iban a respetar como homosexual, pero que tuviéramos cuidado porque mi papá era un hombre macho y no se sabía cuál iba a ser su reacción. Por lo tanto, pues, calladito te ves más bonito, ¿no? Ja, ja, ja. Ese pacto duró dos años.

Después decidí que yo no quería vivir en el clóset, ya tenía 22 años. En esa ocasión le dije a mi papá: “¿sabes qué?, que soy homosexual”. Mi papá al ver que era una fiesta consideró que estaba borracho y que no era cierto, que era una broma o algo así. Al siguiente día, igual que la vez anterior, yo estaba: “madre mía, ¿qué hice?, ¿por qué lo hice?” Total que va mi papá a la cama y me dice: “ay hijo, no andes tomando, no es bueno, mira las cosas que andas diciendo, yo te quiero mucho...” y comenzó a decirme cosas bien bonitas. Yo me empoderé en ese instante y le dije: “no papá, yo lo que dije ayer es real, yo soy homosexual, yo amo a los hombres y pues lamento decírtelo”. Me dijo que descansara que durmiera más y que luego platicaríamos. “El luego platicamos” se convirtió en un

silencio de varios años. Para mi papá fue muy difícil aceptarlo, creo que hasta la fecha es difícil para él entenderlo y aceptarlo. Si bien, tenemos una buena relación hoy en día, me quiere, me ama, quiere a mi hijo, quiere a mi esposo, lo aprecia, le cuesta trabajo. Fue muy difícil porque los siguientes años mi papá no me habló.

Yo viví con el rechazo de él: no me saludaba, no me hablaba. Cuatro o cinco meses después de esa situación solamente me dijo dos o tres palabras que me hirieron mucho, me dijo que él no podía tener un hijo así, que yo no podía violentar mi cuerpo, que el cuerpo de un hombre era como un templo. Su sentir fue bloquearse a la comunicación y fueron años muy difíciles para mí. Era el inicio de mi juventud. Yo ya tenía vida homosexual abiertamente, ya conocía el mundo gay, ya me iba a lugares muy divertidos del mundo gay. Empecé a tener una pareja estable, a un hombre que quise mucho, que entraba a la casa, que iba a la casa, convivía con mi familia, mi mamá lo estimaba mucho, le daba entrada.

El proceso con mi mamá fue diferente. Después que le dije a mi papá, ella me dijo: “yo te quiero por sobre todas las cosas, eres mi hijo y no quiero que te hagas daño. Quiero que siempre me digas lo que quieras decirme, y que estés totalmente seguro que sea lo que sea, yo te voy a seguir amando y te voy a apoyar”. Dijo que siempre lo supo, desde que era niño, pero son cosas que las madres no se quieren dar cuenta, pero que me amaba. Mi mamá nunca vaciló, nunca dudó, nunca me condicionó. Eso es algo muy importante, porque yo requería en ese momento la seguridad, y mis hermanas y hermanos me la dieron. Yo empecé a vivir una vida abiertamente gay, muy discreto al inicio. Tampoco era una cuestión de *deschongarme*, porque además mi estilo y mi forma de ser, con todo el respeto que me merecen las personas travestis y a quienes les gusta ser muy amanerados, es muy respetable, no es mi estilo, no es mi forma, no me nace. Seguí conviviendo con mi familia.

Fueron años de ir aprendiendo juntos, de entender la diferencia sexual, años de irme educando y, a su vez, educar en algunas cosas a mi familia. Tiempo después yo tuve un amor muy pasional, muy bonito, muy lindo, pero como todo amor también tiene cosas pasionales tremendas. Quise mucho a este hombre pero me tuve que retirar de él. Entre otras cosas el Estado mexicano se vino para abajo en el 94, en la crisis económica y yo salí huyendo a Canadá. Dije: “o me mato con este hombre”, porque era tremendamente loco. Lo amé muchísimo pero era una relación destructiva. Él era un hombre casado y había mucha culpa por parte de él. Tenía hijos y, como bien me lo dijo mi madre cuando se enteró, “él siempre va a preferir a su esposa y a sus hijos, además, no hagas lo que tu papá hizo con ustedes...” Yo lo entendí aunque me dolió mucho. Entre el amor pasional de “te quiero, te amo pero vete”, decidí partir a Canadá. En ese entonces yo tenía un pequeño negocio que con esa crisis tenía una deuda de 3 mil pesos y de un día para otro debía 33 mil pesos, o sea, el mil por ciento. Era una deuda impagable. Me quitaron lo que tenía y aun así no pagaba ni la mitad. Entre las amenazas de que me iban a meter a la cárcel por no pagar y el amor pasional, dije: “no Toño, vete, vete, por que no voy a lograrlo”. Huí a Canadá para trabajar y poder pagar lo que debía en México, huí del amor, huí de la violencia amorosa, que no era de golpes sino que era violencia de un amor con culpa. Traté de olvidar ese amor y ver si las cosas cambiaban en dos años.

En Canadá, viví unas experiencias bien bonitas, aprendí idiomas, pero antes de cumplir los dos años me regresé a México porque si no perdería los dos años que había hecho en la universidad, en la UAM. Mi idea era regresar, terminar la universidad y volver a Canadá. La realidad es que México me atrapó, me atrapó el activismo gay, me atrapó el periodismo social y decidí seguir viviendo en mi país, aun pudiendo regresar con mayores posibilidades de establecerme bien

en aquel país, en donde un hombre hermoso, francófono, culto y joven me ofrecía que nos uniéramos bajo una ley que me daba derechos y una pronta nacionalidad; pero pensé que Canadá ya es un país hecho, tiene problemas pero muy pequeñitos comparados con los de México. Por una convicción de lucha personal, dije: “me quedo en México, aquí hay más por construir”. Sé que en Canadá ahora viviría bastante bien, me hubiera establecido y continuado una carrera profesional en un país del primer mundo, pero no, decidí mi país por amor a mi gente, a mis raíces. Posiblemente no amaba con pasión y ese hombre bueno, democrático, sensible, hermoso, pero la vida es así... ¡qué le va hacer uno! Pero mucho de lo que aprendí en Canadá lo apliqué de facto cuando regresé a México, pues allá conocí el activismo social de altos vuelos, de grandes logros y bien organizado; trabajé como voluntario en una radio comunitaria: Radio Centre Ville, en donde hice activismo a favor del zapatismo en México y en contra de Carlos Salinas de Gortari, quien ese año llegó a vivir a Montréal. Desde la radio ciudadana convocamos a una marcha en contra de que ese político mexicano viviera en Canadá. Llegó a una ciudad limpia, libre, democrática con sus guaruras, prepotencias y fantocherías que no van con un país culto y democrático. Fuimos más de 500 personas frente a su casa, en Westmont, y pocos días después se fue a vivir a Dublín. A pesar de estar en una sociedad que me amarraba con su cultura, con su historia y su gente linda, decidí regresarme a México, pues me dije: “También quiero luchar por mis derechos en mi país, por reivindicar mi existencia” y me convertí en activista social desde ese momento.

Lo primero que hice en México fue agremiarme en una organización de estudiantes universitarios gays. La primera organización de estudiantes legalmente constituida en una universidad mexicana, fue el grupo Ollinhuitzicalli de la UAM Xochimilco en 1996 en donde hice mis pininos como activista en México.

Fue fascinante regresar a México muy empoderado, olvidando un poco al amor anterior aunque mi corazoncito aun estaba oprimido. Acá conocí otro gran amor, un joven maravilloso con el que estuve cuatro años. Aprendí mucho de él, pero la diferencia de edad siempre se impone y nos separamos, él partió de la ciudad y yo me quedé a reivindicar mis derechos y los de mi gente gay.

Mi vida se convirtió en escuela, lo que estudié me gustó mucho. Gocé intensamente los dos años que me restaban para terminar la universidad. Con el dinero que traje de Canadá logré sobrevivir un año sin preocupaciones y el último año me lo patrocinó mi madre, quien me dio una renta mensual para que le dedicara el 100 por ciento a la carrera sin distracciones. Estudié Comunicación Social en la UAM Xochimilco. Mi tesis de licenciatura aborda el tema de los medios de comunicación y su responsabilidad social. Sin duda, es un tema que me sigue, pues como activista lo traigo todo el tiempo. Me titulé en 1998. Ese año, antes de iniciar el peregrinaje para conseguir trabajo conocí a Arturo Díaz Betancourt, un hombre del cual aprendí muchas cosas, buenas y malas, quien me invitó a trabajar de voluntario en *Letra S*, primero en un proyecto que se estaba gestando, la Comisión Ciudadana contra Crímenes de Odios por Homofobia, y posteriormente ya como reportero en el suplemento *Letra S*. Ahí mismo, a finales de 1998 fundé una agencia de noticias (*NotieSe*), un proyecto de comunicación alternativo, sin igual en México ni en toda América Latina. Ese proyecto es mi gran creación profesional. Lo amé mucho y me costó mucho trabajo despegarme de él cuando decidí salirme de la organización. Es probable que de no haber decidido adoptar a nuestro hijo, yo hubiera seguido trabajando en *Letra S* y *NotieSe*, pero como todo en la vida tiene ciclos, creo que para mí las cosas tenían que reacomodarse y mis prioridades para ese momento comenzaban a vislumbrar otros caminos y anhelos profesionales,

pues consideré que ya había contribuido de manera obsesiva en el fortalecimiento de esa organización, a la cual le tengo un cariño y agradecimiento muy especial.

Hice periodismo durante 14 años. Ahí me desarrollé como activista también y me involucré en proyectos que tienen que ver con los derechos humanos de personas homosexuales, de personas que viven con VIH o sida, de las mujeres y muchas cosas que a nivel profesional he aprendido y he ido perfeccionando constantemente. Un aprendizaje que ahora realizo a nivel de consultoría es la capacitación a organizaciones civiles sobre la incidencia en medios, y la capacitación a periodistas en temas de discriminación social. Todo esto también lo he llevado a la academia en la UACM como profesor de periodismo y comunicación, pero también, y muy importante, es que lo he llevado a mi vida personal.

Esta historia que te cuento rapidísimo de mi infancia, adolescencia, pubertad y de mis tropezones, fracasos, la verdad es que ya ni me acuerdo de eso. Lo recuerdo como algo que fue feo en su momento, pero actualmente soy muy feliz porque llevé el activismo, mis ideales como periodista, como alguien que se formó en la ciencia social, en el humanismo y lo he llevado a mi vida, a mis convicciones y mis acciones a favor de los derechos de quienes pertenecemos a la diversidad sexual. En 2001, apoyé directamente la candidatura de la diputada Enoé Uranga para la Asamblea Legislativa, para la Segunda Legislatura y me convertí en parte del equipo de la diputada que estuvo gestionando la Ley de Sociedades de Convivencia desde el inicio. Aprendí cosas muy importantes de la diputada y de todo el *petit comité* de esa propuesta ciudadana. Como periodista me dediqué a toda la parte de la estrategia de medios de la iniciativa de ley, con otro compañero, Mario Arteaga. Durante cinco años fuimos los encargados de la parte del impacto mediático, de posicionar en los medios la esencia de la propuesta de ley y lograr que los periodistas

comprendieran el sentido social de lo que estábamos impulsando. Fue difícil, pues los periodistas también tienen prejuicios, pero la verdad es que poco trabajo nos costó, ya que pronto comenzamos a ver que las coberturas comenzaron a ser más objetivas, donde el mensaje social de la iniciativa iba asimilándose en el lenguaje de quienes redactan las notas. La diputada y quienes apoyaron la ley estuvieron en la agenda mediática durante varios años, siendo voceros y promotores de una iniciativa ciudadana en defensa de un sector históricamente discriminado: gays, lesbianas, bisexuales, personas trans e intersexuales. Ese trabajo cotidiano y directo con los medios me dio mucha popularidad en el gremio periodístico. Me comenzaron a ubicar rápidamente como el periodista y activista gay, porque gestionaba mucho entrevistas para meter el tema a los medios de comunicación desde la convicción de alguien que es gay.

Durante esos cinco años que duró el proceso para que se aprobara la Ley de Sociedades de Convivencia, tuve un entrenamiento tremendo como activista. Cuando llegó el proceso de la aprobación de la Ley de Sociedades de Convivencia en el 2006, estábamos muy contentos. Yo a nivel personal dije, “ya vale la pena mi vida, o sea, vale la pena lo que estoy haciendo, le va a beneficiar a otras muchas personas”, pero nunca pensé que yo fuera a ser un beneficiado inmediato de dicha ley y del esfuerzo de quienes logramos el avance legislativo.

Amor a primera vista

Antes tengo que contar que en el año 2003 conocí a un hombre maravilloso, del cual me enamoré y con el cual me *convivencíé*, me casé y ahora comparto la gran felicidad de tener un hijo en pareja. Claro, esto lo cuento muy rápido, pero la verdad es que esta relación se dio después de muchas otras, algunas fallidas, otras lindas y tiernas, pero cuando vi a Jorge, dije: de aquí soy y ya llevamos casi 9 años juntos.

Yo tiendo a tener relaciones estables de dos, de tres, de cuatro años, de cinco. Pero el caso de Jorge Cerpa es distinto es mi esposo actualmente y padre de mi hijo. A él lo conocí en enero de 2003, cuando estaba en pleno proceso de activismo social y con un ritmo de trabajo periodístico de locura. Fue un encuentro muy bonito en el bar Cactus, al sur de la ciudad de México. El mismo día que nos conocimos se fue a vivir a mi casa, ‘ora sí que bien *facilotes* los dos`. Durante tres meses no nos despegamos, yo dejé casi de trabajar, me valió. Él no trabajaba entonces, por lo tanto nos dimos todo el tiempo para el amor. Invernamos prácticamente. Ya por ahí del tercer mes nos aburrimos un poquito y ya nos separamos tantito. Se fue dos o tres días a su casa, pero fue por toda su ropa para instalarse de plano en mi casa. Antes nomás íbamos por ropa, llevábamos, traíamos pero al tercer mes se instaló en mi casa. Fue muy bonito, un ligue de bar: lo vi, me vio, nos gustamos y nos fuimos a vivir la aventura del amor. El día que nos conocimos fue muy chistoso el ligue, hasta parecíamos adolescentes, muchachitos de secundaria. Él no se atrevía a hablarme, ni yo a él, yo soy más o menos tímido y él era más aventado. Lo que él hizo para poder conocerme fue mandar a su amigo a contactarme. Le dijo: “dile a ese güerito charrrito que está allá, que lo quiero conocer”. Y el chico que fue, yo pensé que me quería ligar y no, me dice:

—Hola, soy tal por cual, ¿ya viste al muchacho que está ahí?

—¡Ah! —Le digo, sí, está muy guapo.

—Pues te quiere conocer.

—¿Y por qué no viene?

—Por qué no vas tú y ahí lo conoces —me dice.

Nos presentó y se fue. Ese día platicamos, platicamos y platicamos y hasta las cinco de la mañana le di el primer beso a Jorge, y de ahí para acá me lo llevé y nunca salió de mi casa. Llevamos casi nueve años

y la verdad es que ha sido una experiencia muy padre. Jorge me conoce en ese contexto, como periodista, como activista, se va a mi casa, se involucra en mi vida, yo en la de él, nos queremos un chorro. Cuando llevábamos cuatro años es cuando pasó la Ley de Sociedades de Convivencia. En una ocasión le comenté que si pasaba lo de la ley qué onda, “¿nos vamos a casar?”, y me dijo: “¿es necesario?” Le dije que no pero ya que estaba la ley, ya que vivíamos juntos y que, pues, amor a primera vista, ¿cómo ves? Dijo: “si eso no transforma nada nuestro amor, porque dicen los heterosexuales, ya ves que se casan y una vez que firman, ya se acabó el amor y se convierte en un infierno y esas cosas. Si no nos pasa eso a nosotros pues está bien”. Siempre creímos que cuando pasara la ley lo íbamos a hacer pero no el primer día, ¿verdad?

Nuestra boda

Por circunstancias del proceso, cuando pasa la ley, de todo el *petit comité* que estuvimos trabajando en el cabildeo de la propuesta nadie quería casarse o *convivenciarse*. Sí luchamos por los derechos pero yo no lo quiero para mí, decían algunos. La Diputada Enoé Uranga, la impulsora principal de la propuesta, no podía ser la primera en unirse bajo la Ley de Sociedad de Convivencia porque tenía un candado que los panistas le pusieron, y era acerca de las personas extranjeras y su compañera era extranjera. Cuando menos en el primer momento no podía acudir a ejercer ese derecho, por lo tanto tenía que ser otra pareja. Nosotros (el *petit comité*) como activistas y como quienes impulsamos la ley necesitábamos una o varias parejas emblemáticas que informaran de las bondades de la ley y que defendiera un proyecto que deviene de la sociedad civil, de una exigencia de un sector social, históricamente discriminado. A poco menos de dos meses no había nadie en el escenario que quisiera hacerlo. El perfil de quienes fueran voceros no era el de alguien que no conociera o dominara la ley. Debía conocer y tener un discurso.

Meses antes yo comenté en una reunión del *petit comité* que Jorge y yo nos convivenciaríamos algún día. Faltaban dos meses para que comenzara a aplicar la ley, era principios de Enero y se empezaría a aplicar a partir del 16 o 17 de marzo y todavía no teníamos parejas emblemáticas. Por ahí estaba Horacio Franco, pero por algún motivo no podía ese día, también estaba Emilio Carballido pero por su edad y salud le era imposible andar en el ajetreo de este asunto. Los que sí querían por algún motivo no lo podían hacer público. Había quien decía, “si yo salgo en la tele casándome con otra mujer, a mi abuelita le da un infarto” “Aquí entre activistas sí puedo decirlo y casarme, pero ya que salga en la tele es otra cosa, me corren de mi trabajo”. Entonces alguien del *petit comité* recordó que yo y mi pareja sí nos íbamos a casar y me preguntaron si aún lo queríamos hacer. Yo de inmediato dije que sí pero que no tan rápido, que era un proyecto como pareja, pero que nos tomaríamos un tiempo para hacerlo. De cualquier forma, me sugirieron que lo pensáramos y que decidiéramos pronto, Yo consulté a mi compañero y una semana después di la respuesta al grupo. Les dije que Jorge me dijo que si eso no iba a cambiar nada en la relación, pues adelante. Mi pareja no se asume como activista, no se complica la vida como los activistas. Entendió que era una cuestión política y que iba a ser bueno para la comunidad y aceptó. Les dije a los compañeros del comité de Sociedades de Convivencia que Jorge y yo aceptábamos. En ese momento la vida de Jorge y mía se convirtió en una pantalla pública porque los medios de comunicación comenzaron a pedirnos entrevistas.

Jorge y yo tuvimos todo un proceso de preparación argumentativa. Como él no es activista, tuvo que afinar sus conceptos, sus ideas y entender que lo que él dijera era para los medios de comunicación y, a su vez, nos iban a escuchar, a ver o a leer muchas personas. Entramos a un proceso de entrenamiento. Cuando empezaron

a llegar los medios a nuestra casa, se inundó. Diario iban medios, entrevistas, mañana, día, tarde y noche. A eso súmalo que empezamos a organizar la boda. Dijimos: “ya que estamos en esto hay que organizar una bonita fiesta, ¿no?” Empezamos a organizar la fiesta un mes antes del gran evento. Yo no sé cómo vivimos. Hubo un momento en que ya estaba desconectado de la realidad con tantas cosas, que si el sonido, que si la comida, que si los trajes, que si el discurso, que si el dinero nos iba a alcanzar, pues todos los ahorros y un poco más se nos fueron. La verdad es que disfrutamos mucho todo, aunque nos quedamos en la quiebra más de un año. Finalmente, el día llegó, el día que nos *convivenciamos* Jorge y yo, el 17 de marzo de 2007. Fuimos la primera pareja gay que se unió legalmente en la delegación Iztapalapa, la delegación con mayor visibilidad pública. Porque así hicimos la estrategia. Fue muy emocionante estaban cientos de medios. Todos los medios internacionales, todos los medios nacionales ahí y nosotros dos enfrente a cientos de personas. Fue un día muy bonito, uno de los días más felices de mi vida, porque además era el convencimiento personal de que estábamos haciendo algo trascendental, estábamos haciendo un hito en la historia de este país. Estábamos aportando argumentos sobre por qué la comunidad homosexual, lésbico, gay, transexual, transgénero necesita tener los mismos derechos que el resto de la población. Intentamos borrar del imaginario social esas imágenes negativas, abyectas, vulgares de la homosexualidad y decir nosotros somos así, esta es nuestra forma y el amor nos une y queremos tener todos los derechos.

La Ley de Sociedades de Convivencia no tiene todos los derechos que nosotros hubiéramos querido pero fue un primer gran paso, muy trascendental para la vida política de nuestra ciudad y del país, es más, de América Latina. Después vinieron años muy bonitos, han venido años muy padres porque Jorge y yo hemos fortalecido mucho nuestra relación, nuestro amor, nuestro afecto. Somos una

pareja muy conocida en todas partes. La gente nos para, nos pregunta cosas, nos señala; pero mira, te puedo contar con los dedos de una mano las ocasiones que nos han ofendido o agredido y son muy poquitas. La realidad es que la gran mayoría de las veces ha habido aceptación, afecto, conversaciones adultas. Algunas veces con desconocimiento, con la ignorancia de la gente, pero es totalmente comprensible, pues los prejuicios son un lastre y la gente va aprendiendo con la visibilización de lo que desconoce. Yo, a veces, creo que es lógico, si vivimos en un país machista, misógino, homofóbico. La gente a veces tiene prejuicios y cuando ya ve la realidad dice: “oye, pues no es así”. A nosotros nos llegó a suceder en muchos lados que las señoras, los señores nos paraban y nos decían: “¡ay! ¿Ustedes son los gays que se casaron en la tele? Este, sí, ja, ja”. Y luego la gente se ponía a platicar con nosotros historias bien bonitas.

Una señora, particularmente, allá en Veracruz, por que nos fuimos a Veracruz de luna de miel a los tres días que nos casamos y que la tele sacó nuestra imagen en todas partes. Nos fuimos pensando que es bien tranquilo, ¿no?, ¿cuál? Nos tuvimos que ir del puerto porque no podíamos estar en el puerto de Veracruz, no podíamos estar ahí, toda la gente nos seguía, los medios, todo. Nos tuvimos que ir a Tlacotalpan, Veracruz, y ahí fue menos el acoso, por decirlo de alguna manera. Tuvimos experiencias bien bonitas. La gente se paraba y nos decía que nos daba todo su apoyo. Una señora, decía, nos contó que tuvo un hermano homosexual que murió de Sida y que “murió incomprendido por nosotros”. Otra persona nos decía: “yo sé que mi hermano es gay, pero vive casado y se niega”, o “qué bueno que ustedes se atrevieron porque ahora mi hijo se va atrever a salir del clóset”. Historias de gente que nos veía como un referente en ese momento, para mí era el gran aporte, el aporte simbólico de lo que significó salir en todos los medios. Ser parte de la agencia mediática durante un mes cuando menos.

Desde luego nuestra misión era informar sobre la ley, sus bondades, la importancia política y el beneficio social, lo que sí logramos, pues en los registros de medios que tenemos se puede ver que el tono de las coberturas fue más enfocado al tema de los derechos, del aporte social de una ley, de la sensibilización hacia la clase política y el beneficio para quienes hasta ese momento éramos desconocidos por las leyes mexicanas. Los años posteriores a nuestra unión pública han sido muy felices, posiblemente esa experiencia sí nos unió más como pareja o diría yo, como equipo. Jorge y yo hemos crecido mucho profesionalmente, él en lo suyo y yo en lo mío, nos contamos casi todo y tratamos de darnos el tiempo para planear nuestros momentos de descanso.

El nacimiento de nuestro hijo

Cuando Después de que pasó la ley de sociedades de convivencia siguieron los retos políticos. La verdad es que la ley está muy acotada. Casi cuatro años después de que se aprobó la ley civil en el Distrito Federal, el tema de derechos iguales, homologación de derechos siguió siendo un tema de las propuestas de los activistas. Es así que en diciembre de 2010 la ley de matrimonio en el DF se logran cambios legislativos al Código Civil del Distrito Federal en el que se permite el matrimonio entre personas del mismo sexo y que además se permite la adopción, Desde luego un gran avance. En este proceso yo no me involucré directamente, pero cuando pasó la propuesta, desde luego que festejé. Jorge y yo habíamos jugado un poquito con la idea de la adopción o de tener un hijo biológico. Pero siempre había sido una idea nada más, un pensamiento que se antojaba más como una locura: “y si adoptamos un bebé, nos preguntábamos, pero la verdad es que no nos contestábamos y cambiábamos la plástica”. La verdad es que siempre que pasábamos por los altos o caminábamos por la calle veíamos niños

chiquitos muy humildes o niños en el abandono prácticamente y pues se nos partía el corazón. Decíamos, “¡hijos!, ¿Cómo puede pasar esto, esta miseria en la que viven estos niños?”. No dolía mucho lo que vive mucha gente y niñitos chiquititos desamparados. Era algo que traíamos los dos siempre. Esto lo comentamos en una fiesta, en una reunión familiar, que algún día los dos quisiéramos adoptar un bebé. Pero eso, decía Jorge, hasta que Toño tenga 45 años, mientras vamos a seguir viajando y pasándola bien. Te preguntarás ¿por qué 45 años? Pues decíamos que a los 45 si el niño se te echa a correr pues los pies todavía te funcionan bien y no te duele tanto. Ya mayor como que todo te falla. Y atender a un niño chiquito entre mayor sea uno es más complicado. Pero era algo que ni siquiera habíamos reflexionado demasiado y en el calor de la fiesta nosotros explicábamos estos razonamientos.

A las dos semanas de esa plática familiar, un domingo me llamó mi hermano Quique, que quiero mucho y me dice: “oye güey, ¿te acuerdas que tú y Jorge el otro día dijeron que querían adoptar un niño? Y yo le contesto: ¿a qué viene esto a las siete de la madrugada en domingo?” Y me cuenta que una empleada suya está embarazada y quiere dar a su hijo en adopción. Le dije, si pero es algo que tenemos planeado a futuro, todavía faltan tres años. Me dijo que la situación ya estaba ahí, y entre más rápido decidan mejor. Total, que me regreso a la cama y me dice mi pareja: “¿que quería?”, y yo pues le contesto: “ahí luego te cuento”. Cuando nos fuimos a comer le conté a Jorge y me dijo “no está mal”, y quedamos en pensarlo porque todavía faltaban unos años. Esa tarde fuimos a hablar con mi hermano y nos explicó que una joven que trabajaba con él estaba embarazada y su circunstancia económica, el abandono del joven con el que vivía y además ser madre de tres hijos, a los cuales no podía mantener, se le complicaría demasiado al agregar uno más a la familia. Ella vivía en una situación de ha-

cinamiento total en una casa donde la trataban muy mal. Decidió dar en adopción a su hijo. Lo iba a hacer directamente en el DIF pero cuando se lo comentó a la sicóloga de la empresa esta chica le dice a mi hermano, que es el propietario de esa empresa. Cuando comentamos eso, Jorge y yo ya teníamos ocho años viviendo juntos. Era una relación muy fortalecida de un proyecto como pareja, como equipo. Yo siempre he dicho que somos como un equipo. Y al equipo decidimos agregar a un bebé que, en el momento en que me hacen esta entrevista, tienen diez meses. En ese momento Jorge y yo entramos en un proceso de reflexión, de pensar, aunque no lo pensamos demasiado. Lo pensamos una semana, semana y media, y cada que platicábamos de ello veíamos los pros y los contras. ¿Qué tanto lo estábamos haciendo realmente por que lo queríamos? ¿Qué tanto era el mejor momento? Total, que llegamos a la conclusión de que sí lo queríamos, si en ese momento se estaba dando la circunstancia y conociendo la situación de la señora, dijimos: “hagámoslo”. Tenemos todo para hacerlo, principalmente un amor que no une como pareja y la solvencia económica para darle al niño o niña lo necesario para que se desarrolle en el seno de nuestro hogar, por lo que decidimos que sí, que sí adoptaríamos al bebé.

La señora tenía cinco meses de embarazo y a partir de ese momento nosotros asumimos toda la responsabilidad económica de la madre, de su alimentación, de hecho de la alimentación también de sus otros hijos. Solventamos algunos gastos durante los meses que faltaron para que diera a luz y otros más mientras que logró tener total mejoría. Nos avocamos a cuidar con un especialista su alimentación, por considerar que el bebé iba a recibir la alimentación, ya que la desnutrición de la madre en un primer momento era deficiente. Hablamos con ella y no tuvo ningún prejuicio por que fuéramos una pareja homosexual, dijo “yo lo único que quiero es que mi hijo esté con alguien que lo quiera y que le pueda dar lo que

yo no podré darle ahora ni en el futuro.” A partir de ese momento hubo una especie de embarazo psicológico porque Jorge y yo nos transformamos. Vivimos muy intensos esos meses aunque con un poquito de reserva, intentamos no emocionarnos demasiado, no sabíamos qué pudiera pasar en el último instante, cuando naciera el niño. Siempre dijimos que si la señora, en el último instante decidía no darnos en adopción al niño, íbamos a respetar esa decisión por no violentar el derecho de la señora, aunque ya había habido un trato incluso firmado. Y así se lo dijimos a ella misma. Todavía un día antes de que el niño naciera le pregunté que si continuaba totalmente segura de darnos al bebé una vez que naciera, a lo que me dijo: “estoy totalmente segura” y sin dudar firmó un escrito que redactó con su puño y letra, mismo que redactó el abogado que llevó el caso ante el DIF, institución que nos asesoró antes de decidir adoptar al niño bajo la nueva ley aprobada en la ciudad de México.

Finalmente el niño nació muy bien, con un peso estándar, bien en general. Las pruebas médicas exhaustivas que les hacen dieron resultados bastante positivos. Le hicieron todos los exámenes exhaustivos que les hacen, con los más óptimos estándares de salud. A la media hora que nació el niño estuvo en nuestros brazos. No lo creíamos. Era algo irreal. Mi corazón palpitaba de emoción. Jorge enmudeció. La enfermera nos felicitó y comenzó a decir cosas. Yo no la escuchaba. Cuando vi al bebé se derrumbó mi existencia. Era mi hijo, nuestro hijo, producto de nuestro amor. Yo lo veía hermoso, frágil, lindo, angelical. Su respiración apenas se escuchaba, sus manitas finas y tiernas se movían como queriendo liberarse de la apretada sábana. Sus ojitos no aguantaban la diminuta luz del cuarto. Jorge lo alzó primero, lo tuvo en sus brazos fuertes y su gran altura. Lo sostuvo. Lo vio con amor y me lo pasó con el claro impulso de compartir conmigo ese instante de amor. Yo me desmoroné. El bebé abrió ligeramente sus ojos y emitió un pequeño sonido,

apenas un gemido, como gatito. La enfermera sonrió y nos dijo que nos iba a dar instrucciones, que teníamos que aprender y no tener temor, que era muy fácil una vez que te acostumbrabas al niño. Esa mañana de agosto, Jorge y yo aumentamos nuestra familia, nuestro equipo creció: ahora somos tres. Nos amamos, nos protegemos, nos queremos, y como toda familia, en ocasiones, nos peleamos, nos distanciamos, nos involucramos en el malestar, pero siempre salimos adelante de situaciones difíciles. Desde el primer momento en que el niño estuvo con nosotros nos comprometimos a que debería ser un niño feliz, que pasara lo que pasara entre nosotros como pareja, siempre nuestra prioridad sería nuestro hijo. La mamá con todo el dolor, porque sabemos que sufrió, respetó su compromiso con nosotros y con su hijo. En el instante en que el bebé nació ratificó su decisión con la doctora que la asistió, con quien habíamos hablado y le pedimos que le hiciera la pregunta. Por ese motivo Jorge y yo creemos y estamos convencidos de que ella tomó una decisión inmensamente amorosa hacia su hijo, pues sabemos que fue muy difícil, pero el amor hacia su hijo fue más grande y poderoso que prefirió que él estuviera en un lugar donde sabe que estaría bien. Por ello, estamos eternamente agradecidos con ella. Yo siempre se lo dije, en las ocasiones que platiqué con ella: es la decisión más amorosa que estás tomando porque estás pensando en la felicidad, en la salud y en las posibilidades de una mejor vida. A mí me queda claro que si tu tuvieras todas esas posibilidades no lo harías. Pero por sus circunstancias dramáticas decidió eso.

Han pasado diez meses, vivimos con nuestro querido hijo, está chiquitito, hemos vivido todo lo que cualquier pareja heterosexual estoy seguro que vive. Las desveladas, las preocupaciones, yo soy muy *preocupón*; entonces luego, a veces, yo no dormía por estarlo viendo y escucharlo que respirara, me daba mucho nervio que dejara de respirar. Esto del reflujo, no sabíamos, en total igno-

rancia de ¿qué es el reflujo?, ¿qué hay que hacer? Aunque el niño tuvo atenciones médicas desde el primer instante, la realidad se enfrenta a ti cuando estás con el niño solo en la madrugada. Eso lo hemos vivido intensamente. Por suerte, Jorge y yo nos hemos puesto de acuerdo y los tiempos de cuidado han sido muy bien establecidos, aunque en un principio sí hubo mucha preocupación, pero para eso las abuelitas, las tías, las hermanas, cuñadas y amigas siempre estuvieron atentas... todas fueron mamás gallinas, *preocuponas* y amorosas. Hoy el bebé ya quiere caminar y parece periquito, trata de hablar y posiblemente trae algo de periodista, pues es muy observador, indaga mucho, quiere estar en las pláticas, emite opiniones, da manazos en la mesa y grita, como queriendo decir algo. Es, sin duda, un bebé sano que está creciendo en un mundo que lo ama y lo protege, tanto del lado de la familia de Jorge como de mi familia. Lo amamos intensamente.

El proceso de adopción lo llevamos a través del DIF del Distrito Federal. Yo me sorprendí mucho porque lejos de lo que se podría pensar de un proceso de adopción que es muy complicado, en efecto, sí lo es, pero fui tan meticoloso en cada paso, que todo salió bien. Y te digo que yo, porque fui yo el que hizo el proceso, ya que Jorge por su trabajo no podía. Una vez que nació el niño me salí de trabajar de *Letra S*, donde estuve 14 años. Fue una decisión muy fuerte, pues amaba mi trabajo, pero también debía hacer algunos cambios en mis propósitos profesionales, de crecimiento y proyección personal. Pero también por que dije, quiero dedicarme a mi hijo estos meses. Me doy mi medio año sabático y me dedico de tiempo completo a mi hijo, me vale. Con la liquidación que recibí por mis casi 14 años de trabajo, pero principalmente por mis ahorros, además de algunos *free lances* que siempre me socorren, consideré que podría darme el lujo de no trabajar y dedicarme solo al niño. Desde luego Jorge sí continuó trabajando, en donde ade-

más se logró que en la empresa que trabaja, una institución bancaria, que le aplicaran los derechos que cualquier mujer tiene cuando adopta. Tuvo sus 30 días de descanso. En ese tiempo comencé a hacer todos los trámites burocráticos de la adopción con la asesoría del área jurídica del DIF. Cumplimos absolutamente con todo, con los 18 pasos que se siguen para hacer una adopción en el DF. Fue muy exhaustivo porque son documentos que en ocasiones tú dices bueno, ¿qué caso tiene? Pero te lo pide el juez y hay que llevarlo. Primero se registró a nombre de su madre biológica, porque así era el trámite. Posteriormente ya que pasó todo el proceso y que ella renunció a su derecho a ser la madre del niño, para que nosotros pudiéramos registrarlo porque la ley en el DF lo permite. La señora fue a ratificar su voluntad de darnos en adopción al niño frente al juez. Afirmó ante el juzgado que estaba en pleno uso de sus facultades y que esa era su voluntad. De esta manera el proceso legal se cerró. El juez entró en un proceso de revisión escrupulosa de los documentos. Cuando dio su fallo, lo dio a favor. Nosotros tuvimos al niño desde el principio porque fuimos los “depositarios” y el DIF fue el tutor legal.

El juez necesitaba que el área de trabajo social del DIF investigara todo sobre nosotros, todo. La trabajadora social fue a la casa de todos mis hermanos, de mi papá, de la familia de Jorge. Se hacían pruebas psicológicas muy arduas, muy exhaustivas, muy detalladas. Fuimos cumpliendo con todos los pasos. Una de las cosas que nos pidió el juez, a través del abogado, fue mostrar en imágenes la forma de cómo convivía el niño en esos primeros meses, porque él tenía temor que por ser una pareja homosexual, el niño viviera en la exclusión o que estuviera despegado de vínculos familiares y viviera en la marginalidad con una pareja gay. Mi familia es muy grande, tengo 25 sobrinos, aparte los amigos, las tías, son muchas personas. Cuando le hicimos el *Baby Shower*, que, más bien, fue post *Baby*

Shower, cuando tenía dos semanas, en las fotos hay setenta personas y al juez le quedó claro que ese niño, marginal no era. El juez quería ver que el niño estuviera integrado a un núcleo social, a los tíos, a las abuelitas a los primos y que conviviera con otros núcleos: vecinos, que no hubiera algo como el abuelito homofóbico y esas cosas. Nos pedían fotos o videos que lo demostraran, y bueno pues Jorge y yo nos dedicamos a registrar absolutamente todo. Uno de esos eventos fue la presentación que yo hice del libro de Irene Moreno, una gran periodista, quien presentó su libro y me pidió que yo se lo presentara. Fuimos a la presentación y llevamos al niño, fui con mi esposo y mi hijo. Presentamos el libro una amiga transexual, Rochell terranova. Cuando el juez vio la imagen preguntó ¿y qué hace aquí el papá del niño? Y el abogado le explicó sobre la presentación del libro, pues uno de los papás era periodista y andaba en este tipo de eventos. El juez comentó que estaba bien, que el niño sí estaba socializando. “¿Y de qué trataba el libro?, preguntó el juez, pues de algo así como de 365 días de sexo o algo así, ¡Ah!, pues al menos el niño va a saber de sexualidad”, palabras más palabras menos fue el comentario del juez, quien se dio cuenta que somos gente honorable, que somos una pareja estable, que somos profesionistas, que nos queremos mucho, que tenemos un proyecto de vida como pareja y que con nuestros ingresos podemos darle una vida decorosa a nuestro bebé. Desde luego el trabajo que hizo el área de servicio social y de psicología del DIF tuvo mucho que ver, pues se demostró que Jorge y yo estamos totalmente integrados en nuestras familias, que nos quieren. Que somos como cualquier otra pareja con hijos. Creo que eso fue lo que hizo que el juez reflexionara y dijera que no había ningún problema, por lo que no dudó en dar su fallo a favor de nuestra petición de adopción.

Sobre la experiencia de la paternidad, la estamos viviendo desde hace diez meses con nuestro querido hijo que se llama Mateo

Cerpa Medina. Y preguntarás por qué Cerpa y luego Medina. No tiene nada que ver con orientaciones sexuales, ni con posiciones sexuales, ni nada por el estilo. Tiene que ver con algo que para Jorge si era importante, el tema de trascender su apellido le significa algo importante, y a mí honestamente me da exactamente lo mismo si mi apellido queda al inicio o al final, lo más importante es el amor de mi hijo, el amor de mi esposo y que juntos somos una familia. Para Jorge esa parte si le importaba, porque el apellido de él es menos común que el mío, hay Medinas en cada esquina y Cerpas uno que otro en todo el país. Lo platicamos y no tuve bronca de que fuera primero el apellido de mi esposo. ¿Y por qué Mateo?, bueno, pues unos meses antes de que supiéramos de la existencia de nuestro hijo fuimos a un viaje a Estados Unidos donde me invitaron a dar unas conferencias en la universidad de Saint John's, en Minneapolis. Estando allá conocimos a un joven colombiano de unos 20 años que estudia en esa universidad, que es de las más prestigiosas y por tanto muy cara. Él mismo se pagaba sus estudios trabajando dentro de la universidad. Además era activista, de estos chicos muy activos en favor del ambiente, de la naturaleza, con un nivel intelectual muy elevado. Él fue nuestro guía dentro de la universidad durante el tiempo en que estuvimos en ahí. A él lo asignó la academia de ciencias sociales que me invitó para llevarnos y traernos al lugar de las conferencias y pasear por la universidad ;que es algo grande, claro, no como la UNAM, pero sí te puedes perder si no conoces. Nos hicimos tan buenos amigos y nos cayó tan bien, que Jorge me dijo, “el día que tengamos un hijo le vamos a poner Mateo”. A él le decían Matthew porque estaba en Estados Unidos, pero el decía: “no, yo me llamo Mateo y me quiero llamar Mateo, pero aquí los gringos me dicen Matthew”. Eso quedó como un mero comentario. Cuando viene lo del bebé, cuando empezamos a pensar en el nombre del niño, así, automáticamente los dos dijimos “¿te acuerdas que a alguien lo prometimos en Estados

Unidos que si un día teníamos un hijo se iba a llamar Mateo?”. Entonces lo ponderamos, empezamos a ver muchos nombres y siempre llegábamos a que Mateo o Matthew en inglés, es muy bonito y que en español es un buen nombre, porque además nos dio esa idea de seguridad, es un nombre fuerte. Ya ahora me enteré que Mateo significa Hijo de dios. En fin, no nos peleamos como muchas parejas que se bronquean por el nombre, que le quieren poner el nombre del “ex” o la “ex”. Aquí no, lo que tuvo que ver es que nos cayó muy bien este muchacho, por su vida, por su experiencia, por ser un joven inteligente. Tal vez estamos reflejando ahí parte de nuestro deseo, nosotros queremos que nuestro hijo sea un niño feliz, independiente, inteligente; un joven que sea autosuficiente, como lo vimos en ese muchacho colombiano.

Diez meses de vivir con este ser humano, este pequeñito que ahora es parte del equipo de nuestra familia, vienen a sintetizar mucho de mis sueños personales como activista, como gay, como un hombre que se siente completo. Antes, cuando era adolescente, sufría mucho por ser homosexual, porque no me aceptaba, me costaba trabajo entenderlo y me negaba a mí mismo, me autoflajelaba con actitudes y una rebeldía mal encausada. Ahora eso ya no existe. Por eso creo que un individuo que se quiere, que se respeta a sí mismo, puede hacer muchas cosas. La seguridad de ser tu mismo, sin cuestionamientos ni recriminaciones por parte de los tuyos ni de la sociedad, te permite desarrollarte sanamente. Ahora a mis 44 años recién cumplidos, pesa un poquito la edad, veo con convencimiento que la homofobia es muy negativa para la sociedad. Que la familia es el vínculo más importante para que alguien que es homosexual, lesbiana o que sale de la norma heterosexual pueda quererse y enfrentar a una sociedad homofóbica y discriminadora. Estoy convencido que si hay amor propio y de tus seres queridos, tu lógica de vida es diferente, es muy importante.

Yo me considero una persona afortunada, porque crecí y empecé a ejercer mi sexualidad en los años en que muchos chicos homosexuales se empezaban a infectar porque no había información. Como ya lo había mencionado anteriormente, tuve la gran dicha de tener a Braulio y a su pareja que tenían contactos en Estados Unidos y Europa, y venían a darnos talleres cuando en México no existían los talleres como existen hoy. Sí había unos, pero transmitían culpa y en vez de ayudarte te afectaban. Yo iba a la Condesa a casa de Braulio y Pepé donde se impartían talleres con un activista estadounidense que se llamaba Víctor Harris. Daba terapias grupales muy buenas que me sirvieron mucho. Yo entendí que si no tenía una vida protegida sexualmente hablando me iba a infectar de VIH Sida, y en aquellos años vivir con el virus significaba morir, así de sencillo. Con el paso de los años afortunadamente ya no es así. Desde que inicié mi vida sexual en el mundo gay estuve protegido e igual mi compañero Jorge. Vivimos sin VIH, nos hicieron la prueba para adoptar a Mateo. Yo pregunté que si resultábamos positivos nos darían o no al niño en adopción. Me dijeron que sí, que de todas maneras nos tenían que hacer la prueba y nos la hicimos y salimos negativos, porque somos muy cuidadosos en ese sentido. Una persona homosexual que se ama y se quiere puede lograr muchas cosas. Sin duda, despejando los prejuicios y culpas sociales que se endilgan a la homosexualidad, todo lo demás es sencillo. En los casos contrarios muchas veces la gente termina muy mal porque el autorechazo, el odio a sí mismo, el rechazo social, la discriminación es lo que mata a las personas y no el VIH, sino otras cosas que también son tremendamente negativas.

El avance de la lucha por los derechos LGBT

Los temas de la lucha de los derechos gay comenzaron hace 34 años. En México, la primera marcha y la primera salida pública, y

un poquito masiva, unas cincuenta personas, se llevó a cabo hace 34 años en 1979. Los setenta fueron años de mucha represión por parte del Estado. Los grupos que se empezaron a organizar eran totalmente clandestinos. Sí había tantita libertad, pero mucha represión afuera. Todo era como *underground*, en los departamentos, en lugares muy escondidos. Llevamos 34 años saliendo a la calle como gays, yo desde hace 17, 18 años y lo que te puedo decir es que ha habido grandes avances. Si lo comparamos con el tiempo de procesos sociales de otro tipo, vemos que no estamos tan mal. Los avances que ha habido responden a una urgencia de todos estos temas que son susceptibles a la discriminación, entre éstos, la orientación sexual de las personas. Han empezado a ocupar la agenda política y pública. Ha sido parte de un proceso que responde a una lucha social de activistas, gente que dio su vida en muchos casos para que hoy tengamos lo que tenemos. ¿Cuándo empezamos a hacer política que verdaderamente incidiera en políticas públicas? A finales de los años noventa. Después de todo un proceso, los activistas gays comenzamos a profesionalizarnos y a vincularnos más con los espacios de poder de decisión política, principalmente en el Distrito Federal; pero también en los estados. Quizá en los estados no se ha logrado tanto, pero también hay procesos históricos muy interesantes. La Ciudad de México ha sido privilegiada porque aquí están todos los poderes del Estado. Es la capital cultural y económica. Aquí confluyen muchas cosas. Siempre he dicho que es muy liberal, la gente puede ser conservadora, pero sin darnos cuenta tenemos vidas muy liberales en esta ciudad. Las condiciones para que estos avances se dieran aquí estaban dadas.

A finales de los años noventa, tuvimos un primer foro legislativo de la diversidad sexual en un espacio político que es la Asamblea Legislativa. Simbólicamente, eso tiene mucho qué decir. Había foros pero en espacios alternativos, rentados; pero

en esa ocasión una instancia del Estado mexicano le abrió sus puertas a la comunidad. Eso fue muy importante. Se desataron muchas cosas porque empezó a haber propuestas legislativas de No discriminación, de Derechos iguales. Si bien, era una consigna de los años setenta y ochenta de derechos iguales a lesbianas y homosexuales, esa frase tenía como un hueco, como un vacío.

Empezó a tomar sentido a finales de los años noventa, cuando ya había propuestas concretas. La propuesta fundamental se materializó en el derecho a casarnos legalmente, en que nuestros amores y nuestros afectos pudieran tener la legitimidad del Estado mexicano. La primera materialización de ley es la de las Sociedades de Convivencia. Antes, con Patria Jiménez en el 97, se vivieron algunos cambios a nivel legislativo federal; pero fueron cambios más de forma que de fondo. Fue uno en realidad, que fue quitarle una parte a un artículo de la ley que decía que “si una persona induce al homosexualismo o a la violencia sexual”, cambió a decir que “cualquier persona que violente a alguien, seas homosexual o no”; o sea, que la condición homosexual no sea un agravante de delito sino el acto en sí, seas homosexual o heterosexual. Eso fue un avance y eso lo hizo Patria a nivel federal. Simbólicamente, Patria Jiménez fue la primera diputada lesbiana, abiertamente lesbiana. Si bien, no aportó mucho en cuestión legislativa, sí a nivel de lo simbólico. En el imaginario legislativo, estaría una lesbiana haciendo cosas respecto a leyes, si bien, no necesariamente o vinculadas únicamente con LGBT, sí en otros temas como mujeres e indígenas.

Cuando Enoé Uranga entró a la Asamblea Legislativa como diputada abiertamente lesbiana, previamente había estado David Sánchez Camacho sin ser abiertamente gay. Aunque sí lo era, después ya se *desclosetó*. Hizo cosas muy buenas como el primer foro legislativo de la diversidad sexual, entre ellas, el tema del

matrimonio, además se materializó en la propuesta de Ley de Sociedades de Convivencia, y dos legislaturas después tenemos al matrimonio, la Ley de Identidad y Género, y muchas otras cosas que se empiezan a materializar por las condiciones políticas y culturales del Distrito Federal. Ya estaba gobernando la izquierda, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas llegó en el 1997 y empezó a haber muchos cambios bastante significativos en cómo se concibe la política pública en los temas susceptibles de discriminación social, uno de ellos el tema gay. Comenzó a haber un poco de recursos económicos hacia organizaciones civiles que tienen este tema; pero es realmente hasta el pequeñito gobierno que tuvo Alejandro Encinas, que fue quien aprobó la Ley de Sociedades de Convivencia y, posteriormente, cuando llegó Marcelo Ebrard que se aplica la ley y comienza a haber grandes transformaciones. El resultado de estos treinta años atrás se ha materializado en el gobierno actual. Y no visto desde la parte partidista o del corazón hacia la izquierda, sino intentando ser lo más objetivo posible. Esto no lo hubiéramos vivido en los gobiernos anteriores porque ni siquiera forma parte de su imaginario político, así de entrada. La izquierda lo retomó por una cuestión de congruencia política, pero también por una insistencia de quienes como activistas exigimos que se incluyera en la agenda de la izquierda de la Ciudad de México. Después de veintitantos años de este proceso, ahora hay que aplicarlo. Se dieron las condiciones. El gobierno de Marcelo Ebrard metió a mucha gente liberal en su gabinete, gente que viene de la academia, feministas, con ideas vanguardistas en estos temas y se hicieron políticas públicas en el DF muy buenas. No las que quisiéramos y creemos que hay que mejorar muchas cosas. Pero ahí vamos.

¿Qué pasa en los demás estados del país después de aprobarse estas leyes en el Distrito Federal? Prácticamente, se blinda

la posibilidad de homologar lo que estaba pasando en el Distrito Federal. Estados súper conservadores lo primero que hacen es protegerse y blindarse de la posible andanada, ola perredista, o liberal o pro gay o como le llames, y tenemos que el Distrito Federal es una isla en ese sentido. Una isla donde este tipo de temas se están abordando desde las políticas públicas, desde la parte legislativa, desde la cuestión de los derechos, en disonancia con las leyes federales que por ser federales no dan por ejemplo la seguridad social. Ahí traemos varias demandas en el IMSS y en el ISSSTE que no han procesado. Tenemos dos o tres que ya pasaron. Esto de tener federalizado el derecho a la salud nos perjudica mucho, porque mientras que en el Distrito Federal tienes todos los derechos que cualquier heterosexual. Pero sí tienes seguridad social por parte de estas instituciones, como no está homologada la ley, entonces, hay un conflicto que ya se dirimió en la Suprema Corte de Justicia de la Nación y dijo que los matrimonios entre personas homosexuales son válidos en todo el país aunque se casen aquí. Hemos ido avanzando, pero hay muchas resistencias. Hay un conservadurismo muy grande, aun en la izquierda, que no permite el verdadero cambio, la verdadera transformación; porque además esto va junto con un conservadurismo en la sociedad. Si bien, en el Distrito Federal estamos más acostumbrados a este tipo de manifestaciones, apenas te vas al Estado de México o a Morelos o a Puebla, el escenario cambia drásticamente. Los crímenes en los estados contra homosexuales, contra travestis, son una realidad muy latente. Aquí también los hay, pero no en la magnitud que prevalece en el resto del país.

¿Qué veo? Veo que hemos avanzado, veo que tenemos candados en todo el país para que pueda haber más avances; que el activismo está un poco dividido y que eso no ayuda mucho a homologar cuando menos los mínimos de la lucha social. No

obstante, insisto, vamos avanzando poco a poco. Creo que los avances también han sido porque la sociedad mexicana ha ido cambiando para bien en algunos temas, rezagada en otros; pero poco a poco estos temas van tomando su lugar, van impactando en el imaginario social y ya no es tan complicado hablar del tema como lo era antes. Insisto, hay regiones del país en las que todavía ser gay significa que te maten al otro día, y las hay donde no es tan complicado, como algunas ciudades grandes, principalmente, la Ciudad de México; pero de repente hay dos, tres, cuatro zonas del país que son muy turísticas en las que tampoco hay tanto problema. Pero de ahí en fuera, a veces, vivimos casi, casi, como se vivía a principios del siglo pasado.

El futuro de mi familia

En relación con el futuro de mi familia, de su desarrollo y aceptación social, puedo decir que uno desea siempre ser feliz. Yo me he propuesto desde hace muchos años el ser feliz. Sé que siendo yo feliz, la gente que está a mí alrededor y la gente que quiero, también es feliz. Mi pareja y yo, Jorge y yo hemos intentado ser felices todos estos años, con broncas como todas las parejas, con vaivenes, con cosas que a veces dices ¡*chin!* Pero nos queremos, nos amamos y siempre rescatamos nuestro proyecto como pareja, como dos seres que se aman. Ahorita más con Mateo, con ese niño que nos da todo el ánimo para seguir trabajando, para seguir luchando. En el caso mío, también en el de Jorge, aunque él lo conceptualiza de otra manera porque no es activista, su lógica es un poquito diferente a la mía, pero al final de cuentas el objetivo es el mismo. No queremos que nuestro hijo sea discriminado, punto número uno. No queremos que en las escuelas que él vaya lo discriminen por tener dos papás gays. No queremos que vaya a sufrir violencia por esta diferencia, la pongo entre comillas, del tener una “familia diferente”, valga la redundan-

cia. Queremos que él viva lo mismo que cualquier otro niño. Que él descubra su sexualidad como la descubre cualquier otro niño, cualquier otro ser humano. Queremos que él sea feliz, inmensamente feliz, como estoy seguro que cualquier padre o madre heterosexual quieren que sus hijos sean felices. En eso no nos distinguimos absolutamente de nadie. Sabemos que el tema de la homosexualidad o de las sexualidades diversas o disidentes, es un tema que puede tener un plus discriminatorio más que el niño gordito, que la niña flaca, que el niño dientón, que son *bullying* o discriminación que existen, y sabemos que se presentan ahí.

Pero lo que tiene que ver con la sexualidad siempre es algo como más complicado, más difícil de digerir en los niños por los prejuicios de los adultos. Eso es algo bien importante de subrayar. Los niños en sí mismos no tienen prejuicios, éstos se les infunden en sus casas, en la iglesia, en la escuela, a través de adultos. Los prejuicios los transmitimos nosotros. Mi hijo ahorita tiene diez meses y si yo le pongo una camisa rosa él no va a sentir que él es un niño gay. De ninguna manera. Eso es una construcción mía o de los adultos. Por lo tanto, en ese sentido de la inocencia de los niños es como quisiera que mi hijo creciera, que creciera en donde su maestra lo amara igual que a cualquier otro niño, sin distinguir de que: “¡Ah!, es Mateo, el niño que tiene papás gays”. No. Sino ser el niño que tiene dos papás, como cualquier niño que tiene dos adultos, sean padres biológicos o adoptivos que están a cargo de él. Lo que a mí me queda claro y por consejo del terapeuta del DIF y de una pedagoga con la que hemos hablado, una mujer que sabe mucho de esto, tanto a mi esposo como a mí, los que nos queda claro después de haber reflexionado mucho sobre esto, es que lo que va a permear a nuestro hijo de la posible violencia y discriminación va a ser el amor que le tenemos, va a ser el amor incondicional de padres, la seguridad que nosotros logremos en los primeros años de su vida.

En estos tres, cuatro, cinco años. De hecho, en sus ejercicios de niño de diez meses, de aprenderse a parar, de que siempre sepa que estamos ahí para sostenerlo, para agarrarlo. Simbólicamente, en su mentecita va quedando preñada esa seguridad, ese amor.

Yo me fui de viaje a Estados Unidos casi dos semanas, muy recientemente, y luego me volví a ir a Centroamérica por un trabajo especial que estoy haciendo y para mí fue muy difícil despegarme, lloré de hecho porque además veía niños y yo pensaba en Mateo todo el tiempo. Yo siento que eso le pasa a cualquier papá, no es porque yo sea especial, de ninguna manera. Cuando regresé, lo que me cuentan las tías de Mateo, que son las que lo cuidan en las tardes, es que el niño sí sintió mi ausencia. Lloraba, estaba muy irritable, todo el tiempo estaba volteando a la puerta a ver a qué hora llegaba, o cuando llegaba Jorge como que decía a qué horas entra el otro papá. Cuando me vio en el aeropuerto, Jorge fue a recogerme las dos veces. Yo sentía el amor y el cariño, eso no tiene precio, no me explico a un niño tan chiquito de diez meses que dé tanto amor y que ya extrañe, ¿no? En ese sentido yo no quiero que mi hijo sufra absolutamente nada. Tendrá que vivir cosas difíciles como todo mundo. Tendrá que vivir quizá el amor y el desamor, las inseguridades, pero vamos a intentar como pareja, como compañeros, como hombres maduros, que él tenga la mayor seguridad que va a devenir, punto número uno, del amor que le tenemos, que lo adoramos, que lo queremos. Intentaremos que en los ámbitos en los cuales él se desenvuelva, la gente de a su alrededor no lo discrimine y que esté consciente que si lo hace estará violando los derechos de un niño, de un infante y estará incurriendo en la discriminación, la cual en este país está penada. El Artículo primero Constitucional de nuestra Carta Magna ya dice que en nuestro país no se puede discriminar y las leyes secundarias ya están tipificando la discriminación como un delito. Yo soy un hombre que además

de ser activista soy periodista y, además, conozco mis derechos. Entonces defenderé a mi hijo como una loba en celo de ser necesario, siempre antes anteponiendo la razón. Entenderé mucho el por qué la gente lo hace y seré muy accesible para informar a la gente. Seguramente este libro que están haciendo va a servir de base para muchas cosas. Hay algunas publicaciones e información que hay que estar revisando. Yo a mis alumnos les explico, tengo tres asesores en la universidad que están haciendo proyectos didácticos para entender lo que es una familia homoparental, lo que es vivir en una familia homoparental. Espero pronto tener materiales para darle a la gente información. Quiero que mi hijo vaya en una buena escuela, como cualquier padre que quiere que su hijo vaya en una mejor escuela. Intentaremos que esté en la escuela que tenga que estar, donde sus maestras entiendan su diferencia y que esa diferencia no sea motivo de discriminación.

Esto que estoy haciendo, este tiempo, es una inversión para mí porque sé que va a tener un impacto en alguien y, seguramente y ojalá, lo tenga en gente que está tomando decisiones en este país en el tema de la educación, de la salud, de los derechos, de la justicia. Quiero que todo esto se materialice, porque quiero que mi hijo, así como muchos niños y niñas que ahorita están siendo adoptados o ya viven como hijos adoptados, o como hijos biológicos pero con parejas homoparentales, no sufran la discriminación. Porque la discriminación es un flagelo que afecta a toda una generación, si alguien afecta a un niño, ese niño vivirá sesenta, setenta, ochenta años; y mucho de lo que él mame culturalmente sobre estos temas lo van a formar y lo podrán hacer un ser humano muy feliz o muy infeliz. Y eso se traduce en calidad humana de vida. Entonces, yo quiero que mi hijo sea feliz y voy a hacer todo lo posible desde mi profesión, desde mi activismo, desde mí como padre, junto con mi esposo a que eso sea así.

Ahorita el niño está más sano que una lechuga, es feliz, goza mucho, ríe mucho. Nos ama, nos adora, nosotros lo adoramos. Sus familias, tanto por parte de Jorge como la mía, lo quieren mucho. En los núcleos donde nos desenvolvemos, en el área laboral, en el de las amistades, no ha habido alguien que tenga una actitud, hasta este momento, discriminatoria. Esperemos que cuando él entre al maternal, luego al kinder y luego a la primaria no suceda, y si no, ahí estaré yo y su padre para defenderlo; pero también siempre entendiendo que la gente necesita información y yo, siendo periodista, voy a generar esa información o voy a promover y apoyar a todo mundo que quiera reflexionar, para poder alimentar y darle herramientas a la gente que está en el área educativa, en salud, y en cualquier espacio en el que existan niños y niñas que requieran comprender estas circunstancias.





Paulina García Hubard / BIZAR

“La familia es la unidad básica de la sociedad. El proceso de rápido cambio demográfico y socioeconómico ha influido en las modalidades de formación de las familias y en la vida familiar y ha provocado cambios considerables en la composición y en la estructura de las familias”.

Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo. El Cairo, 1994
Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)

El significado de ser y tener una familia

Ruth América Sánchez Ríos

Gabriela tiene 25 años, nació el 12 de agosto de 1987 en San Nicolás Guadalupe de donde es originaria. Al igual que sus padres, sus abuelos maternos y paternos, es descendientes de uno de los pueblos ancestrales de México pues el municipio al que pertenece esta localidad, San Felipe del Progreso en el Estado de México, tiene raíces mazahuas que se remontan al siglo VII d.C.

Gabriela es una de las hablantes de mazahua dentro de su comunidad, en donde más de sesenta por ciento de la población es bilingüe, por lo que la utiliza comúnmente para comunicarse con sus familiares y vecinos.

Gabriela

Actualmente, Gabriela está casada y tiene tres hijos: Miriam de siete años, Miguel de cinco y Luis de cuatro años de edad. Su familia pertenece a las familias extensas debido al ciclo vital en el que se encuentra, pues es una mujer joven con hijos pequeños cuya residencia es en casa de sus suegros, además de ser, junto con su esposo, migrantes intermitentes debido a la localización de sus respectivos trabajos en la Ciudad de México, situación por la cual su vida transcurre entre la vida de una comunidad rural y la vida urbana del Distrito Federal.

Su infancia

Gabriela es la quinta hija de un total de trece hermanos que tuvo. Hoy en día, sólo ocho de ellos continúan viviendo. Los dos primeros hijos que tuvo su madre fallecieron momentos después del parto; posteriormente, su madre dio a luz a dos mujeres, luego nació Gabriela, por lo cual es considerada una de las hermanas mayores.

Los primeros recuerdos que nos comparte sobre su infancia están relacionados con una de las mayores dificultades que tuvo que afrontar desde su niñez y eran aquellos malos momentos que vivió cuando su papá llegaba a casa bajo los efectos del alcohol; situación frecuente y que perduró largo tiempo, pues su padre dejó la bebida después del fallecimiento de su esposa, hace apenas dos años.

Su padre se dedicó la mayor parte de su vida al trabajo en el campo, sembraba y cosechaba maíz. Tenía una yunta, vacas, borregas, guajolotes y pollos, además de magueyes, de los cuales extraía aguamiel para después venderlo. Sobre este punto Gabriela nos explica:

“Mi papá diario raspaba sus magueyes para sacar el aguamiel dos veces al día, él se paraba a las cinco o seis de la mañana para raspar y también a las seis o siete de la tarde. Raspaba diez o quince magueyes, vendía el aguamiel a un señor que se dedicaba a distribuirlo en las pulquerías. Llegaba a juntar cuatro o cinco garrafones y ya le daban cien pesos. En ese tiempo eso era mucho dinero, pero ahora no te alcanza para nada. Mi papá le echaba al pulque guayabas o una hierba que crece en el pueblo para que no oliera feo y le agregaba más aguamiel, así el pulque salía blanco y espumoso. A él nunca le gustó tomar de ese pulque, prefería la cerveza, pues decía que no le caía bien el pulque por frío. A veces llegaban los viejitos a tomar a la casa. Raspar es bonito y feo al mismo

tiempo, pues el aguamiel si te toca la piel, te saca roña¹ y te da mucha comezón, como una alergia; pero era nuestra obligación ayudarlo porque de alguna manera sacábamos de ahí para comer, sobre todo, cuando él no traía dinero para los gastos. También le ayudábamos a sacar las papas de la milpa y a separarlas por tipos. Mi hermana y yo le ayudábamos, era difícil pero también era bonito estar con mi familia. A mis dos hermanitos ya no les tocó realizar estas tareas”.

Cuando se le pregunta acerca del trabajo que realizaba su madre nos cuenta: “Mi mamá se dedicaba a cuidar de nosotros, pues éramos ocho, llegábamos y ya estaba la comida y todo eso. Mi mamá nunca trabajó, bueno sí, de vez en cuando iba a trabajar con mi papá al campo. Cuando mi papá sembraba ella echaba el maíz y también le ayudaba en otras cosas, como darle de comer y cuidar el ganado”.

La vida en el campo resulta muy laboriosa y desde pequeños todos tienen múltiples tareas asignadas. Recuerda que cuando cursaba el tercer año de primaria se levantaba temprano para ayudarle a su papá con las vacas, además de ir por “un viaje de agua” al río antes de irse a la escuela y otro viaje más a su regreso. A veces, también su trabajo consistía en ir a buscar a su papá, pues cuando él se iba al campo ya no regresaba a su casa por irse a beber con sus amigos.

Lo que más le gusta a Gabriela de su infancia es que en ese tiempo pudo vivir con sus padres:

“En ese tiempo pude vivir con mi mamá y mi papá, pues desde que se fue, ya no es lo mismo. Yo me llevaba muy bien con mi

¹ La roña es la sarna que le da al ganado lanar. La entrevistada utiliza este término refiriéndose a la sarna, entendida como una afección cutánea contagiosa que provoca el enrojecimiento, la tumefacción y un intenso prurito.

mamá. De chiquita, igual y un día fui grosera y eso, también me enojaba, pero cuando ya tuve uso de razón, siempre me llevé bien con ella. Porque de hecho, yo le platicaba mis cosas y ella me platicaba las suyas, era mi amiga mi mamá y nos contábamos todo. Yo la extraño mucho desde que se fue”.

El paso de la infancia a la juventud y madurez como madre

La relación con su madre siempre fue buena y muy cercana hasta el día que falleció en 2010. Gabriela no para de recordar cuánto la quería y tristemente recuerda lo distanciamientos de algunas de sus hermanas con su madre, quien le afectaban. Desconoce las razones o motivos de estos conflictos, pero de acuerdo con lo que dicen sus hermanas se debe a que siempre sintieron celos de ella porque creían que Gabriela era la preferida de su madre. El enojo de sus hermanas produjo un alejamiento continuo. Para Gabriela, su madre no hizo diferencia alguna entre ninguno de sus hijos. Al funeral de su madre, la hermana mayor no asistió porque ese día fue madrina de un bautizo.

La relación con su padre siempre fue de respeto, pues insiste que hasta la fecha, ella nunca le ha contestado mal; comenta que cuando él le pegó cuando era pequeña fue por ser una niña rezongona. Afirma: “Si mi padre me dice: ‘Esto no está bien’, digo, ‘bueno tú has vivido más que yo, y has de saber más. Has pasado por más cosas que uno’. Está bien lo que él me dice”.

Gabriela terminó su educación primaria y, posteriormente, se inscribió en la secundaria, pero la dejó después del primer año debido a cuestiones económicas. Fue la primera vez que vino a trabajar a la ciudad. Dos de sus hermanas trabajaban juntas en una casa realizando el aseo, pero a ella la fueron a dejar sola con otra señora. Esta experiencia le resultó terrible, abandonó el trabajo y regresó a su pueblo junto con sus padres. Poco tiempo después, una de sus

hermanas “se juntó” y tuvo a su primer hijo, por lo que Gabriela regresó a la Ciudad de México para cuidarla durante los dos primeros meses de vida de su nuevo sobrinito y, posteriormente, se dedicó a trabajar de tiempo completo en otras cosas. Realizaba labores domésticas y en algunas ocasiones preparaba la comida. Aproximadamente, trabajó tres años, desde que cumplió 15 hasta los 17, época durante la cual conoce a su actual esposo con quien tuvo un hijo a sus 17 años. Durante su embarazo siguió trabajando hasta ocho días antes de dar a luz, fecha en la que regresó a casa de sus padres en San Nicolás.

El marido y su boda

Conoció a su esposo en la iglesia de su pueblo durante una fiesta, no sabía que él conocía a sus primos, quienes se lo presentarían después. Durante un año fueron novios y en ese tiempo quedó embarazada de su primera hija. Ella no quería vivir con él y tampoco verlo, casi durante todos los meses de su embarazo no quiso saber nada de él, a pesar de que su novio la buscaba reiteradamente, fue hasta después del nacimiento de su hija que se reconciliaron. Mientras tanto, ella continuó trabajando y ahorró dinero, cuando llegó el día del alumbramiento, entregó sus ahorros a su papá para que se encargara de los gastos.

Una situación que llama la atención en las historias de familia es la importancia del cuidado de las hijas una vez de que dan a luz, en este caso, también resalta estos cuidados, pues su madre no le permitió regresar a trabajar en la casa donde realizaba el quehacer, le decía: “¿Quién te va a ver ahí? No, te vienes para acá. Ora sí, aunque comamos tortilla y sal, pero no te vas a quedar ahí”.

Durante el nacimiento de su primera hija, Miriam, también la apoyaron sus hermanas que trabajaban. Sus padres nunca le preguntaron nada sobre su embarazo ni se enojaron con ella. Gabriela

imagina que, tal vez, se molestaron pero nunca dieron muestra de ello pues no le hicieron ningún reclamo, al contrario, dice que sólo recibió apoyo de su parte y cuando nació su bebé sus papás estaban felices. Su padre se levantaba por la madrugada para calentar el agua para la mamila de su bebé y cuando creció un poco más su hija, siempre la llevaba en brazos a todos lados, al alimentar a sus animales o en sus labores del campo. Como Miriam no tomó leche de pecho porque nunca la aceptó, no tenían problemas a la hora de darle de tomar su mamila, así que aún lejos de su madre ella siempre estaba contenta. Hasta el día de hoy, su hija le dice ‘papá’ a su abuelo.

Después del primer mes del nacimiento de su hija y aún teniendo todo el apoyo y cariño de su familia, Gabriela se sentía sola; se cuestionaba sobre el futuro de su bebé y sobre su capacidad para poder criar a una hija, por lo que decidió buscar a su novio en aquel entonces, quien respondió inmediatamente y volvieron a tener una relación de pareja.

Su esposo es sólo tres años mayor que Gabriela, desde hace muchos años trabaja en el ámbito de la construcción en la Ciudad de México, de lunes a sábado trabaja en la Ciudad de México en diferentes obras, regularmente, el fin de semana viaja a su pueblo por lo que una vez que regresó con Gabriela, siempre pasaba los fines de semana con ella en casa de sus suegros o, en caso de no poder viajar, enviaba el dinero para su compañera y su hija.

Gabriela continuó viviendo durante dos años más con sus padres, se embarazó por segunda vez y nació Miguel. Ella no quería salir de la que había sido su casa desde que nació, pues su madre estaba enferma de diabetes e iba perdiendo progresivamente la vista. No quería apartarse de ella, además de que mudarse implicaba vivir en la casa de los padres de su pareja y sabía que “no era santo de devoción de su suegra”. Aunque dice que nunca ha tenido problemas con la madre de su esposo reconoce que ella siempre supo

que no la quería, pues alguna vez le dijo que ella no era la persona que esperaba para su hijo. Esta situación cambió con el paso de los años después de convivir juntas durante mucho tiempo, ahora tienen una relación cordial.

Después del nacimiento de su segundo hijo, decide casarse con su pareja y organizan su boda. Las bodas en San Nicolás son un evento esperado en el que participa mucha gente. La ceremonia fue por la mañana, en casa de la novia ofrecieron el desayuno y en la casa de su marido sirvieron la comida y hubo baile hasta las dos de la mañana. Dieron de comer mole con pollo, arroz y barbacoa. Su padre vendió algunos animales de su ganado para pagar el vestido de la novia y algunas otras cosas para la fiesta. Considera que su boda fue bonita, aunque siente que le faltó algo, tal vez porque fue un poco apresurada.

En su pueblo acostumbran ayudarse entre familiares y entre los miembros de la comunidad para la preparación de las fiestas, por lo que cuando a Gabriela preparó su boda, todos los favores realizados anteriormente por su padre para otras bodas, le fueron devueltos. Los vecinos y familiares colaboran con diferentes cosas para la fiesta, ya sea con traer refrescos, tortillas, pollos, borregos; mientras tanto, en la casa de la novia se cocinan el arroz, el mole, los tamales y la barbacoa. Hay fiestas en las que se llegan a matar hasta sesenta borregos, se prepara comida para más de 500 personas, pues va mucha gente a la hora de la comida, aunque no todos se quedan para bailar. Después de contar cómo fue su boda, Gabriela considera que es difícil organizarlas y da gracias a dios por haber salido bien de eso.

La vida en casa de su suegra

Después de casarse por la iglesia se mudó a casa de su suegra. Al principio visitaba a diario a su madre, después las visitas las realizó

periódicamente. Mientras todos sus hermanos estaban en la escuela, ella aprovechaba la ocasión para visitar a su mamá. Al llegar a su antigua casa, su madre siempre tenía comida preparada: tortillas, nopales con huevo o con charales, salsa, sopa, frijoles, lentejas, chícharos u otro guisado.

Cuando se fue a casa de su marido ella le advirtió lo siguiente y desde entonces han respetado su acuerdo:

“Yo le dije desde un principio: tú vez a tu familia, yo también tengo derecho de ver a los míos y si tú no te llevas con mis hermanos, ese no es mi problema. Si tú te peleas con tus hermanos y discutes con ellos, después puedes volver a hablarles, de la misma forma que yo con mi gente. A mí no me puedes prohibir nada y si yo no me llevo con alguna de mis hermanas, no es tu problema, es mío. Yo no quiero que tú te metas en mi relación con mi papá. Si tú llegas con tus papás y les ayudas, pues yo lo respeto porque yo sé que son tus papás, por ellos naciste y por ellos estás aquí, al igual que yo, si no fuera por ellos, no estaríamos aquí”.

En el caso de esta pareja, por mutuo acuerdo, siempre han estado al pendiente de las necesidades de sus respectivos padres. Gabriela reconoce que su esposo siempre la ha apoyado tanto en la etapa terminal de su mamá como con sus hijos, pues cuando su madre estuvo internada, él pago el hospital pues los hermanos de Gabriela se quejaban de alto costo de éste. En otras ocasiones, él dejaba de ir a trabajar a la Ciudad de México para cuidar a sus hijos mientras Gabriela la visitaba en el hospital, además de preocuparse por sí ya habían probado bocado o no durante sus guardias en el hospital.

Su suegra es madre de diez hijos: seis hombres y cuatro mujeres. En la actualidad dos de las hermanas de Gabriela están casadas

con dos hermanos de su esposo, situación que no aprobó su suegra, pues la culpaba de haberlos presentado. Ella no tuvo nada que ver en la relación de ellos. Su hermana menor, quedó embarazada y por esa razón tuvo que abandonar sus estudios. Actualmente, su hermana tiene 18 años y su hijo dos, se mudó a casa de su suegra también. Su otra hermana mayor que ella, de 28 años, se “juntó” con su cuñado quien es menor por tres años. En la actualidad no mantiene una buena relación con una de sus hermanas, pues ella está acostumbrada a preparar sus cosas sola e incluso a comer sola; por otro lado, su esposo es muy celoso, no la deja salir sin antes saber a dónde irá y a qué hora regresará. Gabriela no le parece correcto esto, sin embargo, sabe que no debe entrometerse en los asuntos de otra pareja pues en caso de que se lleguen a pelear, a ella podría acusarla de haberse inmiscuido en su relación.

Cuando se mudó con su suegra, casi todos los hijos vivían con ella, excepto una hija casada que vive en Puebla. La casa consta de siete cuartos y en cada uno de ellos habitan sus hijos, los que están casados lo comparten con sus familias. En total había cuatro familias nucleares cohabitando en esta casa en un principio. La madre de su esposo desde entonces se ha encargado de cuidar a sus nietos en diferentes épocas, por ejemplo, ahora sólo cuida a los hijos de Gabriela debido al tipo de trabajo que tiene. La mayoría de sus cuñados están casados, excepto los menores que estudian, uno va en secundaria y su cuñada asiste a la preparatoria.

El padre de su esposo dividió su terreno y lo repartió entre sus hijos varones que están casados para que construyan sus casas, por esta razón Gabriela, después de haber regresado a su pueblo, tuvo que volver a trabajar en el Distrito Federal, pues el sueldo de su esposo no es suficiente para construir su casa.

En un principio, la relación con su suegra fue tensa pero al paso de los años eso cambió, además, piensa que ella cuida bien

a sus dos hijos que se quedan con ella durante toda la semana. Gabriela confía en sus suegros para el cuidado de sus hijos a pesar del mal carácter que tiene el padre de su marido, supuestamente, porque padece diabetes. Dice confiar en ellos porque sabe que no están de acuerdo en educar a los niños con golpes.

Migrantes intermitentes

Tanto Gabriela como su esposo son migrantes intermitentes. Su vida se desenvuelve entre la capital de México y su pueblo. Seis de los siete días de la semana viajan para trabajar cada uno en sus respectivas labores, mientras tanto sus hijos son cuidados por su suegra.

Gabriela trabaja en una casa donde cuida a una señora de 94 años y se ocupa de la comida así como del aseo de la casa, tiene un año y medio en este trabajo. Por el momento, viaja con su tercer hijo, Luis de cuatro años. Dice que aún no lo puede dejar con su suegra porque por las noches no los dejaría dormir de tanto llorar por extrañarla.

“Hace más de un año regresé a trabajar. Siete años estuve allá, viviendo con mis papás y en casa de mi suegra. Desde entonces, mi esposo trabaja de lunes a sábado, y alguno que otro domingo. En el pueblo es muy escaso el trabajo, bueno, sí hay trabajo pero pagan muy poco. Y yo dije: ‘no puedo seguir así’. Yo pensaba trabajar por lo menos un año y después regresar con ellos, pero ya se me paso el año, ahora ya tengo un año y seis meses trabajando aquí. Mi esposo empezó a construir y queríamos terminar bien la casa y por eso decidí venirme a trabajar. Estamos construyendo mi casa, mi esposo la está haciendo junto con sus seis hermanos, nunca hemos necesitado de trabajadores de fuera y como también somos ocho mujeres pues ayudamos en lo que podemos. Por un lado, trabajo para

ellos [sus hijos]. Al no tener dinero uno se siente mal al ver a los niños pedir cosas y no poderles dar nada de eso. En mis tiempos no teníamos casi nada, pero hoy en día, todos los niños tienen algo. Por ejemplo, ahora Miriam tiene su bici. Antes yo sólo pensaba venirme a trabajar un año, pero ahora que los dos o los tres entren a la escuela pues ya van a ser más gastos, y si no podía con Miriam, pues ahora menos que los tres estudien pues van a haber más gastos, y yo quisiera ya verlos realizados. Aunque no sea una carrera grande, quiero que tengan de qué vivir. Darles educación aunque esté lejos de ellos y no pueda ver lo que están haciendo”.

Gabriela regresa a su casa los sábados aproximadamente a las siete u ocho de la noche, y como ella dice ni tiempo le da para visitar a su papá en la noche. Cuando llega, cena, platica con su familia un rato y se duerme. Al otro día, se levanta temprano para preparar el desayuno, arreglar sus cosas, a veces visita a su papá o él pasa a desayunar con ella por la mañana.

Los fines de semana son los días que más disfruta Gabriela, pues está reunida con todos sus hijos y su esposo. Es común que entre todos los hermanos de su marido y sus respectivas familias cooperen para la comida de los domingos, pues de acuerdo con Gabriela, siempre están juntos y se apoyan para todo, cuando se trata de trabajar todos van, ya sea al campo o en su caso para ayudar a construir la casa de algún hermano.

Actualmente, el padre de Gabriela es velador de una escuela y los fines de semana permanece todo el tiempo ahí para cuidar que nadie entre, así que a veces lo visita en la escuela, sobre todo, ahora que le han detectado un tumor a su papá y no saben qué clase de complicaciones pueda presentar. A partir de esta enfermedad se han acercado un poco más y platican, aunque es una situación muy

difícil para ella porque aún siente una gran pena por la falta de su madre y, por otro lado, la enfermedad de su padre requiere de una operación y por lo tanto de dinero.

A veces acompaña a su esposo a sus juegos de futbol y como la cancha está a un lado de la escuela, aprovecha para estar un rato con su papá. Después compran comida preparada y van a comer en la casa de su suegra junto con todos sus familiares. Los domingos está llena la casa de su suegra porque la visitan todos sus hijos. El tiempo pasa volando esos días en comparación de los días entre semana, de un momento a otro se da cuenta que son las siete de la noche y debe regresar a la ciudad de México, se baña, prepara sus cosas y sus hijos la encaminan a la carretera donde toma su camión para llegar a Toluca. Por lo regular, su viaje dura entre dos o tres horas, depende del tránsito que haya en las casetas.

El trayecto aunque no es largo es pesado, tanto de ida como de regreso, pues hay congestionamiento vehicular en Santa Fe para salir de la ciudad y de regreso, en ocasiones, la fila de autos llega desde Toluca hasta la caseta y parece nunca avanzar. Su trabajo se localiza en la delegación Benito Juárez, de ahí se dirige a la terminal del metro Observatorio donde aborda un camión hacia Toluca, después toma otro camión hacia San Felipe del Progreso y, por último, toma un transporte más hasta su localidad. También debe cuidar de llegar a tiempo para tomar el camión de regreso, pues de lo contrario implicaría gastar una fortuna en taxi. En promedio gasta al mes más de mil pesos en su traslado, desde la delegación Benito Juárez hasta su casa, es decir, aproximadamente 25% de su salario mensual.

El nacimiento de sus tres hijos

Sus tres hijos los tuvo de forma natural, tanto su primera hija como el menor fueron partos rápidos y sin complicaciones. En el caso

de su segundo hijo, Miguel, cuenta que como tenía la presión alta la llevaron al Instituto Mexicano del Seguro Social, donde no la atendieron, pues en palabras de ella: “Ahí no te atienden rápido ni aunque te estés muriendo”. Tuvo que dirigirse a un hospital particular, como era de noche no había un cirujano que la pudiera atender, y debido a su presión le tendrían que practicar una cesárea. Mientras intentaban localizar al doctor le dieron un medicamento para controlar su presión, ella oró a la Virgen pidiéndole que fuera un parto normal, ya que de lo contrario implicaría tener cuidados por un año, en lugar de dos o tres meses; situación que no podía darse el lujo debido a que su mamá ya estaba enferma y no podría cuidarla, y también necesitaba ver por su hija pequeña. Para ella, fue un milagro que su presión se estabilizará a los diez minutos de llegar al hospital por lo que ya no se requirió de un doctor y, afortunadamente, todo salió bien.

Con este segundo embarazo dice que se le “cayó el estómago”,² ante este problema la curaron en su pueblo a través de tres sesiones de masajes o de ‘sobadas’ y de utilizar una faja por tres días después de cada sesión. Su madre siempre se ocupó de ella después de sus partos, la cuidaba durante dos o tres meses, excepto de su último embarazo, pues ya vivía en casa de sus suegros.

Para Gabriela es un gran logro haber criado a sus tres hijos pues ahora ya los ve grandes, uno tiene cuatro años, su segundo hijo, seis años y la hija mayor, ocho años. Se asombra y se pregunta:

“¿Cómo pasé yo con mis tres niños sin darme cuenta y ya están grandes? Los veo y no creo que yo haya estado con ellos desde chiquitos. Yo no me di cuenta cómo crecieron. Es muy difícil cuando son bebés, porque cuando se enferman tú no sabes qué tienen, qué puedes hacer o qué debes darle. Con

2

Es probable que se refiera a la enfermedad llamada “cistocele o vejiga caída” por los síntomas descritos.

Miguel yo sufrí mucho los primeros tres meses, empezaba a llorar a las ocho de la noche y se callaba a las cuatro o cinco de la mañana; lo bueno es que mi papá, mi mamá, mi hermano, una de mis hermanas, ellos me ayudaban un rato, pues aunque le diera de comer o lo cambiaba, él no se callaba. De día no lloraba. Cuando ellos lo arrullaban yo podía dormir un rato, fue horrible, pensé en que ya nunca tendría otro. Pero después con Luis ya fue muy fácil. Hasta la fecha Miguel es un niño muy berrinchudo, cosa que él ve, cosa que él quiere, se lo tienes que dar y si te tardas empieza a llorar. Se me hizo extraño que a los dos o tres meses se le quitó eso de llorar en la noche, yo ya no aguantaba. En el pueblo hay mucho chisme, yo no sé si sea cierto, dicen que a los niños los espantan. Mi mamá le ponía romero, unas tijeras o un espejo y hasta una cigarrera, pero aún así no se callaba. A mí todo esto me espantaba. Yo ya no quería dormir sola, me iba a dormir con mi mamá. Ya no quiero tener más bebés, yo no sé como pasé todo esto, los dolores son horribles. Son bonitos cuando son pequeños pero cuando se enferman no sabes qué hacer. Con Miriam me pasaron muchas cosas, cuando tenía como un mes, ella se desmayaba, un día se nos estaba muriendo, ya no respiraba. Mi mamá acostumbraba comprar Vick VapoRub, le echaba en el pechito y le sobaba, sólo cuando uno le sobaba ya respiraba, cuando la llevamos al doctor él nos dijo que le estaba dando neumonía, ella siempre ha sido débil, dicen las señoras que porque yo no le di pecho y eso debilitó sus defensas. Yo no tenía mucha leche al principio, pero ella tampoco quería, los doctores me dijeron que hiciera el esfuerzo porque levantarme en la noche a calentar el agua iba a ser difícil. Mi hija estuvo por tres días en la incubadora porque no podía respirar bien”.

“Miguel tampoco tomó pecho, tomo sus primeros tres meses sólo leche en polvo, pero él no es débil. A él sí le di leche materna y leche en polvo, a los tres meses ya no quiso el biberón y fue mejor, porque aunque en ese tiempo no era tan cara la leche pues sí costaba. Ya con Luis, no quiso leche del biberón. De bebés es difícil cuidarlos, pero ya que crecen no sólo con que los lleves a la escuela, les tengas comida, ropa, les ayudes a hacer sus trabajos, es suficiente. Además como en el pueblo tenemos que ir a lavar al río, lavar toda la ropa que ocupan de bebés es difícil y más si es época de lluvias”.

Su esposo, en el tiempo de recuperación después de sus embarazos, la ayudaba a lavar la ropa en el río o a preparar la comida. Él sabe hacer todas estas tareas pues está acostumbrado gracias a su trabajo en la ciudad, donde él debe procurarse sus propios alimentos y la limpieza de su ropa. En su pueblo, dice que los hombres son criticados si lavan la ropa, llevan el maíz al molino o echan tortillas, pues los tachan de “mandilones”. Sin embargo, su esposo piensa que un hombre puede hacer lo que una mujer hace y viceversa; pueden aprender porque a él también le ha tocado ver que en su trabajo, en la construcción, hay mujeres que realizan varias tareas que antes sólo eran hechas por hombres.

Con todos sus hijos tiene una buena relación, comenta que desde que llega a su pueblo los tres desean estar todo el tiempo con ella, van a todos lados juntos. Desde que eran pequeños, nunca se habían tenido que separar, hasta el día que ella regreso a trabajar. Alejarse de ellos fue lo más difícil:

“Para mí, fue horrible dejarlos, cuando yo tenía una semana aquí, yo me quería regresar con ellos. Yo decía: ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué necesidad tengo yo de estar aquí y no con mis

niños? Pero luego pensaba, ¿será un bien para ellos, para mí? Yo no aguantaba esa tristeza que sentía. Sólo cuando trabajaba no pensaba en ellos, cuando yo comía pensaba: ¿Mis niños ya habrán comido o no? Yo decía me hace falta el dinero, pero también me hace falta estar con mis niños. Poco a poco ya me acostumbré y el fin de semana estoy con ellos, donde yo voy ellos van. Se levantan desde las seis o cinco de la mañana para jugar con Luis y al venírnos nos vienen a dejar a la carretera. Me preguntan: ¿cuándo vienes? Miriam me pide que le lleve cosas. Pelearme con ellos es normal, me hacen caprichos y berrinches, es obvio, luego me peleo con ellos. A mi suegro no le gusta que les pegues, a mí tampoco me gusta, pero luego se me va la mano. Luego me arrepiento y pienso: ¿por qué lo hice? A mí sí se me sube a la cabeza y me enoja con ellos. Pero, en general, tenemos una buena relación. No se puede decir que los maltrato y ya no quieren estar conmigo, no es el caso, ellos siempre quieren estar conmigo”.

Reconoce que cuando se portan mal les puede dar una nalgada, pero sabe que tampoco los golpea fuerte. Este año sus dos hijos mayores deberían estar asistiendo a la escuela, Miriam en segundo grado de primaria y Miguel en primer año. Sin embargo, no es así ya que se han presentado algunos problemas que ella no puede controlar debido a que no convive con ellos a diario. Cuando ella estaba en su pueblo se encargaba de ir a las juntas y atendía todo lo relacionado con la escuela. Algunas veces su esposo llegó a ir cuando ella no podía presentarse.

Dice orgullosamente que no le teme a los maestros, pues tal vez hay gente a la que intimidan. Una de sus cuñadas le ha dicho: “No nos pusieron hueso en la lengua para hablar”. Cuando su hija tuvo un problema, tanto su esposo como ella fueron a hablar con

el maestro, para reclamarle porque le había pegado a su hija, le dijeron que por ese hecho el podía perder su trabajo porque era un delito. El maestro un poco nervioso por su conducta aceptó su culpa y le pidió que volviera a enviar a su niña a la escuela para que no perdiera este año escolar. Sin embargo, su hija ya no quiso regresar a la escuela.

El maestro le pegó en dos ocasiones a su hija con una regla de madera como castigo por haberse levantado de su lugar mientras él no se encontraba en su salón de clases, al parecer era un castigo común para todos los niños que no estuvieran quietos en su ausencia. Gabriela tardó mucho tiempo en darse cuenta de esta situación, pues comenta que al principio a Miriam le agradaba ir a la escuela, pero tiempo después empezaba a llorar por las mañanas con tal de no ir y hasta llegaba a esconder su uniforme escolar; en un principio, se imaginó que era porque tal vez como ella no la podía llevar a la escuela ella ya no quería asistir, hasta que un día le preguntó si alguien la molestaba y fue cuando ella le contó acerca de los golpes recibidos. Tanto una maestra como su suegra le sugirieron que no la obligará a continuar asistiendo ya que la podían traumar, consideró mejor que descansara y pues, aunque fuera grande pero terminaría la escuela después.

El significado de ser y tener una familia

Para Gabriela, la palabra familia significa ante todo tener un apoyo, pues es el ejemplo que ha recibido de sus padres y de sus suegros. También reflexiona sobre el hecho de que ahora le toca a ella ser el apoyo necesario para sus hijos.

Gabriela comenta que siempre han recibido ayuda por parte de sus suegros. Por ejemplo, ante la enfermedad de su padre, su suegro le consiguió un pase para el hospital a través de las oficinas municipales, pues de acuerdo a sus palabras, gracias que su suegro

es miembro del Partido Revolucionario Institucional pudo conseguirlo, también en caso de necesitar dinero para la operación su suegro se ha ofrecido a poner una parte. Cuando falleció su madre, sus suegros fueron sus padrinos, es decir, se encargaron de vestirla y enterrarla.

Para ella, tener una familia es algo valioso y muy importante, sabe que no está sola, una familia significa tener a quién recurrir en caso de alguna enfermedad o apuro económico. A sus hermanos también los considera parte de su familia, aunque no viva con algunos de ellos y a veces hasta se peleen, pues su padre siempre se encargó de recordarle que son de la misma sangre y a pesar de las peleas, nunca debe de darle la espalda a un hermano suyo. Su padre le decía: “¿Cuál es el caso de pelearte con un hermano o con alguien cercano a ti? Si te peleas con algún tío u otra persona, bueno ya es más lejano de ti, pero no es lo mismo con tus papás o tus hermanos”.

Para Gabriela, la familia es la que te educa, recuerda a su madre recomendándole que nunca hiciera a la gente lo que no le gustaría a ella que le hicieran. Reconoce que en todas las familias hay problemas: “Hay paz y a veces no, hay situaciones difíciles”, como por la situación que pasa actualmente, pero de eso se trata la familia de no abandonarse el uno al otro, pues ahora ella no podría dejar de ver por su padre, sobre todo, porque él siempre la ayudó.

El alcoholismo como una problemática familiar

Una historia amarga que recuerda Gabriela está relacionada con el problema del alcoholismo de su papá:

“Había problemas entre mis papás. Era difícil cuando mi papá tomaba, como ya no estaba en sus cinco sentidos, llegaba a la media noche y nos decía que no nos quería ver y nos

sacaba de la casa a todos y todos nos teníamos que ir a casa de mis abuelos o de mis tíos, era algo horrible. Él tomaba mucho, casi a diario, aunque no dejaba de trabajar, lo invitaban a tomar y ya llegaba mal a la casa, sólo con la mitad de sueldo. Él dejó de tomar cuando mi mamá murió. Hoy en día no toma por su enfermedad y porque también juró ante Dios ya no volver a tomar. Para mí fue un alivio. Pues cuando él tomaba ya no llegaba a la casa, sino se quedaba por ahí, nosotros con mi mamá salíamos de madrugada a la una o doce de la noche a buscarlo. Recuerdo que cuando tenía once años, aún él no llegaba y cuando ya eran las cuatro o cinco de la mañana, escuchamos gritos y unos perros ladrando, no tardó en llegar con la mano mordida y el pie lleno de sangre, no podía ni caminar. Amaneció, se acostó pero no pudo dormir, una de mis hermanas y yo lo llevamos al doctor, le curaron sus heridas; pero aún así a pesar de eso no cambió. Sólo cambió hasta que murió mi mamá, tal vez por mis dos hermanos pequeños. A él le gusta el fútbol y cuando se iba a ver a los futbolistas ya regresaba tomado. Un día llegó con el ojo morado y la nariz media chueca porque un señor lo golpeó a la mitad del monte, pues siempre que tomaba se peleaba. Y cuando le decíamos que dejara de tomar pues un día lo podrían matar, él contestaba: ‘Pues qué mejor’. Él casi no tomaba alcohol, le gusta la cerveza, pero cuando llegaba a tomar alcohol se ponía muy agresivo.

“También mi esposo al principio del matrimonio empezaba a tomar, para mí pues no éramos una familia, porque él andaba por su lado y yo por él mío. Yo pensaba, pues lo dejo y me voy, pero me preguntaba: ‘¿Qué les voy a decir a mis hijos cuando me pregunten por su papá?’ Eso fue lo difícil para mí,

no saber qué hacer en ese momento. Después cambió, dejó de tomar después del bautizo de Miguel, tomó con mi papá, mi suegro y sus hermanos. Al otro día hizo agua de guayaba, se la tomó mientras estaba ‘crudo’,³ le hizo mucho daño y lo llevaron al hospital porque casi se muere, y desde entonces no ha vuelto a tomar. Yo estaba en casa de mi mamá y pensé que se iba a venir a su trabajo. Pero a media semana me enteré que él estaba en el hospital. Desde ese día cambió, a veces se toma una o dos cervezas, pero ya no más. Cuando tomaba era un poco agresivo, hoy en día tenemos problemas como cualquier pareja, ya sea por los niños o por otro cosa, pero nada como antes”.

La historia de la mamá de Gabriela

Como se comentó anteriormente, Gabriela tuvo una relación estrecha con su madre, la recuerda constantemente y añora su presencia. Era su amiga y sentía un gran cariño por ella, por lo que ahora nos comparte brevemente cómo fue la vida a grandes rasgos de la mujer que la dio a luz, las dificultades que enfrentó como compañera de vida de su padre:

“Mi mamá sufrió desde que estaba con su suegra. Cuando mi papá le llevaba ropa de México, porque mi papá estuvo trabajando en México, mi abuela le quitaba la ropa, se la ponía ella o se la rompía, le quitaba sus collares, sus aretes. Como mi mamá le tenía miedo no le decía nada a mi papá. Cuando mi abuela cocinaba no la dejaba tomar nada, ni comida ni tortillas, se iba con las vecinas para que le dieran tortillas o masa. Cuando recién dio a luz, la dejaron encerrada en un cuarto

3

Se le llama estar crudo al padecimiento de la resaca: malestar que padece al despertar quien ha bebido alcohol en exceso.

sola, ese mismo día se le murió el bebé. Ella se durmió, sentía como si alguien se le viniera encima, se durmió y aunque quería despertar no pudo. Cuando despertó su bebé estaba en sus pies muerto. Fue horrible. Cuando ella cocinaba, sus suegros no querían probar su comida por lo que terminaba tirándola. Yo no sé por qué mi abuelo le tenía tanto... (guarda silencio). Nunca la quiso. Bueno, mi mamá también se dejaba por miedo, le gritaban y ella no decía nada. A mis otras tías no les hizo nada, porque eran abusadas. Otra tía también le tenía miedo y no le decía nada. Las únicas dos que se dejaron hoy están muertas, mi mamá y mi tía. Mi tía no podía tener hijos porque estaba enferma de la diabetes, desde niña la padeció, le decía a mi tío que se buscara otra señora que le pudiera dar hijos. Ella se murió antes que mi mamá, mi tío se volvió a casar y ahora tiene tres niñas. Mi abuela todavía vive, está joven, cuando la veo no la saludo porque me da coraje de todo lo que le hizo a mi mamá. Ella no es mi abuela, sé que es mamá de mi papá, pero yo me preguntó: ¿Por qué sigue viva siendo tan mala y mi mamá que nunca le hizo daño a nadie y era tan buena ya se fue?

“Todos los hijos que tuvo mientras vivió con mi abuela se le murieron, los tres primeros. Mi hermana la mayor ya pudo crecer porque se fue de ahí. Mi mamá se fue a vivir a la casa que le había hecho mi papá, aunque todavía no estaba terminada. Si no hubiera sido así, quién sabe si hubieran crecido todos, yo no sé por qué se morían todos ahí. Uno se enfermó de vomitó, tuvo diarrea y murió. Luego se le murió otro que tuvo después de la hija mayor. Dice que ya estaba grande, ya empezaba a caminar, también se enfermó y se murió. Yo no sé si les hacía algo mi abuela o no sé por qué se le morían”.

“Mi abuelo le construyó dos cuartos y ahí se estuvo, ella no quería volver a la casa de su suegra y aún así mi abuela seguía yendo a su casa a gritarle y hasta un día la golpeó. Yo pienso que por eso empezó a enfermarse. Mi mamá se juntó con mi papá muy joven, tal vez tenía quince años y falleció cuando tenía cincuenta. Ella al principio no podía embarazarse, por eso se metió a un tratamiento, y entonces ya tuvo dos hijos seguidos”.

“Mi papá trabajaba en una constructora de albañil y también trabajó como chofer. La última vez que vino a trabajar a México, mi mamá tuvo un aborto, estuvo a punto de morir porque ya había perdido mucha sangre. Una hermana y yo decidimos ir a casa de mi abuela para decirle lo que sucedía, salimos de madrugada y cruzamos el monte, cuando llegamos a su casa, nuestros tíos fueron por mi mamá para llevarla al doctor, y pues se salvó. Ese día mi papá se había venido a trabajar a México, regresó tomado al pueblo sin saber que mi mamá estaba en el hospital. Mi mamá sufría mucho porque mi papá tomaba, también la llegó a golpear, a veces nosotros la defendíamos aunque a nosotros nos tocaran los golpes. Hoy en día si viviera mi mamá, sería diferente”.

Gabriela recuerda a su madre, sobre todo, por su relación a través de los alimentos, de su preparación y cómo los compartían, nos remite una vez más a una etapa de su niñez y de su juventud relacionada con su madre y la comida:

“A ella le gustaba cocinar y siempre tenía comida, le gustaban los nopales, los quelites, los frijoles o lentejas, nunca le faltaba comida. En Semana Santa preparaba sus nopales en salsa

roja con charales, con papas o con huevo. Hacía una cazuela para dos o tres días pero como se juntaban todos no duraba ni un día. Cocinaba rico, hacía su salsa en su metate y a todos les gustaba, también era de las que compartían todo, me decía que fuera a llevarle un plato a mi tía, otro a la vecina. Cuando alguien llegaba, mis tíos, vecinos, siempre les invitaba un taco, siempre tenía comida. Hacía un atole de maíz negro, después de molerlo en el molino lo dejaba remojar durante dos o tres días, se agriaba, se ponía morado y ya estaba listo para el Viernes Santo. Nos decía que le pasáramos las ollas, las servía y nos pedía que se las lleváramos a mi abuela, a mi tía”.

“Mi mamá siempre le tenía comida para mi papá, estuviera o no ‘tomado’. Hay señoras que dicen: si mi esposo no me da gasto no le voy a hacer de comer y a mi mamá aunque no le diera gasto ella le tenía un molcajete de salsa y tortillas”.

“Mi papá se iba a trabajar a los sembradíos de papa, salían las papas muy bonitas. Mi papá traía costales de papas, las hacía en salsa. Le duraban por meses sin que se le echaran a perder. También las repartíamos entre mis tíos. Nunca, nunca le faltaba comida, como también tenemos un monte cerca, en tiempo de hongos, ella los juntaba, los hacía en salsa con epazote. El quelite, el quintonil, o el nabo, mi mamá los hacía en torta con huevo capeado. También le gustaban las papas cocidas nada más en salsa de jitomate. A mi papá no le gustaba esa comida porque para él era frío y lo mandaba al baño, tampoco las calabazas o las lentejas, cuando ella cocinaba eso, le preparaba otra cosa a mi papá. Cuando llegábamos de la escuela, ya tenía la comida hecha, nos daba de comer para que después fuéramos a traer agua, a buscar a mi papá, a sacar el aguamiel del maguey”.

“Le gustaba hacer su comida en cazuela, el atole, los tamales, todo en olla de barro, porque en la olla puede durar una noche sin que se enfríen las cosas. En las fiestas de septiembre de San Nicolás Tolentino, ella hacía sus tamales en la noche y amanecían calentitos, preparaba el atole en la mañana y le duraba hasta la tarde. Nunca le gustó usar el sartén o nada de eso. Hasta los platos de barro le gustaban, porque en los de plástico, decía ella, se les pegaba la comida, la salsa, el caldo, al plástico se le queda pegada la grasa. Ella era muy especial. No le gustaba que llegaran oliendo a crema o spray. Le daba asco y no quería comer. Para mí, fue una mamá muy especial, no era fina ni nada de eso, pero por muy poco que fuera que uno oliera a algo, no te dejaba que tomarás su comida, te pedía que te fueras a lavar las manos con jabón antes de comer”.

Su madre padeció artritis reumatoide por diez años. Este problema comenzó, según Gabriela, a partir de que nació su último hermanito, pues se metió a bañarse con agua fría después de dar a luz y a los ocho días se le empezaron a hincharse las rodillas. De acuerdo a lo que describe Gabriela a su madre se le “juntaron” muchas enfermedades: diabetes, enfermedades del corazón, la presión. Tuvo una muerte dolorosa y los últimos tres meses que vivió fueron muy difíciles, pues no podía salir de la cama ni reconocía a sus hijos, ya no comía ni bebía nada, la mantenían sólo con suero, hasta su deceso en 2010.

Reflexiones finales de Gabriela

“A veces yo me preguntó: ¿Por qué mi mamá nunca nos dejó si éramos ocho hijos? Y luego, ¿por qué yo tuve que dejar a mis dos hijos? Si ellos tenía ocho, diez hijos nunca los dejaban, hoy en día no sé qué nos pasa, sí es porque antes no era tan caro como ahora. En

ese tiempo no iban todos a la escuela, pero hoy en día, cien pesos no son nada, ya ni para mi boleto, porque mi boleto me cuesta 110 pesos. Ojalá se quedara una año así, pero luego nos suben cinco pesos cada mes, cada dos meses, nunca voy a... será que no me tocó la vida de ricos. Pero bueno lo acepto, no soy ambiciosa, de dinero tampoco. Luego me preguntan ¿Por qué no me traigo a mis hijos aquí a México? Pero aquí se me hace difícil de tanto robo, de tanta matanza, de tantas calles, todo es más peligroso que en el pueblo. Aquí no puede salir un niño a la calle solito, allá están todo el día fuera de la casa y nos les pasa nada y aquí, uno tiene que estar todo el tiempo detrás de ellos. Aquí, todo es gastar, hasta para ir al baño, pues cuando sales tienes que pagar para ir al baño. Allá cuando uno no tiene dinero, en tiempos de lluvia, hay quelites, calabazas, habas verdes que uno siembre, frijoles verdes, hongos y no es necesario ir a comprar a la tienda para comer, haces tus tortillas, no es tanto como aquí. Aquí en la ciudad un kilo de tortillas, si vives con toda tu familia, no te alcanza, sería un kilo para el almuerzo, otro para la comida y otro para la noche, allá no, porque como las tortillas de allá son más gruesas y naturales, pues con que te comas dos o tres te llenas, y las de aquí pues no. Mi esposo luego se come medio kilo de tortillas, y apenas y le alcanza. Aquí es más caro que en el pueblo. Allá si quiero comer lo puedo hacer, pero aquí en México si tú no trabajas no comes. Yo no sé por qué Dios no nos dio la mitad de los que le dio a los ricos, dicen que hay gente que se le está pudriendo el dinero y hay gente que no tiene ni para comer, pero ora sí que está es la vida que nos tocó”.

Gabriela concluye la entrevista con esta frase respecto a sus proyectos con su familia: “A mí me toca educar a mis hijos. Es lo que sigue ahora y espero hacerlo bien”.





Paulina García Hubard / BIZAR

“Teniendo presentes el gran aporte de la mujer al bienestar de la familia y al desarrollo de la sociedad, hasta ahora no plenamente reconocido, la importancia social de la maternidad y la función tanto del padre como de la madre en la familia y en la educación de los hijos, y conscientes de que el papel de la mujer en la procreación no debe ser causa de discriminación, sino que la educación de los niños exige la responsabilidad compartida entre hombres y mujeres y la sociedad en su conjunto...”

Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW), 1979

No se va a acabar la vida,
ni la felicidad porque no me case

Alejandro Manrique Soto

Sonia es profesora y madre soltera de una niña de cuatro años. Ella creció en el seno de una familia tradicional. Tiene 28 años de edad. Durante su niñez sus padres le inculcaron la disciplina y el amor por los estudios. Sonia creció bajo el cobijo de la familia en un ambiente de amor y felicidad. Su dedicación a la escuela la llevó a obtener premios en distintos concursos a los que le gustaba entrar ya que había desarrollado el gusto por la competencia sana de la academia. En su juventud conoció al que sería el padre de su hija. Después de un tiempo de relación se embarazó y por una falta de comunicación en la pareja ella creyó que su pareja aceptaría casarse y formar una familia, pero no fue así. Su pareja negó la paternidad y ella quedó en una situación que le cambió la vida. Pero dejemos que sea ella quien nos cuente su historia. Sonia forma una familia monoparental y su nivel socioeconómico es medio.

Sonia

Los primeros años

En mi familia éramos cinco: papá, mamá y tres hermanos; un hermano mayor, yo y un hermano menor. Mi niñez fue una niñez muy

feliz. Mi papá fue empleado de un banco, lo cual influyó en mí en lo relativo a todo lo que son números, tipos de cambio y todo eso. Para mí mi papá era algo así como un héroe en ese aspecto. Fui feliz, bastante feliz, tuve prácticamente todo, una familia muy estable, las vivencias con mi hermano el más grande, que ahorita tiene casi 30 años, fueron padrísimas y también con mi hermano el pequeño, que es mi consentido.

Cuando era niña salía los fines de semana con mis papás y mi hermano el grande. El chiquito llegó mucho después, trece años después. Nunca me faltó nada, tenía un patio grande para jugar, una vida muy estable aquí. Todos somos del Distrito Federal.

De niña jugaba a las muñecas, tenía muchas muñecas y muchos peluches, pero siempre me salía al patio a jugar con mi hermano el grandote a las escondidillas, a atraparnos, hacíamos unas miniolimpiadas, a veces jugábamos al La familia Robinson, porque estaba de moda esa caricatura y la veíamos; ya un poquito más grandes salíamos al parque y el parque era lo máximo, fui como muy hecha a mi hermano, porque él era el que estaba conmigo. Tenía amigas pero era más en la escuela, aquí, en la cuadra, era jugar con los muchachos, pero mamá siempre me abocó mucho a jugar a la comidita, pero me alocaba con las olimpiadas y con correr.

De mis padres recuerdo que al principio los dos trabajaban. Mi mamá es secretaria ejecutiva, mi papá era contador, pero como se requería que alguien me cuidara porque mi hermano y yo nos enfermábamos mucho, mi mamá tuvo que dejar de trabajar para cuidarnos y mi papá era el que se hacía cargo de la parte económica.

Entre semana íbamos a la escuela, en la tarde, obvio, hacíamos la tarea, comíamos y, cuando tocaba mi papá el zaguán, nos metíamos corriendo a la cama y nos hacíamos los dormidos. Lo padre era que los fines de semana, como de ley, íbamos a visitar a los amigos de mi papá, que, también tenían niños de nuestra edad

y jugábamos. Los domingos, generalmente, íbamos al parque. Nosotros veíamos poca televisión, mis papás no nos educaron con una televisión prendida todo el día, era una infancia más cercana a la naturaleza. Cuando se podía, íbamos a Cuernavaca, salíamos de vacaciones. Fue una infancia muy tranquila.

Mis abuelos, de parte de mi papá viven aquí muy cerca, los íbamos a ver continuamente. Tengo varios tíos de parte de mi papá y todos me consintieron porque yo soy la mayor de todas las nietas y mi hermano es el mayor de todos los nietos, entonces éramos los consentidos. Los íbamos a ver continuamente, por lo menos cada quince días, como su casa estaba muy cerca, a cinco cuadras, no nos llevaba mucho tiempo ir a verlos.

La familia de mi mamá, vive más retirada y sí me llevo muy bien con ellos, de hecho, mis cuatro abuelos todavía viven. Mi abuelo paterno ya tiene 98 años, mi abuelita 88. De parte de mi mamá, mi abuelita ya ha de tener cerca de 80 y mi abuelito como unos 83. Desgraciadamente, mi papá falleció hace dos años, pero mis abuelos todavía viven.

La muerte de mi papá fue un proceso muy largo. Mi vida de niñez estable se dio cuando él estuvo trabajando en un banco. Él era el brazo derecho del gerente en la sucursal en la que laboraba, posteriormente hubo una liquidación y mi papá puso un negocio. En esa etapa mi hermano y yo éramos adolescentes, entonces fue cuando se complicó más, porque una tienda es más desgastante, no es tan estable como tener un horario de trabajo y recibir prestaciones fijas y un sueldo fijo, en este caso había que esforzarse más, teníamos que intervenir más y mi papá se fue enfermando, su salud se fue deteriorando; primero le dio una enfermedad de la sangre y luego le dio diabetes. Se fue deteriorando su salud, los últimos diez años, prácticamente, fue de pasarnos mucho tiempo en el hospital con él y, finalmente, falleció hace dos años. Fue muy difícil para to-

dos, porque viven todos mis tíos y viven todos mis abuelos, entonces fue algo complicado pero, finalmente, a dos años de distancia estamos más tranquilos.

El amor a la escuela

La secundaria fue para mí una etapa muy padre, pues fue cuando me di cuenta de mi vocación, de que me gusta el dibujo y cuando me empezó a gustar la Arquitectura. Yo estudié en una secundaria técnica, llevé la especialidad de dibujo y ahí fue cuando me entusiasmé con la parte de la Arquitectura. Mis papás ya tenían su negocio, pero todavía teníamos una economía muy estable. Yo me pude dedicar de lleno a mis estudios, me la vivía en competencia con mi hermano, de a ver quién era el mejor.

Ya entrando a la vocacional la situación económica de mis papás se vuelve complicada y empiezan los problemas de salud de mi papá. Era mucho estrés entre ir a la escuela y regresar a ver cómo seguía mi papá, porque estaba bien unos seis meses y se nos enfermaba tres; entonces, la parte de la vocacional fue más complicada, pero, finalmente, son etapas muy padres.

Mis papás fueron muy estrictos con nuestra educación. Siempre nos enseñaron que la educación nos permite tener una mente más abierta, cómo nos abre las puertas para mejores oportunidades de empleo. En esos momentos, mi escuela se desarrollaba en una lucha entre que tu papá te decía ve y échale ganas y saber cómo estaba de salud.

En mi adolescencia fue cuando me empezaron a gustar los chavos, que si me gusta, que si no me gusta, que si le gusto; pero también aprendí a andar en la calle, a ser independiente. Yo estudié la primaria en una escuela particular, entonces, ahí estás muy consentido por los papás y por la sociedad; pero entras a la vocacional, a una escuela pública donde hay más compañeros de más lugares,

incluso unos vienen de fuera, del interior de la República, otros vienen de Neza, de Ecatepec, del Centro, de Polanco, o sea, hay mucha diversidad, entonces, aprendes mucho de los demás.

Ahí, en la vocacional, yo tuve mucho aprendizaje competitivo en cuanto a matemáticas, en cuanto a salir adelante. Mi mamá siempre ha estado al pendiente de todos, mi papá siempre en su trabajo al frente de la economía, aunque mi mamá también lo apoyaba en ese aspecto cuando ya tenían su negocio, pero también estaba muy al pendiente de que nosotros saliéramos adelante.

Yo era muy dedicada en el estudio, mi horario de la vocacional era de siete de la mañana a las dos de la tarde, y después me quedaba en el CAE, que era como una biblioteca, pero donde te prestan muchos materiales para hacer la tarea. Bueno, en mi época, no sé cómo sea ahora. Ahí me quedaba a usar la computadora, a terminar mi tarea, a estudiar y, como me gustaba mucho entrar a los concursos que se llaman interpolitécnicos, creo que todavía existen, en los que, si ganas 1° o 2° lugar te daban apoyo económico, entonces yo era perseguidora de esos retos. Cuando le entré más al relajo fue cuando estaba por salir de la vocacional, ya me iba a las tardeadas, ahí en la Zona Rosa con mis amigos de la escuela, pero sí cuidaba mucho el estudio.

En la vocacional competía en dibujo, ahí llegué a la semifinal del Politécnico; en Física, gané primer lugar a nivel Distrito Federal y en Matemáticas llegaba a las finales; eso me abrió las puertas para ser parte de la Sociedad Mexicana de Física y me permitió conocer personas de Argentina, de Costa Rica, de España. Esas eran mis áreas de interés. Era muy introvertida, mi hermano era más abierto, más cotorro, más de hacer amigos; yo era más de estudiar y es padre, pero ahorita que estoy más grande ya salgo con más amigos, me distraigo más, le dedico más tiempo a la parte social que antes.

Después de la vocacional seguí mi carrera, estudié Arquitectura en el Instituto Politécnico. Yo ya trabajaba, ya que mi papá estaba muy cansado físicamente y enfermo. Él era muy renuente a que yo estudiara Arquitectura, porque es una carrera que requiere mucho material, es caro: el *ploteo*, los planos, el material de pintura, los estilógrafos, el papel albanene, todo ese tipo de material no estaba ya al alcance de mi papá; pero yo le propuse que diera clases aquí en mi casa y puse un letrero en el zaguán y la mayoría de mis vecinos me conocen por que daba clases y venían; daba clases para primaria, secundaria, prepa y superior. Daba clases de matemáticas, de física también pero tenía menos alumnos, porque las matemáticas en todo están, pero física, pues ya nada más los que estudian esa área del conocimiento en la superior.

Algo padre en lo que tuve suerte fue que estando en la carrera, uno de mis compañeros me dijo que se había enterado que daba clases de matemáticas y que tenía una pariente oftalmóloga que trabajaba en Lomas Verdes. Ella estaba haciendo una maestría en la que investigaba si habría una manera de fabricar algún chip para colocarlo en el ojo de las personas totalmente ciegas y lograr que vieran sombras, entonces, me propuso que le diera clases de matemáticas para que ella pudiera entender sus materias de maestría y yo acepté. Me pagaba 500 pesos la clase de dos horas, lo que para mí, hace prácticamente ocho años, era lo de mi semana de materiales, entonces fue una suerte encontrarla; estuve con ella dos años. Iba hasta Lomas Verdes, sí, estaba muy lejos, pero valía la pena porque ya conociéndola a ella pude sacar mi carrera adelante.

Yo salía a divertirme poco, porque mi papá siempre quiso que estudiara una carrera y que la terminara; pero pienso que él mismo luchaba con el hecho de que ya no podría mantenerme tanto tiempo, entonces, yo tenía mucha presión y aceleraba mis estudios todo lo que podía. Las prácticas las hice antes de acabar

la carrera, al igual que el servicio social, para que ya terminando la carrera me titulara.

Tiempo después terminé mi carrera. Había propuesto una tesis que no me la autorizaron pero, como yo quería terminar rápido, como no se pudo por tesis, hice un seminario de titulación en valuación inmobiliaria. Me fue muy bien, fui el mejor promedio y me tocó ser la dirigente de la ceremonia de la generación.

Amor de juventud

Hasta ahí todo estaba padre y ya después conocí al que sería el papá de mi hija. Él me ayudó a hacer mi tesis, es médico, pero me ayudó a tipear (mecanografiar, capturar) mi tesis, porque me veía tan cansada de investigar, leer y escribir, así que me tipeó la tesis. Fue una relación muy estable, pero ya después, cuando le dije que estaba embarazada de la niña, empezaron los problemas.

Fuimos novios dos años y medio, éramos novios formales. Él conocía a mi familia como yo a la suya, estábamos en fiestas, en eventos familiares, fue a mi examen profesional, tuvimos muchas vivencias y fue una relación muy padre que de repente se distanció; porque no teníamos ni siquiera una historia de haber discutido, simplemente él no quiso continuar con la responsabilidad de criar al bebé, etcétera, y decidió irse.

Eso ya tiene casi cinco años, fue un momento muy complicado porque mi papá enferma gravemente. Mi hermano, el chico, tenía como seis o siete años, entonces mi papá, muy grave, prefirió irse con mis abuelos a vivir; se cambió de casa con mis abuelos para no afectar tanto la vida, sobre todo, de mi hermano pequeño.

Mi papá se fue, mi hermano mayor se casó, luego tuve problemas con el papá de mi hija y se va; entonces, todas las personas varones que tenía más cerca se van prácticamente en el mismo momento. Mi hermano estaba muy molesto, incluso quería ir a

buscar al papá de mi hija a su casa y reclamarle verbalmente, pero yo le dije que lo dejara así, que no quería complicar más las cosas. Mi mamá estaba tristísima, mi papá no lo podía creer, porque no es lo que un papá espera, por lo menos mi papá no esperaba que me pasara a mí esa situación, porque mi papá se casó con mi mamá y tuvo a sus hijos después. Fue un matrimonio muy tradicional, entonces, él esperaba un matrimonio tradicional para mí; pero cuando se enteró, se enojó conmigo y no me quería ni ver, y con él estando enfermo y lejos, se perdió cierta comunicación. Mi hermanito no entendía nada, todo mundo se había ido y él no entendía porqué.

Lo que me ayudó mucho en ese momento es que yo acababa de entrar a trabajar en un banco, igual que mi papá. No se cómo pasó, se dio la oportunidad y me postulé. Ya había concluido mi carrera. Primero trabajé para una empresa como becaria, hice mi servicio social en el gobierno del Distrito Federal, al igual que mis prácticas. Me ofrecieron trabajo ahí mismo, pero el horario y las prestaciones no me convencieron. Me avisaron que había un trabajo en un banco como arquitecto y decidí ir a la entrevista, fue muy rápido, se tardaron dos semanas en contratarme y lo de mi bebé sucedió un año después.

Gracias a dios tenía ese trabajo, así que económicamente no me costó mucho, lo más difícil fue lo emocional, porque incluso tuve que ir a consultas con una sicóloga para que me ayudara; porque me la pasaba pensando en que él se había ido, en cómo pasó y mi papá no estaba para consentirme, y mi hermano tampoco; estaba muy *chípil* y acudí a la sicóloga que me atendió cerca de dos meses. Mi mamá me decía que dejara de estar tristeando y me enfocara en mi embarazo. Ese tema fue complicado porque a los seis meses casi pierdo a mi bebé, tuve unas contracciones y me dieron incapacidad una semana.

Mi hermano estudió para ingeniero eléctrico, también en el Politécnico, se casó, su esposa es educadora; pero, como mi papá nos enseñó a ser muy luchones, aparte de tener los dos su trabajo, los fines de semana se van a trabajar a un tianguis por Ixtapaluca. Igual yo, los fines de semana hago trabajos extra: planos, o clases, a veces le ayudo a mi mamá en su negocio, hacemos publicidad. Somos muy inquietos pero es padre, porque a pesar de que no ha sido tan fácil superar los nudos emocionales que nos han pasado con la pérdida de mi papá y que el papá de mi hija no está conmigo, nos sentimos felices y cada día que pasa disfrutamos más la vida, porque nos la hemos ganado y nos la merecemos. Eso es algo que se dice ahorita pero que tardamos mucho en comprender, que la vida tiene sus altos y sus bajos, pero estés abajo o arriba, tienes que tratar de ser feliz. Mi hermano y su esposa vienen poco porque están muy ocupados, pero cuando vienen les hacemos fiesta, sobre todo mi hija. Todavía no tienen niños, entonces mi hija sigue siendo la consentida.

Mi hermano sí tenía ganas de reclamarle a este muchacho y a su familia, verbalmente lo que había pasado, porque él se desentendió completamente de la niña. Cuando se enteraron de que yo estaba embarazada y que el chico no se quería hacer cargo, mi hermano se molesta, llora.

Como mi papá ya estaba muy grave, uno de mis tíos, hermano de mi mamá, dijo que me iba a apoyar y que iba a hablar con la familia de este muchacho. Fue mi mamá con mi tío a hablar con los señores en el mejor de los planes, yo conocía a su familia y a sus amigos, de hecho, lo conocí por medio de unas amigas de la escuela. Yo no podía ir porque ya estaba muy avanzado mi embarazo. Los señores negaron conocerme, aún cuando el señor que hubiera sido mi suegro venía a dejarme a la entrada de mi casa, pero negó todo. Después de eso mi papá siguió grave, empezó a haber pro-

blemas entre la familia de mi papá y la de nosotros por el asunto de quién lo cuidaba y quién lo debería cuidar. En la mayoría de los casos, cuando hay un enfermo, las personas no están de acuerdo en todo, entonces empieza a haber problemas entre las familias.

Finalmente, mi papá no me apoyó, no porque no quisiera, sino porque ya había una situación de salud delicada, fue más mi mamá la que estuvo conmigo. Mi hermano me apoyó moralmente, venía a verme, veía qué necesitaba y seguía con su vida de casado. La que estuvo todo el tiempo fue mi mamá, si había que ir con el ginecólogo o a comprar la cuna de la niña, incluso, cuando le dije que quería lucir como una princesa aunque estuviera embarazada, me dijo que haríamos lo que quisiera y me acompañó a las tiendas para escoger qué ponerme, fue y ha sido mi apoyo.

Al principio fue difícil para ella: estaba enojada conmigo también, porque lo que sucedió no era culpa de él o mía, sino de los dos. Nosotros no nos pusimos de acuerdo. Yo creo que él suponía que yo iba a estar de acuerdo en un aborto o algo así, pero obvio que no. Y yo suponía que él iba a acceder a quererse casar. No aclaramos nunca la situación.

Sí platicamos sobre cuántos hijos quería tener y decía que uno, y yo le decía que dos, habíamos hecho planes de casarnos, de que nos fuéramos a San Luis Potosí y viviéramos allá; él insistía en que me mantendría y yo le decía que no estudié tanto para estar en mi casa, no es que le tenga alergia a la casa, me gusta cocinar y tenerla bonita, pero pienso en muchas más cosas. Entonces, le decía que si me iba a San Luis y no quieres que trabaje de arquitecto o de maestra, me voy al parque a pintar, pero tengo que hacer algo más. Fue ahí cuando me empecé a dar cuenta de que teníamos diferencias de pensamiento. Me preguntaba: ¿por qué busca una novia profesionalista, que trabaja, si finalmente quiere que esté en la casa? Pero estaba muy enamorada de él y no le di mucha importan-

cia, pensaba que con casarnos y con el transcurso del tiempo nos iríamos acoplando. Ahí, mi gran experiencia y mi gran aprendizaje fue que no hay que suponer nada, hay que hablar las cosas directas.

Una respuesta no esperada

Con la noticia del embarazo yo suponía que él se iba a querer casar y él suponía que yo iba a querer abortar, entonces eran puras suposiciones y las cosas no se aclararon nunca. Después del nacimiento de mi hija le pedí pensión, tiene poco, empecé el proceso en junio del año pasado, hace un año. No me había decidido porque tenía la cabeza hecha marañas, todavía lo quería, estaba esperando a ver si regresaba, si nos veíamos, si nos contentábamos; y poner una demanda se me hacía algo muy duro, como echarle pleito, pero empecé a cambiar mi punto de vista cuanto la niña se enfermaba, porque cuando tiene fiebre hay que estar todo el día despierta y no hay nadie que te haga el relevo. El apoyo que necesitaba de otra persona no lo tenía, fue cuando dije: ¿dónde está el papá que me apoye?, que quiera a la bebé, que la abrace. Y empecé a desenamorrarme. Puedo entender que no platicamos las cosas, que a lo mejor nos faltó comunicarnos, pero ya hay un ser humano que nació y él nunca ha hablado para preguntar por su hija ni nada.

Cuando nos dimos cuenta de que estaba embarazada, yo ilusamente empecé a hacer planes de la cuna y todo, y él se empezó a estresar y me dijo que había que abortar. Yo le digo que no, que eso lo hubiéramos platicado desde el principio, que si me hubiera dicho eso desde el principio, yo me hubiera cuidado, de tal manera que no me hubiera embarazado nunca, pero como estábamos haciendo planes de casarnos, me confié.

No es una hija no deseada, porque si yo no la hubiese querido, me hubiera cuidado y no hubiera pasado; pero yo sí tenía ganas de tener un bebé. Pensaba que yo tenía una vida prácticamente

hecha con él y me confié. A él lo conocí porque unas amigas de la escuela lo conocían, mis amigas estaban estudiando matemáticas y física, y yo las conocí en el campus, en Zacatenco. Él era amigo de dos amigas y me lo presentaron, estuvimos de amigos un mes y nos enamoramos, nos hicimos novios y de ahí todo estuvo muy padre; me apoyó mucho en la parte de mi tesis, cuando le platicaba que mi papá estaba enfermo me comprendía, venía por mí, me acompañaba al trabajo, siempre era muy amable. Nunca hubiese pensado que se alejara así.

Se comprometió a registrar a la niña pero me dijo que necesitaba arreglar unas cosas económicas. Yo pienso que igual y va a ver cómo me va a apoyar con la niña. Me dijo que nos veíamos en tres semanas, pasaron las tres semanas y no vino a verme. Le hablé y no lo encontré hasta una semana después y, finalmente, nos vimos en un café. Sólo para que me dijera que se iba a hacer su vida porque yo no lo entendía, y porque no estaba listo para eso. Fue la última vez que lo vi. Después le marqué por teléfono como dos veces, y de ese encuentro hasta que mi mamá y mi tío fueron a ver a su familia, que negaron conocerme y les dijeron que él se había ido a Chiapas, me parece. Se fue.

Cuando nació mi niña, todavía mi papá duró dos años enfermo y yo me enfoqué en estar con mi papá, en ver qué necesitaba, en mi vida personal, en echarle ganas al trabajo y en sacar a mi hija adelante. Cuando regresé a trabajar, después de mi incapacidad por el embarazo, tenía altas y bajas; pero me dijeron que si no le echaba ganas me iban a tener que liquidar. Es cuando reacciono y cuando mi mamá me da zapes emocionales, me decía que ya dejara de pensar en que él se fue y en que mi papá estaba enfermo, que lo de mi papá no lo podía solucionar, si se iba a curar, se iba a curar y, si no, pues no, y que el hombre ya no iba a regresar, que mejor trabajara y sacara a mi hija adelante.

Es entonces fui con mi sicóloga, me trató dos o tres meses y salí adelante, regresé al mismo empleo, porque nos evaluaban cada año y siempre salí excelente, sólo cuando lo de la niña di el bajón, pero después de la regañada de mi mamá otra vez todo va muy bien, incluso me gané unos premios, me subieron el salario y sigo saliendo adelante. Pero, entonces, mi hija empieza a hablar y a preguntar por su papá. Es cuando reflexiono y pienso que tengo que tratar de hablar con él para ver si quiere tener alguna relación con ella y pedirle pensión, porque es su derecho.

Busqué un abogado, conocido de la familia, muy ético. Me dijo que iba a hacer que yo discutiera lo menos posible con él, que pudiera solicitar mi derecho de pensión y, si él accedía, que tuviera convivencia con la niña. Fue cuando me decidí, me costó trabajo pero sí lo quería hacer, porque considero que es un derecho que tiene mi hija, en ningún momento lo hice por ninguna venganza, porque nunca le tuve rencor, me dolió mucho, pero no le tuve rencor. Entonces, el hecho de pedir la pensión no fue por motivo de venganza.

Mis amigas decían que sí era por venganza, pero yo pensaba que era un derecho que tenía mi hija. Además, no quiero que cuando sea mayor y razone más las cosas me pregunte y yo no sepa ni siquiera dónde está su papá, o qué fue de él. Yo lo considero un derecho y un apoyo que necesito, porque todo lo que gano se me va en mi hija, bueno, ya tengo dos meses cobrando la pensión y sí siento la diferencia; porque ya con lo que él me apoya económicamente, es a fuerza, pero finalmente sí me apoya, porque la pensión la dio en un convenio pero él no quería ni reconocer a la niña. Se hizo un examen de ADN y salió que era el papá, él mintió y dijo que ese niño no podía ser suyo, puso muchos peros. Finalmente, el ADN salió con que ella es su hija y me tuvo que dar la pensión. El juez le ofreció tener convivencia con la niña y dijo que no quería ninguna convivencia. El juez le dijo que la niña no es un objeto y le sugirió que la viera dos horas, una vez al mes.

En eso quedamos en marzo de este año. No la ha buscado. Mi mamá me dijo que no me preocupara, que tal vez la busque ahorita, después o a lo mejor nunca, pero no me preocupe ya por eso.

Tuve contacto con él nada más cuando fue el convenio, pero ni siquiera platicamos, fue nada más que el juez dio la resolución del ADN y que sugirió. El juez nos preguntó que si no teníamos pensado volver a platicar para ver si podíamos reunir y vivir juntos, casarnos, no sé. Él dijo que tenía sus compromisos y que se quería ir lejos. Insistía mucho en irse lejos, no sé si es por la niña o por otra cosa, no lo sé. Se fue a Morelia y allá trabaja.

Cuando teníamos un año de novios le dije que estaba muy enamorada de él y que, si no se quería casar conmigo, que mejor ahí la dejáramos para que yo pudiera tener otra relación, no porque estuviera enamorada de alguien, sino porque quería que en ese momento me dijera. Me dijo que no estaba jugando conmigo, que era una relación seria, que él siempre me había hablado en serio. Pero no me puso fecha y dijo que quería acabar su carrera. Terminó hace cinco años la parte académica e hizo un año de prácticas profesionales y luego ya tenía que ir a hacer seis meses el servicio social. Cuando se fue a hacer los seis meses es el rompimiento. Decía que se quería casar cuando ya tuviera su título. Cuando lo platicamos yo pensaba que no era mucho, un año a lo más, entonces decidí seguir con él. No me dio una fecha exacta, pero me dijo que cuando terminara la carrera. Por eso no entiendo su reacción, porque aunque sé que no platicamos bien específico y directo la parte del bebé, yo sí tenía sobreentendido que sí se quería casar, que quería tener un hijo y que ese casamiento no era muy lejano.

El nacimiento de mi hija

Cuando nació mi hija, mi papá estuvo muy enojado. Ella nació en septiembre y no me fue a ver al hospital. En diciembre, lo fui a bus-

car el 24 a casa de mis abuelos. Toqué y me dijeron que no estaba, pero decidí esperarlo y lo esperé dos o tres horas, porque lo que quería era que conociera a mi hija. Él estaba enojado conmigo y yo estaba enojada porque no me fue a ver; pero no podía dejarlo de querer, era mi papá, entonces lo esperé, nunca llegó y le dejé recado con mi abuelita y toda la familia que ya había llegado. No me quedé porque yo ya tenía compromiso, así que como a las 10 me vine a la casa y mi papá nunca llegó. Esperaba que me buscara después y no me buscó.

Un año después vino, pero en estado de ebriedad. No sé por qué habrá hecho eso. No sé si se desesperó con la enfermedad, si tenía muchos problemas, no sé, pero vino en un estado inconveniente y no le permití ver a la niña. Después me habló por teléfono a mi trabajo y me dijo que por qué ya no había ido a verlo. Le dije que había ido a verlo y no estaba y que esperaba que me llamara para vernos y que cuando fue a verme iba en un estado en el que no le podía presentar a la niña, que además yo le tenía miedo porque lo vi muy enojado y pensé que me iba a regañar, y que si de por sí soy un montón de lágrimas y todavía me iba a regañar. Me dijo que sí estaba enojado, pero que ya quería conocer a su nieta. Le propuse que nos viéramos; pero en el metro un mundo de gente lo atropella y cae en cama y ya no conoció a mi hija. Cayó en cama, salió del hospital como un mes, pero no lo podía ver, regresó al hospital y falleció. Ya no conoció a mi hija y eso es algo que sí me dolió mucho, porque sí me hubiera gustado que la conociera. La vio un día de lejos, la vio en fotos, pero finalmente no convivió con ella. Eso es algo que me costó mucho trabajo aceptar.

Mi hermano mayor quiere mucho a la niña. Finalmente, ya no hizo nada por ir a buscar a la familia de este muchacho, ni lo vio. Ahora que fue el reconocimiento de la niña, el papá tampoco fue. Mi hermano y el padre de la niña se llevaban bien. A mi hermano

le encanta el futbol y a él también, y se iban a jugar, a echar cáscara como ellos le dicen. Él tiene un hermano al que le lleva un año y tiene una hermana chiquita, curiosamente su familia era muy parecida a la mía. Era muy chistoso porque él también era muy estudioso y muy dedicado a la escuela, también era introvertido, su hermano tenía una novia que también estaba estudiando arquitectura, o sea, había muchas cosas parecidas; su hermano, él y mi hermano jugaban futbol, no siempre, pero sí unas cuatro veces al año se iban a jugar los torneos de Neza.

Mi hermano tocó mucho tiempo en una banda, era rockero. Aparte de ser ingeniero eléctrico y de ayudarle a mi papá en su negocio, era el chico famoso de banda, tocaba la batería. Conoció a su novia en uno de esos conciertos que dio en la calle. La que ahora es mi cuñada conocía a mi novio y conocía a su familia, porque cuando andábamos de novios, mi hermano me pedía que lo fuera a ver y a echar porras, y él me acompañaba. Había mucha relación de familia, por eso me confié y creí que íbamos a poder llegar a ser una familia. Tengo muchos vecinos cerca que también han tenido a sus hijos no planeados, pero se han hecho responsables. Yo tenía mucho la idea de que a un hijo no se le puede abandonar, entonces no pensé que quien era mi novio tuviera ese pensamiento.

Cuando mi hija nació, mi hermanito tenía nueve años. El era mi consentido. Mi hermano, el grande, fue mi compañero de infancia, de adolescencia y de todo; pero el pequeño casi era como mi hijito, era muy chistoso, porque lo llevaba al parque, a los museos y cuando andaba en la calle decían que era mi hijo, porque estaba muy chiquito y yo lo traía para todos lados. Lo consentía mucho y cuando llegó la niña se puso hiperceloso, todavía es muy celoso. Ahorita están en el patio jugando futbol pero, generalmente, están peleando, por los juguetes, pero son más como hermanos que tío y sobrina.

Ser madre soltera

El ser madre soltera tiene una parte difícil. Cuando conseguí trabajo en el banco, obvio, ya me sentía grande y decido decirles a mis papás que quiero independizarme, y rento un departamento aquí muy cerca. Tampoco me fui lejísimos, pero quería saber que se siente pagar el agua, la luz, que te cueste trabajo pagar la renta. Estando en mi departamento, en ese año, fue cuando quedé embarazada y tenía tres meses cuando terminé el contrato. Hablé con mi mamá para regresar a la casa, porque además estaba en un cuarto piso y no había elevador. Entonces regresé a casa de mis papás. Cuando nació la niña si tuve discusiones con mi mamá, porque a mí me costó mucho trabajo el primer año de mi hija, porque despertaba a comer y había que cambiarla cada tres horas. Yo no dormía bien y me desesperaba. Una vez que la estaba bañando se me resbaló con el jabón y ella me ayudó, pero se enojaba, decía que yo tenía que ser más fuerte y más firme, y a mí me daban muchos nervios. Con todos los cuidados que necesitaba la bebé, yo estaba todo el tiempo muy nerviosa y mi mamá se desesperaba conmigo. Tuve qué hacerme fuerte y aprender a controlar mis nervios.

Mi mamá, aunque vivo aquí en su casa, no me consiente, yo tengo que hacer todo. Me dice que me ayuda a estar al pendiente de ella cuando regresa de la escuela, pero que yo me tengo que hacer cargo. Yo cubro el cien por ciento de los gastos de mi hija y de los míos. No pago renta, porque estoy aquí. Le agradezco a mi mamá que no me consienta como a otras personas, porque me ha hecho fuerte. En la casa desocupamos un cuarto para la niña y yo compré los muebles a pagos o con tarjeta de crédito.

Ahora no sé si quisiera tener otro hijo, si lo tengo, me gustaría que ya fuera casada y que de verdad me ayuden. Es gratificante, porque sola saqué adelante a mi hija, pero es muy pesado. Mi mamá trabaja, me ayuda estrictamente en lo necesario y tiene toda

la razón. Y como hay un distanciamiento con la familia de mi papá, no tengo tíos que me apoyen si quiero ir a una fiesta y quiero que me la cuiden. Esa facilidad no la tengo, por eso, si tengo otro hijo quiero estar casada y tener más apoyo de la familia, porque es muy difícil con la niña.

La rutina diaria

En la mañana me tengo que parar más temprano y hacer todo lo necesario para llevarla a la escuela,irme corriendo al trabajo, mi trabajo es bastante pesado, es de tiempo completo. Me va bien, porque toda esta madurez me ha ayudado a tener un carácter fuerte en el trabajo; no tengo un puesto de gerente o de subdirector como quisiera, tengo un puesto de ejecutivo, pero soy alguien que mucha gente respeta en el trabajo. Estoy muy comprometida con mi trabajo y sí me canso mucho: trabajo en el área de inmobiliaria donde hace el cálculo de la inversión de lo que cuesta construir una sucursal o un corporativo del banco y esa información se manda a Canadá, yo soy la que solicita el presupuesto y la que hace el análisis del precio para que este inmueble se pueda construir. Es algo muy dedicado, que me llena porque lo sé hacer.

Quisiera ganar más o tener una gerencia, porque ya tengo seis años ahí, pero me dicen que para qué me ponen en un puesto de gerente si soy mamá soltera y voy a estar faltando y pidiendo permiso para ir al día de las madres. Yo les contesto que sí voy a pedir permiso para el ir al festival del día de las madres de mi hija porque a mi hija no la voy a dejar plantada ahí, pero el trabajo va salir y si se necesita para el martes y ese día es el festival de mi hija, pues entrego el trabajo el lunes. Para mí no es un problema, pero sí hay mucha desigualdad en ese sentido.

Se habla mucho de la equidad y donde trabajo sí hay un poco más que en otros lados, contratan a más mujeres en puestos de

ejecutivo, gerente y tal vez de subdirector, pero todas esas mujeres tienen la característica de que son solteras. Cuando tienes un hijo o estás casada te empiezan a decir que como tienes que estar yendo a las juntas de tu hijo, mejor no.

Aunque mi trabajo es muy demandante procuro salir a las seis, porque mi hija no merece que llegue tarde después de que todo el día estoy en el trabajo. Llego a revisar tareas, a darle de cenar, jugar con ella, porque no se duerme si no juega, si no toma su malteada, si no le leo un libro y si no hace su oración. Ella es muy metódica y no me perdona que le falle en algo. Luego de que la niña se va a dormir hay que preparar mi ropa, los documentos, si hay algún pendiente con la escuela, alguna tarea de papás. Termino durmiéndome casi a la una todos los días y despertándome a las 5:30 de la mañana.

Los sábados hay que llevar a la niña al ballet, a su ejercicio físico, a veces a alguna consulta con el pediatra o a una vacuna. En las tardes hay que hacer la comida y todo lo necesario. Los domingos igual hay que darse tiempo para todo. Ese es mi rol, es muy pesado, lo disfruto mucho pero termino muy cansada. Por eso digo que si tengo otro hijo necesito una pareja y una familia que me apoye, porque es muy cansado.

El apoyo de la familia

En la familia de mi mamá son nueve hermanos, tres hermanas y ella es como el jamón del sándwich. Ella es la conciliadora de todos los hermanos, tiene un carácter fuerte, pero muy noble. Una tía viene a poner su negocio aquí, donde es el garaje se pone una cocineta diario durante el día. Ella es la que le hace de comer a mi mamá y a mi hija. Si ella no estuviera, la comida sería un batallar, tiene un año con su negocio de comida, antes mi mamá tenía que pedir comida y no siempre era lo más sano para la niña. Desde que está mi tía y la apoya, la comida ya no es un problema.

Mi tía la quiere mucho, es la tía más cercana y su pareja quiere mucho a la niña. Mi hija le dice papá. A veces es muy complicado manejar esa situación, porque me pregunta que si su tío es su papá, porqué no vive conmigo, ese tipo de preguntas. Ella es muy inteligente, desde el principio le expliqué que su papá vive lejos y que difícilmente va a venir a verla y entiende, así contesta en la escuela cuando le preguntan. Cuando le preguntan que qué pasa con su papá, ella hace hincapié de que su mamá se hace cargo de lo que sea necesario. Cuando hace su oración le pide a dios que le busque un papá a su mamá para que se case y tenga más hermanos. Es bonito que sepa lo que es un papá aunque no lo tenga, pero es complicado porque a veces me siento muy presionada.

Ahorita no tengo un novio, sí quiero, quiero casarme y, si llevo a tener hijos, nada más quisiera uno más, porque le quiero dar lo mejor a mi hija; que tenga buena educación, que aprenda inglés, que tenga un deporte y creo que la familia chica vive mejor. En el caso de que me case es lo que yo quiero, pero falta platicarlo.

En esta casa prácticamente el núcleo familiar es mi mamá, mi hermano el pequeño, yo, mi hija, mi tío y mi tía; porque mi hermano el mayor sí quiere mucho a mi hija, pero pasa mucho tiempo con su familia política, con su esposa. Viene poco, tal vez cada semana, pero viene rápido y se va.

En relación con el tema de las madres solteras la primera reflexión que tengo la respecto es no juzgar nunca a nadie, porque a veces piensas que no te va a pasar lo que sea, en mi caso, ser mamá soltera. Yo nunca critiqué esa situación pero mi papá sí. Tengo una tía que es mamá soltera y mi papá la criticaba mucho. La hacía incomodarse mucho y, finalmente, a su hija le pasó. Eso es lo que le costó más trabajo, no estaba enojado conmigo sino consigo mismo, porque para él una mamá soltera es algo que no toleraba. Yo soy la única mujer, era su adoración. Le pasa eso a su hija y le causa un shock.

Me gustaría que las que somos mamás solteras lucháramos más por nuestros derechos, porque a veces por no confrontar al papá, a la familia del papá o la cuestión legal, no hacen nada. Conozco a muchas mamás solteras aquí en mi calle y ninguna ha solicitado la pensión alimenticia o el reconocimiento de sus hijos. Es un asunto cultural, porque ellas dicen que van a salir adelante con su hijo y que no necesitan al papá. Yo también estoy saliendo adelante sola, porque no creo que él venga, no ha estado estos casi cinco años, pero creo que sí hay que luchar por el derecho, mínimo de la pensión, del reconocimiento de su nombre y de, si es posible, que tenga algún tipo de convivencia, si es que el papá quiere y si es sana la relación, porque hay papás o mamás que, por hacer desatinar al otro, se llevan a los niños sin la intención de hacerles algún bien.

No conozco las estadísticas pero sí conozco al menos diez madres solteras, más o menos de mi edad, que no han demandado; el papá ni se hace cargo ni lo ven o lo ven cuando a él se le ocurre. No es pedir que se les castigue a los papás, sino sensibilizar a la gente. Si no quieren tener un hijo, que se cuiden, que lo prevean, que usen anticonceptivos; y si ya tienen al bebé, que se hagan responsables. Me gustaría que fueran más las personas que si ya se separaron, si no se pudo continuar la relación, aunque sea separados los niños tengan una mamá y un papá que se hagan responsables.

Me gustaría también que la ley fuera más adecuada, en este caso, a las mamás solteras; porque, por ejemplo, tengo en el trabajo el derecho a ir a un deportivo, pero sólo es para el esposo, la esposa y los hijos. A mí, finalmente, esa prestación no me sirve, porque, aunque mi hija tiene derecho a ir a ese deportivo, no lo puede aprovechar, porque, como no tengo esposo, no hay quién la lleve a las clases que se dan ahí. Lo que pediría, en ese caso particular, es que si soy mamá soltera y lo compruebo, me permitan que un familiar mío entre a esa prestación para que la

niña pueda aprovecharla. Ese es un ejemplo pero hay muchas cosas en que podrían apoyar a las mamás solteras. Cada vez es más común que uno de los papás se quede solo con los hijos, ya sea por las circunstancias o porque así se decidió desde el principio, y pienso que la sociedad y las leyes deberían adaptarse más a esa situación.

Hija de madre soltera

Como hija de madre soltera, para la niña ha sido difícil, ha tenido que batallar con eso. Yo le trato de enseñar que un papá se necesita y que es un apoyo, pero que si no lo tiene, no tiene qué sufrirlo, que no tiene que vivir la vida triste porque no tiene un papá; porque a ella le falta un papá pero hay a quien le falta una mano o un brazo, quienes padecen una enfermedad o quienes de plano no tienen papá ni mamá. Le enseño a que sea feliz con lo que tiene. No es tan fácil, hay que manejarlo.

A veces me pregunta porqué las otras mamás van a las dos de la tarde a recoger a sus hijos y yo no. Le contesto que tengo que trabajar para pagar su comida, sus juguetes, su uniforme y su escuela y que, como su papá no nos puede dar más, ni modo. A veces lo entiende y a veces sigue haciendo preguntas.

También le ha costado trabajo el hecho de que en mi trabajo, si hay algún evento escolar me dan permiso, pero no puedo llegar después de las 11am, entonces si hay algo que no está en ese horario, va mi mamá. No hemos faltado a ningún evento de la niña, pero ella quisiera que me quedara más tiempo como las otras mamás.

Cuando fue el día del papá me preguntaba si iba a venir su papá. Tengo una foto en la que me está abrazando con mucha ternura el día del padre. Me dijo que cuando la maestra le preguntó si no iba a ir su papá ella le dijo que no, pero que no importaba, pero que sí importaba que fuera su mamá. Qué bueno que lo piense así,

pero no creo que sea nada fácil para ella sobreponerse a que le estén diciendo que no tiene papá.

Si me llego a casar, ojalá mi pareja tenga una relación de padrastro o de padre con mi hija. No la he prevenido en eso, porque no sé si va a pasar, igual y no me caso, porque yo tengo muchos proyectos. Cuando estaba de novia con su papá me desbocaba y hacía planes, y estaba muy enamorada; pero, finalmente, no tenía una vida hecha. Ahora que ya he salido adelante sola, trabajando, quiero comprar un departamento, porque finalmente esto es de mis papás, lo construyeron ellos y yo quiero construir lo mío, que me cueste trabajo aunque sea algo chiquito. Tengo muchos proyectos. Sí me quiero casar y hacer mi vida, pero si no pasa no se acaba ahí. Es mi ilusión pero no es lo único, no se va a acabar la vida ni la felicidad porque no me case. Y eso es lo que le enseño a mi hija; que sea sana, que sea inteligente y que sea feliz con lo que tiene.

Ahora, ya no le ha costado tanto esta situación, era más en la guardería, que era del IMSS, como los papás ya se integran más a las actividades de los hijos, la niña preguntaba cuándo iba a ir su papá. Era más difícil.

La niña ha visto a su papá pero no lo ubica. Yo la registré con mis dos apellidos, precisamente, por la situación social. En el registro civil me preguntaron si quería ponerle alguno de mis apellidos o los dos, pero conocí casos en los que tienen sólo un apellido y todo mundo les pregunta porqué. No me parece justo, pero lo hice para evitar que le estuvieran preguntando. A ella no le incomoda mucho porque ¿quién va a saber que su mamá se apellida igual?, pero a mí sí, en mi trabajo saqué un seguro para mí y para mi hija, y a la hora de poner los beneficiarios me preguntaron que por qué ponía a mi hermana. Les aclaré que es mi hija, y yo en esos casos pienso, no lo digo porque no quiero ser grosera, pero ¿no ven que una tiene tres años y la otra tiene más de veinte? Difícilmente podrían ser hermanas.

También cuando la llevé al bautizo, el sacerdote quería que le diera el apellido de su papá, pero legalmente yo no tengo el derecho a darle el apellido del papá porque él no la ha reconocido. Le puso el nombre, se brincó el espacio del apellido paterno y le puso el materno, entonces el acta de bautismo se ve horrible. Además, le dijo al padrino que tenía que adoptarla, cuando ese es un compromiso moral y religioso, y no tendría por qué hacerlo. Y así, me he topado con muchas cosas complicadas. Trato de respirar hondo, pero sí peleo mis derechos. Si las cosas ya están, si alguien ya trabajó en las leyes, por algún derecho, pues ya nada más nos queda pedirlo, no es tan fácil, pero no me parece que la gente se conforma y que por eso como país no avanzamos. Las leyes ya están, nada más hay que exigir. Mi carácter es así y así le enseño a mi hija; que si ya hay un derecho se debe hacer valer y si no existe, tratar de hacerlo.

La importancia de la familia

Para mí, la familia es muy importante. Yo creo que si no hubiera tenido familia, hubiera salido adelante como hubiera podido, pero si no hubiera estado mi mamá y mis hermanos, mi tía, en estos momentos tan difíciles, ¿qué haría? Incluso, en estos momentos, ¿qué haría si mi mamá no me atiende a mi hija?, ¿en quién confiaría para dejarle por las tarde a mi hija? Tendría, tal vez, que dejarla más tiempo en la escuela, gastar más.

Cuando supe que estaba embarazada fui a buscar a una tía que tenía años que no veía y le platicué. Finalmente, ella fue la que me ayudó a decirle a mi mamá. Definitivamente, la familia es importante. No importa si es de sangre o son tus amigos los que se convierten en tu familia, sí los necesitas para sentirte apoyado, para platicar lo que te pasa. Sí quiero una familia futura, no se me han quitado ni la ilusión ni las ganas. Ya veo las cosas diferentes, no quiero que me vuelva a pasar lo que ya pasé. Quiero lo mejor para

mi hija y para mí. A veces la familia no tiene las respuestas, pero en la reflexión el ejercicio de platicar lo que te está pasando tú solito a veces te contestas.

Creo que la familia es muy importante, pero hay que saber cuidarla, porque a veces es muy frágil y no hay que abusar de ella. Cuando me embaracé creí que todo el apoyo estaría con mi novio y al final quien me apoyó, fue la familia. Por eso pienso que la familia ocupa un primer lugar en importancia.





Paulina García Hubard / BIZAR

“Reconociendo que para lograr la plena igualdad entre el hombre y la mujer es necesario modificar el papel tradicional tanto del hombre como de la mujer en la sociedad y en la familia...”

Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW), 1979

No quiero que mis hijos vivan lo que viví

Ruth América Sánchez Ríos

Miguel Ángel Dorado

Pedro Ramírez es un sociólogo de la Universidad Nacional, es también un padre ejemplar y una pareja comprensiva. Sus actividades han sido muchas: desde muy joven comenzó a laborar, así que no sólo se dedica a enseñar el amor por los libros como profesor, también en alguna etapa de su vida le tocó cargarlos para que alguien más los catalogara. Su experiencia es amplia y su vida ha tenido tantos logros como reveses.

Ahora, ya establecido como un profesor a nivel preparatoria, Pedro ha buscado derribar los viejos prejuicios que sobre los docentes se tienen. Su interés es mostrar que educar es liberar y que los profesores no son los viejos represores que todo el mundo piensa. Para él la educación sí fue el motor que lo impulsó a mejorar, por eso a sus hijos les quiere enseñar todas las tonalidades del mundo, para que ellos conozcan y se hagan de un criterio propio, uno que les permita ver las cosas que parecen ocultas.

En su faceta de esposo, ha basado su relación en el respeto y el cariño. Las diferencias, como en toda relación, existen, pero él intenta salvarlas de la mejor manera que conoce: escuchando y llegando a acuerdos.

La familia —dice Pedro— es algo perene, no es algo como la amistad que es posible que desaparezca, por eso hay que apostarle todo. Para él, lo más importante en la vida es que sus hijos no vivan lo que él vivió: la ausencia de la madre y el recuerdo de un padre que no pudo estar con ellos. Así Pedro está dedicado a romper prejuicios, a educar a sus hijos y a asegurarse que ninguno de ellos atraviese por las penurias que él tuvo que vivir.

Pedro

Pedro Ramírez tiene 36 años, es un hombre casado y padre de dos hermosos hijos. Su madre es originaria del pueblo de San Juan Tlihuaca, el barrio más grande de la delegación Azcapotzalco, una de las 16 que componen el Distrito Federal, donde nacieron él y sus cuatro hermanos: Julián de 41 años, casado y con tres hijos; Diego de 39 y separado desde hace tres años, con dos hijos a los que ve con frecuencia; Alicia 34 años y Luis de 29 años que aún está soltero. Todos vivieron su infancia en un gran terreno compartido con la familia materna, pero con el año 1993, llegó también un proyecto de escrituración lanzado por el Gobierno del Distrito Federal, y la convivencia, como la casa, se dividieron.

Poco a poco, la familia se separó no sólo por las altas bardas que pusieron para indicar la pertenencia de los terrenos. También por las inclinaciones personales: los miembros de la familia descubrieron otros intereses, otras formas de convivir y decidieron separarse, cortar la constante convivencia, alejarse los unos de los otros.

Su padre no era de Azcapotzalco, era del municipio de Pilcaya, en Guerrero, muy cerca de Ixtapan de la Sal, se dedicaba a vender huevos de pueblo en pueblo, hasta que un día su negocio

lo llevó hasta Amecameca, en donde conoció a la madre de Pedro y de quien se enamoró a primera vista, sin importarle que ella ya tuviera un arreglo de matrimonial con un hombre conocido por estar “acomodado” en la región.

Faltando apenas quince días para que el matrimonio se llevara a cabo, los dos deciden ir de paseo a Guerrero, de donde volvieron sólo para comunicarles a amigos que familiares, que habían decidido trasladarse, ya como una pareja formal, al Distrito Federal. Afortunadamente, los padres de ella, los abuelos de Pedro, renegaron del acuerdo nupcial y los apoyaron en todo y frente a todos.

Así inició una vida llena de cariño y sueños en común, hasta que un día, el luto cubrió a la ya formada familia. Pedro apenas estaba por cumplir los dos años cuando su padre falleció en un accidente automovilístico mientras se dirigía a visitar a su familia en Guerrero con la que nunca perdió comunicación.

Luego del fatal accidente, del cual no recuerda nada por su temprana edad, la madre se tuvo que enfrentar a nuevos y grandes retos, no sólo no tenía ningún tipo de experiencia laboral, además estaba embarazada de Alicia y se quedaba al frente de una familia que siempre dependió de los ingresos del jefe de familia, y que nunca consideró siquiera que pudiera faltar mientras ellos estuvieran vivos.

Pero como el amor a los hijos era mucho y el recuerdo de su marido estaba presente, la madre inició una enorme aventura laboral, primero llegó a trabajar como ayudante en un puesto de tacos cerca de Tacuba; luego, se fue a trabajar en una fábrica, y más tarde se incorporó a una empresa de limpieza que tenía relaciones en gobierno y que, por ese motivo, subcontractaba sus servicios al Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado ISSSTE.

Si bien, las cosas parecían acomodarse en lo que a trabajo respecta, en el ámbito emocional luego de un tiempo que Pedro cree

considerable, la madre decidió comenzar otra relación personal, de la cual es producto el más pequeño de los hermanos: Luis, lo que vino a agrandar la familia y por supuesto perfilar un futuro prometedor en el que la madre contaría con el apoyo de una pareja y los hijos, no tendrían que pasar por ninguna carencia. Sin embargo, el padre de Luis no fue lo que ella esperaba, y en cuanto se entera del embarazo de su pareja, huye de sus responsabilidades y simplemente se va, dejando, una vez más la madre de Pedro, sin ningún tipo de apoyo necesario para la crianza de los hijos.

Luego de mucho trabajo, y mucho esfuerzo que la hicieron alejarse de sus hijos, la madre de Pedro logró no sólo despejar sus emociones, también le fue posible alejarse de las labores de limpieza que tanto cuestan y tanto agotan, para integrarse como taquillera al Centro Cultural del ISSSTE, etapa, de la que Pedro cuenta: “mi madre se encargaba de repartir boletos con descuentos para diversos eventos culturales, especialmente a las personas jubiladas del ISSSTE. En algunas ocasiones a cualquiera de los trabajadores de la institución, no importaba si eran directivos o trabajadores”.

De este momento Pedro rememora con especial cariño, las ocasiones en que su madre les conseguía boletos a él y a sus hermanos para que asistieran a los eventos culturales, pero sin lugar a dudas, recuerda con entusiasmo las visitas a los circos y las alegrías que les causaban, se trataba de distraerse de reírse y de olvidar por unos momentos la situación por la que atravesaban de manera cotidiana.

Para su desgracia, no todo era de asistir a diversos eventos que les hicieran abstraerse de su condición de huérfanos y de personas de escasos recursos. En esta vida todo tiene un precio, y Pedro lo sabe mejor que nadie pues lo aprendió de la peor manera. Él igual que miles de familias y miles de niños vivía una familia con una con una sola cabeza, que se tenía que encargar de todo: desde lo económico, hasta lo sentimental. De esa forma convivir con su madre

no era cosa habitual. Cuando regresaba de trabajar ellos ya estaba durmiendo, y cuando despertaban, ya se había marchado a trabajar. Así Pedro y sus hermanos, pasaban la mayor parte del tiempo por su cuenta, entonces para hacer más amena su difícil condición, él y sus hermanos dividían las actividades, claro todos estudiaban, pero mientras esperaban a la madre, unos hacían el aseo, y otros preparaban los uniformes y otros enseres para el día siguiente.

Como se dijo, los cinco hermanos asistían a la escuela, pero el que además la hacía de guía era el hermano mayor, que en ese momento estaba pronto de terminar el bachillerato. Julián, el hermano, fue lo más cercano que tuvieron Pedro y sus otros hermanos a una figura paterna. Los tíos con los que convivían no podían ser modelo de paternidad, todos eran alcohólicos y golpeadores. Pedro y sus hermanos entonces, crecieron bajo la sombra protectora de un padre muerto que su madre describía como “muy trabajador, que sí tomaba y a veces mucho, pero que a pesar de hacerlo, jamás de los jamases le faltó al respeto”, y la influencia de sus tíos que no sólo abusaban del alcohol, también de su condición de hombres para humillar a sus parejas y sus hijos.

Por la otra parte, estaba la familia del padre muerto, que seguía en Pilcaya, pero que dada la situación laboral de la madre y el elevado costo del pasaje hasta Guerrero, sólo podían visitar una vez al año, el día de muertos, fecha que la madre reservaba para visitar la tumba de quien fuera su esposo y padre de sus hijos.

Esta tradición continúa y es una casi una obligación para los hermanos que por lo menos uno de ellos acuda y de mantenimiento al lugar donde está enterrado su padre cada día 2 de noviembre. Se limpia la tumba, se barren los alrededores y se le ponen flores para adornar el espacio en el que descansa su pariente.

Pedro, a diferencia de su hermano Julián que decidió relacionarse mucho con la familia de su padre viajando con frecuencia a

Pilcaya, casi no conoce a los familiares de Guerrero y salvo por sus tías, no mantiene contacto con nadie más. Esta falta de relación, comenta Pedro, fue en parte propiciada por la misma familia paterna, pues pese a acudir constantemente a la capital y a sus mercados para resurtir materia prima para los negocios que aún mantienen el Pilcaya, difícilmente visitaban a la familia, y sí lo hacían, nunca se quedaban, sólo los visitaban, se ponían al tanto de lo acontecido y se regresaban a Guerrero.

Lo que Pedro más recuerda de su infancia, son los momentos en que su madre tenía vacaciones o descansos en su trabajo. Era la fecha en que más los procuraba. Los enviaba desayunados, aseados y bien arreglados a la escuela, los trataba y los apapachaba. En resumen, las vacaciones de la madre eran para ellos el tiempo en que vivían a una madre real, un tiempo que era como siempre esperaron que fuera. No obstante, Pedro declara que no hay duda de que le faltó tiempo para convivir con su madre, especialmente cuando él cursaba el bachillerato en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH)¹ de Azcapotzalco, una etapa complicada para Pedro y que coincidía con largas jornadas laborales de la madre, por lo que difícilmente tenían tiempo para platicar o compartir experiencias que, al menos para él, fueron determinantes en su vida.

Para Pedro, un día común del CCH comenzaba cuando se levantaba a las 6 de la mañana para poner a calentar el agua en un bote de veinte litros con una resistencia eléctrica, porque en casa no tenían boiler; luego bañarse rápido para darle lugar al que siguiera, y desayunar lo que encontrara en el refri o sobre la mesa; tenía después que irse caminando hasta la escuela, algo que no era un sacrificio real, el CCH le quedaba a unas cuadras de su casa.

¹ El Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), es uno de los tres sistemas que ofrece la Universidad Nacional Autónoma de México en educación nivel media superior, siendo los otros la Escuela Nacional Preparatoria y UNAM, el cual es el bachillerato a distancia desde sus sedes en Estados Unidos y Canadá.

Las clases tenían un horario de siete a once de la mañana y luego se iba a las canchas para jugar con su grupo de amigos, no es que jugara un solo deporte, todos le llamaban la atención aunque siempre prefirió el fútbol. No obstante, entradas las dos de la tarde tenía la obligación de regresar a casa para hacer tanto las labores de la escuela, como las de la casa, que como dijimos se dividían entre los cinco hermanos.

Las comidas en su casa eran hasta la noche, a todos los hermanos les disgustaba la forma de cocinar de la tía que vigilaba que cumplieran con sus tareas. La tía, era hermana de su madre y vecina, y como su trabajo era ser ama de casa, tenía tiempo suficiente para visitarlos, vigilar que cumplieran sus obligaciones y algunas veces hasta cocinar, pero como a ninguno de los hermanos les gustaba lo que preparaba, preferían esperar a que su madre volviera del trabajo y cocinara algo para ellos, por eso, algunas veces comenzaban a comer pasadas las ocho de la noche.

Pedro, a pesar de las dificultades continuaba con sus estudios en el CCH, y trabajaba en las vacaciones. Hasta que un año tuvo que dejar de estudiar, porque debía una materia que se daba hasta el próximo curso. Este tiempo lo dedicó a trabajar, y luego de mucho buscar, logró entrar a INTERMEX, una empresa dedicada a la venta de libros y revistas de publicaciones de Grupo Televisa, que en México llega a distribuir 15 millones de ejemplares por mes.

Su puesto en INTERMEX era de obrero no por sus aptitudes, sino por tener la preparatoria trunca. En este lugar, Pedro se encargaba de recibir lotes enteros de libros y revistas envueltos provenientes de diversos estados de la República, para después guardarlos en enormes costales y llevarlos hasta una bodega en donde los abría y sacaba cada uno de los ejemplares impresos para pasarlos de mano a otra compañera que se encargaba de checar los códigos de barras y ordenar las publicaciones.

Su horario de trabajo en esta empresa era desde las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde de lunes a sábado, el sueldo era muy bajo, y eso molestaba porque a pesar de ser Pedro quien tenía más estudios entre toda la gente que trabajaba en su departamento, él era el que ganaba menos, de manera que decidió abandonar su puesto en la empresa, teniendo presente eso que su madre le decía todo el tiempo que “tienes que buscarse algo mejor y debes de estudiar para que tu vida cambie”, lo cual contribuyó a que Pedro regresara a terminar el CCH, para después entrar a la Universidad Nacional Autónoma de México, gracias al sistema de pase directo, que consiste en que los alumnos que provengan de una formación media superior incorporada al sistema UNAM, tienen la posibilidad de elegir, dependiendo de su promedio final, una de las carreras que ofrecen la institución sin tener que realizar el examen de admisión.

Él recuerda que tuvo que seleccionar dos opciones para sus estudios de licenciatura: como primera, eligió la carrera de Ciencias de la Comunicación en La Facultad de Estudios Superiores Acatlán (FES Acatlán), pues le quedaba más cerca de su casa y era algo que pensaba se le facilitaría. Como segunda opción, eligió la carrera de Sociología, algo que no conocía pero que le llamaba la atención, en la Ciudad Universitaria, el campus más importante de la Universidad Nacional Autónoma de México ubicado en la delegación Coyoacán.

Los resultados de su postulación para las dos licenciaturas llegaron pronto y se enteró de que fue aceptado sólo su segunda opción: sociología. Primero, se sintió agobiado pues reconoce que ignoraba completamente cuál era el área de estudio en tal disciplina, pero después, ya entrado en la carrera y con algunas materias, descubrió que la sociología era una rama interesante y un lugar apasionante para los estudios.

Los fines de semana, cuando descansaban de la escuela, Pedro, sus hermanos y su mamá trataban de estar juntos, así que el desayuno representaba el equivalente a las comidas familiares. La mañana era la hora donde se reunían todos para convivir e intercambiar algunas ideas. Sin embargo, de la misma forma que el resto de la semana, sábados y domingos por las tardes, todos tenían actividades que realizar y se dispersaban a la hora de la comida. La comida era calentada y recalentada una y otra vez, al final, cada quien volvía a lo suyo.

Cuando ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México, específicamente a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, donde se imparte la carrera en Sociología, Pedro se dedicó exclusivamente a cursar todas las materias de su carrera, dejó el trabajo y comenzó a estudiar por las mañanas y algunas veces sus jornadas se extendían hasta la madrugada. Este es un periodo difícil, lleno de sacrificios y de desveladas; pero visto a la distancia, “después de tanto esfuerzo, he logrado ser un licenciado en Sociología”.

La historia de sus hermanos y su relación con la escuela es diferente: el mayor, sólo terminó el bachillerato, pero intentó estudiar Contaduría, y digo intentó, pues se casó a los 19 años; Diego no quiso estudiar y abandonó la secundaria a los 16 años, edad desde la cual ha trabajado. Este hermano ha hecho y trabajado de todo. Afortunadamente, luego de muchos trabajos, Diego hace pocos años, se dio cuenta que estudiar tenía cada vez más sentido y a sus 36 años terminó la secundaria y ahora estudia la preparatoria abierta; Alicia estudió en el Instituto Politécnico Nacional la carrera de Economía, pero nunca la terminó, cada semestre se quedaba con materias sin aprobar y no podía avanzar, así que decidió salir del Politécnico Nacional y entrar a trabajar al ISSSTE. Alicia también retomó la necesidad de estudiar para crecer y ahora se encuentra cursando la carrera de Bibliotecología, la Uni-

versidad Nacional Autónoma de México tiene un programa de estudios profesionales en línea y ella lo ha aprovechado, así que además de trabajar hace una carrera profesional. Por último, está Luis que es un nuevo ingeniero industrial egresado del Instituto Politécnico Nacional.

Pedro conoció quien sería su esposa en una etapa también escolar, pero mucho anterior, en la secundaria donde fueron compañeros de salón. Luego se separaron, ella cursó su bachillerato en una vocacional del Instituto Politécnico Nacional y en esa misma institución realizó sus estudios profesionales en una ingeniería. Mientras que Pedro se fue al CCH y luego a la Ciudad Universitaria. Para el beneplácito de ambos, coincidían frecuentemente en algunas fiestas de por su casa y tras años de no hablarse pese a ser vecinos, comenzaron a tratarse para finalmente empezar una relación que duró, contando un periodo de separación, siete largos años, luego de los cuales decidieron casarse. Para estos días, tener siete años, pero de casados.

Durante su noviazgo, consideraron que lo mejor era vivir juntos, sin embargo, cuando Pedro entra a trabajar a la Procuraduría comenzaron los grandes problemas, “ella cambió mucho, se hizo muy posesiva y celosa” entonces deciden separarse, esta situación duró más un año y medio. Tiempo durante el cual, Pedro conoció algunas personas y le surgió la necesidad de establecerse, de sentar cabeza y comenzar una relación de familiar. Empero todas las relaciones que intentó iniciar en este periodo fueron fallidas, en su mente estaba la sombra de su ahora esposa, y consideraba que con nadie era capaz de generar una real empatía como lo hacía con ella.

Tiempo después se reencuentran y después de platicarlo deciden comenzar otra relación de pareja. Pero el tiempo pasó muy veloz, y al percatarse de que ya llevaban seis años juntos, Pedro le

plantea las cosas, le dice que es tiempo dejar de jugar a los novios, y en el mes de diciembre de 2004 le propone matrimonio, ella acepta y fijaron la fecha para finales del otro año, noviembre de 2005.

En estos meses, ambos estuvieron trabajando y ahorrando lo más que podían, para hacer una boda digna de recordarse, hasta que el día 29 de octubre de 2005 se casaron, primero por el civil y luego por la iglesia.

Pedro no profesa religión incluso considera a la iglesia una institución caduca, pero como estaba enamorado y para su esposa era algo muy importante, él piensa que unos papeles no le hacen daño a nadie y decide complacerla.

La boda sí fue como la planearon, algo digno de recordarse. Cuando Pedro habla del momento lo hace con gran emotividad, su esposa soñaba con tener una maravillosa boda y anhelaba realizar una fiesta grande y especial, pero sus hermanas buscaron copiar un poco su vestuario, y eso la incomodó. Al final, el ambiente fue lo que marcó la gran diferencia y todos, desde los invitados, hasta los propios novios recuerdan la boda con alegría.

La boda les trajo muchos recuerdos, pero ellos ya tenían una ventaja que pocos noveles matrimonios tienen: ya para cuando deciden contraer nupcias, contaban con una casa del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) en el Municipio de Tultitlán, Estado de México, que el padre de la ella les dio como su gran regalo de bodas.

Ya casados, vivieron en esa casa de Tultitlán por un año, pero para su esposa era muy complicado el recorrido que tenía que hacer: todos los días se desplazaba desde su domicilio, hasta la empresa Coca-cola ubicada en Santa Fe, un camino largo y que le ocupaba gran parte del día. Para colmo, es en este tiempo cuando Pedro se ve obligado a renunciar a su puesto en la Procuraduría, sus jefes consideraron que era tiempo de mandarlo a otro estado de

la República y él, recién casado y enamorado, tuvo que declinar la oferta para quedarse al lado de su mujer.

Luego de este incidente en el que queda desempleado, Pedro se dedicó a las labores propias del hogar: barría, recogía la basura y preparaba la comida. Al poco tiempo encuentra trabajo en la empresa de IBOPE (en portugués Instituto Brasileiro de Opinião Pública e Estatística, “Instituto Brasileño de Opinión Pública y Estadística”), en el turno de la noche, su labor consistía en el monitoreo de medios, es decir, en seguir las noticias originadas durante su horario para dar una opinión consensada sobre determinado acontecimiento. Esto duró tres meses, tiempo en el que la pareja se fue a vivir a la casa de su suegra porque a Pedro no le gustaba que su esposa se quedara sola en casa por varios motivos, el principal era las distancias que ambos tenían que recorrer para llegar hasta su casa en Tultitlán.

Como la casa dejó de ser una ventaja para convertirse en un problema, sobre todo por su ubicación, decidieron conseguir otro lugar para vivir. Su esposa solicitó un crédito INFONAVIT y una vez que se lo proporcionaron, consiguieron un departamento en el Distrito Federal, en la delegación Azcapotzalco, cerca de la casa de la madre de Pedro y de una de las estaciones de metro.

En 2006, ya con la relación estable y un domicilio más acorde a las necesidades laborales de ambos. La madre de Pedro fallece de cáncer de estómago, no sólo su muerte es desgarradora, también es que muere sin poderse jubilar, es decir sin poder descansar. La enfermedad se agravó de manera abrupta y la Sra. tuvo que dejar por un tiempo el trabajo hasta que un día muere sin haber podido realmente separarse del trabajo, como sus hijos hubieran deseado.

Para Pedro, su madre fue su heroína, sin su apoyo ninguno de los cinco hubieran hecho algo, piensa en sus dos hermanos que aún casados seguían recibiendo apoyo económico de la madre. Pedro

admira a su mamá porque sola pudo sacar adelante a su familia, sin importar las penurias y la falta de apoyos. Para él, su madre es un ejemplo de mujer: “era trabajadora, luchona, fuerte y para quien siempre sus hijos estuvieron primero, e incluso tiempo después cuando rehízo su vida con otra persona buscó el consentimiento de sus hijos”.

En el periodo que va del matrimonio, a un año después de la muerte de la madre Pedro, él y su esposa, intentaron tener un bebé sin ningún resultado. Cuando luego de acaloradas discusiones que iban de lo económico a lo moral deciden ir a un médico para saber lo que pasaba, su esposa quedó sorprendentemente embarazada de Marcos (su primer hijo), el más esperado por ambos.

En el embarazo de MARCO no hubo complicaciones, su esposa trabajó hasta los ocho meses de gestación, sin embargo, sí tuvieron que volver por un tiempo a la casa de su suegra hasta que naciera Marcos, porque su departamento en Azcapotzalco estaba hasta el quinto piso, y a su esposa tenía serias complicaciones para subir las escaleras del edificio.

A pesar de lo esperado, el cambio de domicilio trajo cosas muy positivas, la madre de ella les ayudó a aprender y comprender más cosas sobre el cuidado de un bebé que venía en camino. Su suegra fue en ese periodo, toda una guía a seguir, una especie de médico de cabecera al cuál consultar sin importar la hora del día.

Al respecto, Pedro comenta que “fue complicado porque no teníamos ni la menor idea de cómo atender a un bebé”, le daba miedo porque lo primero que pensaba era de cómo lo iba a mantener, a pesar de que tenían una estabilidad económica y que tenían un lugar donde vivir, le preocupaba que algo cambiara y que su hijo tuviera alguna carencia como las que él tuvo en su infancia.

Cuando por fin nació Marcos, Pedro perdió todos los miedos, a este evento lo califica como un proceso mágico y maravilloso. Con

sus suegros siguieron viviendo por casi dos años. Hasta que llegó el momento de tener su espacio y regresaron a su casa, pero en su departamento de Tultitlán sólo duraron un año, porque al siguiente porque la esposa vuelve a anunciar un embarazo.

El segundo embarazo sí fue complicado, su esposa tuvo más malestares, así que nuevamente regresaron a la casa de su suegra y a la dinámica de escuchar y realizar cada uno de sus consejos. De este embarazo nació Maya, que actualmente tiene sólo dos meses. La intención de Pedro no es quedarse tanto tiempo como con Marcos en casa de los suegros, su idea es regresar muy pronto a su casa de forma definitiva para no tener que estar más molestando a los suegros.

En un principio él se encargaba del cuidado de Marcos, a pesar de que su esposa tenía una incapacidad de tres meses en el trabajo, él decidió cuidar a su hijo para proveerle el mismo de todo lo necesario. La esposa no veía con malos ojos su actitud y consideraba que era una buena forma de tener una relación de pareja, una relación basada en la igualdad de género.

Luego de unos meses su esposa pierde su incapacidad y regresa a trabajar, él se encarga de las labores del hogar por la mañana, y del cuidado de Marcos por la tarde, temprano pasaba y lo dejaba con su suegra, después se iba a la tienda, un establecimiento que junto con su hermano mayor compró, con el dinero que su madre les dejó cuando fallece. Pedro, comenta que su suegra ha sido de gran ayuda en todo este proceso y que por eso la quiere mucho. Narra que sin la ayuda de la madre de su esposa, sus hijos tendrían otra calidad de vida y ellos se hubieran visto obligados a dejar alguno de los trabajos con los que se mantenían.

Durante tres años estuvo trabajando en la tienda junto con su hermano, pero cada vez estaba peor no vendían y las cosas subían rápidamente de precio, además él pensaba constantemente: “No fui a la Universidad con tanto esfuerzo para terminar atendiendo

en una tienda”, y sentía la necesidad de buscar algo más y se decidió a rentarle la tienda a una de sus cuñadas.

En este momento Pedro retoma el contacto con un amigo que le recomienda, luego de conocer su situación, buscar dar clases en el Estado de México, algo que ha Pedro el hacía ilusión, y toma con seriedad. Así que se lanza a buscar lugares en los cuales pudiera dar clases de historia o de ciencias sociales, que son las materias más vinculadas con su formación académica., hasta que en Agosto de 2010 entra a dar clases a una de las preparatorias de esa entidad en el horario vespertino.

Con ese nuevo empleo, Pedro se fue involucrando con la academia y se dedicó por las mañanas a cuidar a su hijo. Tras el nacimiento de Maya, tuvo que asistir a algunos cursos de educación para la preparatoria, entonces esperaba a que todos se durmieran para poder hacer la tarea que le dejaban, algo que “fue realmente pesado, pero al final lo logré”.

Para estas fechas, aún sus hijos son bebés, y lo único que se le ha complicado entre la crianza de uno y del otro, es la diferencia entre niño y niña, porque a la hora de cambiarlos de pañal siente que debe ser más cuidadoso con la niña que con el niño, “pero sólo es cuestión de práctica, nada de que preocuparse” dice.

Pedro cuenta que por las noches es complicado cuidar un bebé, hace referencia a que su primer hijo, Marcos fue muy tranquilo, “pero con Maya es más complicado, porque el primer mes y medio no dormía sino hasta las tres de la mañana, volviéndose toda la jornada muy pesada”. Así que su segunda hija ha sido más difícil, un proyecto más cansado pero no por eso menos querido o apasionante.

Ahora que tiene dos niños chiquitos algo realmente difícil, pues tiene que estar al pendiente de ambos, cuidarlos para que no les pase nada, estar observándolos todo el tiempo. Dice Pedro, ten-

go que “cuidar que no se metan nada a la boca, dejar el área limpia para que pasen. Pero cuando caminan es peor, porque andan por todas partes y los tienes que cuidar para que no se caigan de las escaleras”, sin embargo, reconoce “tengo la enorme fortuna de que mis hijos no sean tan traviosos como otros niños que he visto” situación que aminora las penurias al momento de la ciranza.

Sus dos hijos no se han enfermado gravemente “sólo una vez que Marcos tuvo mucha fiebre y lo tuvieron que llevar al hospital para que le bajaran la temperatura” y cuando se han enfermado de gripa su suegra los ayuda dándoles sus medicinas. Hasta eso, “mis niños han sido muy sanos”.

Cuando entró a dar clases en 2010, Pedro salía temprano: “salía a las seis o siete de la tarde”, y actualmente sale a las ocho de la noche y llega a su casa a las nueve, sin embargo, también entra tarde “el lunes entro a las 5:40pm lo que me permite estar con sus hijos toda la mañana y parte de la tarde”.

En la actualidad, Pedro es profesor de preparatoria y trata de transmitir a sus alumnos el valor del respeto y quiere romper con esa imagen de los profesores autoritarios. Se ha dado cuenta de que sus alumnos están carentes de afectividad y que por eso son agresivos, están a la defensiva y él trata de sensibilizarlos. Convive con chicos con muchos problemas “drogadicción, anoréxicos, bulímicos”, y es difícil motivarlos en la escuela porque la realidad en México es bastante difícil, los adolescentes ven que es más fácil trabajar que estudiar. Él no ve que los chicos tengan interés por aprender. Después de dos años, opina que sus estudiantes no tienen hábitos de estudio y los intereses de cada uno son tan variados de los otros, que parecen no tener expectativas como generación “unas quieren casarse y dedicarse al hogar, otros no saben ni que quieren ni a dónde van”.

El horario de su esposa es más exigente que el de él, debido a que trabaja en una empresa privada que les exige más: entra a

las 9:00 de la mañana, pero se tiene que ir de su casa a las 7:30am porque va hasta Santa Fe; sale del trabajo a las seis de la tarde, pero por la distancia y el tránsito llega a su casa a las ocho de la noche. Así, su esposa se encuentra por más tiempo fuera de la casa que él.

En vista de que actualmente viven en la casa de su suegra, Pedro le ayuda a su suegra haciendo algunas cosas de la casa con el fin de que no le resulte tan pesado, pues ella es quien hace la comida y por la tarde cuida a sus hijos. Para Pedro, sus principales actividades en la casa son: levantarse temprano, dejar que Marcos y Maya se despierten, realizar “algunas labores domesticas como lavar trastes, asear, barrer, trapear, lavar la ropa”, hasta que se levantan los niños. Entonces empieza a atenderlos para darles de desayunar o revisarles los pañales, después él desayuna con su suegra. A Marcos lo baña por las mañanas y a Maya cuando él regresa del trabajo.

Pedro asumió las labores de la casa porque viene de un pensamiento de no depender de nadie y quiere inculcárselo a sus hijos “nunca esperes nada de nadie” es su máxima pero su esposa es todo lo contrario. Cuando se casaron no llegaron a un acuerdo y comenta que su esposa siempre ha ganado más que él, pero su trabajo ha sido más exigente. Por ende hace las labores de casa, además porque también le gusta tener limpio su hogar. Él es considerado con su esposa porque sabe que ella llega cansada y no tiene el suficiente tiempo ni el ánimo de realizar las labores de limpieza y sobre todo, es consciente de la situación porque él tiene más tiempo para ayudarle.

Otra de los problemas de que ella se encuentre trabajando tan lejos y con un horario tan estricto, es que la relación lo reciente, pues la convivencia y la comunicación son limitadas. Sin embargo, cuando se trata de tomar decisiones, ambos lo platican y lo acuerdan como familia, decidieron juntos por ejemplo, enviar a Marcos a la escuela.

Respecto al trabajo que desempeña como profesor, él consideró prudente buscar más horas de clase para contribuir con un poco más de dinero, sin embargo, eso implicaba no ver ni estar al pendiente de sus hijos.

Una de las ventajas de trabajar en esa prepa es de que él tiene la posibilidad de estudiar un posgrado, o bien una especialidad. Y con relación a su esposa, él no la ve como ama de casa. Por ese motivo no cree que pueda cambiar de trabajo, ni cambiar de rol, al contrario él piensa que tiene ganas de seguir creciendo laboralmente. Por eso, él asume la responsabilidad de los niños.

La relación con sus suegros ha sido buena, pero no le gustan algunos aspectos de la personalidad de su suegro, persona que para Pedro encarna machismo y poca disposición a cooperar con su mujer y en las labores de la casa. En su casa y con su suegra tiene una mayor afinidad porque es más trabajadora, cosa que le recuerda a su mamá.

Sus suegros son católicos por tradición. El tema de la religión y cómo educar a sus hijos en ese aspecto, ha sido tema central, porque cuando eran novios ni pensaban en ese asunto. Ahora decidieron inculcar a sus hijos un poco de la religión católica, “es importante más no fundamental” declara Pedro. Él piensa que es mejor respetar, porque cuando sean grandes sus hijos (Marcos y Maya) tomarán sus propias decisiones respecto a alguna creencia.

Como pareja de profesionistas (él sociólogo y ella ingeniera) buscan transformar el tipo de familia que tienen, porque su visión no es la misma: Pedro considera que la Universidad para sus hijos no es una opción sino una obligación. Él no concibe que sus hijos no asistan a una Universidad, porque para él la Universidad proporciona formación y oportunidades.

Piensa que uno tiene un poco más de obligación de impulsar a su hijo hacer otras” cosas como leer, introducirlos un poco a la

escuela desde niños”, él mismo, en un afán por abonar a este ideal, les cuenta cuentos, les lee libros, los hace despertar, y es que “si se tiene apertura con respecto a las bellas artes es mejor”, y como para él no se necesita mucho dinero para acceder a ellas es posible llevarlas a casa y hacer que sus hijos se interesen por algo, que en un futuro les abrirá puertas.

Los valores que comparte con su esposa respecto a su familia es que coinciden en la importancia de formar una persona responsable, trabajadora, un buen ciudadano, con valores como el amor, la generosidad, la humildad y la honradez. Su esposa y él también difieren en su modo de ver el mundo: él pretende que sus hijos conozcan que el mundo tiene “mil colores, que vean todas las facetas” a los hijos, continua Pedro es necesario “hacerles ver que todos tenemos un criterio personal”; y su esposa no, ella es más maniquea y en su concepción, a los hijos solo se les deben de mostrar dos colores “ el blanco y el negro” se les debe mostrar la violencia pero inmediatamente alejarlos de ella, no dejarlos ver que es una parte constitutiva de las sociedades y que no basta con alejarse, sino que existen mecanismos para evitarla, denunciarla y posiblemente erradicarla.

Como pareja, además de sus hijos los mantiene unidos el amor, a pesar de las diferencias que surgen, comparten sueños juntos hasta que lleguen a viejos. Mantiene esa afinidad, el apoyo como pareja y que cada quien tenga independencia en sus trabajos.

Pedro opina que las amistades cambian cuando te casas, y ahora que están los niños pues frecuenta mucho menos a sus amigos. Dice que en una relación, esto puede afectar, porque conviertes a tu familia en todo tu mundo y en cierta forma los amigos complementan tu vida, cada quien juega un rol. Este conjunto de ideas le ha traído problemas ocasionales con su esposa, pues mientras él da gran importancia a los amigos, su esposa no se ha desapegado de

su familia. Pedro siente que a veces quisiera tener a su familia con sus hijos y su esposa, pero sin suegros.

Pedro hace una pequeña reflexión sobre los cambios que ha tenido antes y después de casado, comenta que nunca es lo mismo. Que cuando eres hijo de familia tienes un rol más despreocupado, pero ya cuando asumes el papel de jefe de familia, te vuelves más responsable, se cambian actitudes y también prioridades. Antes, sus prioridades eran jugar fútbol y terminar la carrera. Ahora sus prioridades son sus hijos y su trabajo, del cual depende el bienestar de su familia. Además ahora su vida gira en torno a sus hijos y a su esposa, porque tiene que destinarles a ellos todos sus ingresos, todo su tiempo y toda la atención que anteriormente podía dedicarles a las más variadas actividades.

“El cambio personal de conformar una familia es difícil porque dejas de hacer algunas actividades con amigos, es decir dejas algunas actividades por las nuevas que se presentan” cuenta Pedro. Por ejemplo, ya no sale con tanta frecuencia con sus amigos “pero es parte del proceso” asegura. También su esposa ha cambiado, antes era más tranquila, y ahora es más explosiva, cualquier estímulo la molesta, aunque también reconoce, que se ha transformado en una mujer más responsable, más madura. Él por su parte, también se ha vuelto un sujeto más tolerante y, sobre todo, un hombre más cariñoso, todo gracias a sus hijos.

Para Pedro, la familia te cambia en todo momento y él siempre quiso tener su propia familia. Creía que debía ser diferente a la suya en ciertas cuestiones, y que sus hijos vivirían circunstancias distintas tanto en la infancia como en la adolescencia. Con eso en la mente, Pedro se esfuerza todos los días de su vida por ser un mejor padre, uno como el que perdió, pero también una madre como la que por motivos laborales se ausentó. Asegura, que pase lo que pase, atraviere la situación que atraviere, él hará todo lo posible por no despegarse de sus hijos, hasta que la propia vida lo obligue a dejarlos crecer por sí mismos.

Pedro considera que sí existen grandes diferencias entre la familia que está formando y su familia seno. Las principales diferencias que Pedro se atreve a enunciar son: la imagen paterna que siempre le hizo falta “yo no la tenía y ahora mis hijos la tienen”; el tiempo “antes mi mamá no tenía el tiempo suficiente por la situación que vivimos y ahora yo siempre procuro estar más con mis hijos”. Finalmente, Pedro declara que la familia que conformó junto con su esposa es diametralmente opuesta a la suya, su nueva familia está marcada por el amor; y la otra, la familia de la que proviene, era algo muy frío, muy impersonal.

Sus metas como padre son dar buenos ejemplos, apoyarlos, orientarlos, tener una buena relación “sin llegar a ser amigos, para no terminar justificando nada”. Lograr que cada uno de sus hijos sea independiente, que no esperen que les hagan las cosas, y llevarlos por un buen camino, para que su vida sea mejor que la que él tuvo.

Sus planes para su familia, son cambiarse de domicilio a un barrio más tranquilo para que sus hijos vivan en un ambiente más sano, y propio para niños de su edad. También para que ellos tengan posibilidad de relajarse y salir a caminar por las calles sin tener que preocuparse más que por las cosas propias del trabajo, la relación y los hijos.

Para Pedro, la familia es una gran responsabilidad, una grandiosa e importante responsabilidad y por ello quiere dar a sus dos hijos todo lo mejor. Es lo más valioso que tiene, la base, el núcleo más sólido en que te desarrollas como individuo, pues si bien la amistad es importante, es un vínculo que bien puede terminarse. La familia siempre está ahí, nunca se va y a pesar de que las cosas no siempre sean las mejores, la familia te apoya en todo.





Hilda Ríos / CUARTOSCURO

“Toda persona tiene deberes para con la familia, la comunidad y la humanidad”.

Convención Americana Sobre Derechos Humanos, 1969

El Mundo de Inés

Elsa María Martínez Peña

Inés

Inés sintió que todo volvía a empezar, que ahí estaba otra vez, limitada por los fantasmas de siempre, como cuando tenía quince o veinte años y las costumbres familiares le impedían atreverse a realizar muchas cosas que le llamaban la atención o simplemente se le antojaban a partir de su experiencia universitaria y su temperamento inquieto.

Se suponía que ahora era distinto, viviendo ya sus cuarenta, con tres lindos hijos, separada de su esposo en un valeroso acto de autodeterminación. Además, en los últimos años empezaba a ejercer su profesión, con altibajos pero con buenos empleos que le revelaban la viabilidad de su autosuficiencia económica; probablemente, pensaba Inés ahora, esa creciente actividad profesional fue lo que aceleró la intolerancia, el machismo y la hostilidad de su esposo hasta hacer insoportable su matrimonio.

Pero no, los fantasmas seguían presentes, con distinto aspecto pero igual de represores. Quería entregarse a Carlos sin reservas, pero de pronto aparecían en su cabeza muchas consideraciones que la hacían dudar: su hijo mayor ya tenía veinte años y podía ofenderse o juzgarla, los hijos más chicos requerían su atención total y absoluta, su familia y la de su ex pareja parecían conspirar para que ella se dedicara exclusivamente a sus hijos, a su profesión y si

osaba experimentar una relación amorosa como la que le ofrecía Carlos tendría que ser algo moralmente perfecto, o casi perfecto.

Cuando su matrimonio entró en crisis, Inés reconoció que su familia, es decir esposo, hijos y ella, no era tan armoniosa como ella pensaba o como quería pensar, o como quería que pensarán los demás. Los conflictos con su esposo existieron desde el principio, pero en los primeros años parecía tratarse simplemente de las naturales desavenencias conyugales que se superan con un poco de voluntad. Sin embargo, llegó el momento en que los problemas tenían que ver más con la valoración que, en el entorno familiar, su esposo hacía de ella.

Vislumbró que la tradición familiar de sus padres y sus suegros, reproducida fielmente en su propia familia, le asignaban a ella el papel de esposa y madre de familia que no debe cuestionar las bases y fundamentos de su situación familiar. Con los hijos no había problema, aparentemente. Pero en la relación con el esposo pudo ver con claridad que él nunca la había considerado como una persona autónoma, pensante, inteligente, capaz de una vida propia dentro de la familia; sobre todo, nunca la consideró como una mujer con derecho a rechazar las conductas y valores de un esposo que estaba convencido, y actuaba en consecuencia, de que él tenía el control económico y moral de la familia.

Ese control siempre le permitió al esposo, de manera sutil y casi desapercibida, alejar a Inés de sus inquietudes profesionales e intelectuales, de una vida social plena, de la manifestación abierta de sus inconformidades y hasta de los sueños que la llenaban de ilusiones. Pero lo más paradójico de esto, ahora lo podía ver claramente, era que esta postergación de su vida personal a ella le parecía una muestra de realización como mujer, esposa y madre.

Su relación con Carlos, un hombre que siempre le había gustado, desde la época universitaria, no se la había comenta-

do a nadie, un poco porque él estaba casado aunque en proceso de separación, un mucho porque atisbó que su hijo mayor se enfureció ante la posibilidad de que su mamá tuviera otra pareja y le manifestó sus temores de que ella incurriera en conductas indecentes.

La inteligencia y la tenacidad de Inés siempre la sacaban a flote; ahora, esas virtudes le hacían ver que la vida familiar tiene una dualidad fascinante: por una lado, la familia proporciona un sentido de pertenencia, de solidaridad por parentesco, de ternura, de cariño y apoyo incondicional; pero, por otro lado, la familia puede ser fuente, sobre todo para las mujeres, de opresión, de limitaciones vitales, de chantajes y frustraciones.

Como buena conocedora de las ciencias sociales, Inés descubrió que la conducta y los valores de su esposo, que su hijo reproducía fielmente, no obedecían solamente de una malévola decisión de él, sino que era un producto social determinado por generaciones y generaciones que heredan e implantan una visión de la vida donde la familia puede convertirse en una camisa de fuerza para la mujer. Tan sofisticado puede llegar a ser este mecanismo, que ni siquiera hace falta coacción o vigilancia, porque en la cabeza de muchas mujeres hay como un chip que las reprime y condiciona cuando quieren hacer algo fuera de lo que esperan de ella sus esposos, sus hijos, sus padres.

Pero la sociedad no sólo transmite valores discriminatorios, sino que también genera valores que promueven la equidad, el respeto a la individualidad, el reconocimiento de muchos derechos que hacen posible la formación de seres humanos plenos; esto, Inés lo sabía muy bien porque su formación universitaria y su interacción con diversos tipos de personas le mostraban que en la vida social, familiar y política, la decisión y la voluntad de cada quien puede influir en los destinos personales.

Y ahora Inés había decidido vivir plenamente, fortalecer y enriquecer a su familia, en particular a sus hijos, para que su interacción con la sociedad sea fructífera para hacer de ellos unas personas abiertas, generosas, solidarias y respetuosas de la gran diversidad y complejidad de la vida humana. Para celebrar esa decisión vital, Inés aceptó irse el fin de semana con Carlos a esa ciudad colonial que desde la época de estudiantes querían visitar juntos, y ahora estaba decidida a disfrutar este viaje y vivir la vida sin el menor asomo de culpas, remordimientos o miedos.

Inés intuía que si los miembros de una familia podían sentirse libres, autónomos, contentos, plenos y productivos, el conjunto familiar se fortalecería y se volvería una fuente entrañable de protección, cariño e identidad para sus integrantes. Además, como estudiosa de la sociedad que era, pensaba que las familias así constituidas contribuían a mejorar la vida nacional. Con esas convicciones abordó el avión rumbo a San Cristóbal de las Casas.



Retratos de familias

se terminó de imprimir en agosto de 2012, en los talleres de

“Alianza Impresos y Sellos S.A. de C.V.”

con un tiraje de 1 000 ejemplares más sobrantes.

alianza300@hotmail.com

Retratos de familias es un libro que explora a través de una mirada cualitativa la realidad de las actuales familias mexicanas. A lo largo de doce historias de familias desea contribuir al conocimiento de los diferentes tipos de familia que existen hoy en día, además de conocer algunas de las problemáticas que los aquejan en la actualidad.

Las familias nucleares o extensas, las madres o padres solteros, divorciados/as o viudos/as, los hogares conformados por la voluntad de un hombre y una mujer casados que deciden adoptar un hijo y las familias conformadas por una pareja del mismo sexo, son sólo algunas de las diferentes formas de construir una familia. Cada una de ellas posee un sello particular, dependiendo de la etapa del ciclo vital en la que se encuentren, de su estrato socioeconómico al que pertenecen y de su propia biografía de vida. Sin embargo, en todas ellas reina un hilo conductor que las vuelve semejantes y es la función de la familia como aquella institución social constituida fuertemente por lazos de solidaridad y afectivos que se construyen en la cotidianidad y trascienden los simples lazos fruto de la consanguinidad.